

# REVOLUCIÓN CRISTIANA Y REVOLUCIÓN SOCIAL

Carlos Malato

## PRÓLOGO

Hace quince siglos un mundo moría.

Todo lo que había tenido curso en la antigüedad, subyugado a los pueblos y dominando a las multitudes, estaba gastado, consumido. Estado, religión, familia, vínculos sociales, desaparecían en polvo.

¿Qué iba a suceder? ¿La humanidad estaba condenada a perecer en un cataclismo universal?

*La humanidad se rehízo, y la religión cristiana, basada en la fe, reemplazó la sociedad romana basada en la fuerza; aquélla dura ya quince siglos.*

Hoy, análoga agonía se reproduce: el trono y el altar pertenecen al pasado; los reyes no son sino fantasmas vivos.

Seres bizarros, propios de las épocas de decadencia, se agitan y triunfan a nuestro lado, como amos de un día, sobre el estiércol de nuestro siglo.

Pero esa es el final.

La oligarquía burguesa, que había encontrado bien servida la mesa real, ha querido sentarse sola dejando el pueblo en la puerta; resultado: que muere de indigestión al cabo de cien años.

Entre las autocracias y las masas, no puede, decididamente, quedar puesto para el feudalismo; el siglo XIX no habrá sido más que un período de transición prodigiosamente cumplido.

«¿A qué sirve remontarse tan alto?» pensarán algunos al leer el título de esta obra. «¡Cuánto más se cambia menos se adelanta!» exclama Mr. Proudhomme, que olvida, o no sabe, que si no se adelantara no tendría ni sus zapatillas, ni su ropa de dormir, ni su *Petit Journal*, y, como sus antepasados, devoraría la carne cruda a la entrada de una caverna.

Nuestra opinión es que, buscar sus modelos en el pasado, no debe ser el objeto de la humanidad. «Todo progreso ha dicho un pensador, (Bakunin) equivale a la negación del punto de partida». Por eso no se combatirán nunca bastante a los revolucionarios clásicos que no ven en las grandes conmociones sociales más que un eterno plagio. Demasiado superficiales para invocar, midiendo, por otra parte, las necesidades de cada época con sus ambiciones, nos harían retroceder gustosos a los tiempos pasados. Para ellos, la vida de los pueblos se concentra en las tres o cuatro individualidades: Bruto, Etienne Marcel, Cromwell, Robespierre. Por fortuna los pueblos viven al día y no se apasionan ni por las cosas muertas ni por las abstracciones.

---

\* Traducción de A. López Rodrigo. Digitalización: KCL.

¿Pero se sigue de aquí que las miradas retrospectivas carezcan de enseñanza, que no haya lugar para analizar lo que fue? ¿El estudio de la historia<sup>1</sup> en nuestra época científica, no constituye acaso un método propio a evitarnos muchos deberes y a guiar nuestros pasos inciertos hacia un porvenir que vislumbramos vagamente? Conocer no implica imitar y nada tanto como las lecciones del pasado tiene el mérito de poner un guardia contra la roca de los imitadores, esos que se han llamado con justicia republicanos en *uso*. Sometidos, como todo lo que respira, a la influencia del medio, y por consecuencia, indefinidamente modificable, el hombre no es, sin embargo, muy diferente de sí mismo desde hace diez y nueve siglos, para que no se tenga interés en verlo agitarse alrededor del César.

La historia nos enseña cómo se desnaturalizó una revolución a la vez religiosa, civil, económica, moral y familiar. Nos señala los movimientos provocados por enérgicas individualidades, perdiéndose, acaparadas por sectas rivales, semejantes a un gran río que, dividido en multitud de brazos secundarios, no tarda en extinguirse. Nos hace ver a todos esos revolucionarios de la víspera, los mismos a través de los siglos, tribunos, filósofos, pontífices, representantes, reconciliándose poco a poco con el poder que combatían y, con mayor crueldad que los antiguos dominadores, aplastando con su autoridad de reciente fecha a la plebe insumisa.

Sobre esas antiguas figuras se pueden poner nombres modernos. César ha dejado un nombre a toda esa Kiriél de usurpadores victoriosos; los abogados del Forum y los del Palacio de Borbón son parientes. Tito, pasando Jerusalem a sangre y fuego, renace en Thiers degollando a París; Verres es el antepasado de Vilson.

La analogía es perfecta entre nuestra sociedad burguesa, desmoronándose bajo el peso de sus vicios y la ira de las masas desheredadas, y la sociedad romana hundiéndose en su lodo por el choque de los bárbaros. Igual desproporción entre los omnipotentes y los ínfimos plebeyos, los elementos de disolución interior y de guerras exteriores: menos violencias, más hipocresías. En fin, iguales protestas contra el egoísmo de los satisfechos; aquí, por el socialismo internacional, allá por el cristianismo católico (universal), es decir, también internacional.

Porque no hay que engañarse; nacido de las masas después de larga incubación, el cristianismo fue en su origen, un movimiento de rebeldía. ¿Cómo, en menos de dos siglos, se convirtió en presa de místicos retóricos que lo esterilizaron, despojándolo de todos sus lados comunistas y revolucionarios? Eso es lo que examinaremos en el curso de este libro.

---

<sup>1</sup> La ciencia histórica no existe actualmente, se ha de crear aún. Ningún escritor ha sabido hacer por ello lo que Kleper, Copérnico y Newton hicieron por la astronomía; Berthollet, Gay-Lussa, Laplace, Carlos Marx, Darwin, por las otras ciencias exactas; deducir las leyes, formular las combinaciones y los movimientos llamados a producirse. Por largo tiempo no ha sido otra cosa que la ácida nomenclatura de los reyes y las batallas; Michelet y algún otro poderoso vulgarizador, la ha animado con un soplo de vida; sus plumas ardientes han evocado el espíritu de los pueblos, sacado del polvo los muertos célebres, hecho resucitar los siglos pasados. Esa ha sido la fase brillante de vulgarización, con tendencia al naturalismo moderno. Hoy, falta completar la obra y, por un análisis concienzudo, deducir con precisión matemática las causas de los movimientos profundos que agitan las moléculas humanas.

## CAPÍTULO I

### ANALOGÍA DE LA DOMINACIÓN ROMANA Y DE LA DOMINACIÓN BURGUESA

Los advenedizos son los peores de los hombres: esto puede decirse lo mismo de las colectividades que de los individuos. Surgidos de malhechores y de esclavos fugitivos, los romanos fueron los más orgullosos de los vencedores, los más implacables de los conquistadores.

Esta raza de rudos agricultores aferrados a la tierra, amos absolutos en el hogar, se había transformado poco a poco, aunque continuando siempre ávida de lucro. A medida que la sencillez de las costumbres desaparecía, el espíritu de conquista se acrecentaba. ¿Cómo hubieran conservado, acrecentado las riquezas necesarias para subvenir a nuevas necesidades, sino por el trabajo de los esclavos y las rapiñas de la guerra? Y apoderarse de las tierras, adquirir esclavos, repartirse opulentos despojos, fue el eterno objetivo de los descendientes de Rómulo.

Todo el mundo antiguo se había convertido en su presa. Desde el Atlántico al golfo de Persia, desde las selvas germánicas al desierto líbico, un ejército de funcionarios triunfaba en nombre del pueblo rey. Innumerables legiones imponían el terror a las naciones vencidas; jamás pillaje alguno pudo compararse al de aquellas legiones; era el universo arrasado completamente.

Señores graves, pagados para atiborrar de nociones discutibles los cerebros jóvenes, nos han enseñado a extasiarnos sobre las virtudes romanas. A través de sus saqueos oficiales, Scipión, César, Catón, Cicerón, se nos han presentado más grandes de lo que eran. La antigüedad ha cubierto con su sombra discreta los defectos y vicios de esos grandes hombres. Ya no vemos en ellos al glorioso disoluto, al general pérfido y cruel, al usurero implacable, al abogado advenedizo, cobarde con los poderosos, feroz con los demagogos ¡verdadera figura moderna! Los admiramos como modelos: admiración peligrosa que nos ha valido, hace un siglo, la república jacobina y, en el período siguiente, la multitud de malos tribunos y abogados sin convicciones, haciendo del Palacio de Justicia una antesala del Palacio de Borbón.

¡Cuánto hay que derribar! La república tan ensalzada por los fámulos de colegio, no fue nunca sino el imperio del dinero y de la espada. El reinado del dinero había empezado bajo Servio Tulio, cuando este rey, para dominar la plebe, tuvo la ingeniosa idea de empadronar a todos los pobres en una misma centuria que, en días de votación, no tenía más que su único sufragio a emitir enfrente de los múltiples sufragios de los poseedores repartidos, proporcionalmente a su fortuna, en ciento noventa y dos centurias. Eterna falsificación del sufragio llamado universal.<sup>2</sup> Pero no era bastante haber privado a los proletarios todo derecho político, y se ensoñaron con ellos hasta hacerles imposible la vida. Como en nuestros días, la situación de los pequeños agricultores, arruinados por las guerras, los impuestos y los usureros, eran implacables. En toda época, el campesino ha sido la bestia de carga explotada a discreción. Los derechos que la ley romana otorga al acreedor sobre el deudor producen estremecimientos: el desgraciado que no podía pagar, era cargado de cadenas que pesaban quince libras, encarcelado, apaleado y alimentado irrisoriamente con una libra de harina por semana. Esto no era aún nada: si al cabo de sesenta días, después de la publicación de la deuda, repetida en tres mercados, el deudor no había pagado o transigido, era vendido al otro lado del Tiber o matado; si tenía varios

---

<sup>2</sup> No se votaba por número de habitantes sino por centurias. Cuando se había adquirido la mayoría ya no se perseguía el voto.

acreedores, éstos estaban autorizados para repartirse los pedazos de su cuerpo. Esto duró hasta la ley Hortensia, en 286 antes de J. C.

Ciertamente, los filántropos pueden consignar con orgullo que, entre nosotros, la prisión por deudas, abolida por lo demás desde 1867, fue menos cruel. Es verdad que nuestro refinamiento de civilización no impide los crímenes, los suicidios y la prostitución, pero los economistas burgueses están ahí para probar que la propiedad individual no entra por nada en esas miserias.

Los romanos llevaron la pasión propietaria hasta el paroxismo; entre ellos, esposa e hijos, eran cosas del jefe de la familia.<sup>3</sup>

Los primeros siglos de la república se pasaron en luchas entre patricios y plebeyos; al fin triunfaron estos últimos, pero la masa no ganó nada. En efecto, eso no era otra cosa sino que, los más afortunados villanos, habían triunfado sobre los nobles suplantándolos; la opresión no había sido destruida, sino desplazada y caía ahora, más pesada que nunca, sobre los desposeídos, sobre el pueblo inmenso de los vencidos incorporados a la esclavitud. Emancipados la víspera, los ricos plebeyos se engrandecían con las cargas públicas impuestas después por ellos, y se habían fusionado con los antiguos, nobles. ¡Eterna historia de las castas privilegiadas, que los proletarios mismos contribuyeron a elevar! Dos mil años después, en un pueblo que, en nombre de la igualdad, había cortado la cabeza a su rey y a sus señores, debían ver una aristocracia del dinero, cautelosa y ávida, reemplazar la aristocracia de la espada, y a fogosos demagogos recoger, para sí mismos, los desperdicios del oropel heráldico.

Dos fuerzas concurrían a mantener el orden de cosas establecido: la religión y el derecho. Mientras tuvieron que hacer su fortuna política, los tribunos del pueblo habían batido en brecha la superstición con la cual se encadenaba a las masas. Pero una vez llegados, habían hecho media vuelta: el buen tiempo de los augures y los prodigios había vuelto. ¿No son acaso bien dignos de aquellos tribunos romanos, nuestros burgueses volterianos que filosofan junto al fuego y van a misa, proclamando la necesidad de una religión para el pueblo?

Por otra parte, la jurisprudencia, en otro tiempo misteriosa, casi mística, se había desarrollado con el orden social; multiplicando las fórmulas y los procedimientos se había convertido en una ciencia abierta a todo el mundo, en apariencia, pero, en realidad, inaccesible, como toda ciencia, al vulgo que carece de tiempo y de facultad para estudiar: aquí empieza el reinado de los abogados.

Las aves de rapiña están por ahí, actualmente, llenando el Foro con sus gritos agudos. La aspereza romana se ha mezclado a la sutilidad griega y de este casamiento la farfulla, el embrollo, han nacido. El terreno donde debe nacer la escolástica de la Edad Media, se prepara admirablemente.

Siete siglos después de la fundación de Roma, ese estercolero estaba en pleno florecimiento. Pontífices, jurisconsultos, nobles antiguos y modernos, se disputan los despojos arrancados al universo y traídos a la ciudad soberana por generales que jamás fueron igualados en avaricia y crueldad. Y el pueblo, corrompido por sus dueños, convertido en cobarde y cruel, recoge las migajas.

---

<sup>3</sup> Bajo Rómulo, un marido mató impunemente a su mujer por haber probado un poco de vino. Otra desgraciada fue condenada a morir de hambre por haber abierto la bodega. Tertulio en su *Apológica*, lamenta «esa antigua felicidad del matrimonio fundada sobre costumbres que cimentaban toda armonía». En cuanto a los padres que se convirtieron en asesinos de sus hijos, sin tener para ello motivos graves como Bruto y Manlio, fueron muy numerosos.

Para mantener la gloria de Roma, ochenta millones de seres humanos trabajaban, sufrían y morían. En vano la masa miserable había intentado sublevarse. Guerras sociales, rebeldías de esclavos y conspiraciones, habían sido sucesivamente aplastadas, no sin dejar fermentos de revolución. El mundo, curvado bajo el hierro, esperaba su liberación.

Esto, no en forma figurada, en sentido místico, sino real. La conquista romana, centralizando el poder, unificando los pueblos por la lengua y las costumbres, no había hecho sino abrir el camino a una revolución. Por regla general a ese resultado llega la absorción de oligarquía por un poder único, bien fuerte en apariencia, puesto que lo domina todo, pero bien vulnerable en realidad, puesto que está aislado y expuesto a todos los ataques. La monarquía francesa, victoriosa sobre el feudalismo, nacionaliza la Francia, y luego, habiendo quedado sola ante la noción, se desmorona, falta de sostenes poderosos, y hoy, la concentración de los capitales conduce en línea recta a la revolución social.

Félix Pyat, que *hacía* democracia con efectos de declaraciones románticas, escribió un día una verdad: la Galia, sometida sucesivamente por los romanos y los francos, ha eliminado por la revolución de 1789 el elemento germánico; por la revolución social eliminará el elemento latino.

Mejor hubiera hecho diciendo el espíritu germánico, el espíritu latino, porque en lo que se refiere a los elementos étnicos, estas razas se han confundido; una fusión se ha realizado como en un crisol y por eso es por lo que Francia ha venido a ser una nación bien dotada, maravillosamente plástica. Pero el espíritu germánico, belicoso y autoritario<sup>4</sup> vivió en ese feudalismo secular por encima del cual se levanta el rey, y el espíritu latino se mantiene en esta burguesía trapacera y rapaz, disimulando su despotismo con instituciones llamadas democráticas.

La gran masa de la nación francesa, continúa siendo profundamente céltica; a despecho de las instituciones latinas o germanas legadas por los conquistadores y más o menos respetadas por las generaciones siguientes, el espíritu galo ha sobrevivido. En las revueltas de los *bagaudas*, de los aldeanos fanáticos de 1251 y 1320, de la jaquería y de los socialistas, hay algo más que una lucha de castas. Verdaderas leyes químicas rigen esas moléculas humanas que, atraídas por su afinidad natural, se juntan, se componen y descomponen en formas nuevas.

Un formidable despertar del espíritu céltico, se prepara para el final de nuestro siglo y ¿quién sabe hasta dónde eso irá, ni cuántas cosas corrompidas la ola popular arrastrará ante sí? ¿Quién sabe tampoco, si los defensores de una religión en peligro, o los orgullosos defensores de una fe nueva, no se esforzarán por reducir una vez más a la masa exaltada, fanática en sus explosiones de ira sentimental más que lógica y arrastrada tanto por su ignorancia como por su sed de justicia, hacia religiones idealistas? Esta conmoción repercutirá del otro lado de la frontera; una vez más el molde social, habrá cambiado de forma.

En vísperas de un tal trastorno, el espíritu se transporta a diez y nueve siglos atrás.

Después de sofocadas las grandes sublevaciones de esclavos (de Eurico y Alemón en Sicilia; de Espartaco en Italia), después del asesinato de Viriato, el héroe lusitano, y de Sertorio, defensor de la democracia ibérica, después de sometidas las tribus gálicas y las naciones asiáticas, podía creerse que las masas humanas estaban para siempre abatidas a los pies de Roma. Y no fue así; esos movimientos, aunque ahogados, tuvieron un resultado: el cristianismo.

Despojados de sus lados metafísicos y fabulosos, el cristianismo se nos presenta como grito de reivindicación de las masas oprimidas, bien pronto mezclado con los ensueños de la escuela platónica, luego singularmente engrosado con las leyendas mitológicas de Oriente, tierra de la

---

<sup>4</sup> Todos los historiadores han presentado a los antiguos germanos como naturalmente democráticos; pero en cuanto se rozaron con los romanos, adquirieron de éstos todos sus defectos y hasta se excedieron de ellos.

hipérbole; y por fin, ¡ay! Sofisticado por la turbamulta de los teólogos y los jefes de sectas que lo desviaron irrevocablemente de su camino.

## CAPÍTULO II

### EL JUDÍO. ORIGEN DEL CRISTIANISMO

¿Qué ser ha sido jamás a la vez más débil y más poderoso, más despreciado y temido que el judío?

Subyugado por los romanos, el judío destruye el poder de sus dioses; proscrito de la humanidad por el cristianismo, estrangula a éste con sus garras. Él es quien, en la Edad Media, trabajando en el terreno de la blasfemia con los príncipes de Suabia y Aragón, mina insensiblemente el papado y forja las armas terribles, con razonamientos e ironías, que legará a los escépticos del Renacimiento, a los *libertinos* del siglo XVIII, a Voltaire mismo.

«El pueblo judío, dice Darmesteter, en dos épocas distintas ha renovado al mundo; el mundo europeo por Jesús, el mundo oriental por el Islam». Actualmente, los semitas, diseminados por toda la tierra, y poderosos por su dispersión misma, son los agentes más activos de esta profunda revolución económica, que el final de nuestro siglo reserva regularmente a Europa y a la América. Cosa maravillosa; en ellos se encuentra las más opuestas castas dominando por sus banqueros, poseedores de millares de millones, los Rothschild, los Hirsch, los Bleichroeder como por sus escritores socialistas: los Lasalle y los Carlo Marx.

Se han complacido en representarlo como un pueblo idéntico a sí mismo a través de las edades y los medios ambientes que han atravesado. Eso es una exageración que confina con la leyenda: los judíos no se han sustraído a esa influencia del ambiente que, sin cesar, tiende a destruir las transmisiones hereditarias. Las diferencias notables que presentan los judíos de Rusia y de Francia, de Alemania y Argelia, de Italia y de Holanda, nos muestra hasta qué ha cambiado esta raza destinada, a fin de cuento, a fusionarse con las otras. Mientras que le *paun arender*<sup>5</sup>, áspero y servil, recorre las aldeas de sus parroquianos envuelto en una miserable casaca, o vestido de sucios harapos, -salvaje de cutis bronceado, aferrado por otra parte, a los ritos anticuados del Talmud-, el *youtre* parisién, rico o pobre, es jovial, buen chico, inteligente en su comercio, barnizado de escepticismo burlón, y con frecuencia ateo. Sin embargo, a pesar de la diversidad de modos, de tono y lenguaje, a través de la envoltura grasa y rubicunda del banquero de Francfort, o negra y descarnada del traficante portugués, se llega a reconstituir el tipo primitivo: nariz aguileña, en forma de gancho, como pico de ave de rapiña, en unos, finamente afilada, en otros, mirada penetrante, frente despejada, más o menos simpática, barba saliente, espíritu tenaz y desligado.

Los judíos fueron, indudablemente, un pueblo de tendencias sintéticas, centralizadoras. Primero centralizaron la religión, reuniendo todos los dioses antiguos en uno solo, luego el poder político, pasando de la autoridad de sus patriarcas a la de un jefe único. Sus descendientes debían igualarles centralizando los capitales.

Cosa extraña, esos hombres que debían más tarde personificar el agio, vivieron con intuiciones impregnadas de socialismo. El recuerdo de su origen y las adversidades comunes, creó entre

---

<sup>5</sup> Nombre dado al usurero judío en Lituania.

las tribus un lazo de solidaridad. Hasta después mismo de la guerra intestina que causó la violación de la mujer de un levita por los Benjamitas<sup>6</sup>, y que dio por resultado la casi completa exterminación de esta tribu, los vencedores se preocuparon de impedir, por medio de casamientos, la extinción de sus hermanos vencidos. La usura estaba severamente proscrita. Cada cincuenta años, las tierras alienadas volvían a sus antiguos poseedores, y los esclavos semitas recobraban su libertad. La gran fiesta nacional era la Pascua que, más tarde, pasó en el judaísmo reformado o cristianismo y que conmemoraba la emancipación del proletariado israelita, oprimido en otro tiempo por los egipcios.

La doctrina de Moisés es incontestablemente materialista: en ella no se hace mención de ninguna alma inmortal, de ninguna vida ultraterrestre, ni de paraíso ni de infierno. Todo se limita a máximas morales, a reglamentos sociales. «Honrad la vejez, rechazad la mentira, la calumnia, el adulterio, las brujerías; dejad al pobre recoger el sobrante de vuestras cosechas; pagad el diezmo a los ministros del culto»: tales son en substancia, los preceptos que dicta desde la cima del Sinaí el dios que Moisés hace comparecer para dar más autoridad a su ley.

El contacto con los sacerdotes egipcios, que no participaban de las supersticiones vulgares, pudo tal vez despertar en este legislador, y probablemente en su hermano Aarón, la creencia de un dios único. Pero esta creencia era entonces en el pueblo tan vaga que, durante muchos siglos anduvo del monoteísmo al politeísmo, adorando tan pronto a Jehová como a Beal, Moloch o Astarté.

Los judíos vivieron largo tiempo bajo una especie de república electiva; los motivos populares atemperaban la autoridad dictatorial de los jueves. Por fin, cansados de esos conflictos y siendo menos nómadas, pidieron un rey. La función por desagradable que fuera, tenía sus desarreglos, y el primero de sus soberanos, Saúl, tuvo que combatir, después de su coronación, la hostilidad a veces oculta, pero nunca extinguida, del ex juez Samuel que, no sin pena, había dimitido sus funciones en favor del rey, creyendo hallar en él un simple instrumento. Los otros reyes tuvieron que luchar contra demagogos de verbo iluminado, calificados de profetas, y a los que una parte del pueblo, más duramente esclavizado que jamás, sostenía con su fervor y sus esperanzas. Excuso decir que esos enemigos de la realeza hacían frecuentemente intervenir el cielo para aumentar su ascendencia sobre las masas. De entre todos, el más famoso parece ser Elías, cuya imagen queda entre el pueblo, muy pronto extraordinariamente engrandecida. Sus dos retiradas al desierto, en donde se ve obligado a refugiarse para escapar a los resentimientos del rey Achab, se convirtieron en objeto de leyenda. Como todos los profetas, iba acompañado de sus discípulos más abnegados, viviendo en perfecto comunismo: la ficción les presenta como alimentados, durante la primera retirada, por un cuervo que les llevaba carne, y, durante la segunda por un ángel. Durante la dominación griega fue cuando se pergeñó la Biblia, con fragmentos de leyendas hebraicas, como lo fue la *Iliada* con antiguos relatos de la guerra de Troya. De modo que, aun admitiendo la exageración oriental, la etimología (*Augelos, messenger*) nos demuestra en qué sentido puramente terrestre ha sido frecuentemente empleada la palabra ángel.

Los judíos vivieron en un estado de tensión continua. Colocados en medio de pueblos hostiles, sumergidos varias veces por la ola creciente de las invasiones se defendieron bravamente contra los egipcios etiópicos, los babilónicos, los persas. Pero Alejandro el Grande los dominó con un solo golpe. A partir de este momento, empezó una fusión entre las ideas nuevas importadas de Occidente y el judaísmo. Mientras que la mitología pagana enriquecía las leyendas bíblicas, haciendo de Moisés un segundo Bacchus, legislados y conquistados, uniendo a Deucalión con Noé, a Hércules con Sansón, la doctrina de Platón se arraigaba y desenvolvía. El desprecio afectado por los rabinos a la ciencia griega, demuestra que, no sólo les era desconocida esta ciencia, sino que entreveían con terror su acción transformadora de

---

<sup>6</sup> Biblia, libro de los Jueces, 19, 20, 21.

los antiguos dogmas. Negación más o menos atrevida del politeísmo, inmortalidad del alma, recompensas o castigos en una vida ultraterrestre, sembrados en la tierra de Judea por los discípulos de Platón.

Sus ideas comunistas se mezclaron igualmente con las doctrinas igualitarias de los esenios y los terapeutas. En medio de conmociones políticas por la independencia nacional, se habían formado sectas en las que el espíritu de solidaridad era llevado hasta su consecuencia natural: el comunismo. Y cuando Roma, la grande, hubo extendió su mano de hierro sobre la Judea, toda vida, todo movimiento tuvo que refugiarse en las sectas.

Como sucede siempre, la acción que no podía ejercerse violentamente en el mundo de los hechos, se ejerció en el mundo especulativo. Concentrados los judíos en el estudio de la ley, mezclaron sus recuerdos nacionales, lo mismo que esta esperanza común a todos los pueblos que gimen bajo la servidumbre: la venida de un Mesías que expulsara a los dominadores extranjeros. ¿Y quién que no fuera un enviado del cielo podía llevar a feliz término una empresa tan colosal?

Poco a poco el dios de Israel, de rival celoso de las demás divinidades, se convirtió en dios único de justicia, y muy pronto, de amor. Estrecha en cuanto al culto, esta religión era amplia en cuanto a la idea; forzosamente, debía triunfar sobre las otras, caducas y contradictorias.

Los gérmenes de una inmensa revolución existían, pues, mucho antes de Jesús, que no hizo otra cosa que sacarlas a la luz, no por sus actos, sino por su muerte. El resumen era éste: tendencias a la igualdad y al comunismo, negación de los dioses, negación ésta que, tímida al principio, se exaltó y extendió insensiblemente hasta los sacerdotes, a los doctores, a los funcionarios oficiales, cómplices encubiertos de la opresión romana.

A medida que los tiranos hacían más pesado el yugo, el odio crecía contra sus dioses, dioses implacables que sancionaban la injusticia, profetizando el reinado eterno de Roma. La filosofía, el fanatismo religioso y el patriotismo, hacen fermentar los espíritus, embargando los corazones: la rebeldía no está lejos.

Judá, hijo de Sarifía y Matías, hijo de Margaloth, se esfuerzan en sublevarse al pueblo. Son derrotados, presos y sacrificados, pero la agitación persiste; motines aislados, insurrecciones sin cesar sofocadas y sin cesar nacies, tienen en jaque a los procuradores romanos; un volcán se agita bajo sus pies.

El año sexto de nuestra era, Sadok y sobre todo Judá el Gaulonita se sublevaron contra el censo y el impuesto. El exceso de tiranía engendra aspiraciones hacia la libertad sin límites; la insurrección adquiere un carácter netamente anarquista: «No reconozcan en nadie a su amo» tal es la profesión de fe formulada en un grito de guerra. «Ni dios ni amo» proclamaron, diez y ocho siglos y medio después, nuevos anarquistas.

Las revueltas son sofocadas, pero sus ideas subsisten: «Un desprecio extraordinario de la vida, dice Renán<sup>7</sup> o, por mejor decir, una especie de deseo de morir, fue la consecuencia de esas agitaciones. La experiencia no significa nada en los movimientos fanáticos. En Argelia, durante los primeros tiempos de la ocupación francesa, se levantaban, cada primavera, inspirados que se declaraban invulnerables y enviados de Dios para perseguir a los infieles; al año siguiente, su muerte había sido olvidada y sus sucesores encontraban la misma fe».

Es de observar que todos los grandes movimientos sociales han sido precedidos y acompañados de trastornos psíquicos. Al aproximarse esas emociones, algo indefinible flota en

---

<sup>7</sup> Vida de Jesús, cap. III.



el aire que desequilibra los cerebros. Las jaquerías de la Edad Media han tenido sus brujas, sus extáticos y milagros, porque el milagro no es con frecuencia sino la manifestación de un fenómeno psicológico: la impresionabilidad de los negros, potencia instintiva de la imaginación, penetración magnética de los individuos. La Revolución francesa va precedida de medio siglo de escenas extrañas dignas del pincel de Holbein: convulsionarios del cementerio de San Medard, iluminados, mesmeristas. Todas las fibras del cerebro, extrañamente sobreexcitadas, vibran a impulsos de un viento de locura que no es quizás sino la percepción confusa de grandes acontecimientos. La ciencia materialista explicará quizás su día esta reacción de los hechos sobre el organismo humano, análoga a esas ondulaciones que se engendran y reproducen hasta el infinito.

La degeneración física de las clases superiores, minadas por el exceso de goces, contribuye a crear este estado patológico. Hoy, en la víspera de la revolución social, las afecciones cerebrales, son más frecuentes que nunca.

Tal era la situación de los espíritus, cuando un entusiasta austero, Juan, se retiró a las regiones desiertas que confinan con el mar Muerto. Ayudado por compañeros fieles, se esforzó para organizar contra los opresores, no una sublevación franca, sino una propaganda sorda. Bajo el manto de ceremonias religiosas que atraían a las multitudes, Juan, arenga, declama contra los poderes públicos, establecidos, predica el comunismo y recluta sectarios. Los restos de las insurrecciones vencidas, los esenios y los terapeutas acuden a agruparse a su alrededor. «Es Elías resucitado, es el liberador, el Mesías»<sup>8</sup> empezó a murmurar el pueblo.

Las autoridades no se dejaron sorprender. Esas multitudes corriendo para arrojar en las aguas del Jordán<sup>9</sup> a los acentos y exhortaciones ardientes del profeta, las inquietaban no poco. Enérgicas medidas fueron tomadas para prevenir una sedición. Antes que Juan pudiera intentar un movimiento serio, fue detenido por orden de Herodes Antipas, reducido a prisión en la fortaleza de Macheronte y, doce meses después, decapitado.

La muerte del Bautista no detuvo la fermentación popular. De día en día, los jueces judíos se desacreditaban por su servilismo hacia las autoridades romanas, por su hipocresía y su avaricia. Un puñado de proletarios, artesanos, pescadores, vagabundos, mujeres públicas, se agrupaban alrededor de un joven carpintero, orador insinuante, soñador más que pensador, moderadamente enérgico, nada más. Jesús de Nazareth parece ciertamente inferior por su carácter a las grandes figuras antiguas: Sócrates, Filopomen, Espartaco, Catón de Utica, Bruto. Alma tierna, naturaleza contemplativa, no tuvo jamás energía para resistir a las autoridades que fustigaba en sus discursos. Su mayor mérito, el que ha hecho pasar su nombre a la posteridad, fue el de llegar a su momento y morir, bastante a pesar suyo, en nombre de sus ideas.

La nueva doctrina se separaba de más en más del mosaísmo. A decir verdad, ello no era todavía una doctrina: resumiendo las aspiraciones de las masas anónimas hacia la independencia e igualdad social, no contenía otro rito que el bautismo, la que estaba unida en sentido alegórico. Las comidas en común, engendradas por una vida nómada de propaganda, eran un hábito, y nada más, que unía más íntimamente a las gentes por estrecha solidaridad; nada se parecía menos a las ceremonias de la eucaristía. ¿La mesa no ha sido siempre donde se juntan los hombres, hasta enemigos, y donde se juntan más los amigos? Los banqueros desempeñan un papel considerable en la vida social, en las efervescencias populares, en las manifestaciones políticas: esa comunión laica y el brindis es considerado como un pacto de alianza.

---

<sup>8</sup> Creemos inútil hacer observar con demasiada insistencia, cuanto esta idea del Mesías debió ser tomada en un sentido verdaderamente humano.

<sup>9</sup> La mayor parte de los pueblos antiguos, griegos, egipcios, caldeos, persas, practicaban las abluciones, creyendo que el agua que hacía desaparecer las manchas de la piel, quitaba también las impurezas morales. Nuestro bautismo no es más que la generalización de una costumbre pagana.

¡Qué diferencia con las religiones oficiales que no aparecían sino a través de ceremonias pomposas y fórmulas místicas! El cristianismo ardiente del hálito popular, era entonces profundamente humano. Era una reacción, no solamente contra el despotismo romano, sino que también contra ese viejo espíritu judío, duro, sectario, devotamente cruel. Ciertamente las leyendas bizarras, engrandecidas por la superstición, venían con frecuencia a desflorarla: el medio, que sobre esa tierra ardiente del Oriente, en donde los cerebros están en ebullición, los hechos más sencillos, corriendo de boca en boca, ¿no alcanzan proporciones gigantescas?

En una época en que la crueldad no tenía límites, en que la imaginación más desordenada creaba dioses con pies de cabra, centauros e hipogrifos, en que la sangre humana humeaba sobre los altares de Moloch y de Teutates, ¿qué inverosimilitud hubiera podido encontrar un contravertidor? Es la de ciega de los hindustanes la que hace contestar a los misioneros cristianos: «Nosotros no negamos los milagros realizados por su Dios, pero Vischnú y Brahma han hecho muchos más».

Hasta es muy probable que Jesús, como lo hizo más tarde Mahoma, procurara sacar partido de esa credulidad en interés de su causa. La prueba es que cuanto más el cándido entusiasmo de sus oyentes le entusiasmaba, más desdeñoso aparecía de toda devoción oficial. Cuando los fariseos vinieron a querellarle porque sus discípulos, al pasar por un campo de trigo, habían arrancado espigas, en un día de descanso, él citó por toda contestación el ejemplo del rey David y de sus compañeros. Eso era, bajo el encubierto del santo rey, proclamar la supremacía del derecho a la existencia. Y como para escandalizar hasta el fin el fanatismo de sus interlocutores, concluyó: «El día de descanso ha sido creado por los hombres, no los hombres, para el día de descanso».

Tal réplica no carecía de atrevimiento. Por una porción de salidas de ese género, fue por lo que Jesús se atrajo el odio de los doctores y de los sacerdotes; como su violencia la empleaba toda en sus discursos -sin duda veía las pocas probabilidades de éxito de una lucha con Roma- debió sufrir la suerte de los innovadores que no han hecho alianza con la fuerza. Detenido sin haber cometido ningún delito de sangre, sufrió por pura fórmula un proceso en el que se defendió con más habilidad que entereza, afirmando que él jamás había excitado a la sedición, porque su reinado no era de este mundo. Esta escapatoria no le sirvió de nada: declarado inocente por el gobernador romano como jefe de conspiración, fue condenado por el Sanedrín<sup>10</sup>, por el crimen de herejía. El pueblo, al que jamás había predicado la rebeldía contra los poderes establecidos, no se meneó para libertarle. Jesús fue enclavado en una cruz como un oscuro malhechor.

El suplicio de este hombre ha llenado el universo. La imagen del joven y rubio obrero, de palabra dulce, amado de las mujeres, seguido de las multitudes, no salió en mucho tiempo de la plebe y, engrandecido con el tiempo, ha concluido por alcanzar proporciones sobrehumanas.

En el momento, su muerte fue un rudo golpe para sus discípulos; entonces no contaban entre ellos ningún hombre de gran valor. El más notable, Pedro, del que Jesús había hecho un lugarteniente, era un espíritu pobre, dotado, es cierto, de alguna energía. Tuvieron, pues, que reducir su acción a una propaganda sorda: y así vegetaron hasta el día que tuvieron la suerte de reclutar un hombre enérgico, de gran capacidad.

Pablo, del que el cristianismo ha hecho un santo, contribuyó más que ningún otro a cimentar esta religión. Bien superior a Juan Bautista, a Jesús y a Pedro, con el cual parece haber vivido en rivalidad, se esforzó para condensar con un cuerpo de doctrina todas las aspiraciones confusas de los cristianos. Espíritu metódico, disciplinó el movimiento que, de social y moral se hizo poco a poco político y teológico. Esto es innegable; Jesús había fijado el centro del

---

<sup>10</sup> Gran consejo o tribunal de los judíos.

cristianismo en Jerusalem, la ciudad santa por excelencia; Pablo, al contrario, lo transporta a Roma la pagana disoluta. ¿Por qué? Porque estaba compenetrado de la idea de que es necesario combatir al enemigo en su foco. Esta era la táctica de los Aníbal y de los Scipión.

De Jesús a Pablo, había la diferencia del poeta al matemático. El primero, naturaleza poco judía, había entrevisto, como en un ensueño, el universal abrazo de todos los hombres bajo el cielo azul y hablaba de este ideal en discursos sentimentales, sin ponerse jamás en medida de realizarlo por la fuerza o por la astucia; las aptitudes políticas y guerreras le eran completamente extrañas. Amaba al pueblo, vivía de su propia existencia y no buscaba darle una dirección cualquiera. Pablo tenía las cualidades y defectos de los autoritarios; dotado de una educación esmerada, sentía cierta piedad, un tanto altiva, hacia las masas, viviendo en la más grosera ignorancia en la que tal vez confundiera a los discípulos mismos de Jesús, sobre los cuales se elevaba por la altura de su espíritu. Esto le indujo a ejercer una verdadera disciplina que debía, con el tiempo, engendrar una jerarquía completamente teocrática.

Mejor que ninguno de sus predecesores, había comprendido que el cristianismo no podía triunfar sino con la condición de generalizarse. Empezó viajes de propaganda por Asia Menor, Grecia e Italia. Como por todas partes existían gérmenes de descontento y disolución social, pudo por todas partes también reclutar adhesiones.

Los cristianos tuvieron esa superioridad sobre los judíos, de los que descendían, porque habiendo previsto una refundición del orden social, quisieron, no restringirla a un solo pueblo, sino hacerla beneficiosa a toda la humanidad. Fueron cosmopolitas en su más alto grado. Los judíos, patriotas de espíritu estrecho, se habían creado un dios nacional, terrible para los infieles; los griegos, a pesar de sus tendencias democráticas, habían erigido en principio el desprecio a cuantos no se expresaban en su lengua. Los romanos, tiranos ávidos, habían sometido al universo y no habían exceptuado de la general servidumbre sino a un pequeño número de hombres a los que habían conferido el título de ciudadanos. Los cristianos entrevieron una redención universal, y hasta cuando más tarde, bajo diversas influencias, sus ideas primitivas se hubieron alterado; cuando su ideal de emancipación terrestre se convirtió en religión, su dios quedó dios de amor, padre de todos los seres, preparador de la salvación de todos, incluso de los gentiles, es decir, de los pueblos extranjeros. Sin embargo, por virtud de esa ley de las afinidades que rige los cuerpos humanos como los átomos químicos, los griegos fueron los primeros que se mezclaron al gran movimiento reformista. Así la Judea rindió, todas florecientes, a la tierra de los filósofos, las ideas de las que ella había inoculado los gérmenes. «No hay ninguna diferencia entre el judío y el griego» había declarado Pablo (epístola a los Romanos, cap. X), afirmación que demostraba bien el internacionalismo de la nueva doctrina y su parentesco con el platonismo.

Con toda su energía, Pablo era un oportunista. Para atraerse hacia sí la masa de los propietarios, eternos amigos del orden de los gobiernos, expurgó al cristianismo de sus ideas anarquistas; al comunismo lo substituyó por la caridad, por la denigrante limosna. Temiendo sin duda, como Jesucristo, que las sublevaciones ahogadas en sangre produjeran la ruina de la nueva idea, convirtió la prudencia en orden del día. Esta prudencia, mayor cada día, vino a ser la execrable resignación que hizo soportar el yugo a los pueblos oprimidos durante diez y ocho siglos.<sup>11</sup>

Ya el cristianismo, acaparado, clasificado por los doctores, empezaba a subdividirse en sectas rivales. Era el seccionamiento de una gran corriente en multitud de corrientes secundarias: ley fundamental que rige los movimientos sociales. Esas sectas que se destruían en luchas entre

---

<sup>11</sup> «Que toda persona se someta a la potencia de los superiores; que no hay ningún poder que no venga de Dios y los que excites han sido establecidos por Dios» (San Pablo, epístola a los romanos, cap. XIII). Y en su epístola a los Efe. (cap. V) el apóstol recomienda a los esclavos la obediencia con *temor y temblando* ante los amos según la carne.

ellas, aun combatiendo al enemigo común, las encontramos bajo nombres distintos, en cada período de fermentación popular. En el siglo XVI son los Luteranos, los Zuingliens, los Anabaptistas. La revolución francesa tiene sus Girondinos, sus Montañeses, sus Hebertistas, y actualmente, marchamos hacia la revolución social a través de las disputas de los posibilistas, blanquistas y anarquistas. Mientras que la masa judía hostil a la naciente teología, pero conmovida por las ideas de las que Judá Golonita, Juan Bautista y el mismo pacífico Jesús han sido mártires, persigue por frecuentes revueltas la realización de su independencia nacional, la Iglesia romana, más reflexiva, camina por la sombra y, reclutando fieles por entre los funcionarios de César, se prepara pacientemente para el título por la conquista del poder.

En suma, los jefes del cristianismo se divorciaban de las masas. Mientras que los más sinceros, rechazando todo charlatanismo, consideran a Jesús como un ferviente amigo del pueblo, mártir de la igualdad, y la justicia, otros, para imponerse a la vulgaridad, dispuesta a creerlo todo, habían empezado la elaboración de una leyenda en la cual venían a adaptarse los antiguos mitos de Persia, las historias maravillosas del budismo, transportadas de un extremo a otro de Asia: el hijo del carpintero de Nazareth vino a ser hijo del Dios supremo y de una virgen; hace milagros, se comunica con el creador y, finalmente resucita. La revuelta se transforma así en religión y el paraíso, que el hombre hubiera podido realizar en la tierra con su libertad, queda relegado para el final de esta vida, en un cielo donde el esclavo vendrá a ser igual del César. Que esto alienta en la práctica de la virtud, dicen algunos; sí, ¡pero sobre todo es un hermoso premio a la sumisión! Según eso, Espartaco mismo hubiera sido castrado; por eso los emperadores, después de haber expulsado de Roma a los cristianos, aun revolucionarios (49 a 64 después de J. C.) los dejaron poco a poco en paz, hasta bajo Decio (249 después de J. C.). Los hombres que llegaban a enunciar como máxima: «Cuando se les pegue en la mejilla derecha, vuelvan la izquierda» y «den al César lo que es del César» les parecían, con razón, poco temibles.

No sucedía lo mismo con los de Oriente que, esperando aún que su libertador surgiera de entre ellos, se tendían difícilmente al yugo romano. Esos cristianos llamados *judaizantes*, se diferencian sólo de las sectas del mosaísmo por una moral más humana. No habiéndose abandonado, como los de Roma, a la conquista del poder, no se cohibían por ningún compromiso y se presentaban con gran dignidad de carácter. Cuando los miembros de la Iglesia romana y los de la Iglesia de Jerusalem se encontraron juntos, las disensiones no eran raras y surgían conflictos, durante los cuales el oportunismo de unos y la intransigencia de los otros se calificaban con dureza.

Y se produjo el fenómeno: las ideas nuevas, a medida que se propagaban perdieron más y más su significación primitiva. Se modificaron, por lo demás, según las costumbres y el espíritu de los pueblos que las recibían. Violentamente austeros en Judea, sutilmente filósofos en Grecia, políticos en Italia, democráticos en las Galias donde las ideas penetraron hacia el final del segundo siglo, se impregnaban por todas partes del espíritu del país. Mientras que los doctores de Atenas y Alejandría, dignos descendientes de Platón, ergotizaban sobre la naturaleza del verbo, sobre la mónada y la triada, una organización de sociedad cristiana surgía de Roma; las masas, perdiendo de vista su redención, o más bien, su realización sobre esta tierra, la aplazaban para el día siguiente al de la muerte. La revolución que debía emanciparlas tendrá a Dios mismo por autor y se llamará el juicio último; las llamas de la venganza, ya no humanas, sino celestes, consumirán a los opresores.

En todos los tiempos, el fuego fin desempeñado un papel importante en los mitos religiosos. Esta conquista, la más preciosa que pudo hacer el hombre prehistórico, dio lugar a la hermosa fábula de Prometeo entre los griegos. En los pueblos de Asia, el fuego fue considerado como el elemento incorruptible, destructor y purificador a la vez. Arma popular del débil que se venga, el fuego, en la religión nueva, vino a ser agente de la ira celeste. Hoy aun, no es sin cierto misticismo como algunos revolucionarios hablan de hogueras redentoras.

Bajo Nerón, el exceso de tiranía engendra la rebeldía en las provincias. Mientras que en Roma los descontentos roen el freno, contenido por una masa envilecida, la Judea se subleva. De los montes, de los desiertos, surge un ejército furioso. Gentes dispuestas a todo, fanáticos por la idea, feroces en la victoria, viven entre ellos en completo comunismo. «La Judea estaba poblada de ladrones» dijo el historiador Flavio José. ¡Ladrones esos hombres que combatían desesperadamente la opresión rapaz de los Césares! ¡Gentes honradas los procónsules romanos, los procuradores, los gobernadores que se enriquecían haciendo sudar oro y sangre a las provincias!

En toda la costa occidental de Asia, el pueblo se subleva; Armenia se insurrecciona y tiene fuerte contra las legiones: los funcionarios, los reyezuelos protegidos, tiemblan. Herodes Agripa es expulsado de Jerusalem a pedradas. La lucha por la independencia se entabla y dura cinco años. Esclavos fugitivos, agricultores arruinados, caballeros pártenos, nómadas del desierto, patriotas, mercenarios, sacerdotes, doctores y aventureros de toda clase, se arrojan como un torrente sobre los generales romanos. Cesenio Petus tiene que huir de Armenia; Cestio Gallo se ve obligado a levantar el sitio de Jerusalem. El oriente arde. ¿Se librará de los Césares? ¡No, por desgracia! Los pueblos no han comprendido aún la solidaridad que debe unir todos sus esfuerzos. La Grecia, por donde la insurrección se hubiera continuado con Europa, se entretiene con la metafísica y festeja a Nerón; el Egipto, acostumbrado desde tiempo a la esclavitud, no se mueve. El Occidente se ocupa sólo de las querellas de los generales que se disputan el poder: querellas aristocráticas en las que la plebe no interviene. Durante ese tiempo, Vespasiano y Tito, llegan al frente de ejércitos poderosos, circunscriben la revuelta, vencen a José Gorionida, se apoderan de Jafa, Jatapat, Gadoxa y pacifican Galilea por el hierro y por el fuego. Perseguidos hasta en lo más recóndito, exterminados sin cuartel, los defensores de la independencia, hombres, mujeres, niños y ancianos, los supervivientes, en número de un millón doscientos mil, se entierran en Jerusalem.

Tito corre a sitiar este último baluarte. Ya no son Roma y Jerusalem las que luchan: son la fuerza y la idea. Las legiones formidables que baten los muros de la ciudad santa, sienten pasar por encima de ellas efluvios sobrenaturales. Mil impresiones extrañas las sorprenden y penetran mientras que, en la ciudad, todo se arma, se agita, se exalta, se profetiza: visiones extrañas, revelaciones y milagros se multiplican alentando la resistencia de los combatientes. ¡No, el pueblo de Dios no perecerá! ¡Los descendientes de Moisés y Salomón, campeones de la religión verdadera, única y absoluta, no se doblarán delante del César, simple mortal! Contra el libro sagrado del rabino se romperá la espada del centurión.

La resistencia es ruda; por eso Tito no se contenía sólo combatiendo: envía como parlamentario al traidor José (Flavio)<sup>12</sup>, se esfuerza por corromper, adulando, prometiendo, amenazando. Ya algunos de los más ricos o de los más comprometidos vacilan: van a traicionar, pero el puñal de los intransigentes hace justicia, el pontífice Ananías es degollado y, a pesar del hambre, de la peste, nadie se atreve a hablar de rendirse.

Nada más angustioso que la agonía de esas grandes ciudades cerradas por un enemigo implacable. Los que en 1870 asistieron al sitio de París conservaron de ese momento trágico una impresión imperecedera. Y, sin embargo, si la pirotécnica moderna destruyendo masas humanas bajo una lluvia de fuego es más temible que los arietes y las catapultas antiguas, el horror de la derrota es menor: la esclavitud no hay que temerla por los vencidos, ni el asesinato implacable, salvo, no obstante, en las guerras sociales, las más encarnizadas, pero las únicas lógicas.

---

<sup>12</sup> Autor de las *Guerras de la antigüedad judaica* y vil panegirista de los Césares.

Todos los sentimientos se exaltan en esas horas de lucha suprema: el patriotismo, la fe religiosa, la solidaridad, el desprecio de la muerte, como también el instinto de conservación y el miedo: la vida se intensifica.

La defensa de Jerusalem duró siete meses. Cuando la ciudad fue tomada, de un millón doscientos mil judíos quedaban unos cien mil; fueron vendidos en el encante; sobre el emplazamiento de Jerusalem pasó al arado. El universo tembló ante la justicia del César.

La historia, prostituida, ha hecho del asesino Tito un príncipe bueno. ¿Qué crímenes de Nerón, de Calígula, de Heliogábalo pudieron jamás igualarse con ese asesinato de un pueblo?

Todo se dobló ante el imperio de la fuerza; la reacción se extendió por todo el universo. La Judea fue vendida, la Tracia seccionada, las provincias liberadas sometidas a sujeción y exprimidas «como esponjas», según la expresión de Vespasiano mismo, el templo de los judíos de Alejandría derribado, los filósofos expulsados de Roma; uno de ellos, el estoico Helvidio, asesinado.

Por un momento, la Galia septentrional, donde el druidismo lanzaba su último destello antes de extinguirse, había vacilado entre los germanos, liberadores temidos y los romanos, a los cuales parecía acostumbrarse. Después de un movimiento de rebeldía que no tuvo éxito, se resignaron bien pronto a la servidumbre. Batido por sus mismos compatriotas, el sublevado Sabino, refugiado en un subterráneo, vivió nueve años con su mujer Eponina, donde fue madre. Descubiertos al fin, fueron los dos ejecutados por orden del emperador.

Los documentos que permitirían reconstituir de un modo exacto la historia social del cristianismo desde este período hasta bajo Trajano, hacen falta. Hubo probablemente medio siglo de silencio durante el cual el cristianismo continuó infiltrándose en las masas. Los millares de judíos cautivos, traídos a Europa, esparcieron sus ideas, groseramente comentadas e interpretadas por el vulgo. Muchos de estos desgraciados fueron condenados a construir el inmenso anfiteatro del Coliseo donde los cristianos debían ser entregados a las fieras ante la mirada impasible de César.

Generalmente un pueblo disperso conquista el mundo, moralmente al menos, comunicándole sus hábitos e ideas. Mil ochocientos años después de la toma de Jerusalem cincuenta mil proscritos, huyendo de París, asaltado por un reactor, no menos feliz que Tito, debían arrojar sobre el globo entero gérmenes de la revolución social.

Las manifestaciones materiales acompañaban la evolución de las ideas: la propaganda por el hecho no data de hoy. A despecho de la excesiva prudencia recomendada por Pablo, actos individuales muy enérgicos, producían el terror en medio de un pueblo envilecido, y hacían temblar la corte imperial; desaparición de hijos de nobles, envenenamientos misteriosos, muertes que el vulgo atribuía a la magia no eran otra cosa que actos de venganza de los oprimidos. Bajo Nerón, un incendio, algo más terrible que las llamas metafísicas del juicio final, consumió una gran parte de Roma. El crimen fue imputado, no sin fundamento, a los cristianos, de los que un gran número habían perecido en los sufrimientos más espantosos; sus descendientes, convertidos en conservadores, han reputado cobardemente ese hecho de rebeldía y transformándolo en capricho del emperador, se lo han atribuido a Nerón mismo.

Bajo Trajano, manos invisibles redujeron a brasas el Panteón. Los culpables no habiendo sido descubiertos, se incriminó al fuego del cielo. Ochenta años después el mismo fuego del cielo, consumió en varias veces, el Capitolio, el palacio imperial y el templo de Vesta. Muchos debieron ver una revancha de Jehová sobre los dioses del Olimpo.

A pesar de todo, el Oriente, no obstante las espantosas sangrías, continuaba agitado, vencido pero no sometido. Más independientes que los cristianos de Italia, los que, por otra parte, no podían insubordinarse, viviendo bajo el peso del gobierno central los cristianos judaicos de África y Asia, vigilaban todos los trastornos del imperio y mantenían en incesante agitación los pueblos vecinos. Mientras que los partheos y los armenios luchaban sin tregua contra Trajano, Andrés levantó a los judíos de Cirene: esta ardiente tierra de África devora a los hombres por legiones; doscientos mil romanos y griegos son pasados a degüello, los primeros como opresores, los segundos como ayudantes de los déspotas. Todo se entrega ante ese despertar furioso del sentimiento: el Egipto, invadido, es pasado a sangre y fuego; Alejandría, saqueada; Chipre, atacada; Salamina, destruida; el mismo Trajano, el victorioso que ensordeció al mundo con el ruido de sus triunfos fue rechazado por los habitantes de Atxas.

Irritado el emperador, persiguió violentamente a los cristianos y judíos de Oriente. La distinción, cada día más acentuada que separaba a los sectarios de Moisés de los de Jesús, no impidió que la represión fuera igual para todos. Así es, por lo demás, como proceden todos los tiranos: descargando los golpes indistintamente sobre las sectas que les molestan, sin fijarse en sus disensiones.

El sucesor de Trajano, Adriano, menos soldado, más diplomático, comprendió la gravedad de la situación. Comprendió que en todos los movimientos de pueblos, esas explosiones de fanatismo, eran una inmensa revolución que se incubaba. Se dio prisa en negociar la paz con los partheos, los sármatas y los sosolanos, con objeto de disolver esa formidable coalición que su predecesor, con todas sus victorias, no había podido deshacer. Aparentes reformas fueron establecidas en beneficio de los artesanos y de los esclavos mismos, substraídos de la arbitrariedad de los amos y entregados, para los efectos de justicia, a los tribunales; las ergástulas, donde los ricos tenían en servidumbre con provecho propio a personas libres, fueron abolidas: ¡ápices de libertad que el emperador arrojaba a la plebe para desarmar su descontento!

Los cristianos de tendencias pacíficas fueron respetados, hasta acariciados; en muchas comarcas, sus patriarcas y obispos habían adquirido una influencia que hubiera podido hacerlos temibles. Pero los avances del nuevo César les enloqueció; se entregaron a la más humilde sumisión, seducidos por las promesas de Adriano que les hizo creer que iba a levantar un templo a Jesucristo. Abandonados por estos cobardes, los compañeros comprometidos en movimientos populares perecieron en medio de atroces tormentos. Así es como la reacción puede destruir a los enemigos que no ha podido vencer: oponiendo los más moderados a los más avanzados.

Una vez libre de todo temor el emperador se quitó la máscara. Tomó la resolución de purgar a Judea, definitivamente de su labor revolucionaria. Jerusalem, destruida como estaba, sirvió aún de nido a algunas familias. Adriano la hizo reconstruir con el nombre de Aelia Capitolina; el templo de Júpiter se erigió sobre el emplazamiento del de Jehová; una colonia pagana vino a expulsar a los habitantes de raza semítica.

Estos, por última vez, intentaron un gran esfuerzo. Fue la convulsión de la agonía. Toda la Judea se levantó rebelde: los nuevos habitantes de Jerusalem fueron exterminados; luego los revoltosos se nombraron un jefe. Ya no confiaban en la fe supersticiosa de un Mesías de raza real: la nación agonizante no tenía tiempo para perderlo en leyendas orgullosas; más alto que la genealogía hablaba la implacable necesidad. El generalísimo fue un plebeyo enérgico, jefe de bandidos, dicen los autores: ¿pero para los historiadores oficiales no son todos los insumisos unos bandidos? Barcoreb (hijo de la mentira) para aumentar su ascendencia sobre las masas, se hizo llamar Barcocabas (hijo de la estrella; procedimientos parecidos a los empleados por todos los profetas, le hicieron aparecer como un verdadero enviado del cielo: de una estopa metida en su boca salían humo y llamas. Bajo su impulso, los judíos, dispuestos a vencer o a

morir tuvieron fuerte durante tres años a los ejércitos imperiales. La guerra terminó con la ruina de cincuenta fortalezas, novecientos ochenta y cinco pueblos y la degollación de seiscientos mil judíos. Innumerable cantidad de ambos sexos y de todas las edades fueron vendidos al precio de los caballos en los mercados de Gaza y Terebentía. Después ya no hubo en Judea, despoblada, sino motines; frecuentes, a verdad decir, pero bien pronto reprimidos.

Esta catástrofe contribuyó, más que todo, al impulso místico que transformó definitivamente el cristianismo en religión; porque en la desgracia es sobre todo donde toman cuerpo la fe y la esperanza. La verdadera Jerusalem considerada por los fieles como la ciudad por excelencia (Atenas, Roma, Constantinopla, Londres, París han tenido una tras otra este papel histórica), no existiendo ya, se forjaron una Jerusalem celeste, ciudad de dicha y de igualdad en la que, después de la muerte, habitarían los justos.

La Iglesia de Roma se engrandeció por la caída de su hermana rival. «Entonces se vio, dice Ch. Paya<sup>13</sup> producirse un singular fenómeno. La Iglesia más antigua, la madre de todas las otras, la que se había mantenido más fiel a la tradición de los primeros apóstoles, discípulos de Jesucristo, la Iglesia que había sido constantemente gobernada por una sucesión de obispos de la familia misma de Jesús; la Iglesia de Jerusalem, en una palabra, debilitada por los acontecimientos, fue declarada herética, y su afortunada rival, la Iglesia romana, pudo establecer sobre sus ruinas, la base de su futura dominación».

## **CAPÍTULO III**

### **LA DECADENCIA**

Roma estaba en plena decadencia moral. La ciudad formidable que había dominado al mundo moría por su victoria.

Toda la sociedad antigua se había basado sobre la esclavitud, sumisión del hombre más provechosa que la ciega inmolación de los prisioneros de guerra y que la antropofagia de las edades prehistóricas. Esa explotación del débil por el fuerte ha cambiado muchas veces de nombre y de forma, se ha limitado más o menos, se ha atenuado, pero no ha desaparecido: el asalariado actual no es otra cosa que un esclavo.

Las pequeñas repúblicas de Grecia habían contado por término medio un hombre libre sobre diez esclavos. La suerte de estos últimos era relativamente soportable: el ateniense, entregado a las especulaciones filosóficas o a las disputas ociosas de la Ágora, era un amo poco exigente; consumía poco: el vino, el aceite, el trigo, la miel, la leche y la carne de sus rebaños le eran más que suficientes. En Esparta, donde las costumbres eran más malas, el ilota tenía que sufrir, por el carácter de sus amos, mucho más que por el trabajo excesivo. Se puede afirmar, en suma, que materialmente, los esclavos griegos, hecha excepción de los condenados a los rudos trabajos de las minas, no eran mucho más desgraciados que los proletarios actuales.

En Roma no fue lo mismo. Cada opulento patricio poseía, no una decena, sino miles de miserables sometidos a los trabajos más aplastantes y privados de todo derecho humano. La opresión, de la que los plebeyos se habían emancipado a la larga, aplastaba inexorablemente a los vencidos y a su desgraciada posteridad.

---

<sup>13</sup> *De L'irigine de la Papauté*, por Ch. Paya (Paris, 1860).



Este orden de cosas producía la holganza, no sólo de los ricos, sino que también de todo el pueblo libre, acostumbrado a vivir de las larguezas de sus amos. De los que se captaban así su favor. Los peores tiranos, los Calígula y los Nerón se habían creado y mantenido así una gran popularidad.

El lujo, la ociosidad y el desenfreno, habían adquirido proporciones extraordinarias; la gran ciudad se había convertido en un inmenso lupanar donde los hombres buscaban a los hombres y las mujeres se buscaban entre sí; el extenuado, el impotente, no teniendo más que una ocupación, un solo deseo; inventar refinamientos desconocidos.

La conquista de Grecia y del Asia Menor había producido un desbordamiento de sexualismo desenfrenado. Los legionarios, tan rudos a su partida, habían vuelto podridos moral y físicamente. El mal estaba hecho: un virus extraño circulaba definitivamente por su sangre; las muelles languideces de Lesbos se manifestaban en pleno día en el Foro; las matronas romanas hacían castrar a sus jóvenes servidores, para gozar sin temor a quedarse en cinta. César era el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos.

Así es como la familia romana, tan fuertemente constituida al principio, iba a disolverse para dejar su puesto a la familia cristiana, en la que la autoridad paternal y marital debía atemperarse, en los primeros tiempos al menos, por una moral desconocida del paganismo.

Dirijamos una mirada sobre esa multitud abigarrada que circula por el Foro. Jóvenes abogados, se pasean vestidos con ligeras túnicas, bajo las cuales se dibujan sus formas, rodeadas de pequeños grupos y declamando con inflexiones musicales. Parecen cortesanas exhibiendo sus encantos. Antes, para hacerse conocer, atacaban con estudiada virulencia, a los magistrados que cesaban en sus cargos, todos más o menos concusionarios. El proceso de Verres había hecho la fortuna política de Cicerón y enseñaba a los ambiciosos el camino que debían seguir. Nuestros abogados modernos, aspirantes a funcionarios públicos no obran de otro modo. Pero, cuando el poder imperial se hubo consolidado, fue peligroso elevar la voz, la toga se inclinó servilmente ante la espada y los jóvenes que antes dirigían arengas, buscaron luego en la corrupción general el medio más seguro de triunfar.

¿Qué grupo de hombres es ese que discute con ardor? Son mercaderes, esclavos o libertos la mayor parte, pues el comercio es desdeñado por los ciudadanos libres, en Roma, al menos; en las provincias es diferente: se puede robar cómodamente. ¿Y el motivo de la querrela? Se trata de saber si el rodaballo, acerca de cuya cocción Domiciano acaba de consultar al Senado, ha sido realmente metido en la salsa picante. Se animan, las injurias crecen, van a venir a las manos, cuando un hombre de lengua barba blanca abre el círculo, hace que le expliquen las diferencias y pronuncia majestuosamente algunas sentencias sobre la sabiduría antigua. Y todos los que disputan se unen repentinamente para insultar al filósofo.

Hombres taciturnos pasan rápidamente como sombras. A veces atraviesan los grupos, se retienen, parten; son los delatores. Roma, erigiendo con su mano fuerte al Estado todopoderoso, ha creado al mismo tiempo este organismo oscuro, sucio, pero indispensable a todo gobierno; la policía secreta. Ella ha regalado el espionaje convirtiéndolo en un servicio administrativo.

Guerreros bárbaros, perfectamente incorporados en las legiones pasean su aspecto atlético y su cara asustada. Muchachos burlones los siguen piando como pájaros, mientras que mujeres, de pálidos y distinguidos rasgos, patricias disimulando su rango bajo vestidos modestos, los desnudan con los ojos. ¡Qué diferencia con sus maridos impotentes, sus miembros lacios, su virilidad extinguida! A imitación de la emperatriz Mesalina, las nobles damas recorren Roma bajo el disimulo de modestos vestidos, ávidas de fortalecer con brutales amores.

Pero las gentes abren paso con respeto. ¿Qué litera es esa tintada de púrpura que llevan vigorosos esclavos etíopes? Es la del liberto Crisipo; hace seis meses, era todavía un esclavo, y su espalda conserva aún las huellas de los azotes, pero su espíritu sutil y atrevido le ha favorecido; su amo ha sabido reconocer sus buenos servicios de toda clase: hoy es libre y posee una riqueza de millones de sestercios. A su lado, Livia, la hermosa cortesana que arruina jóvenes y viejos, senadores y libertos, está tendida muellemente sobre almohadas de seda rodeada de rosas. Va desnuda; su espléndido impudor emerge así en medio de flores. Perlas con reflejos extraños le forman una diadema bajo la cual cae su largo cabello negro. Sus miembros, que los baños de leche han hecho de una blancor nacarina, están adornados con gruesos anillos de oro macizo, único aderezo que la afecta.

Las horas pasan y la masa humana que circula por la gran plaza no disminuye. Es que la Roma imperial cuenta cuatro millones de habitantes. Pero, repentinamente se produce un gran movimiento entre la multitud. ¿Hacia dónde corren? De las calles vecinas afluyen nuevas masas: se aprietan, se empujan, se injurian; voces agudas de mujer dominan el tumulto; los carros se abren paso por entre la muchedumbre. Pasan junto a la estatua de Nerón fundida en bronce, alta de ciento veinte pies, y la ola humana, que aumenta por instantes, se detiene ante las puertas de un circo inmenso: el Coliseo.

Ese círculo gigantesco mide mil seiscientos ochenta y un pie de circunferencia y ciento cincuenta y siete de altura. Cien mil espectadores entran por numerosas puertas: los cuatro pisos se llenan instantáneamente. Mientras el espectáculo empieza todas las miradas se dirigen hacia el *pulvinar*, punto donde se eleva el palco del emperador. César está allí, pálido y distraído, su sonrisa cruel crispera sus labios. A su alrededor vigila una guardia inmóvil de soldados germanos con largos cabellos rubios que caen ondulantes bajo sus cascos de bronce.

En la sala una ola humana de la que salen murmullos, rumores y vociferaciones; tipos de todas clases agitan sus cabezas, levantan sus brazos, lo mismo el italiano de robustos miembros, el griego de fino perfil, el africano de cutis atezado que el sirio de nariz curvada. En lo alto, sobresaliendo de las gradas, en los palcos tapizados de oro y púrpura, está la flor y nata de la nobleza: caballeros, senadores, centuriones, largas togas y armas centelleantes. De aquí y de allá, desnudeces ideales se destacan por su blancura de armiño sobre el rojo sombrío de la sala.

El espectáculo empieza: sobre la arena desfila un grupo de hombres arrojados a la muerte y que, prosternados ante el palco imperial entonan el triste coro de los mártires: «César, los que van a morir te saludan». Esos hombres son cristianos, filósofos críticos o esclavos rebeldes: su agonía distraerá la ociosidad del pueblo-rey. Por una puerta verja, repentinamente abierta salen leones irritados por el aguijón del beluario. La luz les ciega: se detienen un momento, parece que vacilan; luego, de repente saltan furiosos sobre la presa viva. Durante algunos instantes aquello es un furioso remolino de polvo en medio del cual aparecen cuerpos de hombres y de fiera mezclados en un espantoso haz. Gritos de agonía, imprecaciones, rugidos sonoros, a los que responde como un trueno, los aplausos de cien mil espectadores. Luego la nube de polvo se deshace y aparecen los leones tranquilos, acurrucados sobre la arena, triturando con sus poderosas mandíbulas cadáveres informes.

Entonces aparece el beluario: con la pica y el látigo, hace entrar las fieras en el subterráneo, rugiendo por abandonar la comida empezada. Los barrenderos retiran con ganchos las piltrafas humanas y echan una ligera capa de arena fresca sobre el suelo empapado de sangre. Un nuevo espectáculo se apresta.

Parejas de gladiadores hacen su entrada por dos puertas opuestas, los unos cubiertos con un casco de visera remachada, armados de fuertes espadas de dos filos; los otros desnudos hasta

los muslos, blandiendo un tridente de siete pies y llevando sobre la espalda una larga red de cuyo extremo penden balas de plomo.

Los adversarios se miran y se lanzan a la pelea. De repente, uno de ellos, arroja diestramente su red, envuelve a su enemigo y, tomando aliento le arrastra con toda velocidad sobre la arena. Repetidas aclamaciones saludan tan certero golpe: César mismo se digna sonreír al hábil combatiente. En vano, el gladiador prisionero, se agita y se esfuerza para cortar con su espada la red que le detiene. Con bruscas sacudidas su adversario le aturde, le rinde, le hace perder el sentido; luego salta sobre él. El vencedor esgrime su tridente, con rápida mirada interroga a la multitud. Todas las manos están bajas con el pulgar por debajo: es signo encantador que quiere decir: «¡mátalo!» El tridente se hunde en el cuello del vencido de donde sale un largo chorro de sangre, y mientras el agonizante se agita en convulsiones el público se ensordece gritando: «¡bravo!»

Las otras parejas continúan el combate; tan pronto es una espada la que rompiendo una red hiende un cráneo, como una red la que triunfa sobre la espada. A cada victoria del pueblo aplaude; a cada mirada del vencedor contesta por medio de su pulgar «mátenlos». Y sólo cuando en el circo quedan unos cuantos combatientes humeantes de sudor, es cuando los espectadores cogidos por súbito cambio, levantan la mano y con el pulgar subido hacen la señal de paz.

Entonces una multitud de marinos invade la escena. En su abrir y cerrar de ojos, las huellas de lucha desaparecen: una arenilla negra, mezclada con polvo de oro recubre el circo, y un bosquecillo artificial surge como por encanto.

Una música penetrante y melodiosa deja sentir sus dulces acordes: una fila de hombres vestidos con largas túnicas blancas y llevando en la mano liras de marfil avanza lentamente. Con ritmo grave al principio, precipitado luego, que extraña y turba los sentidos, cantan a una diosa que preside extraordinarios amores. Luego, tres enanos, grotescamente ataviados y llevando un timbal cada uno, hacen su aparición precediendo a una tropa de bailarinas tiriacas, cortamente vestidas con una ligera gasa; los músicos desaparecen detrás de ellas y, mientras que liras y timbales tocan un aire licencioso que el público corea, las bailarinas se lanzan en una danza vertiginosa. Las ropas se agitan, las cabelleras se desatan; las parejas se abrazan y entrelazan, locas de enibrante lujuria: Gomorra y Lesbos triunfan en la escena en medio de los aplausos de una multitud tan dispada como cruel, ávida de sensaciones violentas.

Pero el sol poniente lanza sus últimos rayos. La duración del espectáculo ha causado a los asistentes, enervados por emociones distintas, hábilmente combinadas, las necesidades físicas se dejan sentir, y mientras que los noctámbulos dormitan, mecidos por eróticas visiones y los hambrientos se comen una fruta o un pastel, las matronas lánguidas y viejos patricios acarician públicamente sus pajes y sirvientes, el espectáculo termina con una espléndida apoteosis de carne desnuda. Despojadas de sus ligeros velos, las bailarinas se presentan como otras tantas Venus y, mientras los timbales redoblan y las liras lanzan sus notas más agudas, un delirante espasmo se comunica a la muchedumbre.

Luego la fiesta ha terminado: el circo inmenso vomita la multitud. Los ociosos siguen el camino del Foro, los negociantes vuelven a sus oficinas, los patricios a sus palacios; los *parásitos*, pobres gentes que tendrán que ganar su cena por la fuerza de su verbo, van a rodar alrededor de las ricas viviendas, mientras que desenfrenados, pajes y cortesanas, van a prepararse con un corto reposo para las orgías de la Roma nocturna.

-----  
¿Y ahora?

En nuestros días las costumbres de la decadencia latina reaparecen en las viejas naciones europeas. «¡Occidente podrido!» exclaman a veces los esclavos, contemplando meditados, las carnicerías tauromáquicas, las luchas de la ruleta, las carreras de Longchamps y de Epsom donde triunfa el bookmaker, en donde el pequeño empleado convencido de que el trabajo no le producirá la fortuna, expone sus economías y en donde las multitudes delirantes aclaman los gloriosos vencedores, Bayard, Vasistas, Corazón de León.

El caballo se ha convertido en un dios; sin embargo, cosa extraña, entre estas multitudes que idolatran a un general por el color de su corcel, y haciendo a un jockey funerales nacionales, se encuentran moralistas eruditos que blasfeman del emperador Calígula por haber nombrado cónsul a su caballo.

Nos hemos hecho sentimentales: la tortura ha sido abolida; sólo algunos sabios reclaman, en interés de la humanidad, que les sean entregados los criminales para que sirvan vivos a sus doctas experiencias. Los enemigos del poder no son ya entregados a los leones: se contentan con fusilarlos cuando son proletarios y mandándolos a la cárcel cuando se trata de burgueses.

Los combates de gladiadores han desaparecido, pero la acerba lucha por la vida se extiende por todas partes: la sangre, sólo raramente en los duelos, produce su sucia mancha; la civilización moderna, más refinada, mata lentamente.

Aquéllos cuya felicidad es producto de millares de miserias, pueden ver a sus víctimas debatirse en los espasmos de espantosa agonía: los días sin pan, las noches sin abrigo, los inviernos sin fuego, sin hogar, sin vestidos ¿no equivalen a los golpes de espada o tridente del circo?

Periódicos selectos que nunca hallan bastantes injurias para los revolucionarios enemigos de la familia, publican, mediante estipendio, correspondencias de este género:

«Mujer joven, casada, extranjera, guapa, con algunas deudas, desea conocer un señor rico, serio que le ayude; 40 a 60 años. Escribir, etc.»

«Mujer de sociedad, viuda, de 33 años, distinguida de formas admirables, teniendo una hija muy hermosa, busca un amigo rico, distinguido, que le ayude a facilitar carrera teatral a su hija, llamada a gran éxito por su belleza...»

En esta carrera tras del de las veinticinco pesetas, los restos de las viejas familias no se quedan a la zaga.

«Señor francés, 60 años, gran nombre, noble, se casaría con dama rica; reconocería hijo...»

«Se salvaría la vida de joven oficial, noble, prestándole 10.000 pesetas».

La vanidad vulgar no pierde ocasión para exhibirse.

¿Quién puede hacer obtener a un joven, profesión liberal, distinción honorífica.

«Un señor de antigua familia burguesa, ruega al conde de San J... de reconstituir según documento que él le ha enviado, su árbol genealógico...»

Las querellas de lesbios y los altos hechos de los pederastas se celebran en verso y prosa.

He aquí una muestra de la prosa:

«La *Goulue* molestada por la *Môme Fromage*.

»Se nos han contado cosas sorprendentes sobre las relaciones de la Goulue y de la Môme Fromage. Parece ser que esta última es ferozmente celosa y que hace a la Goulue la vida absolutamente intolerable. Las cosas han adquirido sus caracteres tan agudos que la Goulue tiembla ante la sola mirada de la Môme y que no se atreve a mirar frente a frente a su antigua amiga, la morena Susana que es, no obstante, una de las más gentiles mozuelas de Montmartre».

«Señor muy guapo, elegante, amable, solicita de hombre de mundo servicio urgente...»

He aquí una muestra en verso:

«Pintado, empolvado, rizado, la chaquetilla corta,  
las nalgas prominentes redondos como un domo  
elegante y rubito como paje de corte  
Gontran siempre está presto a ir a Sodoma».

Las familias soberanas rodeadas siempre del mismo ambiente, concluyen, en orgías principescas, por viciar su sangre, ya empobrecida, y, más que toda otra clase de gente son presa de las enfermedades *fin de siglo*.

Las aventuras de un príncipe de Gales, corrompiendo menores, han arrancado un grito de indignación al mundo entero; pero nada más: el presidio no existe para las clases directoras. El príncipe Federico Carlos, el más brillante de los generales alemanes, borracho como Augusto II y pederasta como Federico el Grande (¡virtudes reales!) murió víctima de un drama conyugal que se han esforzado en ocultar. En Baviera, la casa real, toda entera está loca. Desde el estulto Luis, que hacía construir teatros donde se representaban óperas para él sólo, hasta el demente Othon que anda a cuatro pies, aullando y mordiendo o remedando a las fieras.

En Austria, un príncipe de la sangre pierde la razón en peripecias que cuestan la vida a mujeres públicas. Él mismo, recientemente casado, obliga a su mujer a exhibirse desnuda sobre un diván de raso negro ante la mirada de sus amigos. Un diputado que levanta su voz sobre ese hecho, es apaleado por orden del príncipe.

La moral oficial ha proscrito las grandes orgías de la carne, pero la prostitución está en todas partes...

Arriba, en esa aristocracia dorada, viciosa y neurótica, que compra sensaciones a un precio loco, no hay más que un ideal, un fin: gozar. Abajo, en la masa miserable a la que la explotación capitalista somete, no hay otra perspectiva que la cárcel para los hombres y el lupanar para las mujeres... sin son hermosas. En medio, el mundo burgués, para el que la vida entera es una teneduría de libros sin otro principio moral que vender a buen precio, se vende, con su conciencia, el cuerpo de sus mujeres y familias. Y alrededor, en esa multitud de irregulares que ponen sitio a la sociedad, sólo se hallan desaprensivos y bohemios, seres con apetitos violentos, pasiones fuertes y espíritu agudo, que, en otro ambiente, podrían llegar a ser héroes o genios, pero que, cogidos por el engranaje funesto en un mundo donde todo se vende, trafican con lo que tienen.

Por otra parte, ¿quién afirma que las exhibiciones en esas danzas de gran espectáculo donde las gasas transparentes, los tejidos color de carne que acusan más bien que velan las formas excitantes, sean más castas que las apoteosis romanas? El desnudo es más sabiamente obsceno; la hoja de parra es la maestra del jesuitismo sádico.

Todas las tardes cuando las luces de gas y electricidad surgen a millares de la densa sombra, mientras que legiones de *busconas* hambrientas bajan desde las alturas de Montmartre y de

Belleville, una alegre multitud invade el Edén, el Moulin-Rouge o el Jardín de París. Desde el Gato Negro hasta Bullier, todos los *restaurants* de noche se toman por asalto.

Es la *high-life* que se divierte.

Los que hacen de la cena su principal comida, hombres o mujeres, heteras, mundanas alegres, estudiantes disolutos que serán más tarde graves magistrados, nobles dementes, vividores, con el monóculo ante el ojo, la gardenia den el ojal de la chaqueta, van a embriagarse con la música de Metra, contemplando los efectos coreográficos de Nana la Saltamontes o del *Grille d'Egout*. Piernas al aire, corsés desabrochados, ondas de bordados saliendo de ropas levantadas, abandonos expresivos, mímica de soberbio impudor; de vez en cuando el cebo excitante de una pequeña florista de diez años arrojada a los Celadores impúdicos que las aventuras del príncipe de Gales ha hecho soñadores: ¡qué fin de reinado para la clase burguesa!

## CAPÍTULO IV

### EL CRISTIANISMO EPISCOPAL Y EL CRISTIANISMO POPULAR. LA BAGAUDIA

La primera fase del cristianismo habiéndose desenvuelto en Judea, había sido revolucionaria; la segunda fase fue principalmente teológica. Aunque impregnando la sociedad pagana y sus vicios, los obispos se complacieron ergoteando sobre textos dudosos, elucubrando sistemas, creando jerarquías. Las Iglesias, al principio representadas por grupos de propagandistas abnegados viviendo en la más estricta igualdad, se convirtieron luego en focos de intrigas y de locuras contagiosas. Las palabras *pastor*, *diácono* y *obispo*, que habían servido antes para designar simples administradores de comunidad, cambiaron poco a poco de sentido. La limosna había reemplazado al comunismo y se produjo la reversión que aún perdura: las limosnas no fueron distribuidas, sino pedidas al pueblo. Numerosos obispos y diáconos, apropiándose las cantidades destinadas a los pobres, prestaban con usura; otros, errantes por las provincias las recorrían, no como oscuros propagandistas, sino como holgazanes dispendiosos, exhibiendo su lujo y haciéndose mantener ricamente por sus correligionarios.

Fatalmente, las dos sociedades, pagana y cristiana se compenetraban, perdiendo su propio color cada una de ellas: un principio de fusión se elevaba. El paganismo había exaltado hasta el delirio el culto de la carne; los primeros cristianos, asustados ante el desbordamiento de sensualismo donde parecía hundirse la inteligencia y la dignidad humanas, habían, por espíritu de oposición, predicado el pudor, la continencia, la indisolubilidad del matrimonio; y las alianzas con los gentiles habían sido soberanamente proscritas. Ese rigorismo se abandonó; los obispos convertidos en personajes<sup>14</sup>, no se ocuparon no ya sino de vivir bien; mientras que las ideas de igualdad y de reforma social subsistían aún entre las masas cristianas, los jefes de estas masas se abandonaban ya a sus ensueños de ambición.

Ese retroceso en las ideas y en los actos es un fenómeno que se produce a la proximidad de las conmociones sociales entregadas en lenta evolución. El estudio incesante del fin adonde ha de llegarse y los medios que para ello se deben emplear ha matado, o por lo menos entibiado el

---

<sup>14</sup> San Jerónimo afirma que la igualdad positiva entre el sacerdote y el obispo existía entre los primeros cristianos (idem est ergo presbyter qui episcopus).

ardor primitivo: el movimiento se ha ensanchado pero ha perdido su violencia. En el siglo XVI, la Reforma, democrática al principio, se convirtió bien pronto en reaccionaria y aristocrática. Después de un siglo de luchas y de estudios, la mayor parte de los socialistas, hasta los revolucionarios de hoy, son más moderados que Babæuf en 1796.

En el siglo II, los jefes de la Iglesia cristiana, se nos aparecen como simples reformistas, alejándose más cada día de toda lucha abierta contra la sociedad romana que destruía al hombre en sus mil engranajes. Se hundían más cada día en el ergoteamiento metafísico, en las sutilidades de escuela, y el resultado eran interminables disputas. Todas las sociedades secretas han tenido sus ceremonias de iniciación; al terminar nuestro siglo XIX, la francmasonería no se ha despojado aún de sus ridículas pruebas. El bautismo, considerado bajo diversos nombres, ya en la antigüedad, como un símbolo de purificación, se convirtió en el principal rito de la religión cristiana. A propósito del ceremonial que se debía usar, se entabló un litigio, en el que el obispo de Roma, Esteban, aprovechó para imponer su supremacía a sus colegas (250).

Hasta allí no había existido el papado Juan Bautista y Jesús, oradores populares, el primero con violencia y el segundo con finura, habían atacado toda jerarquía religiosa. Bajo los impulsos de Pablo, grupos de fieles se habían constituido, pero la organización fue democrática. Elegidos por el pueblo, al que se consultaba en todas las cuestiones graves, los obispos no tuvieron, durante mucho tiempo más que una función administrativa. Poco a poco eliminaron el elemento plebeyo; las discusiones teológicas les sirvieron a maravilla para separarse de una multitud demasiado materialista para comprender las abstracciones. La metafísica ha sido siempre el enemigo temible que, tomando todas las formas, religiosa, filosófica y estadista, ha hecho abortar todas las revueltas populares, substituyendo un mundo ficticio por un mundo real, haciendo abandonar la presa por su sombra.

El papado debía tardar aún varios siglos en constituirse, y erigirse en derecho inmutable la sola deferencia testimoniada a la Iglesia fundada por Pablo en la capital del mundo. *Pappas*, palabra que ha convertido en papa, es en griego una expresión afectuosa que responde a nuestro *papá*. Dada primitivamente a las personas ancianas, luego a los obispos que se quería honrar, sólo en el siglo IV se aplicó de un modo especial al obispo romano, mientras que en la Iglesia griega, más fiel a las antiguas costumbres, sirve para denominar a los simples sacerdotes.

¿Qué hacía el pueblo en medio de las ambiciosas agitaciones del alto clero? El pueblo oprimido por los Césares, atropellado por los gobernadores de provincias, consolado alguna vez por los humildes misioneros, ignorantes de las discusiones teológicas, o por nobles heréticos que se esforzaban para volver al cristianismo a su vía primitiva, hacía lo que podía. Por otra parte era fácil ver que, a pesar de sus triunfos prodigiosos y su aparente prosperidad, el imperio romano empezaba a disolverse corroído por una terrible llaga: la esclavitud.

Algunos panegiristas han alabado la *paz romana*, pero esa paz es peor que la muerte. Además, cesaba en los funcionarios, los que tenían las legiones siempre preparadas para contener los centros de rebeldía: Bretones, Germanos, Sármatos, Dacios, Partheos, Arabes y Africanos. Estos bárbaros que tenían ante su vista el triste cuadro de las naciones sumitas, estaban decididos a todo antes que sufrir una suerte tan miserable.

El espectáculo que presentaba el interior del imperio bajo su manto de engañosa felicidad, era lamentable. Para atender al esplendor de los Césares, a la holgazanería del pueblo-rey, a la multiplicidad de funcionarios, al mantenimiento de los engranajes del Estado, tan complejos, tan ingeniosamente combinados ¿qué colosal ingreso no se necesitaba? La industria, en su acepción moderna, no existía; Roma recibía de países lejanos, con grandes gastos, principalmente de Oriente, los objetos de lujo: sederías, telas, piedras preciosas, marfil, alabastro, porcelana, ámbar, aromas. La importación enorme, la exportación nula. La

agricultura, tan desarrollada en otro tiempo en Italia, no existía ya. Arruinados por las antiguas guerras, sangrados por el fisco, aplastados por los grandes propietarios de la tierra, cuyos dominios abarcaban provincias enteras, los pequeños agricultores habían ido desapareciendo poco a poco. Los que no podían pagar el impuesto, cada vez mayor, abandonaban su patrimonio al Estado o se vendían voluntariamente como esclavos. Nada de clases medias, nada de colonos libres... ¡Ah!, ese nombre de colono, que en otro tiempo designaba al alegre labrador, dueño de su tierra y de su persona, servirá, durante largos siglos para calificar al miserable entre los miserables, aferrado a la gleba, sumiso casi siempre, no a un hombre accesible a la piedad, sino a ese amo impersonal, el Estado; amo ciego y feroz, cuya misión fatal ha de cumplir. Nada más que un puñado de opulentos patricios y muchedumbres inmensas de esclavos trabajando y muriendo sobre los *latibundia*. Lo mismo vemos en nuestros días a todos los medio burgueses, pequeños industriales o comerciantes, tenderos, agricultores, debatirse en horrible agonía bajo el peso de los ricos competidores y, arruinados por la centralización de los capitales, caer poco a poco en la servidumbre proletaria.

La analogía se repite: el aplastamiento de la pequeña industria por la grande, ha producido en nuestros días la depreciación de la mano de obra y puesto en circulación objetos mediocres. En la sociedad romana la necesidad de llevar brazos a la agricultura hizo, más que nunca, erigir la guerra en sistema, único medio que podía procurar esclavos. Los pertenecientes a las sociedades civilizadas, gentes delicadas: Griegos, Sirios, Cartagineses, empleados en los rudos trabajos de los campos, atropellados, confundidos por los malos tratos, perecieron. Se les reemplazó por otros esclavos, bárbaros sacados de los bosques, que no supieron más que imitar torpemente los modelos dejados por sus predecesores. De imitación en imitación, todos los objetos de arte y de buen gusto fueron cada día más groseros.

Todo se encareció. Los soldados, obligados a pagar sus alimentos y equipos con un sueldo módico, saquearon las provincias, hicieron y deshicieron emperadores. Estos, al fin, tuvieron que encargarse de atender al mantenimiento del ejército.

En España, como en Galia, como en Italia, la tierra se hizo estéril; los cultivos abandonados se convirtieron en bosques. Por los trabajos excesivos infligidos a los esclavos, la huída de los que querían substraer alguna fortuna de la rapacidad del Estado y la negativa de los más desgraciados a procrear nuevos seres condenados a la miseria, determinó un espantoso descenso de población. Se impusieron terribles penas contra el celibato, pero fueron inútiles.

Los historiadores han cantado los beneficios de la conquista romana en la Galia. Gracias a ella el suelo fue cultivado, vías de comunicación unieron las provincias, en las ciudades se abrieron escuelas: sí, pero la condición del pueblo fue inaguantable. La antigua sociedad céltica, en la que un lazo de solidaridad unía todos los miembros del mismo clan, tuvo que desaparecer. Bajo la tutela severa de la administración romana, una inmensa red envolvió a toda la Galia, aprisionando en sus mallas de acero a cazadores, pastores, labradores, artesanos, ribereños, fijando en la tierra todos esos nómadas independientes: así empezó la servidumbre de la gleba. El vencido fue, no apabullado, sino devorado vivo por los impuestos: capitulación terránea, capitulación humana, derecho sobre la sucesión, tasa comercial, tasa de los mercados, impuesto sobre la sal, tributo militar, repartos vecinales, depósitos en especies. Los municipios, encargados de sus gastos y bajo la responsabilidad de cubrir el impuesto del gobierno, se convirtieron en engranajes del poder central, destinados a aplastar las poblaciones para extraerles hasta la última gota de sangre. Los curiales, magistrados de la ciudad, los únicos que, en medio del empobrecimiento general, hubieron conservado un patrimonio, fueron declarados *esclavos* del Estado, respondiendo personalmente del déficit; la ley, ante su resistencia, tuvo que atarlos forzosamente a su silla curial. Tal fue ese régimen municipal, tan admirado por nuestros modernos comunistas. Cuántos republicanos y hasta socialistas no vemos hoy sacrificar al individuo, único ser real viviendo, pensando, y sufriendo a ese otro ser ficticio, la comuna o el Estado.



Ninguna institución local fue respetada por los vencidos. Por todas partes, Roma apareció con sus dioses, sus leyes y sus funcionarios. El gramático reemplazó al druida, el retórico suplantó al bardo.

La misma opresión pesó sobre España y las islas Británicas reunidas administrativamente a la Galia bajo la autoridad del prefecto del pretorio, residente en Treves. Y detrás de los prefectos vicarios<sup>15</sup> y gobernadores, pululaba una multitud de escribas, contadores y empleados espléndidamente mantenidos por las provincias.

Roma había llevado a un grado indescriptible la omnipotencia del Estado. Los republicanos anteriores, por una traición corriente en los partidos de oposición, contribuyeron más que nadie a aumentar esa tiranía. Los filósofos, y sobre todo los estoicos, ascendientes de nuestros modernos jacobinos, habían formado, bajo los Césares, una secta paralela al cristianismo, combatiendo abiertamente al poder. Espíritus fríos y metódicos, sectarios sin entusiasmo, proclamaban el culto de la república; muchos de ellos celebraban la fiesta onomástica de Bruto y de Casius. Esta actitud duró hasta bajo Nerva y Adriano. Estos emperadores habiéndolos llamado a su lado, toda la hostilidad desapareció. Muy versados en esa pedantesca ciencia del derecho, compuestas de fórmulas y axiomas, se ampararon de la dirección civil y administrativa; entonces su rigorismo se volvió contra la masa, más miserable bajo ese rigorismo reglamentado que cuando fue entregada a la arbitrariedad de un Nerón.

Esos irreconciliables de la víspera sentaron como principio que el pueblo había concedido, por una ley, todos sus derechos y poderes al emperador. En virtud de esa ficción todo cuanto quiso César tuvo fuerza de ley. Así es como se encadenan los hombres en nombre de un contrato social que ellos no han convenido ni siquiera conocido.

Bajo Claudio, el título de ciudadano romano fue dado a los galos; bajo Caracalla (211), este título se otorgó a todos los habitantes del imperio; pero este título, antes tan envidiado, era ya irrisorio desde que el ciudadano romano pasó a ser su persona y sus bienes, propiedad del emperador: eso no era otra cosa que la regularización oficial de la servidumbre.

Así aumentaba al mismo tiempo la miseria, la despoblación y la tiranía centralizadora. Asustado ante la decadencia de la industria, Adriano había restablecido las heterías, corporaciones de artes y oficios, suprimidas por su antecesor, como suspectas de oposición al poder. Pero en eso, como en lo demás, la pesada tutela del poder lo ahogaba todo: la iniciativa y la vida. El mismo emperador había ordenado que se quemaran en Roma los registros de lo debido al fisco desde hacía diez y seis años. ¡Hermosa largueza! El pueblo no estaba en estado de pagar y las rapiñas arrebatadas en el exterior servían para llenar el déficit.

Hacia el final del segundo siglo,<sup>16</sup> el cristianismo salvaba los Alpes, aparecía en la Galia. Entre la plebe se propagó rápidamente: los artesanos, los labradores arruinados y los esclavos, lo abrazaron en seguida, viendo unos en él el alivio de sus males en un mundo mejor, y otros la redención en esta vida misma: estos últimos eran más numerosos. Más tarde, el cristianismo fue adoptado por los filósofos, y después aun por los políticos ambiciosos, pero su principio en la Galia fue puramente democrático y revolucionario.

La mejor prueba, es que el ecléctico Marco Aurelio, que había sentado con él la filosofía sobre el trono, que protegía indistintamente a los discípulos de Platón, de Epicuro y de Epicteto, que tuvo por todas las religiones una deferencia sin límites persiguió violentamente el cristianismo. En la región del sur, donde por ser más desgraciado se había acogido favorablemente una doctrina que evocaba las ideas de igualdad natural entre los hombres, la sangre corrió a

---

<sup>15</sup> Los vicarios o viceprefectos fueron creados en el siglo III por Diocleciano.

<sup>16</sup> Del primero según la Iglesia, del tercero según Gregoire de Tours, que parece estar más en lo cierto.

torrentes. En Lyon, Vienne y Autún, se cometieron atrocidades en nombre del orden, del gobierno y de la religión oficial. Mientras que el terror multiplicaba las delaciones, la energía y abnegación de los mártires fue por todas partes admirable.

La autoridad ha querido siempre cometer públicamente sus sangrientas represiones con objeto de infundir a las masas un salutar terror. Los circos se convirtieron en la gran arma de la bravura cristiana. Se descuartizó, se quemó, se colgó a los condenados, se les entregó a las bestias feroces, ante un público más feroz aun, ávido de espectáculos y estremeciéndose como prostituido ante la fuerza, por ser incapaz de comprender la idea. ¿Esa multitud no es siempre la misma al través de las edades, aplaudiendo los autos de fe, la noche de San Bartolomé, las Dragonadas, el ametrallamiento de los comunistas, arrojando su baba sobre los eternos rebeldes de la religión, de la filosofía o del orden social, burlándose del nombre del herético con tal de que haya una hoguera encendida? ¡Oh, atavismo que los siglos no han podido extinguir y que prueba, más que todas las demostraciones científicas, la descendencia animal del hombre!

Los golosos pudieron embriagarse de sangre: para distraerlos, se hizo sufrir todo género de torturas al joven esclavo Blaudino, cuyo nombre ha quedado popular. Otro condenado, Attala, fue expuesto en el anfiteatro sobre una silla de hierro caldeada hasta el rojo. Eusebio en su *Historia eclesiástica*, cuenta que el mártir retorciéndose en medio de sufrimientos espantosos lanzó a los espectadores este rudo apóstrofe: «Pueblo; no es a nosotros a quienes se nos debe imputar el crimen de comerse a los hombres; sino más bien a ti a quien se le puede reprochar el de asarlos».

Porque la idiota credulidad llegaba hasta atribuir a los cristianos gustos de canibalismo. Mientras que los obispos miedosos se esforzaban predicando la sumisión y la humanidad para desarmar a los perseguidores, el lado revolucionario de la nueva doctrina no había pasado desapercibido ni para los gobernantes ni para las masas. Bajo las pérfidas insinuaciones de los conservadores, que se complacieron atribuyendo a los cristianos cada crimen que se cometía, se representaba a esos hombres como seres monstruosos, dotados de una potencia sobrenatural, cometiendo crímenes sin cesar, secuestrando niños para sacrificarlos a sus dioses y devorarlos ellos mismos en medio de orgías espantosas.

¿Pero esta táctica no es la corriente entre las clases privilegiadas?

Un renegado del librepensamiento, Gabriel Zogand-Pagés, (Leo Táxil), antes de haberse convertido en defensor del trono y el altar, ha resumido así, como burgués satisfecho, la historia del cristianismo:

«Se ignora absolutamente el nombre de los primeros pastores que gobernaron, en Roma, en la obscuridad, al ínfimo rebaño de cristianos. Los que sostienen que San Pedro fue el primer obispo de Roma no han leído más que las obras de Santa Teresa de Jesús y de la feliz María Alacoque. Que lean la primera epístola de San Pedro a los corintios; allí verán como en la primitiva Iglesia, no existían las dignidades eclesiásticas.

»Esta secta desconocida o despreciada se extendía insensiblemente. Predicando el reparto de los bienes, los apóstoles y sus sucesores hablaban todo los malos instintos de holgazanería y avidez. Por esa época el pueblo yacía en la más cruda ignorancia; no sabía que la razón, el tiempo, la buena política y sobre todo la ciencia es lo único que puede resolver a favor de los desheredados de la naturaleza, la gran cuestión social.

»Todos los desgraciados conocieron la nueva doctrina. Pero, unos, los honrados, no vieron en los apóstoles sino charlatanes, como se ve con dolorosa frecuencia, y, despreciando sus predicaciones sediciosas, pensaron que sólo el trabajo, la más hermosa de las plegarias, era el

único medio de mejorar su suerte. En cuanto a los malvados, a los holgazanes, a la crápula, todos adoptaron con entusiasmo la religión cristiana.

»Y como la canalla no tiene nada que perder y gana promoviendo tumultos, nuestros primeros clericales no fueron pocos los que suscitaron. Los jefes de los gobiernos, república, realeza o imperio, se dieron prisa en cargar sobre los más turbulentos de los cristianos. Hicieron bien; pero entonces la secta empezó a gritar contra la opresión.

»Se reunieron, se exaltaron sus miembros entre sí, el entusiasmo hizo nuevos prosélitos, la secta llegó a ser temible a los gobernantes...» (*Calotte y Calottins*, tomo I, primera parte, pág. 176).

Parece oírse a M. Proudhomme divagando contra el socialismo. Esa apreciación de tal individuo, en el que el clerical iguala al burgués volteriano, es un homenaje hecho a las tendencias igualitarias del cristianismo naciente.

Así es como, a pesar de la ambición o la cobardía de los jefes, a pesar de la mezcla de las supersticiones locales que se extienden de día en día sobre la doctrina apostólica, ésta conserva un fondo revolucionario que la hace temible a los déspotas. Al lado de las fórmulas místicas, la mágica palabra de igualdad, desmintiendo las ideas de obediencia y resignación, penetraba recta en la conciencia de las multitudes que, embriagadas de entusiasmo envolvían al cristianismo con soplo de fe ardiente. De ahí viene toda su fuerza, durante tanto tiempo.

Puede considerarse el final del segundo siglo y la mayor parte del tercero como el período más agitado para los cristianos de Europa. A partir de Marco Antonio hubo en Roma persecuciones que alcanzaron su máxima violencia bajo Dacio: las catacumbas abrigaron numerosos fugitivos.

Los historiadores sagrados se han complacido representándose a los primeros adeptos de la nueva religión reuniéndose en sus sombríos retiros para escuchar las predicaciones de los pastores y celebrar sus ritos de más en más numerosos. ¿Todos los movimientos revolucionarios no han tenido su parte decorativa? Pero todos los sectarios no se contentaban con eso: a despecho de la pusilanimidad de los obispos romanos, la lucha entre el mundo pagano y cristiano, se manifestaba frecuentemente de un modo menos platónico. La fuerza, esta eterna *procreadora de sociedades*, según la expresión de Carlos Marx, entraba en la parte. El sirvo, al que una voz desconocida gritaba: «Tú eres un ser dotado de razón, el igual a tu amo, hijo de un mismo Dios, ¿no se veía inducido a la conclusión: Sin libertad hay igualdad?» De aquí a la rebeldía no había más que un paso: muchos lo daban. Los esclavos fugitivos, merodeadores bandidos, todos los rebeldes encontraban un abrigo en la Roma subterránea, transformada así en foco de insurrección.

Los revolucionarios místicos de los siglos XVIII y XIX, los carbonarios que reunidos en subterráneos, velaban bajo formas alegóricas sus conspiraciones en favor de la independencia, reproducían más o menos conscientemente los actos de sus antepasados, los cristianos de los primeros siglos. Cuestión de atavismo, sin duda, más bien que de imitación. Que sin ser un *eterno volver a empezar*, la historia no deja de ofrecer por eso a través de los cambios de época y medio, situaciones análogas, paralelas, podríamos decir.

Nos acercamos al acontecimiento que fue, en Europa, la más fuerte manifestación del cristianismo comunista y popular: la Bagaudia.

La situación de España y de la Galia era lamentable. Las ciudades se despoblaban, los campos se quedaban desiertos, los soldados, abandonando la bandera volvían a su oficio natural, al bandidaje; los caminos eran menos seguros que los bosques. Y, consecuencia natural, a medida que aumentaban la miseria y el descontento, la nueva creencia extendía más honda sus

raíces. Las violentas persecuciones la favorecían atrayendo la atención de todo el mundo sobre esas doctrinas y sus defensores. Los pequeños artesanos, los agricultores y los esclavos, depositaban todas sus esperanzas en un Evangelio que les gritaba por boca de miles propagandistas: «¡igualdad! ¡redención!» ¡Qué les importaban a éstos las sutilidades teológicas! Mejor que los ergotistas de Grecia, comprendieron éstos que la salvación estaba en este mundo y que debían salvarse ellos mismos.

Bajo Cómodo, un pueblo de hambrientos se sublevó en España y la Galia a la voz del soldado Maternus. Esta rebelión, esbozo de la que un siglo después levantó a todos los proletarios galos, tuvo un carácter social, más bien que político o religioso. Por entre sus huestes había paganos y cristianos; las ideas estaban confundidas; los unos, los jefes, obraban por ambición, por su propia cuenta; los otros, aplastados por la opresión, queriendo un cambio, cualquiera que fuera; muchos, en fin, teniendo aspiraciones rectamente comunistas. ¿El comunismo no ha sido acaso alimentado por la vida de los campos?

A los campesinos que, hartos de sufrir abandonaban el arado, se juntaban los soldados que abandonaban la bandera. Las sublevaciones militares que tantas veces conmovieron al imperio romano, han sido generalmente estudiadas desde un punto de vista muy convencional. No se ha buscado qué dosis de necesidades materiales entraban en los motivos que las generaban; se ha visto siempre al ejército demasiado ajeno al medio social en el que vivía, habiendo convertido el motín en mero pasatiempo, haciendo y deshaciendo soberanos según su caprichoso humor. Y eso no fue así. A causa del encarecimiento de todos los artículos, el sueldo de los legionarios, obligados durante largo tiempo a alimentarse y equiparse ellos mismos, había venido a ser insuficiente. El más grosero calzado costaba veintidós pesetas y media de nuestra moneda, un pollo trece pesetas, una libra de carne cerca de tres pesetas. «Nuestra vida se estima en diez as por día, gritaban los soldados en rebeldía, según Tácito, y con ello hay que comprar nuestros vestidos, armas, tiendas, pagar las licencias que obtenemos y doblarse ante el bárbaro rigor del centurión». El soldado viendo que sus reclamaciones eran inútiles, tuvo que recurrir al medio supremo, a la rebeldía, y con ello, dio ejemplo a las masas.

Por otra parte, el ingreso de nuevos elementos había transformados los ejércitos romanos y destruido su homogeneidad. Por otra parte se habían éstos, a partir de Augusto, convertido en permanentes y puestos, en lo posible, fuera de todo contacto con la población civil. ¿No era acaso necesario que el imperio, nuevamente restaurado sobre las ruinas de la república, encontrara hombres de ciega obediencia, no teniendo ningún interés común con los ciudadanos? El soldado era, pues, para toda su vida; y cuando ya deshecho por la edad y las fatigas, cuando no podía prestar sus servicios en activo, continuaba prestando servicio en los destacamentos de fuera de las ciudades donde habitaban las familias de los veteranos, formando un pueblo sometido a la disciplina y a reglamentos militares. Estos veteranos embrutecidos por un largo hábito de obediencia, no conocían nada más que al emperador; y por satisfacer uno de sus caprichos, hubieran arrasado el universo a sangre y fuego.<sup>17</sup>

Por otra parte, se reclutaban entre las naciones bárbaras germanos, tracios, godos, un número de auxiliares, cada día mayor que, con su contacto, contribuyeron a alterar profundamente las costumbres del imperio. Así fue, además como empezó esa invasión de las razas septentrionales que, junto a los progresos del cristianismo, derribaron la sociedad romana. Se comprenderá que los conflictos debían ser frecuentes entre elementos tan distintos.

El ejército de Maternus, compuesto de soldados desertores, de labradores y esclavos fugitivos, no pudo resistir la lucha. Fue vencido; su jefe hecho prisionero y muerto. La Galia y España, que se habían estremecido esperanzadas, por un momento, cayeron nuevamente bajo el yugo.

---

<sup>17</sup> Eran una cosa análoga a nuestros guardias civiles y policías, que en todas las represiones aparecen más feroces que los soldados mismos.

Pero aunque la insurrección fue vencida sus ideas no perecieron. El cristianismo, que se propagaba rápidamente, les transmitió nueva fuerza: el siglo siguiente iba a ver la gran epopeya bagauda que fue, en Europa, lo mismo que la lucha sostenida por los judíos contra la omnipotencia de los Césares.

El círculo de la propaganda se ensanchó de más en más, pareciendo a esas ondulaciones sin fin que la caída de una piedra produce en la tranquila superficie de un estanque. Algunos oradores admirables emergían de las masas como teólogos incoloros; por entre ellos Tertuliano que, en su *Apologética*, demostró la superioridad de la nueva moral y, aun pesando por el ridículo de las antiguas creencias politeístas, defendió a los cristianos de la acusación de facciosos a mano armada: «Se nos acusa de lesa majestad, escribía Tertuliano, se nos inculpa del crimen de no honrar a los emperadores por medio de sacrificios: nosotros no sacrificamos víctimas, pero rogamos al solo Dios verdadero, eterno, por la salud de los emperadores... A ese Dios es al que nosotros dirigimos nuestras preces, con las manos levantadas al cielo porque son puras, la cabeza cubierta porque no tenemos nada que nos haga enrojecer, sin ministros que nos dicten las palabras que debemos pronunciar, porque es el corazón el que ora. A ese Dios es a quien rogamos por todos los emperadores haciendo votos por su larga vida, por su reinado tranquilo, por la seguridad en sus palacios, el valor en sus ejércitos, la fidelidad en el Senado, la virtud en el pueblo y por todo, en fin, lo que pueda desear para sí un hombre o un emperador».

¡A tal punto de sumisión habían llegado los lejanos discípulos de Judá el Golonita, de Juan Bautista y del pacífico anarquista Jesús! La ruina del imperio que anhelaban con fervor sus antepasados, campeones de la justicia y de la libertad humana, les infundía pavor porque después venía lo desconocido; en ese desconocido el flujo ascendente de las invasiones bárbaras empezaba a agitarse. Por eso Tertuliano añadía:

«Tenemos nosotros una razón particular para rogar por la existencia de los emperadores y del imperio romano entero: es que sabemos que el fin del mundo, con las calamidades espantosas que serán el preludio, sólo puede retardarse por el mantenimiento del imperio romano. Rogando a Dios que nos evite el espectáculo de esa catástrofe, pedimos, por consecuencia que la duración del imperio sea larga... Nosotros respetamos en los emperadores los juicios de Dios, que los ha establecido para gobernar los pueblos. Sabemos que la voluntad de Dios está en el poder del que se hallan investidos; pedimos, pues, la conservación de lo que Dios mismo ha querido, y es para nosotros un gran juramento».

-----

«Yo no llamaré al emperador con el nombre de Dios, tanto porque yo no sé mentir, como porque le respeto demasiado para burlarme de él o que él mismo se ofenda por ese nombre.

»Si nos ha sido ordenado amar a nuestros enemigos ¿a quién podemos odiar? Si nos está prohibido vengarnos de quien nos ofenda, ¿a quién podríamos ofender? ¿Cuántas veces no han ustedes cometido crueldades con nosotros para satisfacer su odio u obedecer a las leyes? ¿Cuántas veces sin esperar sus órdenes, la multitud prevenida contra nosotros no nos ha molido a golpes y pedradas, no ha incendiado nuestras casas? En el delirio de las bacanales ni siquiera se respeta a nuestros muertos: se viola el respeto a la tumba para arrancar los cadáveres cristianos aunque desconocidos y de descompuestos para deshacerlos y arrastrar los restos por las calles. ¿Y qué hemos hecho nosotros para vengarnos de ese encarnizamiento que nos persigue hasta más allá de la tumba? Una sola noche, con algunas antorchas, sería bastante; ¡pero no quiera Dios que una religión divina tenga que recurrir al fuego humano para vengarse o que ella se deje abatir por rudas pruebas que sirven sólo para establecer la verdad! Si quisiéramos hacerles una guerra abierta ¿nos faltarían acaso fuerzas y tropas? Los Mauritianos, los Marcomanos, los Partheos o cualquier nación que sea, circunscrita después de todo dentro de sus límites ¿puede ser más numerosa que una nación que no tiene otros límites que los del universo? Nacimos ayer y ya llenamos sus ciudades, sus castillos, sus municipios,

sus concejos, sus campos, sus tribus, sus decurias, el palacio, el Senado, el Foro; sólo les dejamos sus templos. ¿No seríamos nosotros bien propios para la guerra hasta en desigualdad de fuerzas, pues que no tememos la muerte, sino fuera en nosotros una máxima el sufrirla más bien que darla? Sin recurrir a las armas sería suficiente, para vengarnos, abandonarlos retirándonos fuera del imperio: les espantaría su soledad».<sup>18</sup>

El mismo Tertuliano, obispo de Cartago, se levantaba contra las pretensiones del obispo de Roma, le llamaba burlescamente *papa bendito* y se disparaba contra los fieles que, asustados por las persecuciones, renegaban su fe y hacían honores a la imagen del emperador.

Pero, a despecho de esa austeridad llevada hasta el absurdo,<sup>19</sup> ¡cuán lejos estaba el cristianismo de su vía inicial! Tertuliano podía declarar: «Todo es común entre nosotros, excepto nuestras mujeres» pero la comunidad de bienes no existía ya entre ellos. En cuanto a la negación de toda autoridad humana, que había sido la gloria de los primeros innovadores, no quedaba ya ni huella. A pesar de los esfuerzos de algunos, espantados de ver el mal camino seguido, se hundían más y más en la teología, multiplicándose las querellas: nazarenos<sup>20</sup>, gnósticos<sup>21</sup>, teodosios<sup>22</sup>, montanistas<sup>23</sup>, novacianos<sup>24</sup>, llenaban las iglesias con el ruido de sus disputas.

La filosofía pura, privada del socorro de la ciencia experimental y reducida a fundarse sobre hipótesis, no podía producir otra cosa. Estaba condenada a confundirse en un dédalo sin salida para errar cautiva hasta el día en que un audaz derribara los muros del laberinto. Sabia enseñanza legada a los reformadores del porvenir que, entregados a las especulaciones abstractas, pierden de vista el mundo real y, partiendo de la libertad de pensar, llegan a reconstituir un dogma tanto más autoritario cuanto que se funda, no sobre la fuerza brutal, sino sobre la fe. La tiranía de los cerebros es la peor de todas.

Pero mientras que un viento de locura sopla sobre las cabezas, se forma el ciclón que, en cien años va a barrer el viejo mundo. Los bárbaros, incómodos en sus soledades, tienen, desde hace largo tiempo, la vista fija en el imperio como sobre una rica presa. Cuando los metafísicos ergotean, los más políticos de los cristianos se esfuerzan escrutando el porvenir. ¿Qué papel histórico será el de esos pueblos? ¿Se convertirán en ejército formidable que a la voz de sus pastores destruirán la sociedad pagana? Tal vez, pero están aún bien lejos de ello; lo más cuerdo es mandarles misioneros y esperar los acontecimientos sirviendo mientras tanto al emperador.

César Galieno tiene mucho que hacer. Los persas pasan el Asia a sangre y fuego: los godos caen como un torrente sobre la Europa oriental, se amparan de la Tracia que guardarán definitivamente; el Egipto se subleva, ¡oh, maravilla! y Alejandría se ha de conquistar palmo a palmo. Y hay que escuchar las lamentaciones de los mercaderes: «¡Cómo! ¿se ha concluido el lino del Egipto?; ¿la flor del nitro?» Y lo mismo el trigo, porque después del África, se

---

<sup>18</sup> Hay en esto exageración. Hacia el final del tercer siglo, Roma contaba aproximadamente, la 40ª parte de cristianos y Cartago la 10ª.

<sup>19</sup> Tertuliano invocaba los felices tiempos en que las mujeres no podían llevar otros adornos de oro que el anillo nupcial, ni gustar el vino bajo la pena de muerte.

<sup>20</sup> Nombre dado primero a los discípulos de Juan Bautista, luego a los de Jesús y luego a todos los cristianos.

<sup>21</sup> Cristianos de tendencias científicas (para la época), que rechazaban los libros y ritos hebraicos, esforzándose por explicar los más graves problemas.

<sup>22</sup> Sectarios del cristianismo primitivo, negando la divinidad de Jesús al que consideraba simplemente como un hombre más perfecto que los otros.

<sup>23</sup> Secta propagada por el extático Montán, que se decía perfecta enviado por Jesús. Prácticas muy rigurosas, ayunos extraordinarios. Tertuliano pertenecía a ella.

<sup>24</sup> Partidarios del papa Novaciano (declarado antipapa y cismático en 251), cuya doctrina, de implacable austeridad se parecía mucho a la anterior.

insurrecciona la Sicilia, partidas de esclavos arrasan el litoral, incendian las ciudades y al verse perseguidos de cerca se retiran a las regiones montañosas donde desafían a las legiones.

El en Occidente igual berenjenal. Las hordas germanas hostigan las provincias gálicas, y éstas se ven cada día más abatidas entre los amos cruelmente civilizados y el pillaje del otro lado del Thin. En el año 267, el paso es forzado: una invasión de bárbaros se esparrama sobre la Galia y España, y va a perderse sobre el litoral africano. Otras invasiones seguirán a ésta y forzando los diques del mundo romano los derribarán uno a uno hasta el día de la gran inundación que lo cubra todo.

Todo gran movimiento tiene sus pródromos, su resultado y última oscilaciones. En un porvenir tal vez próximo es posible que puedan calcularse matemáticamente las leyes de la dinámica social.

So pretexto de defender la Galia, los generales se disputan la púrpura: un fantasma de imperio se proclama. Posthumices, Loelianus, Lolian, Victoriano, Mario, Tétrico, no hacen más que pasar, dejando, después de una ilusión de independencia, devastada la vieja tierra celta y más esclavizada que jamás a Roma.

Pero es raro que una transformación política de cualquier importancia, no engendre un movimiento más profundo en las masas populares. En Francia se ha podido comprobar este hecho; desde principios de este siglo, todas las evoluciones políticas han sido seguidas, tras breve decaimiento, de un esbozo de revolución social.<sup>25</sup>

La explicación de este fenómeno es sencilla: el proletariado que al principio ha ayudado con sus esfuerzos un cambio gubernamental, creyendo sacar alguna ventaja en bienestar y libertad, no tarda en sufrir una decepción; su descontento crece entonces en la misma proporción de sus esperanzas primeras; y de aquí a la lucha franca contra el nuevo régimen no hay más que un paso, rápidamente dado, por poco que el advenimiento del nuevo gobierno dé lugar a complicaciones económicas.

Los ambiciosos que se proclamaban emperadores de la Galia, no hicieron absolutamente nada por el campesino; como jefes militares, sobre todo, no vieron más allá del ejército en medio del cual vivían, y único elemento que, según ellos, podía mantenerles en el pináculo. En cuanto a la esclavitud había echado demasiado hondas las raíces en las costumbres para que soñaran ni siquiera en atenuarla.

Campesinos y esclavos tuvieron que pensar, pues, en emanciparse ellos mismos. De aquí el doble carácter de esta lucha contra Roma, lucha política de los jefes, profundamente social, al contrario, en la plebe. Más que las farfantonerías de un Mario o de un Victorino, los campesinos, armados de horcas y de hoces, hicieron temblar a los dominadores.

*Bagad*, en la antigua lengua celta quiere decir *banda armada*. Los rebeldes que se llamaban los *Bagaudas* eran, en su mayoría, agricultores arruinados o esclavos de costumbres célticas y cristianos de opinión, lo cual se acordaba bastante, tanto, que en muchas partes el cristianismo había sido saludado como el despertar del druidismo. Eso era, pues, al mismo tiempo que una evolución profundamente social, el antiguo sentimiento galo luchando contra el romanismo.

El levantamiento, bajo Tétrico, fue formidable: de la primera acometida tomaron Autún. Esta ciudad, la más importante de las Galias, poseía acueductos, termas y edificios magníficos. La cólera de los Bagaudas no respeto nada: como cristianos destruían los templos de los dioses;

---

<sup>25</sup> 29 de Julio de 1830 a 21 de Noviembre de 1831; 24 de Febrero a Junio de 1848; 4 de Septiembre de 1870 a 18 de Marzo de 1871.

como plebeyos derribaban las escuelas de donde salían los funcionarios insaciables, sanguijuelas pegadas a sus costados; como esclavos quemaban los palacios. Y las llamas vengadoras fueron una señal: de un confín a otro de la Galia, las ciudades se unieron; un rugido de terror se elevó hasta los Alpes.

Tétrico, senador, que había adquirido la púrpura por sus trapacerías, tembló al ver desbordada la plebe. Desde ese momento, no tuvo más que un pensamiento: entregar la Galia a César y hacerse pagar lo mejor posible la traición.

El César reinante era Claudio II, general de primer orden, rápido en concebir y ejecutar. Su elección para reemplazar a Galiano, afeminado, salvó al imperio que, cogido entre los Bagaudas, los Germanos y los Godos, crujía y parecía próximo a desaparecer. Mientras que un viento de libertad llenaba la Galia, que baluartes y ciudades están por el pico y por la tea, trescientos veinte mil bárbaros, por el otro flanco de Italia, hacían temblar a los amos del mundo.

Claudio corrió a lo más urgente. Negoció bajo mano con Tétrico y se lanzó contra los godos que arrasaban el norte de Grecia. En un año exterminó esa multitud sin cohesión. «Los ríos están cubiertos de escudos, escribía al Senado, las riveras de lanzas y adargas y los campos de osamentas; hemos capturado tantas mujeres, que cada soldado tiene para sí a dos o tres». Esas formidables hecatombes engendraron la peste que destruyó al vencedor.

Eso era una tregua para los insurrectos de la Galia, que Tétrico, en el que más que nunca se encarnaba el *partido del orden*, se esforzaba por otra parte de hacer inofensivos. Tal cual eran, no obstante, el nuevo César, Aureliano, los juzgó temibles. Después de haber vencido a su rival supuesto, casi sin combate, puesto que al empezar la acción se pasó al campo romano, creyó sin embargo más político tratar con ellos que no irritarlos: condonación del atraso de los impuestos y amnistía general, tales fueron las dos grandes cláusulas, mediante las cuales se restablecieron la paz y la dominación romana. Los Bagaudas no se obstinaron más que en el establecimiento de un imperio galo, poco viable. ¡Qué les importa eso! ¿Hubieran ganado con ello más independencia verdadera? Presentían por sí mismos esos predecesores de los Jacques y de los modernos comunistas, que la forma política importaba menos a las masas que el bienestar material.

Así se terminó la primer bagaudia o la segunda, si contamos la rebeldía de Maternus. Si los rebeldes cometieron la falta, tantas veces repetida en la historia, de dejarse adormecer por los jefes ambiciosos o pérfidos, supieron al menos imponerse al vencedor y obligarle a hacer concesiones. La revuelta no fue sin resultados.

Por lo demás, la calma no fue de larga duración. De más en más, el norte lanzaba sobre las provincias romanas oleadas de bárbaros. Y los habitantes, cogidos entre los antiguos amos y los conquistadores, se agitaban en una agonía espantosa. Así se operaba una fusión de razas que debía infiltrar en las venas empobrecidas sangre nueva y constituir, sobre las ruinas del imperio augusto, la Europa feudal.

De las selvas germanas, de las praderas bálticas salían, no ejércitos, sino pueblos enteros. Guerreros con armas primitivas, vestidos con pieles de animales, apestando a gradas y aceite rancio; mujeres haraposas y sucias, niños desnudos y grasientos, jefes, sacerdotes valkyrias, esclavos igualmente salvajes y vestidos, andando unos a pie, otros a caballo o sobre carros tirados por bueyes. Tal era el éxodo del mundo gótico yendo a chocar con el mundo romano.

Bajo Probus, cuatro naciones salvaron el Rhin y se instalaron en la Galia en setenta ciudades. Los habitantes les dejaron hacer: ¡esos amos u otros, qué más daba! Y cuando el emperador corrió a rechazar la invasión, continuaron igualmente tranquilos. En el fondo Probus se alegró



de esa neutralidad -no se les podía pedir más- y, para recompensarlos les prometió el cultivo de la viña.

Se pasaron nueve años. El duelo doloroso se prosigue; de tiempo en tiempo un emperador desaparece de la escena. Las ambiciones y descontentos hacen corta la vida a los pastores de hombres. De repente la bagaudia se despierta, más activa que antes. Diocleciano ha creído detener la decadencia del imperio por medio de leyes, y esas leyes que multiplican los gobernadores, los magistrados y empleados, que anonadan más y más al individuo bajo el despotismo del Estado, engendra la rebeldía. Roma envilecida murmura, el Egipto perturbado se amotina, la Galia plebeya se levanta.

Nuevamente el incendio despliega sus alas, y mil años antes de las Jacquerías, cubre la tierra de Vercingetoris. Ciudades y aldeas se agitan, se sublevan: desde el Sena al Ródano, de Amiens a Arles, de Treves a Marsella, el eterno enemigo es una vez más atacado.

Los escritores que recogen cuidadosamente los hechos y los gestos de los personajes célebres, descubriendo a la posteridad el caballo de Calígula y el gorrión de Lesbia, no han descrito con todos sus detalles la gran epopeya bagauda; la mayor parte la han resumido en una sola palabra: bandidaje ¡Oh, cierto! los bagaudas fueron bandidos como después lo han sido los *Pastoureux*, los Jaques, los Hussitas, los Anabaptistas, los Descamisados, los Comunalistas, en una palabra, todos cuantos lucharon contra el orden social y a los que sólo ha faltado una cosa para ser absueltos y glorificados por los juicios de la historia: la victoria.

Silviano, sacerdote del siglo V, es, creo, el único que levantó su voz en favor de los desgraciados empujados a la rebeldía, decía él, por la miseria y las vejaciones. Defiende con calor las circunstancias atenuantes y se ve en ciertos puntos que esa defensa es una verdadera requisitoria contra la avidez y la opresión romana.

Pero es una bizarrería histórica el hecho de que todos los rebeldes han imitado las formas sociales que quisieron destruir. Los bagaudas, para no ser menos que sus enemigos se pagaron el lujo de un Augusto y un César: Aclianus y Amandus. Eran éstos dos oficiales romanos «de capacidad mediocre», dicen los historiadores, que no pueden saberlo, que juzgan siempre los méritos por los éxitos. Lo cierto es que el hecho de haberse puesto a la cabeza de un movimiento francamente plebeyo denota un carácter enérgico.

Según se ha podido conjeturar por las medallas y emblemas encontrados después, uno de esos jefes era cristiano y el otro pagano. Los soldados pertenecían a las dos religiones rivales, pero principalmente a aquella que, completamente sofisticada por sus doctores ergotistas, continuaban aún dirigiéndose a los plebeyos y a los esclavos. El hecho mismo de la coexistencia de esas dos religiones en el ejército bagauda, prueba que el cristianismo popular no tenía nada aún de su sectarismo. ¡Además no era cuestión de dogmas cuando la guerra social multiplicaba sus horrores! Palacios y cabañas incendiados, campos devastados, ricos y funcionarios degollados, nobles damas y plebeyas violadas, rebeldes torturados, sorpresas, emboscadas, atroces represalias; ninguna piedad por ambas partes.

A los llamamientos angustiosos de los patricios, Maximino, recientemente hecho César, acudió en su auxilio; un torrente de guerrilleros rueda desde lo más alto de los Alpes hacia la Galia sublevada. Para someter al yugo a esos esclavos que osan romper sus cadenas, el emperador hace venir mercenarios de todas partes: italianos, bárbaros, africanos, pues se hizo venir tropas cristianas. Admirable azar o habilidad profunda de Maximino que, para, aniquilar completamente a los innovadores, los hace degollarse entre ellos.

¿Qué conducta será la del soldado cristiano? Son poco numerosos: una legión solamente. Mauricio es su jefe; Cándido, Víctor, Exuperio, que la Iglesia ha hecho santos, van bajo sus órdenes.

¡Ah!, sin duda que entre ellos hubo algunos que ardiendo en audacia y entusiasmo, quisieron ir a reunirse con sus hermanos que luchaban contra Roma pagana y dominadora; y hasta muchos debieron evadirse a pesar de la vigilancia y contra los cobardes consejos de sus jefes.

Estos se vieron muy embarazados. Declararse en favor de sus hermanos bagaudas era la degollación sin resistencia posible; pero combatirlos ¡qué vergüenza para ellos y para la idea cristiana! ¡Y al mismo tiempo qué falta irreparable si la insurrección sale victoriosa de la lucha empeñada!

Jesuitas y casuistas refinados, procuraron encontrar una salida del atolladero: la legión tebana se declaró dispuesta a defender al emperador, pero se negó a prestar juramento de obediencia (esto es dejar la puerta abierta) porque ese juramento es un conjunto de fórmulas idolátricas.

Esta habilidad desgraciada no les sirvió. Desdeñando todas sus susceptibilidades, Maximino dio orden de diezmar a todos los guerreros cristianos. ¿Pero esta hecatombe apaciguará su ira? No, la sangre no hace sino avivar sus furores, y da otra orden nueva: la de exterminarlos completamente. En vano se esfuerzan para aplacar su cólera con una súplica respetuosa. César es implacable y no les queda otro recurso que el de bien morir. ¿Pero cómo ese bien morir?, ¿sublevándose? ¡No, arrojando las armas y presentando el cuello!

Los bagaudas no presentaron su cuello; bien al contrario, presentaron una ruda resistencia. Durante muchos meses, se defienden en las regiones montañosas y en los bosques, discutiendo palmo a palmo su terreno. Pero más aún que las legiones romanas les abate la miseria. La falta de provisiones les impide mantenerse en sus mejores posiciones, y los romanos llegando junto a ellos encuentran el país absolutamente arrasado; pero poco les importa: los convoyes de víveres no les faltaban. Maximino pudo así empujar a los rebeldes hasta las áridas llanuras catalónicas, cortando sus comunicaciones con el sur, el este y centro de la Galia. Desde entonces se decidió la suerte de la campaña. Incapaces de sostener la lucha en terreno llano, vencidos en cada encuentro, perseguidos por la caballería germana, tan terrible a los galos después de César, empujados más y más hacia el noroeste, se detuvieron hacia la confluencia del Sena y del Marne. Protegidos por los dos ríos y por sus atrincheramientos, vendieron caras sus vidas, pero el exterminio fue general. Los habitantes del país conservaron el recuerdo de la heroica resistencia; el campo de batalla se llamó durante mucho tiempo *campo de los Bagaudas*, y cuando en el siglo VII se levantó una abadía sobre las ruinas de las fortificaciones galas, tomó el nombre de San Mauro *de los Fosos*.

Tal fue el último esfuerzo revolucionario suscitado por el cristianismo en el seno de las masas. En adelante esta religión se detendrá en una política cautelosa hasta el día, poco lejano, en el que Constantino le concederá derecho de ciudadanía.

## CAPÍTULO V

### LOS HEREDEROS DEL MUNDO ROMANO

Es muy curioso el estudio de esas épocas que preceden inmediatamente la muerte de una sociedad. Esta quiere vivir aún y no puede; su función histórica está cumplida; sus excesos han precipitado la caída: ¡imposible volver a subir la pendiente! y, levantando la mirada, ve cómo llegan los que la han de substituir, que caerán a su vez.

¿Quiénes serán los sucesores, los herederos del mundo romano? He ahí lo que se preguntaban los clarividentes que conocían la carrera hacia el abismo.

La raza latina, que había realizado la conquista del universo conocido, puede decirse que había dejado de existir. Las guerras la habían consumido, aniquilado: Augusto había tenido que repoblar Italia con colonias extranjeras. A fuerza de cruzamientos el tipo primitivo se había extinguido; las costumbres, el espíritu, la lengua, todo se había modificado.

En los primeros tiempos de la sociedad romana, Lucrecia, violada se daba muerte, Virginio mataba a su hijo para evitarle la caída; eso era orden y moral. Cinco siglos después, la emperatriz Mesalina corría los lupanares. Agripina era la querida de su hijo Nerón. Las mujeres vivían públicamente en concubinato con otras mujeres, y los hombres con otros hombres: la raza de los guitones pululaba por todas partes.

La majestad romana había desaparecido. ¡Qué lejos estaba el tiempo en que Cineas veía en Roma un templo y en el Senado una asamblea de los dioses! El ciudadano, tan orgulloso antes de su título, no pedía ya más que *pan y fuego*. El Senado, oscilando entre la plebe, las legiones y la guardia pretoriana, se prosternaba en grotesco envilecimiento ante cada César. Las palabras *santo, sagrado, eterna, divinidad*, se prodigaban a todos los amos; se adoraba su efigie, sus expediciones y todo lo que se relacionaba con su persona. Cuando Diocleciano, asustado ante el peso del imperio, nombró otro colega Augusto y, bajo de ellos dos Césares, se tomó el hábito de hablar a uno solo como representando igualmente a los tres otros, y la antigua costumbre de tutearse se perdió. De ahí proviene la introducción en las lenguas modernas del absurdo de hablar al plural a una sola persona.

Los aplausos y adulaciones del Foro y del Circo pasaron al Senado; a partir de Trujano, el advenimiento de un emperador, de una ley, de decretos fueron acogidos por aclamaciones ritmadas y múltiples. Cuando las legiones nombraron a Claudio II emperador del mundo, los padres conscriptos, reunidos en un templo, gritaron sesenta veces: «¡Claudio Augusto! que los dioses te conserven para nosotros». Cuarenta veces: «¡Claudio Augusto! siempre te hemos deseado para príncipe, o uno que se te pareciera»; otras cuarenta veces: «¡Claudio Augusto! la república te reclamaba»; ochenta veces: «¡Claudio Augusto! tú eres un hermano, un padre, un amigo, un buen senador, un verdadero príncipe»; cinco veces: «¡Claudio Augusto! vénganos de Aureolas»; otras cinco veces: «¡Claudio Augusto! vénganos de los Palmisianos»; siete veces: «¡Claudio Augusto! vénganos de Zenobio y de Victorio»; otras siete veces: «¡Claudio Augusto! Tétrico no es nadie». Las letanías de la iglesia católica no tienen otro origen.

El respeto hacia el politeísmo ya no existía. Roma, conquistadora astuta, no solamente había dejado a los pueblos conquistados sus dioses nacionales, sino que hasta los había acogido en su Capitolio. Multiplicándose todas sus divinidades grotescas y contradictorias se aniquilaban. Sólo el dios de los cristianos, misterioso e inmaterial, fue proscrito de este templo. Y ganó escapándose del descrédito que alcanzaron sus colegas. Al contrario, cuanto más éstos

tomaban mal sesgo en el espíritu público, más la atracción irresistible de los desconocido arrastraba a las masas neuróticas hacia aquel que anunciaban apóstoles y mártires.

Bajo Diocleciano, los tiempos eran tempestuosos para los cristianos; el paganismo, herido de muerte se defendió por los suplicios y proscripciones. Todo era en vano: sutiles y tenaces, los nuevos creyentes invadían poco a poco todas las funciones; sus éxitos los obtenían sobre todo por las mujeres.

En todos los tiempos, la mujer, sensible e impresionable, ha sido cortejada por los que han querido medrar. Al servicio de una invencible fuerza nerviosa. Unos se dirigen a sus sentidos, otros a su imaginación, a sus caprichos, ¿cuántos a su razón? El paganismo hizo de ella un instrumento de placer, propia además, para dar ciudadanos al Estado: el gineceo o el lupanar, tal era su doctrina. Cuando la antigua rudeza romana se refinó un poco, la mujer fue un poco más libre, pero entonces la liviandad la cogió en sus orgías.

El cristianismo proclamó la emancipación para todos y, por odio al grotesco sensualismo que reinaba, hizo de la virginidad y el celibato una condición natural al matrimonio. Tal vez eso fuera también un consejo prudente para los neófitos a fin de que no atrajeran sobre otras cabezas las persecuciones que les amenazaban: el que tiene compañera y niños, generalmente milita poco y se substraerá difícilmente a los peligros. Sea como fuera no hubo en eso regla absoluta; las uniones, hasta la de los sacerdotes fueron toleradas. Sólo los apóstoles, buscando la regeneración de la sociedad por una nueva constitución de la familia, proclamaron la indisolubilidad del matrimonio.

Las mujeres tomaron el partido del cristianismo que proclamaba su dignificación y las persecuciones, como acontece siempre, no hicieron sino exaltar su entusiasmo. Gran número de ellas con el nombre de diaconisas, formaban una verdadera milicia sacerdotal; sus funciones eran asistir a los obispos, llevar sus órdenes, enterrar a las mujeres muertas, distribuir las limosnas y guardar la entrada de las iglesias. Otras con el nombre de *Agapatas*, se consagraban gratuitamente al servicio de los sacerdotes, con los cuales habitaban compartiendo frecuentemente el lecho con ellos, con objeto, según pretenden los escritores religiosos, de probar y vencer la concupiscencia. A la larga se formó un maridaje monstruoso de beatería y desvergüenza: diaconisas y agapatas, desacreditadas, zaheridas, hasta maltratadas, tuvieron que desaparecer o más bien, con otro nombre, ocultar en conventos sus ardores histéricos.

A medida que el cristianismo se utilizaba, generaba en las mujeres sensaciones más complejas y con frecuencia perversas. Al lado de las puras seducidas por la concepción de una moral superior, otras exaltadas por la visión de lo maravillosos, por la elocuencia de los predicadores o de su majestuosa presencia, ergotistas embriagándose también en discusiones metafísicas, agudas como doctores y morigeradoras de la muelle existencia de los sacerdotes, se formaba toda una clase de neuróticas: mujeres jóvenes adorando en Jesús al dios-hombre, dulce y rubio, esposo misterioso de las vírgenes. ¿En el fondo, el Júpiter pagano no se había unido a Dánae? Júpiter caía de día en día, pero Jesús le reemplazaba y, fortuna inesperada, se dignaba entregarse íntimamente a cada ferviente. Y todas suspiraron con la vista fija en la imagen desnuda y blanca del crucificado, los sentidos turbados, el alma perdida en un abismo de ensueños místicos y de impresiones indefinibles.

Por lo demás, la neurosis se extendía a toda la sociedad; era la enfermedad de la época y los poderosos que aplastaban al mundo bajo sus pies, se daban prisa en gozar, como presintiendo una próxima caída.

El emperador enfangado en voluptuosidades o engolfado en sus infinitos asuntos, el Senado sin autoridad, la religión sin prestigio, el pueblo sin cohesión, era evidente que los primeros choques un poco vigorosos, todo se vendría abajo.

¿De dónde vendría el golpe? Tres fuerzas estaban enfrente: el cristianismo, los esclavos y los bárbaros.

El cristianismo, queriendo imponerse al principio por la fuerza, la fuerza le había hecho defecto; había sido vencido en Judea, su cuna; desde entonces se había transformado; de político se había hecho moral, y de revolucionario evolucionista, queriendo conquistar los hombres uno a uno, con objeto de poseer un día la sociedad y el poder.

Los esclavos, casi en todas partes, la corrupción romana los había corrompido. Victoriosos ellos, hubieran sido tan execrables como sus amos. El cristianismo había moralizado algunos, pero separándose poco a poco de su vía inicial, llegaba, con frecuencia, a privarlos de toda energía, de toda iniciativa. Ese será, por lo demás, el papel histórico del cristianismo durante largos siglos; matar la espontaneidad en el seno de las masas de las que él se hará educador. Sin concepciones sociales, sin finalidad definida, sin ciencia de ninguna clase, las revueltas de esclavos y de proletarios habían sido ahogadas en sangre en Sicilia, en España y en la Galia.

Quedaban sólo los bárbaros. Su papel histórico se presentía cada día con más claridad. Esas masas compactas, sin cesar rechazadas, volvían sin cesar a la carga. Trajano, Claudio II, Probus, Aurelio, los habían exterminado a millones inútilmente: los pueblos sucedían a los pueblos y los ejércitos a los ejércitos.

Los apologistas cristianos han visto en esa ola creciente de las invasiones septentrionales la obra de un dios vengador, haciendo de Alarico y de Atila sus justicieros. Esta explicación, buena en los tiempos de Bossuet, está un poco pasada de moda para cuantos han discutido la creencia en lo maravilloso. En realidad, el imperio romano era una presa demasiado rica para no tentar a los nómadas. Los emperadores que se habían esforzado en dividirlos para vencerlos, habían llegado insensiblemente a subvencionarlos. Cómodo les pagó tributos, Claudio II los había admitido en el ejército y algunos habían escalado los más elevados puestos; ya hasta el godo Maximino había vestido la púrpura. Desde entonces todas las componendas, todas las ambiciones, todos los apetitos faltos de satisfacción convergieron en Roma. Un éxodo que duró tres siglos se estableció entonces parecido al que, en nuestros días, arrastra a nuestros crédulos proletarios hacia las riberas maravillosas de Australia o del Nuevo Mundo.

Era un bien esa inmigración de proletarios: los bárbaros, que no llegaban como enemigos, se presentaban como aliados, soldados mercenarios auxiliares en el ejército, mozos de cordel, esclavos voluntarios; ellos se encargaban de los trabajos penosos o desagradables. Los Burgondes, vencidos por Probo, que se establecieron en la Galia dos siglos después, eran casi todos hombres de oficio, carpinteros principalmente. Pero no tardaron en asimilarse las costumbres serviles de sus clientes romanos y mendigaban a la puerta de los palacios o al paso de los ricos. Su voz ronca y estatura colosal contribuía sin duda a obtener abundantes limosnas.

Los obispos cristianos no se engañaron: vieron claramente que esos salvajes eran los amos del porvenir y se esforzaron en catequizarlos para llegar a reinar con ellos. Pero, al mismo tiempo, les comunicaron los gérmenes de sus disensiones. Sólo el gran cisma arriano, debía, en menos de sesenta años, dar origen a quince sectas, ocasionar más de cien concilios especificados por la historia, y hacer correr arroyos de sangre. Y cuando el poderío de Roma se hubo definitivamente hundido, los papas, instalados en la Ciudad Eterna, lejos de consagrarse a una elevada misión de concordia, de alumbrar los espíritus y federar las potencias bajo su autoridad moral, como lo han pretendido los panegiristas, iban a emponzoñar el corazón de los reyes y de

los pueblos con el odio religioso que, durante toda la Edad Media, transformaron la desventurada Europa en un campo cerrado.

## CAPÍTULO VI

### TRIUNFO DEL CRISTIANISMO

El triunfo oficial del cristianismo fue bajo Constantino. La fábula es conocida: marchando este emperador contra su competidor Maxencio, parece que vio en el aire una cruz, rodeada de estas palabras, trazadas con caracteres de fuego: *Hoc signo vinces* (con este signo vencerás). Después del triunfo parece ser que se bautizó.<sup>26</sup>

Esta leyenda inventada bastante tiempo después, como todas las leyendas religiosas, es debida al escritor Eusebio que juzgó prudente no darla a conocer sino mucho después de la muerte de Constantino, del cual era contemporáneo.

Por favorable que este emperador fuera a los cristianos no se hizo bautizar sino al final de su vida. Dudando del perdón de los pecados después de ese sacramento, Constantino, que había hecho asesinar una multitud de personas entre las cuales su sobrino, su hijo y su mujer, creyó prudente esperar, para lavar sus faltas, el momento de no poder cometer otras nuevas.

Este astuto facineroso que no valía ni más ni menos que sus predecesores, había comprendido que el cristianismo era el porvenir; en vez de aferrarse al trono podrido del paganismo, puso resueltamente su destino en el de los obispos. Estos, estimulados por su sed de dominación, le sirvieron maravillosamente, advirtiéndole de los planes de su adversario y esforzándose para sofocarlos. Giovanini cuenta que en medio de una batalla, todos los cristianos que estaban en el bando enemigo, se pasaron al lado de Constantino y decidieron su triunfo. De ese reinado data la alianza franca entre el poder imperial y el de la Iglesia. ¡Qué camino el recorrido desde Judá Golonita y Jesús!

La entrada del vencedor en Roma fue toda una revolución. Amnistía general, pena de muerte a los delatores, libertad de cultos y de opiniones, abolición del suplicio de la cruz, abrogación de las leyes penales contra el celibato, prohibición del trabajo dominical, autorización para liberar a los siervos de la Iglesia, tales fueron los actos que inauguraron el nuevo reinado.

Un soplo de aire libre penetraba en la Roma imperial, convertida en cloaca del mundo. El pueblo, sorprendido, encantado, aclamaba; el Senado, reconocido públicamente como el primer cuerpo del Estado, y hábilmente completado con nuevos miembros, cristianos o partidarios de Constantino, lo aprobaba todo. ¿Pero acaso aprobarlo todo, no era desde hacía tres siglos, su única función? En medio de su entusiasmo, fingido o real, decretó la construcción de un arco de triunfo en reconocimiento de Constantino y de la divinidad que le había guiado.

Paro es propio del despotismo esterilizar toda reforma. La libertad social no puede nacer sino de la necesidad de las masas, oprimidas por largo tiempo, y no del poder de uno solo. Constantino había proclamado un indulto general, pero ordenó la muerte de toda la casa Maxencio y la de todos los adversarios que le parecieron más temibles: así es como todos los

---

<sup>26</sup> La liturgia romana de otra versión respecto a ese bautismo. Constantino, enfermó de lepra, después de una aparición milagrosa se hubo de dirigir a Silvestre que le curó con el bautismo.

gobernantes comprenden y aplican las leyes. Promulgar la libertad de opiniones ¿no era un contrasentido en un Estado regido por este principio monstruoso: «Lo que place al príncipe tiene fuerza de ley, que su voluntad sea el derecho»? El suplicio de la cruz era reemplazado por otros menos crueles. Y en fin, la administración pública, so pretexto de reforma, fue más opresora que jamás.

Libanio hizo una descripción espantosa de las exacciones de fisco de ese reinado. «Yo he visto, dice él, a pobres zapateros remendones levantar las manos al cielo con sus cuchillas y jurando que no poseían otra cosa; pero sus gritos no detenían la ferocidad bárbara del fisco. Los lupanares pagaban el crisargiro u oro lustral (impuesto que se cobraba cada cinco años); los esclavos y mendigos no se podían sustraer; se pagaba por las sentinas y por el estiércol de cada animal. La aproximación del plazo falta llevaba el espanto a las ciudades. Contra la extrema indigencia, que no había recurso alguno con que pagar, se aplicaba el látigo y otros tormentos. Por ese tiempo la esclavitud se multiplicaba; los padres vendían a sus hijos y entregaban las hijas para poder pagar el impuesto».

No es, pues, extraño que el pueblo, caído bajo el yugo más atroz, después de una fugaz mejora, odiara con tal fuerza a Constantino que éste, sintiéndose como extranjero en la gran ciudad que había absorbido al mundo, se marchara al Bóforo a fundar otra capital.

Los cristianos, que habían recibido ya del emperador el palacio de Latrán, ganaron de una vez dos ciudades que les dieron el imperio del mundo. Roma, al ser abandonada por César, fue tomada por ellos; de esa época data la preponderancia manifiesta de los obispos romanos. Estos, cuya influencia sobre el emperador era grande, la pusieron toda en juego para que fuera transportada a Bizancio la corte del imperio.

Al mismo tiempo se instalaban como amos en esta ciudad; por todas partes, en el palacio, en el *agusteón*, en las plazas públicas, la cruz se levantó triunfante. Una multitud inmensa vino a poblar la ciudad nueva y, en esa muchedumbre abigarrada y sin cohesión, el elemento cristiano triunfó.

Aquí empieza la agonía del politeísmo: los templos se cierran, los ídolos caen envueltos en el polvo, mientras que las basílicas cristianas surgen por todas partes. Los sentimientos tanto tiempo comprimidos hacen explosión, como fe sincera en unos, como venganza, orgullo y ambición en la mayoría; los piadosos cristianos no tienen modesto triunfo y, mientras escarnecidos y maltratados los sacerdotes de Júpiter devoran su rabia, los vencedores, engrosados por una multitud frívola, ávida de novedades, por simples de imaginación cándida, y por esa *turbamulta* que adula eternamente el éxito, venga de donde viniera, toman posesión del imperio romano.

¡Ah, qué lejos están ya las reivindicaciones primitivas del cristianismo! Algunos padres elocuentes, Basilio, Ambrosio, Crisóstomo, se levantarán aún contra los ricos; después de ellos, el obispo Isidoro llegará hasta declarar que la libertad individual y comunidad de posesión son derechos naturales; y se les aplaudirá sin escucharlos. Lo importante no es que la esclavitud sea abolida, que los pueblos sean felices, que la justicia reine sobre la tierra liberada; todo eso es intempestivo, irrealizable en este valle de lágrimas; ya se será feliz más tarde, en la otra vida, si se es sumiso a Dios, es decir, a César y a los sacerdotes cristianos. Lo urgente es que los privilegios de los pontífices paganos sean derogados, que los nuevos triunfadores entren en posesión de los templos y palacios de los vencidos, que todos los favores y mercedes sean para ellos y, sobre todo que la represión sea implacable contra la herejía.

Porque todas las sectas cristianas que hasta entonces eran injuriadas, luchaban a la desesperada ahora que iban a repartirse el botín de la victoria. Es éste un fenómeno inherente a todos los partidos religiosos o políticos que pueden, en circunstancias especiales, unirse

contra el común enemigo, pero que, apenas dueños de la situación, se entregan a una guerra sin piedad.

Para ser justo, es preciso reconocer que los deseos desenfrenados de gozar groseramente sin dar parte a otro, no es el único móvil de esos conflictos; la borrachera mental entra en gran parte. Y cuanto más sincera es la fe, cuanto más sutil es el ideal político o religioso, más refinado e inmaterial, más feroz será la lucha. El paganismo, religión sensual, bestial a veces, había sido tolerante; el monoteísmo fue siempre cruel. «El fanatismo, dice Darmestéter en sus *Ensayos Orientales*, es el privilegio de las religiones morales que, habiéndose forjado un ideal elevado y exclusivo como todo ideal, persiguen a todo cuanto se separa de él con un odio que no se puede perdonar sin apostasía».

Por eso, apenas triunfantes, los obispos cristianos se dieron prisa en codificar la religión en fórmulas dogmáticas, persiguiendo sin piedad la herejía.

Esa fue la obra del concilio de Nicea (325).

No entra en nuestros propósitos seguir en detalles las disputas teológicas; sólo hemos querido trazar en sus grandes líneas la génesis de una gran revolución. Diremos, sin embargo, algunas palabras del concilio en el que, por vez primera, el dogma cristiano fue solemnemente proclamado.

Una grave controversia dividía a los obispos: ¿La Trinidad, eran tres dioses, o uno solo existiendo bajo tres modos? Arrio, sacerdote orador y poeta en boga, sostenía la primera opinión, que contaba más partidarios entre la multitud, todavía pagana, que entre los jefes de la Iglesia. Una lucha violenta se entabló entre *triteístas* y *monarquista*.

Solicitado por los dos partidos, Constantino, que no estaba aún bautizado, se vio obligado a desempeñar la función de árbitro. En Bitinia ordenó al clero que se dirigiera a Nicea.

Es un error profundo, en el que continuamente se incurre creer que las controversias se resuelven amigablemente por deliberaciones tomadas en común. Los concilios religiosos, como los congresos políticos, no han llegado a otra cosa que a avivar más las antiguas disensiones y a producir nuevas.

Todos los polemistas de Oriente, los metafísicos de Grecia y de Egipto, afluyeron al concilio. Muy pronto no se oyó, en el interior de las casas, en las calles y plazas públicas sino discusiones sobre el verbo. Y en esas controversias, unas delicadas, otras groseras, las multitudes se enloquecían, se exaltaban.

«No vayas a creer, ha dicho Gregorio de Nisia, que puedas cambiar una moneda, comprar pan y refrescarte en el baño, sin que el banquero, el panadero o el bañista entable una discusión teológica sobre el Hijo engendrado y el padre no engendrado, sobre la consubstancialidad o la no consubstancialidad del Padre y del Hijo.

»La gran dama, pagana de costumbres, cristiana por desocupación, mezclando el culto a Venus con el de la virgen María, juzga, censura y condena; el filósofo neoplatónico diserta en grandes tiradas sobre el Dios bueno y su verbo, el *Logos*, alma del mundo. Otras veces es el barbero trivial el que, cogiendo con la mano sus partes genitales, exclama públicamente: «He aquí la santísima trinidad» (auténtico)».

Los obispos de Oriente, preocupados por su grandeza futura, tuvieron el buen sentido de no mezclarse en esas luchas enervantes. Casi todos se abstuvieron: sólo tres o cuatro, más dos



simples sacerdotes, delegados de Roma, que se mantuvieron en la más estricta neutralidad, tomaron únicamente parte en el concilio.

Los debates, bajo la presidencia de Constantino, duraron dos meses, desde el 14 de Junio hasta el 25 de Agosto del 325. Además de los obispos, pululaban una multitud de sacerdotes, de diáconos, filósofos y curiosos. Eso fue, a verdad decir, el choque de dos religiones, pues el arrianismo, reconociendo en cada persona de la trinidad una substancia diferente, podía ser considerado como un retoño del politeísmo expirante, o al menos, una transición entre éste y el monoteísmo.

La influencia fue tanta al principio, que, sobre dos mil cuarenta y ocho obispos el emperador mandó mil setecientos treinta más. Eso fue un verdadero golpe de Estado. Desde entonces los partidarios de Arrio, en minoría, aterrados por las impresiones del concilio y la agitación popular, se juntaron casi todos con sus contradictores.

Después de interminables discusiones, de conferencias públicas y privadas, el concilio proclamó la unidad divina y pronunció la condenación de Arrio, el cual fue desterrado a las Galias.

Es un hecho: la religión cristiana está constituida y cincuenta y cinco años más tarde, Teodosio, al subir al trono, ordenará que todo el mundo la profese. Los que se conformarán con esta ley serán cristianos católicos, los otros se llamarán herejes, insensatos e infames; ninguno de los lugares de conciliábulos se podrá denominar iglesia.

## **CAPÍTULO VII**

### **DE CONSTANTINO A CARLO MAGNO. PRINCIPIO DE LA EDAD MEDIA: TRABAJO EN LA OBSCURIDAD**

En adelante las cosas se precipitan: el cristianismo, como un torrente, se desborda y comunica a las más apartadas regiones. En vano, Juliano el apóstata, intenta detener su marcha, pretende reformar el politeísmo expirante, amalgamar, con el nombre de *helenismo*, la antigua religión y la filosofía: todo es inútil.

La multitud, ese elemento en el que viven todas las preocupaciones y todos los presentimientos, todos los heroísmos y todas las cobardías, se convierte en tan irónica y cruel para los paganos como había sido hasta entonces implacable con los sectarios de Jesús. Sus sarcasmos alcanzaran hasta el mismo César.

Los verdaderos filósofos, los pensadores, no menos cansados del fárrago teológico de la nueva religión que de las groserías de la antigua, buscaban otra cosa y no la encontraban. La razón pura no es suficiente para esclarecer el gran misterio, y la ciencia, que únicamente podía dar nombre al enigma, no existía aún.

Se interrogan entre sí, dudan, se conturban y se dividen; durante ese tiempo, los doctores apasionan y agitan las masas, los misioneros convierten los pueblos, y cuanto más la ola de los bárbaros, ayer sometidos, hoy aliados, mañana triunfadores, se aproxima rugiendo al imperio, más aumentan las fuerzas del cristianismo.

Teodosio exalta la dominación de los obispos y arruina la de los Césares partiendo a sus débiles hijos las dos mitades bamboleantes del imperio. División impolítica para los soberanos que disminuyó sus prestigios y amortiguó su autoridad, pero que demostró lo incapaces que son los todopoderosos para conducir las masas, para protegerlas, pensar y obrar por ellas. En vano los Constantino y los Teodosio se esforzaban en recomponer la techumbre del viejo edificio: la base faltaba siempre.

Por eso se ve, mientras un lúgubre tintineo preludia la agonía de Roma, que las provincias se sublevan, que se llama a los invasores, que se arroja de las ciudades a sus magistrados, ensayando ellas mismas su organización y que la bagaudia resucita.

Pero no es sin dolor ¡ay!, como se opera esa infiltración de nueva sangre en las venas exhaustas. Horribles convulsiones sacuden la vieja Europa; los castillos se hunden, las ciudades arden, la población es pasada a degüello. Gigantescos y prolongados rugidos llenan la noche de la Edad Media que empieza.

Los poderosos, llenos de ira, se encierran en sus palacios y multiplican las orgías; el pueblo se entontece ante las disputas teológicas; hombres aterrorizados, presas de la enfermedad de la época, una tristeza indefinible anuncian el fin del mundo y se retiran a las soledades. Como flor sepulcral, el cristianismo, florecido sobre la tumba de Roma, conservará ese sello de melancolía, propio de todas las religiones idealistas.

Michelet ha hecho resaltar muy bien ese sombrío sentimiento que, durante dos siglos, separó al hombre de la naturaleza, le hizo desconocer y odiar esta tierra considerada como lugar de pasaje, como un valle de lágrimas.

En las ciudades, mañana arruinadas, donde la orgía impera, el mismo cristianismo triunfante es envenenado por la moral y las supersticiones paganas. La efervescencia de ideas y de sentimientos no es dudable: tarde o temprano, el equilibrio tiende a restablecerse, y la fusión se debe hacer entre las concepciones, aún vagas, del porvenir y los dogmas nacidos la víspera. El pueblo, que no puede pasarse sin diosas, levanta altares a la madre de Jesús; Minerva, Diana y Venus se ven reemplazadas; los apóstoles de la fe se convierten bajo el epíteto de *santos*, en especie de semidioses: Pedro, Pablo, Jaime, Estaban, etc., destronan a Hércules y Theseo. Se comprende, en parte, la energía desplegada en los concilios por los doctores temblando al ver el politeísmo resurgir bajo otra forma.

En Italia, sobre todo, el clero cristiano se hunde en la lujuria y arranca herencias a las devotas. «Para los pobres, dicen los mendigantes; la Iglesia es la dispensadora del bien común». Pero la Iglesia, que lo recibe todo, se lo guarda todo; y Ambrosio lanza el anatema contra los ministros disolutos que exceden la corrupción pagana y que, por su rapacidad, se les ha excluido del derecho a heredar, pena impuesta «a los más infames».

Pero la obra de expoliación empezada se continuará durante muchos siglos; los grandes, después de haber arruinado a las masas se verán deglutidos por el clero. Todas sus riquezas afluirán a las cajas del papado que, por el oro y por la fe, será en la Edad Media el amo de Europa.

Nada pertenece al hombre rey o esclavo; todo es de Dios y, por consecuencia, de su vicario: éste es el administrador y dispensador de bienes. Tal es el dogma cristiano desde el punto de vista de la propiedad.

Esa idea es la misma que ha germinado en el cerebro de los teóricos modernos, con la sola diferencia de que éstos han substituido al papa por el Estado. Pero la Iglesia laica es equivalente a la Iglesia cristiana; el mismo socialismo gubernamental, a pesar de la evolución

de las costumbres y de las ideas, a pesar de los prodigios de la ciencia y de las máquinas, conduciría las masas a desempeñar el mismo papel pasivo del engranaje de una gigantesca máquina, movida por un corto número de hombres: eso sería la anquilosis de la iniciativa y de la dignidad humana en la noche de una nueva Edad Media. ¿Qué deben pensar del comunismo autoritario los mártires del convento, del cuartel y del presidio? El comunismo autoritario, mezcla afrentosa de democracia y feudalismo, es, en su más benigna aceptación, el rebaño rumiante que el pastor lleva delante de sí hacia el pasto.

Pero ha sonado la hora de arrancar el cetro a la gran ciudad; el águila imperial había levantado su vuelo para no volver jamás. Se diría que los ídolos, al caer, habían arrastrado en su caída el poderío romano. Los bárbaros invasores no tienen más que dar un nuevo empujón: el imperio cae.

Roma, que había devorado tantos pueblos y aniquilado tantas ciudades florecientes, llevado el terror a todos los ámbitos del mundo conocido, sufrió a su vez la suerte de sus víctimas: Cartago, Numancia, Corinto, Atenas, Jerusalén. ¡Pero qué agonía más terrible la de ese gigante, cuya caída conmovió la tierra!

Vasallo insumiso, Alarico se declaró en rebeldía contra el pérfido Honorio y, mientras que el emperador con sus mujeres y eunucos, se encierra en Rávena, que había erigido en su capital, el rey visigodo marcha por dos veces contra Roma: en 400, la reduce al hambre; en 410 la toma. En la noche del 24 de Agosto los esclavos abren las puertas a los sitiadores.

¡Cuánto no pudo ser profética esta fusión de los bárbaros y los esclavos de pie sobre las ruinas del poderío romano! Ese despertar de los oprimidos, que había sido el pensamiento de Espartaco, hubiera podido realizarse si el cristianismo, dogmatizado so pretexto de moralizar, no hubiera gritado por todas partes: ¡Sumisión!

El asalto fue seguido de la degollación y la degollación del pillaje: el politeísmo recibió el golpe mortal. Los godos de Alarico, siendo cristianos, aunque de la secta Arrio, destruyeron despiadadamente los monumentos del paganismo, dejando en pie las iglesias de San Pedro y San Pablo.

¡Medio siglo más, el imperio de Occidente, que Alarico vencedor se contenta con cambiarlo de amo, habrá dejado de existir!

Mientras que la otra capital, reina del Bósforo, encerrado en un círculo de hierro, entabla contra los bárbaros de Europa y de Asia una lucha que dura diez siglos, el Occidente, de romano, se convierte en gótico.

¡Caigan, panteones donde brillaban las antiguas divinidades! sobre sus ruinas se levantarán más tarde las catedrales de ojivas misteriosas, dirigiendo hacia el cielo sus torres y sus flechas de oro. ¡Derrúmbense circos, teatros, obras maestras de la estatuaria! Consúmanse, doctos manuscritos encerrando la sabiduría antigua de Homero y Ptolomeo: en adelante no queda sitio para el Evangelio; rudos destructores trabajan para la sociedad nueva. La ola humana rueda desde la Sarmatia hasta las riberas mediterráneas; los jefes nómadas, largo tiempo unidos a los vasallos, han sacudido el yugo: derriban el imperio y luego se disputan las Galias, los godos Italia, los vándalos el África. Enjambres de gigantes rubios o rojos, cubiertos de ropajes y armas extrañas que les hacen parecidos a demonios, destruyendo las ciudades, saquean, degüellan y violan, fenómeno propio de todas las revoluciones: los jefes guían a las multitudes menos que ellos son guiados por ellas. Los hunos, como una avalancha invaden la Tracia, la Illiria, la Panonia, la Germania y hasta la Galia. Actio los contiene, se arrojan sobre Italia; el clima y las enfermedades los diezma; aunque vencedores se ven tan abatidos como los vencidos. El obispo de Roma se interpone y la exterminación se suspende.

El papel de mediador será el de los pontífices hasta el día que puedan levantarse contra los dominadores.

Y fenómeno sorprendente, hoy que el papado está en la agonía, su tendencia es volver a las antiguas funciones de mediador, trazando en su decrepitud, las fases de su nacimiento.

Habiendo pasado de moda en nuestra época de ciencias y de crítica, la Iglesia romana, ese monstruo que ha sobrevivido a tantos naufragios, está condenada, a pesar de la debilidad de sus jefes, a desaparecer dentro de poco, en la gran conmoción político-social que nos reserva el final de nuestro siglo. En vano, intentando un regreso imposible a las doctrinas primitivas, balbucía a regañadientes la palabra socialismo. En vano se dirige a los proletarios, a los desheredados; éstos, a quienes ella ha abandonado, sacrificado y engañado durante siglos, ya no la reconocen sino como enemiga: saben que lo que quiere es volver a engañar.<sup>27</sup> Sometida a los gobernantes y a los capitalistas que sólo le permiten que viva porque la necesitan, no tiene la completa libertad de sus movimientos.

Y sin embargo, el espiritualismo no ha muerto, ni mucho menos. Las multitudes ignorantes no pueden en unos cuantos años sacudir el yugo del atavismo. En los pueblos avanzados, entre los revolucionarios, entre los anarquistas, se encuentran a veces tendencias idealistas excesivas, que se presentan a terribles augurios para el porvenir. El amor a lo maravilloso, la credulidad, la esperanza, explotado todo por peligrosos charlatanes, pueden reservarnos no pocas sorpresas. ¿Quién sabe si el cristianismo, una vez el papado por tierra, no buscará su salvación en alguna encarnación nueva? ¿Quién sabe si sistemas análogos a la teofilantropía del siglo XVIII no se esforzarán para ver de echar raíces?

Cuando todo lazo social parece roto, grupos sociales se forman espontáneamente, en los que las moléculas humanas, desagregadas, se reúnen según sus afinidades; un lento trabajo se elabora, trabajo lento y tenaz, análogo al de los pólipos que, en los mares del sur, emergen islas de coral. De ese trabajo surgirá una organización nueva.

En medio de la gran desolación de los bárbaros, pasando a sangre y fuego la vieja Europa, monasterios y conventos surgen de todas partes donde se sumergen hombres y mujeres buscando un abrigo seguro o reducidos por el amor a una vida común, fraternal e igualitaria, conforme con las aspiraciones primitivas del cristianismo. Al mismo tiempo, ciudades y aldeas se organizan; aquí bajo el patronato de un obispo, allá bajo la protección de un guerrero; labradores, artesanos, pescadores, forman agrupaciones, primer embrión de las corporaciones y de las comunidades de la Edad Media.

Lo mismo que los romanos, vencedores incultos, habían sido subyugados por la civilización griega, sucedió a esos millones de fieras con figura humana, godos, hunos, germanos, sármatas, que una vez vencedores se sintieron presa de cierto respeto y malestar ante las ruinas que ellos mismos habían amontonado. Lo poco que quedó de ciencia latina se había concentrado en Bizancio o era poseída por algunos religiosos. De aquí vino la fuerza de la capital de Oriente que, sola contra todo el mundo, resistió diez siglos, y de ahí la fuerza de la Iglesia cristiana: las lecciones del pasado la ayudaron a descifrar el porvenir, y aprendió.

Para todos esos bárbaros, Roma había sido durante muchos siglos el ideal del poder celeste sobre la tierra. La palabra César, que se encontraba en multitud de lenguas (en alemán Kaiser,

---

<sup>27</sup> «Este movimiento de las clases obreras, ha dicho el cardenal Mermillod, se nos presenta como un torrente que baja desde los montes; puede destruirlo todo a su paso, sembrar la ruina en nuestros valles, pero debe ser un honor de la santa Iglesia católica dirigirse a esas fuerzas, oponerles un dique y canalizar su masa impetuosa para convertirla en el siglo XX en un río poderoso y fecundo... Mejor dicho: hacer abortar la revolución social».

en ruso Tzar, en antiguo asirio Sar) expresaba para ellos el *súmmum* del poder. Y después del imperio destruido, ese prestigio subsistió todavía; los papas lo heredaron.

Mientras duró la ignorancia general, es decir, hasta el siglo XIII, el sacerdote fue para las masas el sabio, más aún, el mago. La fe sencilla multiplicó los milagros: ¿el inconsciente no ha sentido siempre la necesidad de creer y adorar? Esa es la época en que abundan las leyendas de toda clase: curaciones maravillosas, resurrecciones, apariciones celestiales, la época en que señores y villanos se arrodillaban ante el fraile. Sólo al hacerse alguna luz en los espíritus es cuando el representante de Dios pierde el don de ordenar a la naturaleza; desde entonces, viendo en el hechicero un rival temible, empleó contra él un furor sin precedentes, y los hechos extraños que no quiere o no sabe explicar racionalmente, el sacerdote los atribuirá al diablo.

En medio de la sumersión del mundo romano, sólo el papado había conservado una clara percepción del estado de cosas. Y para orientarse por entre las tinieblas de la Edad Media tuvo siempre esta idea fija: la dominación de los espíritus. El imperio de la fe reemplazó el reinado de la fuerza.

Mientras la Iglesia de Oriente se confina en las querellas teológicas, los pontífices romanos empiezan a ampararse de la dirección política de Europa. Multitud de misioneros se esparcen por todas partes, protegidos por los reyes cristianos a quienes aumentan sus dominios e influencias. Agustín evangeliza Inglaterra, Omer y Amando Bélgica, Colomban Suiza, y Germania se llena de propagandistas.

Las masas no es jamás después de una manifestación razonada cuando se convierten a las ideas nuevas, sino bajo la presión de los acontecimientos, bajo el impulso de las pasiones y con la vaga intención de que era malo lo que hasta entonces había prevalecido. Los apóstoles del cristianismo no podían, a pesar de sus procedimientos oratorios, groseramente imitados de los retóricos latinos, demostrar la verdad de una religión que corta en redondo toda la explicación científica con la palabra misterio; pero podían establecer la inanidad de los antiguos dioses, halagar sin comprometerse los instintos de la plebe hablando de una igualdad realizable en un mundo mejor, obtener para los desgraciados algún descanso; catequistas, profesores, médicos y agricultores derechos al agradecimiento y procurarse poderosas alianzas, a un tiempo mismo, podían por sus servicios, adquirir lo cual era muy importante, porque siempre ha sido por las minorías activas, arrastrando a las masas en un momento dado, como se han cumplido las revoluciones.

Cuando los paganos o los heréticos no cedían a la elocuencia de los predicadores, castigos ejemplares, profetizados con gran estrépito, sobrevenían terribles e implacables. Las luengas barbas blancas se retiraban y los guerreros cubiertos de hierro los reemplazaban. Mieses, chozas, aldeas, y palacios ¡que todo sea arrasado en nombre del Señor Dios de misericordia! Así es como los reyes francos aplastan los lombardos y los sajones, mientras que los emperadores de Constantinopla imponen la fe cristiana a los búlgaros y que los soberanos de Inglaterra someten a sus súbditos al pago del dinero de San Pedro.

Un primer intento, no de fusión, sino de contacto entre los elementos dispersos de la Europa Occidental se efectúa en el siglo IX. Carlo Magno ha completado la obra de su padre rompiendo el círculo de hierro que rodeaba el papado y constituyéndole un dominio. Jesús, cuyo reinado no era de este mundo, se encuentra así furiosamente distanciado por su vicario, amo en lo espiritual y en lo temporal. El pontífice, para quien la gratitud es la mejor política, hace del rey franco un emperador de Occidente. Del Elba al canal de la Mancha, de la Sava a los Pirineos, los pueblos reciben el dogma católico y los capitulares. Superficial y engañosa unificación que no debía durar largo tiempo.

Carlo Magno pudo, manejando las dos armas de la antigüedad y la Edad Media, la fe y la fuerza, tener bajo su cetro esas masas, diferentes en lengua y costumbres; pero después de él todo se desquició.

El hombre que, entre César y Napoleón surgió para realizar por un momento la monarquía universal, fue sin duda un conquistador anheloso de batallas. Tal vez, espoleado por el más alto ideal que se pudo tener en aquella época, se creyó llamado a dar al mundo dolorido la *paz romana*, a hacer entrar en el destello de civilización que nacía, nuevas multitudes bárbaras. Su vida entera que es tanto la de un legislador como la de un guerrero, parece probar que tuvo la concepción de un estado social donde los pueblos, sin distinción de fronteras, viviendo unidos bajo una misma fe y una misma ley.

Esa agrupación de distintas masas humanas en una inmensa familia, la libre evolución puede sólo realizarla. Todos cuantos la han intentado por la fuerza han fracasado, o, si el éxito parece haberles dado por un momento razón, han tenido que llevarse la convicción de que su obra no les sobreviviría.

## **CAPÍTULO VIII**

### **DESPERTAR DE LOS PUEBLOS. LA REFORMA. DOS AVERSARIOS FRENTE A FRENTE: LOS JESUITAS Y LA FRANCMASONERÍA**

Después de Carlo Magno, la noche vuelve sobre Europa; avalanchas furiosas de salvajes desconocidos, daneses, normandos, húngaros y eslavos lo destruyen todo. Los pueblos amedrentados se encierran dentro de las murallas, los castillos se levantan por todas partes, los habitantes de los campos se abandonan a la protección peligrosa de los señores: así empieza el feudalismo.

Hasta entonces vestigios de la civilización romana habían aún sobrevivido, aunque agitados por ondas tumultuosas. Lo poco que habían podido entrever los bárbaros les había llenado de una admiración supersticiosa. Lo que Horacio había dicho de Grecia abatida, cautivando a su feroz vencedor, podía aplicarse a los hombres del Norte, erguidos sobre las ruinas del mundo destruido. El instinto de imitación inherente al hombre inculto como al mono, les inducía a calcar groseramente las formas desaparecidas: Clovis se había investido de la púrpura consular, poniendo así la dignidad romana, más alta que su realeza franca, para revestir su orgullo; Carlo Magno no tuvo más que una idea fija, reconstituir la dominación universal de los Césares, idea fija que, después de él, fue la de los emperadores germanos y que es hoy la de los zares. Después de cada período de trastorno social se pretende anudar el hilo roto del pasado: los revolucionarios de la víspera se convierten en serviles plagiarios de las formas que han roto. Ese será más tarde el destino de los ex jacobinos, resucitando en provecho suyo títulos y privilegios, después de haber pasado sobre la sociedad el nivel revolucionario; y en nuestros días, entre las huestes del proletariado, esa es la finalidad de los hombres ambiciosos, buscando el momento oportuno en que, escalando las ruinas amontonadas y poniendo una máscara al pasado, podrán emerger de la nada, como directores de la multitud.

El mundo gótico había empezado a romantizarse, cuando las nuevas invasiones de la época carlovingia le redujeron de nuevo a la barbarie. ¡Nada de academias, de bibliotecas, de

escuelas! en su puesto el castillo feudal, construido para contener al invasor, levanta al cielo sus torres puntiagudas y, por sus troneras, se ve la campaña desierta.

El cielo parece teñido de negro, tiene lividez de plomo: se suspira más bien que se vive. Guerras, hambres, epidemias engendran generaciones enfermizas propensas a toda sobreexcitación de la neurosis: milagros y brujerías van a multiplicarse.

Sólo queda poderosa, porque es la unidad moral, la Iglesia católica que extiende su reino y, como todos los advenedizos, tan cruel el montón acervo como humildes fueron al principio, el papado no quiere saber nada de repartos.

Las dos metrópolis del mundo, Roma y Constantinopla se declaran una guerra moral peor que una guerra armada: bien entendido, la religión es el pretexto. De una y otra parte, los jefes de las dos Iglesias se envidiaban demasiado mortalmente para concederse la supremacía. Las poblaciones tomaban parte en las querellas. Los descendientes degenerados de Rómulo, bastardeados de godo, veían lógicamente en su pontífice al sucesor de los soberanos del mundo; los griegos, al contrario, sometidos antes, constituidos ahora en gran imperio, consideraban el poder espiritual como íntimamente ligado al de sus soberanos: la intervención decisiva de éstos en todas las controversias teológicas prueba que en efecto, el emperador se consideraba como el jefe único e inmediato del patriarca, papel que desempeña aún hoy el zar de todas las Rusias.

La hostilidad aumentó de día en día. En Constantinopla se destruyen las imágenes como reminiscencia de la antigua idolatría, luego emprender, bajo otra forma, la antigua querella de Arrio respecto a la Trinidad; los patriarcas griegos acusan a los de Occidente de haber herido la fe añadiendo al símbolo apostólico que el Espíritu Santo procede del hijo: ¡abominación de la desolación! Los anatemas se cruzan y finalmente la cristiandad se divide en dos grandes troncos. Pero repentinamente un rumor se esparce por todas partes: el mundo va a acabar, el año mil de la era cristiana verá al Dios todopoderoso tronando en medio de rayos y relámpagos, juzgar a los humanos horrorizados.

Extravío de los felices, muda resignación de las masas, alegría profunda de los místicos, como de los condenados en esta vida que esperan un paraíso para recompensar los males que han sufrido. Y nadie se atreve a poner en duda la noticia, pues proviene de la más alta sabiduría de la más infalible de las autoridades de la Iglesia que, mientras anuncia el fin del mundo por miles y miles de predicadores, se apodera de tesoros, tierras y palacios que adquiere en cambio de las indulgencias que concede. Magnífica operación comercial que no tiene nada que envidiar a las modernas jugadas de bolsa de los judíos, esos hábiles competidores de la Iglesia católica acaparadora de millones, a los que ha perseguido siempre, a través de los siglos, con su implacable odio.

La venta de indulgencias fue, durante la Edad Media, el mayor recurso pecuniario del papado. El purgatorio no existía primitivamente; la doctrina intransigente del juicio final no admitía más que dos fines: un lugar de castigo para los malos, otro de delicias para los buenos. Con objeto de acomodarse a las susceptibilidades y adquirir mayor amplitud, los doctores cristianos crearon poco a poco, como término medio entre el Paraíso y el Infierno, un lugar donde las almas impuras expiarían sus pecados durante períodos variables. Para liberar sus almas más queridas, amigos y deudos llenaban las arcas eclesiásticas con sus más espléndidos dones. Bien pronto las cosas fueron más lejos, se pagó con anticipación para preservarse de las llamas póstumas y el Vaticano se convirtió en una agencia de explotación, servido por toda una jerarquía de agentes con sotana.

Sería, sin embargo, un error, creer que el anuncio del fin del mundo, que hizo caer de rodillas a príncipes y pueblos, sobre todo en Alemania, Italia y Francia, no fuera otra cosa que una

especulación lucrativa; fue también, en gran parte, un medio de imitación para volver al respeto de la Iglesia esos descendientes de bárbaros que, caídos un momento bajo el yugo, recobraron bien pronto sus feroces instintos atávicos.

Pero lo que sucedió en fin, no fue otra cosa que la resurrección de la antigua creencia milenaria. En su cautiverio, bajo los persas, los judíos habían recogido varios de los mitos de sus opresores, los cuales amalgamaron a su religión. Muchos de los primeros cristianos, y quizá Jesús mismo, habían sido penetrados por la creencia de la llegada, a fecha fija, del Dios supremo que, haciéndose reparador de bienes y males, restablecería el equilibrio entre los hombres.

Esta creencia había contribuido mucho a perder de vista la idea de una revolución social, abandonándose únicamente al juicio final, estado de espíritu que, después de tantos siglos, se manifiesta entre ciertos revolucionarios, los que, esperando confiadamente que un ciclón de ideas y de sucesos pase sobre el viejo mundo, no hacen nada para anticipar la hora solemne, persuadidos como están de que tales conmociones no pueden ser provocadas directamente por individuos.

El año mil pasó y el mundo quedó en pie: un clamor inmenso de alegría se escapa de los pechos y sube hacia el cielo clemente. La vida social, suspendida un momento, vuelve a tomar de nuevo actividad.

El siglo XI, antes de acabar, ve un movimiento religioso cuyos resultados son inmensos. Emancipados de la dura tutela de los emperadores germanos, sucesores de Carlo Magno, los papas lanzan la Europa feudal sobre el Asia musulmana. Golpe maestro que consagraba la dirección tomada por la Iglesia de todos los movimientos políticos, que hacía de los soberanos ejecutores de la voluntad pontifical, y en fin, que enriquecía al clero con los dominios vendidos al vil precio por los nobles cruzados, yendo en busca de fortuna y aventuras.

El movimiento, lejos de ser puramente aristocrático, se extendió hasta la plebe. Hasta sería difícil decir si fue esta última la que arrastró a los señores o éstos fueron los que arrastraron a aquélla. Sea lo que sea, esas cruzadas, sabiamente dirigidas, desembarazaron a la autoridad real y religiosa de elementos que podían convertirse en obstáculo para su turbulencia. De igual modo vemos a los gobiernos modernos alentar la emigración que, llevándose multitudes de desclasificados y proletarios hacia las costas de África y las pampas americanas, abre una salida provisional al descontento de las masas y retarda en unos cuantos años la revolución social, aunque contribuyendo a generalizarla.

La burguesía naciente fue la única que se desinteresó de las cruzadas. Mientras que las gentes de oficio trabajaban pacientemente para consolidar sus corporaciones y aumentar los privilegios, aquellos cuya vida cotidiana era de los más precario, siervos fugitivos, colonos arruinados, mendigos, ladrones, mujeres públicas, presas del entusiasmo y del espejismo seductor de una existencia más feliz, partieron para esa Jerusalem que ellos no conocían, arrastrando por donde pasaban nuevas multitudes.

En resumen, las primeras cruzadas, como antes las invasiones eslavo-germanas y escíticas, eran el éxodo de un proletariado. Con sus hambres, sus epidemias, sus guerras continuas y sus crueldades atroces, la Edad Media fue una época de desolación. Cuanto más dura se hacía la existencia sobre la tierra, más los sacerdotes exaltaban las delicias del Paraíso. Para la plebe ingenua, esta Sión, abuela del cristianismo y patria de los elegidos, glorificada en los cánticos, se convirtió en la ciudad ideal donde los sedientos de bienestar y de justicia podrían satisfacer sus aspiraciones. ¿Dónde estaba situada? En el cielo, decían los predicadores de resignación; pero estaba demasiado lejos: los más enérgicos, los menos pacientes, acometieron la empresa de realizar ese paraíso sobre la tierra. Hussistas y anabaptistas tuvieron, los primeros en Praga



y los segundos en Munster, su nueva Sión, donde ellos organizaron el gobierno sobre el modelo de la antigua: ¡cuán poderoso es el espíritu de imitación!

Al declinar el siglo XII los tipos abruptos de la Edad Media empiezan a desaparecer; otros aparecían en su lugar: el glorioso caballero, llevando alto su penacho y orgulloso de su ignorancia; el sacerdote lleno de mística unción y el fraile mojigato; el burgués calculador, poco accesible a la efusión del sentimiento, dispuesto a morir bravamente por sus intereses y el judío obsequioso y sutil, se hincha con el oro cristiano para ser luego exprimido «como una esponja».

En cuanto a la baja plebe yacía en una abyección sin límites, de donde la sacan a veces sangrientas revueltas, seguidas de represiones implacables. El truhán de las ciudades, lo mismo que el siervo de la gleba no tiene aún figura humana: es el animal abatido, desgraciado, huyendo del señor y que recibe la muerte rugiendo, a menos que, viéndose perdido y presa de repentino furor, no se vuelve de un salto contra el que le da caza, derribándole y abriéndole las tripas.

Las cruzadas produjeron un profundo trastorno en las capas sociales. Después del período de entusiasmo vino el de la crítica, luego el de la hostilidad: ese es el orden natural.

Como siempre, al principio, las protestas fueron bastante modestas. La fe había penetrado tan completamente en los cerebros y los corazones que nadie hubiera osado atacar de frente los dogmas católicos. En 1051, ya el arcediano Berenguer, después de haber formulado algunas objeciones sobre la *presencia real* en la Eucaristía, se retractó prudentemente. Un siglo después, Abelardo y Gilberto escandalizaban a los devotos con una dialéctica sutil que hacía las delicias de los eruditos y de la cual no entendía el pueblo ni una palabra. Pero he aquí que hombres hablando un lenguaje por todos comprendido, gritan: «¡No más sacramentos! ¡no más símbolos! ¡no más jerarquías! ¡no más disciplina! ¡no más paraíso! ¡no más infierno! ¡no más purgatorio! ¡justicia y libertad para todos!»

A los filósofos incoloros suceden las rebeldías. El mediodía de Francia, siempre en fermentación... se subleva: pastores, labradores, ciudadanos, hasta algunos señores siguen el movimiento, y el poderoso conde de Tolosa, Raimundo IV, por odio al clero que le fustiga, se declara en favor de los albigenses.

Elo fue una nueva bagaudia. Sus afirmaciones revolucionarias distaban mucho de la casuística refinada de los concilios y de los heresiarcas. Combatir toda delegación de autoridad divina, era minar el principio gubernamental en sus raíces y volver de nuevo al santo y seña del Golonita: «No llamen a nadie su amo», era proclamar el derecho de todos los seres humanos a la vida libre y feliz.

Contra ese despertar de ese cristianismo popular, el cristianismo pontifical arroja fuego y llamas. Las cruzadas para la Palestina empezaban a carecer de entusiastas: estaban demasiado lejos y era demasiado peligroso; una cruzada contra los anarquistas encontró, según dicen, quinientos mil guerreros, voluntarios en su mayoría.

La lucha duró un cuarto de siglo; unas veces los cruzados atropellando ante sí masas sin cohesión, con frecuencia sin armas, cometían matanzas espantosas y otras veces los albigenses, cansando al enemigo, cortando sus comunicaciones, apoderándose de sus víveres, reconquistando plazas antes perdidas, incendiaban a su paso castillos y monasterios. Algunas veces, católicos y heréticos se encontraban mezclados en las plazas asaltadas: «Maten a todo el mundo, gritaban los cruzados por boca del abate de Citeaux, Dios conoce los que son suyos».

Por fin el ejército del orden venció; triunfo efímero que no pudo evitar la reaparición del incendio. Porque el impulso para lo sucesivo estaba dado: pastoreles de Francia, stalingds de Alemania, paterinis de Italia, que se sublevarán durante el curso de la siguiente generación no tendrán, en realidad, más que una finalidad a través del farrago teológico que oscurece sus reivindicaciones: el retorno al cristianismo primitivo.

La Iglesia, que comprende que no puede remontar el curso de las edades, hace de la Inquisición una trinchera. ¡Al fuego todos los que intenten pensar y comunicar sus ideas! ¡Al fuego todos los herejes que no se inclinan ante el dogma! La edad de los holocaustos humanos a Moloch y Teutates parece haber vuelto. La multitud embrutecida, que siente renacer en ella su origen animal, huele el perfume de las parrillas cristianas. ¡Pero no importa! Un hecho se desprende, claro, incontestable: la Iglesia se acerca a su inclinación, pues la fe popular no le es ya arma suficiente; necesita subordinarse al Estado pidiéndole apoyo, tiene que ponerse a la defensiva feroz, espantosa, pero defensiva al fin.

La inquisición no la preserva de Wicleff, que condena al papado y se burla de la confesión; no la salvará de Juan Huss, ni de Jerónimo de Praga que, sobre las llamas apelan a Jesús ante los crímenes de sus vicarios, ni de los campesinos de Bohemia que, con Ziska, gritan: «¡el cáliz al pueblo!» -el cáliz, es decir, no sólo el emblemático de la Eucaristía sino sobre todo el del bienestar- y por cuyos principios hacen guerra sin cuartel a los castillos, a los conventos y a las iglesias.

La Inquisición no la libraré tampoco de Lutero que, fulminando contra las indulgencias, contra los sacramentos y contra el celibato eclesiástico, mina de arriba abajo la organización religiosa. En vano las bulas suceden a los anatemas; ha llegado la hora en que el árbol podrido va a caer abatido: la sangre de los herejes mártires ha fructificado.

Y ese movimiento que agita todo el siglo XVI, no es solamente una reforma estrecha, limitada a las argucias teológicas, sino que es una inmensa revolución, revolución en las ideas, en las costumbres, en la ciencia, Lutero, satírico vehemente, Calvino, fanático austero, no fueron, por lo menos al principio, más que la voz parlante de una multitud hasta de estar uncida al yugo de Roma. El espíritu de independencia, al amparo del fervor religioso, se había infiltrado por todas partes, los soberanos se erguían ante los papas, los señores ante los soberanos, los campesinos contra los nobles. «Si me es permitido, declaraba atrevidamente Lutero a su príncipe, por amor hacia la libertad cristiana, no solamente despreciar, sino que también arrojar a los pies los decretos de los papas y los cánones de los concilios, ¿crees tú que puedo respetar sus órdenes para mirarlas como leyes?» Todas las rebeldías futuras estaban contenidas en germen en esa declaración atrevida.

Al lado de los creyentes que querían adorar a Dios según su gusto, de los sacerdotes que deseaban casarse y de los señores que anhelaban desembarazarse de la gente monástica, las masas plebeyas, animadas por el soplo del siglo, se estremecían ante los acentos de tribunos entusiastas predicando la libertad y el comunismo, bajo una forma mística.

Todas las fuerzas sociales se pusieron en lucha contra la autoridad. Enrique VIII, ese real Barba-Azul, arrancando al papa la Inglaterra por la fuerza de su voluntad, abrió la vía a la revolución puritana de 1648. Zwingli, hombre de acción, surgiendo detrás de Lutero, teórico, y sublevando a los republicanos suizos contra el viejo culto, veía levantarse a sus espaldas los anabaptistas Stork y Munzer, que, al frente de los campesinos alemanes, parecían animados del mismo espíritu exterminador de Juan Ziska.

La guerra de los anabaptistas, que un escritor concienzudo, Alejandro Weill, ha trazado sus fases, fue el más formidable movimiento de las masas plebeyas a partir del siglo XVI hasta la gran revolución. El calvinismo, estrechamente dogmático en Ginebra, se mostro en Francia,

muy aristocrático, cuestión de moda y de intrigas, hasta el punto de que el catolicismo amenazado, pudo hacer un llamamiento en su defensa a la democracia naciente; la república inglesa, continuó fríamente puritana; las revoluciones de Flandes fueron ante todo políticas y nacionales, pero los místicos comunistas que, en Westfalia y Suabia, inauguraron *el reinado de Dios*, abrazaron a toda la humanidad con efusión de fe y amor.

Condenando toda autoridad, proclamando la igualdad humana, predicando la comunidad de bienes, los anabaptistas han sido, desde muchos puntos de vista, los precursores de los modernos anarquistas. Lutero, del que sobresalieron furiosamente, se esforzó para crearles dificultades: él no había querido más que una reforma religiosa y era una revolución social lo que se agitaba. Si el papa hubiera querido estrecharle la mano no cabe duda que el fraile rebelde hubiera renegado su pasado y vuelto a la paz con Roma. «Hay momentos, escribía él, en los que me pregunto a mí mismo si no hubiera sido preferible conservar el papado con todos sus abusos a ver estos horrores y estas revoluciones».

¡Es la eterna palinodia de los tribunos del primer momento, que, henchidos por el soplo del éxito, olvidan bien pronto al pueblo, en nombre del cual hablaron, empleando después todos sus esfuerzos en contener la revolución misma a la que ellos abrieron la vía! ¡Palinodia que será igual en Mirabeau! Lutero, después del aplastamiento de los primeros anabaptistas, en Frankenhansen, se volvió descaradamente hacia la derecha, empequeñeciéndose para obtener gracia de los reaccionarios furiosos. «Ellos han salido de nosotros; no es culpa del trigo si la cizaña sale a su lado». Su discípulo Melanchton, que el miedo hacía feroz, pedía encarecidamente suplicios: «¡Nada de contemplaciones con esos impíos, con esos anarquistas! es preciso exterminarlos absolutamente por el hierro, por el fuego y por el agua».

Esta es la historia de todas las épocas: la misma de los cónsules romanos, marchando sobre la plebe después de haber acabado con los reyes, la de Robespierre, guillotinando a los hebertistas, la de los burgueses demócratas, ametrallando al pueblo en Junio de 1848 y en Mayo de 1871; la misma de los socialistas autoritarios de hoy, neojacobinos que se preparan para escamotear el porvenir y convertirlo en su provecho, persiguiendo con sus calumnias y asesinando, si las circunstancias lo hacen necesario, a los anarquistas que quieren dar a la revolución inmanente toda su amplitud...

Diez años se han pasado: la sangre de los herejes vencidos ha fecundado el suelo; bajo la doble acción de las ideas que se propagan y la miseria que se aumenta, la revuelta surge de nuevo, entusiasta al principio, furiosa en seguida. «¡Viva el Cristo emancipador del pueblo y mueran los papistas!» Los luteranos, confundidos intrigan: «¡Mueran los luteranos!» ¡esos aliados de los nobles, esos reaccionarios, esos falsos hermanos!

La ciudad de Munster, teatro de las predicaciones entusiastas de Juan Mathiesen, se convirtió en centro del movimiento. Como Albí y como Praga vino a ser nueva Sión, con sus profetas, sus jueces y el pueblo dividido en doce tribus. ¡Plagio del que no deben reírse los nuevos jacobinos que ensueñan con reeditar la Convención nacional y el Comité de salud pública!

Todo fue puesto en común, hasta las mujeres; todos los libros fueron pasto del fuego, menos la Biblia, todo fue púlpito, tribuna y cátedra, todo, salvo las iglesias saqueadas, y en la ciudad investida por el obispo y los príncipes, de la que habían huido los ricos burgueses, reinó una fraternidad hurafña. Si durante el sitio, los inductores, a medida que los acontecimientos se precipitaban, enbrados y creyendo así poder asegurar la fortuna, se llenaron de títulos y pomposas dignidades, no por eso fue destruido el profundo sentimiento de igualdad que animaba a las masas. El 24 de Junio de 1535, los sitiadores, guiados por un traidor, escalaron las murallas: ¡una vez más, el hierro y el fuego, tuvieron razón sobre los enemigos del orden!

El comunismo místico de los anabaptistas debía sucumbir. Partiendo de la revelación divina en que creían firmemente y no de las ciencias naturales que desconocían, cayeron los librepensadores, al principio, en una fe sin razonar. Su triunfo, si hubieran vencido, pudiera haber sido por muchos siglos, un nuevo alimento, al fervor popular y consolidado el edificio religioso sobre una base más resistente que el poder desmoronado y vetusto de los papas. Nada se convierte, a la larga, más opresor que esas religiones o esas filosofías fundadas sobre un ideal absoluto: el fanatismo y la intolerancia sobrevienen naturalmente de modo que, partiendo del principio elevado, y después de haber lanzado al aire palabras de libertad y de dignidad, acaban por matar toda dignidad y libertad, englobando un implacable anatema a librepensadores y partidarios del antiguo culto.

Tal cual fue, la guerra de los anabaptistas, no dejó por eso de ser el movimiento más profundamente social hasta la revolución francesa. Y si la reforma, desvirtuada ya, reducida a una querrela teológica, echó raíces en Alemania y Suecia e hizo germinar en Inglaterra la revolución republicana de 1648, fue únicamente debido a los furibundos, a los anarquistas de Frankenhansen y a Munster. Estos consiguieron aterrorizar al enemigo, aunque concentrándose sobre ellos todos los golpes; y mientras tanto, los otros, los tímidos reformistas, tuvieron la satisfacción de respirar un poco, y reclutar algunos liberales, establecer el *justo medio* y ganar terreno. ¡Tan es cierto que una revolución no puede ser bastante profunda y que una idea no penetra violentamente en los cerebros adormecidos, sino cuando está agitada por otra idea más avanzada!

Loyola, que siente crujir la Iglesia como un viejo buque abandonado, la rodea de una milicia temida, milicia más que hará temblar a los príncipes y cuyo general será el rival del mismo papa. Los jesuitas se proponen la conquista del mundo.

El cristianismo había triunfado por sus misioneros propagandistas, y fue internacional como en nuestros días el socialismo: una cadena interminable partía de Roma hasta las extremidades del universo.

Y vieron bien claramente Loyola, Francisco Xavier, Lainer, fundadores de la Compañía de Jesús, que la cadena iba a romperse y la reforzaron, disciplinando el movimiento de propaganda, interrumpido desde hacía tres siglos. Como nuevos Proteos, revistieron de todas las formas: casuistas, rabinos, profesores, médicos, generales, ministros, derviches en Turquía, faquires en la India y mandarines en China, poniendo a Maquiavelo en acción para mayor gloria de Dios. En Inglaterra sostuvieron una lucha desesperada con los protestantes, pero era demasiado tarde para desalojar la herejía, victoriosamente instalada en el poder; en Francia fueron más afortunados.

Al mismo tiempo que se esforzaban para restablecer el antiguo mundo, crearon sus resistencias en el nuevo, dando a Roma millones de sujetos asiáticos y americanos. Comprendiendo mejor que nadie hasta qué punto el dinero era el nervio de la guerra moderna, metían su mano sobre todos los tesoros: ruinas, pesquerías, cultos, todo era bueno. De ahí la tenacidad de las grandes guerras del siglo XVII entre países católicos y protestantes: la lucha política y religiosa se complicaba con la lucha comercial.

Pero los continuadores de Loyola pueden hacer cuanto quieran: la Iglesia está herida de muerte desde que la fe popular la ha abandonado. La fe, implantada en América a la luz de las hogueras inquisitoriales, se extingue en Europa: ni con mazmorras ni con autos de fe podrán triunfar sobre la idea.

¡La idea!... La idea surge del curso mismo de las cosas y del choque de los acontecimientos. Las guerras crueles entre católicos y protestantes, señalan la decadencia irremediable del poder de los papas, sin mejorar la situación material del pueblo que se hace de más en más

escéptico y desengañado de todos sus redentores, Guise o Coligny, Montmorency, de Retz o Condé, busca su salvación fuera de la idea religiosa. Jesús o Satanás empiezan a perder su mérito emotivo, las deducciones de los filósofos se filtran en la conciencia popular, pero no la conmueven: el cerebro deprimido por los siglos de esclavitud, se muestra rebelde a los silogismos. Pero el espectáculo de los hechos será bastante más eficaz que las abstracciones.

Además, ¿es acaso por el pueblo por el que Descartes discurre, ni por el pueblo por el que Bacon esboza en filosofía el método experimental? ¡Más tarde aun habrá que ver con qué soberano desprecio habla Voltaire de «la canalla que no tiene más que su fuerza para vivir»! Filósofos, jansenistas, *libertinos* gravitan en sus más elevadas esferas, entre la nobleza que los acaricia como a animales raros, y la burguesía que los admira.

Enfrente de los jesuitas, que hacen furor y se multiplican, se elabora otra asociación no menos misteriosa, no menos activa, destinada a ser su gran rival. Inspirada a la vez que en el antiguo misticismo en las nuevas tendencias humanitarias, la francmasonería echa profundas raíces en Alemania, en Inglaterra, en Francia y en Italia. De asociación corporativa que era al principio, prospera desmesuradamente al soplo de los rabiosos judíos y de los doctores protestantes: va a convertirse en asociación política, en arma de combate; por ella el grito de venganza de los albigenses vencidos, de los anabaptistas degollados, los pensadores arrojados a las hogueras, pasará a las nuevas generaciones.

Es innegable que la masonería, hoy cristalizada en sus ritos caducos y condenada a morir porque ha consumido sus fuerzas con su triunfo, toda su época revolucionaria. «Una asociación de hombres marchando invariablemente a un fin, ha dicho José de Maistre, no puede, ni hay media de destruirla, ser combatida y reprimida si no es por otra asociación contraria». En el siglo XVIII la masonería cruza su hierro con el jesuitismo y empieza en las tinieblas un duelo que dura todavía. Cosa sorprendente, un discípulo de los jesuitas, Weishaupt de Ingostadt, fue el primero que puso en cintura a sus antiguos maestros.

En esas épocas de negro absolutismo no era fácil poder pensar, sino con muchas precauciones, y en las asociaciones secretas: de aquí proviene la importancia y el número de éstas y también sus extrañas ceremonias, ocultadoras del verdadero fin. Las asociaciones masónicas, imbuidas, sobre todo en Inglaterra, del antiguo espíritu religioso y monárquico, vivían bastante tranquilamente, cuando Weishaupt les imprimió, con una enérgica impulsión, otra orientación nueva creando la secta de los iluminados que opuso -¡qué audacia!- la autonomía de la razón a la inspiración divina.

Desde entonces empieza una actividad desconocida. El axioma de los jesuitas: «el fin justifica los medios» se vuelve contra éstos por su antiguo discípulo. En 1778, los iluminados se alían con las asociaciones masónicas de las que no tardan en ser directores. La secta tiene grandes honores para los vanidosos, sabías máximas para los filósofos, misiones vengadoras para los entusiastas; así extiende más y más sus ramificaciones, se agregan a ella poco a poco representantes de todas las clases sociales, y toda ella se mueve bajo la inspiración de algunos jefes ocultos.

Algunos duques y príncipes afiliados a la asociación servirán de pantalla, llegarán muchos de ellos a los más altos grados sin conocer el verdadero fin de la asociación.

Al lado de esas reclutas de aristócratas, poderosos por sus riquezas e influencias, se prefieren los médicos que penetran por todas partes, los abogados de palabra elocuente, los impresores, los libreros, los escritores.

Es una verdadera Internacional que se forma frente a otra Internacional, la de los jesuitas, cuyo centro está en Roma. En los Estados hostiles, cerrados a toda relación, los masones sirven de

hilos conductores a una activa propaganda: esos hilos se anudan y estrechan, aprisionando hasta a los soberanos mismos en sus redes.

He aquí la profesión de la fe formulada por Weishaupt: «Reunión, en vista de un interés elevado y por un lazo durable, de los hombres instruidos de todas las partes del globo, de todas las clases y de todas las religiones, a pesar de la diversidad de sus opiniones y pasiones: hacerles amar ese interés y ese lazo hasta el punto que, reunidos o separados, obren todos como un solo individuo; que aun a despecho de sus diferentes posiciones sociales, se traten entre ellos como a iguales y que hagan espontáneamente y por convicción lo que no se ha podido ejecutar por ninguna imposición desde que el mundo y los hombres existen; he ahí lo que se trata de realizar».

Las precauciones tomadas por los discípulos de Weishaupt demuestran hasta qué punto tenían ellos conciencia de perseguir una obra revolucionaria. Los iluminados disimulaban su individualidad bajo nombres de personajes antiguos, únicos que figuraban en su correspondencia; entre ellos no se escribían sino en signos cabalísticos o caracteres convencionales e inmediatamente de llegadas a su destino las cartas eran destruidas.

Estos místicos luchadores no han sido los *organizadores* de la revolución de 1789, como lo han pretendido algunos escritores clericales, extraviados por su fanatismo: no depende del poder de un hombre o de una secta, determinar una transformación social tan compleja. La actividad de los individuos se manifiesta en movimientos de menos importancia que, según los tiempos y medios, se unifican o se pierden aislados. Pero esos entusiastas adversarios del absolutismo, contribuyeron ciertamente a crear situaciones, a conmovir los espíritus, a arrojar en el fondo de las masas, algunos de los gérmenes que, recogidos y fecundados se convirtieron más tarde en mieses espléndidas.

Los poderosos se sienten especialmente halagados si se les descubren nobles genealogías: la masonería victoriosa ha hecho remontar su origen a los tiempos de Salomón. Algunos escritores la han emparentado con las sociedades ocultas que, en Grecia y en Egipto, celebran los misterios de Ceres y de Isis; las leyendas se han multiplicado.

La verdad es que en todas las épocas, la lucha contra la tiranía dio origen a sociedades secretas, velando su acción y finalidad bajo formas exteriores más o menos extrañas. La credulidad pública dio su origen único a todas esas asociaciones engendradas por la misma causa, pero totalmente independientes las unas de las otras, y la masonería, más conocida porque es más moderna, ha venido a ser para los espíritus superficiales la sociedad madre e inspiradora.

Su en las agrupaciones masónicas, obreras al principio, políticas después, se descarta el origen de una idea religiosa distinta, ¡cuán natural será que esta idea se haga derivar del cristianismo primitivo! Esos *hermanos*, *complotando* misteriosamente en sus refugios subterráneos, ¿no eran más bien los continuadores directos de los discípulos de Jesús, místicos igualitarios como ellos, ocultándose en las catacumbas romanas para escuchar las exhortaciones de sus jefes espirituales y concertar su acción contra la sociedad pagana? Como han sido igualmente los padres de los modernos carbonarios, conspirando por los subterráneos y las cuevas y, jurando sobre su puñal herir en nombre de la libertad.

Las sociedades secretas, conexas a la masonería, no desaparecieron con la revolución que ellas contribuyeron a desencadenar. El siglo XIX, en sus comienzos la encontró en pie y trabajando activamente, sobre todo en Francia, Alemania, Italia y España.

## CAPÍTULO IX

### EL LIBRO

En las diferentes épocas de la civilización, el genio de una raza o de una nación se refleja en un libro sintetizando su historia guerrera o religiosa, sus costumbres, sus tendencias.

Los griegos tuvieron la Ilíada. En sus armoniosos hexámetros, evocando los choques de sus escudos centelleantes, las hecatombes manchando el púrpura los blancos pórticos de sus templos, los combates de los dioses, la cólera de los reyes, el desplegar de trirremos sobre el mar azul, vivía el espíritu de los helenos, poetas, guerreros, navegantes.

Los hindús tuvieron su gran epopeya nacional y religiosa en el admirable Ramayana. Los dos poemas ofrecen numerosas analogías y un fondo común: secuestro de una princesa, guerra y castigo de los malhechores. Nada es más sencillo: además de que los pueblos atraviesan las mismas fases de juventud, ¿griegos e hindús no eran acaso dos ramas de un mismo tronco?

Los persas, enamorados de alegorías y ávidos de especulaciones metafísicas, elucubraron en Zend-Avesta. Sorprendidos por el dualismo que parece manifestarse en todos los actos de la natura, distinguieron dos fuerzas: la una buena (Ormuz), la otra mala (Ahrimane), con una potencia mediadora (Mithra) debiendo al fin aproximarlas por amor.

¿Cómo desconocer con esas leyendas sagradas, el embrión de las creencias que, expuestas en la antigua Biblia hebraica constituyeron poco a poco el cristianismo? Que se substituya Ormuz por Jehová, Ahrimane por Satanás, Mithra por Jesús y no quedará sino pequeñas diferencias accesorias.

Para los pueblos semitas, rudos, austeros, impregnados de esa melancolía que se desprende del suelo de la India, hubo necesidad de un Dios hecho a su imagen y semejanza, celoso, vindicativo, estrechamente patriota. Ese dios fue el de Israel hasta el día que, por el contacto de las razas, nació un principio de fusión entre las ideas de Zoroastro, Moisés y Platón. De ahí la contradicción que se manifiesta entre las dos partes de la Biblia, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Un conjunto tan heterogéneo no podía ser del gusto de la nueva sociedad, diferente de su anterior por las ideas y las costumbres: el Nuevo Testamento, es decir, el Evangelio, vino a ser el libro por excelencia de los cristianos. Libro extraño y deshilvanado en el que las antiguas ideas mosaicas han penetrado a pesar de los sectarios de Jesucristo. En el Evangelio, el sentimiento elimina toda razón. Mortecina, flagelada por la ruda sociedad romana, el alma se manifiesta, unas veces en violentas imprecaciones, últimos ecos de las revueltas vencidas, otras veces en tímidas quejas parecidas a los gemidos de los cautivos de la ergástula. Salidas contra los ricos, llamamientos a la dignidad, exhortaciones a la cobardía: la mejilla izquierda presentada después de haber sido abofeteada la derecha, todo se encuentra en confusión.

Esta nueva Biblia fue, lo mismo que la antigua, compuesta con fragmentos de leyendas, más de una vez reformadas. Entre los relatos de los cuatro autores supuestos, Lucas, Marcos, Juan y Mateo, existen flagrantes contradicciones. Los evangelios atribuidos a los tres primeros estaban escritos en griego, los de Mateo, solamente escritos en lengua hebraica. En el siglo IV, la Biblia entera fue traducida en latín por Jerónimo. ¡El fondo primitivo cuánto no debió ser alterado por todos los cambios de forma!

Sólo después del concilio de Nicea, vino a ser el Evangelio el libro de todos los cristianos, sacerdotes o laicos. Para los bárbaros ignorantes o crédulos era el libro de conjuros, de hechicerías mágicas, capaz de curar los males del alma, quizás los del cuerpo y, cuando el coloso romano rodó por el polvo y los únicos representantes de la ciencia fueron los sacerdotes, más que jamás, esos intermediarios entre el cielo y los hombres, parecieron al pueblo investidos de un poder sobrenatural.

Hojeándose los viejos libros de caballería, repárense las leyendas carlovingias y en todas partes se encontrará el sacerdote: aquí, adivino (¿adivino, divino no tienen la misma etimología divina?); allá, médico, curando con la palabra o con el gesto las heridas más espantosas; en otra parte consejero prudente como el arzobispo Turpin, o rey, como el sacerdote Juan, ese mito célebre en toda la Edad Media.

El pueblo entero, más bien que un solo hombre, es quien en un momento psicológico, condensa su vida y aspiraciones en un libro hecho a su semejanza: el escritor reproduce sobre todo bajo una forma personal las ideas colectivas; a lo sumo, él es el obrero que elige entre materiales esparcidos. El libro, a su vez, resumiendo el espíritu y las costumbres de una época que se aleja cada día, tiende a perpetuar la dominación del pasado sobre las generaciones siguientes, hasta el día en que el sentimiento de rebeldía y de progreso, que ha germinado lo selecto, cada día más numeroso, encuentra su fórmula en un nuevo libro.

El Corán es un ejemplo elocuente. Rama desligada del árbol semítico, el pueblo árabe ha mezclado con las viejas leyendas bíblicas, las creencias de los cristianos y de los sabeístas que le rodeaban. Lo que no se adapta al temperamento de las naturalezas ardientes, contemplativas y sensuales a la vez, es eliminado y, cuando la obra de asimilación se encuentra terminada en su tercera cuarta parte, aparece un hombre que codifica el conjunto en preceptos religiosos. Mahoma fue realmente inspirado, no por un ángel, pero sí por el espíritu de sus contemporáneos. Todos aquellos a quienes repugnaba la austeridad de la Biblia y la bajeza del cristianismo -y eran muy numerosos- fueron hacia él; la evolución de los espíritus abre así las vías de una inmensa revolución política y religiosa, y el pueblo árabe, que se reconoce en su profeta, se precipita con él a la conquista de los restos deshechos del imperio romano. La mayor parte del litoral mediterráneo, cae en poder de estos proselitistas a mano armada, en los que parece resucitar el espíritu de los semitas que, bajo los muros de Jerusalem, combatieron los Titus y los Adrianos. Sólo allí donde las razas del norte se han establecido fuertemente, recula el Islam: esos elementos heterogéneos luchan entre sí sin poderse asimilar.

Hasta el siglo XV el Evangelio, leído y comentado por los hombres de la Iglesia (el pueblo no sabía leer) reinó sobre Europa, infiltrando en el seno de las masas el espíritu de fe y de resignación. Poco a poco; sin embargo, la curiosidad se despierta: doctos espíritus quisieron remontar el origen y, cuando los alemanes inventaron la imprenta, la primera obra impresa fue la Biblia, es decir, el libro de los cristianos precedido del libro de los judíos.

Tal había sido la comprensión de los cerebros que, a pesar del gran disgusto que inspiraba el presente, nadie se atreve a combatirlo sino en nombre del pasado. Y sólo con el libro santo se atreven a combatir el papado, incriminado, según Lutero, de haber falsificado las palabras de Jesús: los textos son analizados, torturados y truncados según las necesidades y conveniencia de la causa. Sólo los anabaptistas, aunque exigiendo el regreso a la igualdad comunista de los primeros cristianos, reemplazan la autoridad de la Biblia, que ha cumplido ya su tiempo, declara Munzer, por la inspiración divina permanente y manifiesta en todos. Inspiración divina o iniciativa humana, poco importa, el nombre no hace el caso; bajo una fórmula mística, es ese el primer esfuerzo intentado para sacudir el yugo de la tradición.

A partir de ese momento una tendencia nueva se manifiesta: los espíritus, cualquiera que sea la acuidad de las guerras religiosas, se emancipan más y más del verbo sagrado: el pensamiento



brotó de todas partes y, a medida que los libros se multiplican, el hombre cesa de ser el esclavo de un solo libro. Al proclamar la libertad de interpretar individualmente la Biblia, los reformadores abrieron el camino de la investigación, al examen, de donde la filosofía debía nacer como sucesora de la teología. El movimiento se prolonga en dos líneas divergentes, dos grandes escuelas dividen el mundo.

La una, como Descartes en Francia, Bacon en Inglaterra, Leibnitz en Alemania, luego Kant, después Fichte, partiendo de la experimentación, pero abandonando insensiblemente este terreno sólido, para llegar a la sola razón pura, análisis deducido, encadena las abstracciones y, tendiendo a reemplazar el hecho por la hipótesis, reconstruye un mundo ideal, enseñando así el modo de crear las religiones espiritualistas. La otra, menos transcendental pero más precisa, profundamente humana, sobre todo, eleva un templo a la sola naturaleza. Rabelais intenta rehabilitar esta gran desconocida. En un libro que su generación no llega a comprender, impugna la autoridad más despótica, la del dogma; vapulea con su amplio buen sentido a charlatanes, teorizantes, vacuos, viciosos, pedantes, porfiados, hipócritas y, en su *Thedema*, esbozo del falansterio de Fourier proclama la fórmula anarquista: «Haz lo que quieras».

El mérito de Rabelais consiste en inspirarse en él mismo, en su poderosa y alegre individualidad que sentía participar de la vida universal. Casi todas sus predicciones no habían tenido más que un arte: *copiar bien*. Pero él se atrevió a ver, escuchar, sentir, e intentó traducir fielmente las necesidades de la libertad y el bienestar inherentes a la naturaleza humana, necesidades que las civilizaciones más refinadas, las instituciones, las leyes especiales, no han podido ahogar completamente y que, después de haber estado largo tiempo comprimidas, hacen explosión, en ciertos períodos sociales, con una fuerza sorprendente.

Con él nació el panteísmo de tendencias materialistas, que llena los siglos XVIII y XIX penetrando hasta en los metafísicos mismos, por Spinoza, Gæthe y Hegel. ¡Ah, esa naturaleza tanto tiempo negada, combatida, ultrajada tomará la revancha! Se la había proscrito en nombre de Dios, el ser fantástico cruelmente ilógico: ahora es ella la que negará a Dios.

Aunque no comprendidas en su época, las ideas de Rabelais no se han perdido; cayeron en terreno que fecunda el arado de las guerras religiosas, germinan vigorosas, y el amor de *Gargantúa* resucita bajo los rasgos de La Fontaine para gritar: «¡Nuestro enemigo en nuestro amo!» el que, poniendo en escena a los animales, censura en ellos, sin peligro, nuestras anomalías y vicios, con frecuencia nuestras instituciones; hace más aún, los une a la vida como hermanos inferiores, con los que Lamarck y Darwin establecerán más tarde nuestro innegable parentesco. Después he aquí a Helvecio que aparece; Helvecio que, con gran escándalo de los espiritualistas, proclama el mundo tal cual es; el hombre es un ser sensible; el egoísmo bajo cualquier forma que se presente, es el móvil de nuestros actos; la probidad es el hábito de las acciones útiles a la sociedad; el hombre bueno es aquel que se solidariza con sus semejantes; el universo moral está sometido a las leyes del interés común, el universo físico a las leyes del movimiento; la sociedad puede vivir sin Dios. ¡Por eso qué desencadenamiento de enemistades contra ese hombre que, según expresión de madame de Boufflers, ha dicho el secreto de todo el mundo! El clero y la Sorbonne anatimizan, el Parlamento amenaza: el autor del libro *El Espíritu*, atemorizado, se retracta; la idea no obstante, está en marcha.

Después de él, Buffon, en noble estilo, describe la naturaleza inmensa, universal, en la que todos los hombres viven, se disuelven, se transforman, donde nada no se crea ni aniquila, donde todo se renueva. Constantemente agitado entre las divagaciones metafísicas de su época y las realidades que la ciencia le revela, proclama al fin, de un lado la unidad del tipo físico, determinado según él, por *moldes interiores*, análogos a los arquetipos del platonismo; de otro lado, afirma la variabilidad de las especies bajo la influencia del tiempo y del medio ambiente. Teoría de grandes consecuencias que, magníficamente recogida por Lamarck y Darwin, vendrá a ser en nuestros días la teoría de la *evolucón*.

Pero por encima de todo se levanta Diderot -Diderot, naturaleza hervorosa que, mejor que Voltaire y que Rousseau comprenderá la vida universal, el hombre, no parte aislada, sino integrante del universo. Bajo su impulso surge un libro que dominará toda su generación: la *Enciclopedia*. Obra bastante más fecunda que las quintaesencias cartesianas-.

Artes, ciencias, oficios, política, filosofía, todo está tratado por mano maestra: los materiales abundan. Diderot, fiel observador penetra por todas partes donde hay algo que estudiar. De él, sobre todo, proviene la observación verdadera, vívida, el realismo documentado que, ahogado más tarde bajo el desbordamiento romántico, ha reaparecido en nuestros días con Balzac, Dickens y Zola en la novela; con Lamarck, Darwin, Vogt y Reclus en las ciencias naturales; con Büchuer y Moleschott en la filosofía.

Príncipes y sacerdotes no se engañaron: a pesar de las reticencias con que los enciclopedistas y principalmente el prudente d’Alambert<sup>28</sup>, velaban sus pensamientos, comprendieron que ese libro vendría a ser el Evangelio de una generación nueva, sedienta de ciencia y cansada de adormecerse con el vaivén monótono de las leyendas religiosas, y lo proscribieron; pero al proscribirlo, sacerdotes y príncipes, revelaron el poder del libro y su debilidad propia.

En las páginas de la Enciclopedia estaba contenido todo un siglo. Hoy día la ciencia materialista, tomando posesión del globo, escala las más altas cimas; ¡y qué será cuando la ciencia, como el pan, esté asegurada a todos los hombre! La idea ha continuado en marcha, estamos muy lejos del deísmo de Voltaire; pero es lógico hacer justicia a los que, luchando, no sin peligro, contra la rutina y el absolutismo, han abierto a la humanidad consciente las vías del progreso sin límites.

## **CAPÍTULO X**

### **REVOLUCIÓN FRANCESA. BABEUF. EL SOCIALISMO ENTRA EN ESCENA**

La vieja sociedad feudal que había durado quince siglos, se vino abajo en 1789 a impulsos del espíritu nuevo.

Herederos, en sus manifestaciones primeras, de los grandes mártires heréticos, Voltaire y Rousseau, deístas, y Diderot, ateo, habían arrojado la simiente de una renovación. Y, mientras que en los campos, bajo el peso de la miseria acumulada, los nietos de la jacquería, feroces y por bandas, quemaban los castillos feudales colgando a los señores en las almenas, en las ciudades, los hombres despertando a la conciencia y a la vida, corrían las ideas como un estremecimiento por la superficie del cuerpo social: la génesis de un mundo se elaboraba.

Ocho meses de motines y trescientas insurrecciones locales precedieron la explosión revolucionaria del 14 de Julio que, hiriendo de muerte al viejo árbol, fue la señal de la tempestad.

La marea de ideas y acontecimientos duró cinco años y lo cubrió todo, arrancando la corona de las Tullerías, moviendo las raíces de los troncos. Luego, como había habido flujo hubo reflujos.

---

<sup>28</sup> «El tiempo hará distinguir lo que hemos pensado de lo que hemos dicho». (Carta de d’Alambert a Voltaire).

Los más revolucionarios, los innovadores, fueron guillotinado, los otros se confundieron con los enemigos, las ideas perdieron su poder: la fusión entre el mundo del pasado y el del porvenir se hizo.

Aprovechando de la laxitud general, del aplastamiento de los nobles y de la ignorancia del pueblo, la clase media -media en todo, en concepciones y en energías- acaparó poder y capital; en una palabra, escamoteó la revolución.

Es verdad que no se les puede imputar como un crimen a los hombres de entonces el hecho de no haber previsto la evolución industrial y comercial del siglo que iba a empezar, pues hasta en nuestros días la ciencia social es bastante imperfecta para permitir la previsión del porvenir si no es en sus grandes rasgos. Pero no es menos cierto que los representantes del tercer estado se atribuyeron el botín de la victoria con un egoísmo monstruoso. «Las revoluciones que se han sucedido desde hace tres años, escribía Lepelletier de Saint-Fargean lo han hecho todo en favor de otra clase de ciudadanos, pero casi nada en beneficio de la clase más necesitada, de los ciudadanos proletarios cuya única propiedad está en el trabajo. El feudalismo está destruido, pero no en su favor, ya que ellos no poseen nada de los campos liberados».

Si el industrialismo gigantesco del siglo XIX era difícil de prever, al menos, los legisladores que se abrogaron una autoridad más absoluta que la de un monarca hubieran podido hallar soluciones equitativas para favorecer la emancipación del proletariado agrícola. La propiedad del suelo tomada a los señores hubiera podido ser transformada en propiedad comunal, accesible a todos los aldeanos. Pero los más atrevidos de esos revolucionarios políticos, retrocedieron ante la transformación de la propiedad; de otra parte, toda una turba de agiotistas afluía exigiendo asignaciones; el nuevo Estado tenía necesidad de dinero, y el suelo, dividido en infinitas parcelas, fue atribuido a los suficientemente ricos para pagarlo. Los miserables que no se encontraban en medida de adquirir bienes nacionales se convirtieron en asalariados.

El antiguo régimen había tenido dos clases de enemigos: los idealistas, que reivindicaban el derecho a pensar y querían substituir el dogma del derecho divino por un contrato social del que serían ellos los redactores; y los materialistas que querían, ante todo, conquistar el derecho a la vida.

Los primeros proclamaron los Derechos del Hombre, hicieron y deshicieron cuatro constituciones y entraron en la historia ataviados con el ropaje de filósofos y legisladores. Los segundos destruyeron el feudalismo, arrasaron las iglesias, tomaron posesión del suelo, se apoderaron de la Bastilla el 14 de Julio, de las Tullerías el 10 de Agosto, corrieron espontáneamente a la frontera a rechazar la invasión monárquica, violaron la Convención rebelde y no se detuvieron sino extenuados, diezmados, traicionados por los antiguos inductores llegados ya a años. Todo cuanto decidió la victoria de la Revolución fue obra de ellos, y como premio no han recogido sino epítetos ignominiosos.

El tercer Estado habiendo triunfado en la nación y los abogados en el tercer Estado, Robespierre vino a ser el pontífice de la Revolución. Era perfectamente el hombre del momento y de la casta de los que *llegan*: bastante político para descubrir las emboscadas de los partidos y bastante firme para pegar sin piedad sobre la derecha y sobre la izquierda, y por otra parte absolutamente ignorante de las cosas del pueblo. Esos metafísicos estadistas no salían del recinto de la Convención o a lo sumo del Club de los Jacobinos donde se condimentaban las popularidades.

Otros hombres, que vivían más cerca de los desheredados, vieron donde estaba la llaga y, sinceramente, buscaron el remedio. Jacobo Roux, que conducía a las masas de los arrabales al asalto de los acaparadores; Chaumette, Vincent, Hebert, que soñaban con la Commune como buena madre en la que todos encontrarían la garantía de su existencia; y después Babeuf, que

proclama no la Commune, sino el Comunismo, fueron los precursores de una revolución futura, hija de la primera; de ellos ha surgido el socialismo moderno. Y mientras las masas, exaltadas por sus tribunos morían por abstracciones, cuando la religión de la Patria, los Derechos del Hombre y los inmortales principios, saturados de un vago deísmo, disputaban el puesto al antiguo culto proscrito, los *furibundos* predicando la satisfacción de las necesidades materiales y declarando al rico tan déspota como al noble, arrojaban los gérmenes de esa revolución proletaria de la que al final de nuestro siglo está henchido.

Las necesidades materiales del pueblo, eran cosa indiferente para los idealistas, y al clamor de los desheredados pidiendo pan, contestaban con declaraciones de principios. «Almas de cieno que no estiman más que el oro, no quiero tocar tus tesoros *aunque sean de impuro origen*», declamaba imbécilmente Robespierre, defendiendo la propiedad, y añadía: «Se trata más bien de hacer honrosa la pobreza que de proscribir la opulencia». Y todos los puritanos de un día, viciosos al día siguiente, aplaudían al incorruptible.

Hubo, sin embargo, por entre esos burgueses algunos hombres de corazón, pero, en general, apasionados por las palabras no vieron claro en los hechos: rompiendo los lazos corporativos, bien pesados por cierto, aislaban los trabajadores de las ciudades, abandonándolos para siempre a merced de los explotadores. Prescribiendo la compra de terrenos tomados a los señores por los campesinos, privaron de todo derecho a la propiedad rural a millones de proletarios que no habían podido economizar dinero alguno. La servidumbre económica iba a suceder a la servidumbre feudal.

Desde el primer día los representantes de la burguesía navegaron entre la ley que querían abatir y el pueblo al que querían despojar. Ese pueblo, embrutecido por largos siglos de servidumbre y cegado repentinamente por la libertad, como por una luz potente a la que no está acostumbrado, les llenaba de cuidados. Uno de sus escritores, Taine, lo ha comparado a un elefante presa de súbito furor. Por eso todos los esfuerzos de los nuevos gobernantes tendieron a dominar esa fuerza enorme. Para lograrlo, erigieron otra autoridad; la de la ley, más equitativa en apariencia que la del monarca absoluto, pero mil veces más tiránica, sorda, ciega, impersonal y, por consecuencia, invulnerable, descargando sus golpes sobre el pueblo en nombre del pueblo mismo.

Aunque volterianos, hipócritas, abrieron las puertas al clero, después de haberlo domesticado según ellos creían. Es un error creer que Bonaparte sólo restauró el catolicismo: Bonaparte, a despecho de sus aptitudes militares y de su talento, aun más real, de escenógrafo, no fue más que un hombre de la burguesía prevaricadora y patriota, patriota porque la guerra les permitía toda clase de agios y acaparar sin ruido ni grandes esfuerzos grandes capitales. Esa burguesía cansada de las tormentas revolucionarias, era demasiado práctica para cejos. Afanosa por afianzar sus conquistas, se apoyó sobre la espada del primero que llegó. De hecho ¿qué era Bonaparte? un advenedizo, también él, anunciando siglos rivales: «¿cómo no iba a seguirle toda la clase del *justo medio*?»

Se restituyeron los sacerdotes, se abrieron las iglesias a ese pueblo que, según M. Proudhomme, necesita una religión, a ese pueblo infeliz bastante cándido para creerlo todo, a condición de ser feliz en la otra vida ya que no en ésta. El hombre del brumario y del Concordato pronunció más tarde la justa frase de la situación: «En cuanto a mí, no veo en la religión el misterio de la encarnación sino el misterio del orden social; ella establece en el cielo una idea de igualdad que impide que el rico sea degollado por el pobre».

La absorción, o por mejor decir, el ahogamiento de la Revolución francesa por Bonaparte, fue un fenómeno a la vez que de orden político, económico y moral.

De orden político y psicológico al mismo tiempo, porque la exaltación no es nunca duradera; el cuerpo social, después de tan fuertes oscilaciones, propendía a volver a su centro de gravedad. Al entusiasmo por las cosas nuevas, por las constituciones, por los derechos, por la patria en peligro, había sucedido la fatiga propia de las tempestades revolucionarias, el envenenamiento después de las arengas grandilocuentes, de las ceremonias teatrales, de los dramas y de las comedias parlamentarias, el odio hacia las tarifas máximas de los comerciantes, del curso forzoso para aquellos que se les ha pagado en papel, de las medidas vejatorias para todos.

Francia, decían los hermanos Goncourt (Historia de la sociedad francesa durante el Directorio) hastiada de Dios, de tribunos, de héroes, de verdugos; cansada de luchas, de esfuerzos, de gritos, de anatemas, de entusiastas, de efervescencia, de enibramiento, de tempestades, de triunfos y de angustias; harta de revoluciones, de golpes de Estado, de constituciones de legislaturas, hastiada del 10 de Agosto y de Termidor, de Pradial y de Fructidor, de vencer y de ser salvada; cansada de Bélgica sometida, de Italia conquistada, todas las águilas de Alemania llevadas a los Inválidos no la hicieron volver la cabeza. Francia, harta de escalar el cielo, de amasar los imperios, de acaparar el mundo; Francia, *entumecida* de gloria; Francia, deshecha, acostada sobre un montón de cadáveres, sobre un colchón de laureles; Francia, exhausta de hombres, de dinero, de crímenes, de ideas, de elocuencia; Francia, como Mirabeau al morir no pidiendo a los médicos de su destino más que una cosa: «dormir», creyó, arrojándose en los brazos de Bonaparte, haber encontrado el reposo.

De orden económico porque la gran lucha industrial y comercial empezado. Los lazos de las antiguas corporaciones habiendo sido rotos, las iniciativas pudieron surgir más libremente y abrirse paso. Los escritores como Diderot que quisieran volvernos a los antiguos tiempos, evocan con entusiasmo ese encarcelamiento de los proletarios en las corporaciones cerradas, celosas, enemigas unas de otras y sabiamente jerarquizadas. «Había más solidaridad», exclaman ellos, pero esa solidaridad aplastante, autoritaria, impuesta por reglamentos y no por la convicción, se había hecho insoportable a todos y, cuando la Asamblea constituyente abolió jurados, maestranzas y privilegios corporativos, un grito de alegría exhalaban todos los pechos obreros.

Sólo que se cayó en el exceso contrario, cosa frecuente en tiempo de revolución. ¿Qué iba a ser el desenvolvimiento de la industria y el comercio sino una gran batalla entre productores? Y en esa batalla los más bien armados, es decir, los más inteligentes o los más ricos iban fatalmente a aplastar a sus desventurados rivales. Más tarde el vapor, cuya ulterior importancia empezaba a vislumbrarse, debía aniquilar más y más a la pequeña industria, crear toda una masa inmensa de asalariados consumiendo su vida para que sus amos pudieran amontonar fortunas fabulosas.

El mismo fenómeno se produjo en la producción agrícola. Los más perspicaces de los convencionales, habían comprendido que la Revolución, tan profundamente agraria hasta 1793, no tendría vitalidad si no aseguraba a todos este complemento a la libertad; el bienestar por la posesión del capital productivo. ¿Y desde ese punto de vista qué capital más productivo que la tierra? Toda una escuela de economistas, los fisiócratas, había predicado la vuelta hacia esa madre común, demasiado abandonada por las grandes ciudades, esos focos de corrupción física y moral.

¿Pero cómo efectuar ese regreso a la que, fecundada por el trabajo constante decuplicara su fertilidad? Jamás el suelo, dice Michelet, fue mejor trabajado que durante el año que siguió a la desposesión de los señores. Los más avanzados, obedeciendo a pesar suyo al furor de imitar las antiguas formas romanas, ensoñaban con repartos y leyes agrarias. Antes de Babeuf, ninguno de entre ellos supo concebir un estado social en el que las fuentes de producción hechas comunes, es decir, indivisibles e inalienables, daría a todos los hombres el goce de todos los productos.

La revolución de 1789 fue, en efecto, francamente individualista. De ella vino el desenvolvimiento intelectual y también la servidumbre económica del proletariado: el individuo, anonadado durante siglos, conturbado ante el dogma, ante el rey y el señor, cohibido en cada uno de sus movimientos, se sintió presa de una sed inextinguible de expansión. Su primer grito fue: «¡Libertad!» Libertad de pensar, libertad de explotar o de dejarse explotar.

Para perseguir y efectuar esa explotación, los nuevos amos, es decir, los burgueses poseedores del capital, tenían necesidad de un hombre que mantuviera la paz en el interior, declarando terminada la revolución y que impusiera por la guerra la circulación de los productos franceses en todos los mercados europeos, al mismo tiempo que mataba en el pueblo el espíritu revolucionario por la embriaguez de las conquistas.

Y mientras que los descamisados que se habían levantado para ir a Jemmapes y a Valmy, estremeciéndose ante las palabras de patria y libertad, continuaban, andrajosos por costumbre y con el cerebro oscurecido por el humo de las batallas, siguiendo la bandera tricolor en su peregrinación a Berlín, a Viena, a Madrid, a Moscou, los detentadores del dinero, sucediendo a los agiotistas del papel sellado, acaparaban a bajo precio las tierras faltas de brazos a consecuencia del alistamiento en los ejércitos de los ex siervos de la gleba y el terruño.

En el orden moral sucede otro tanto. Un pueblo modelado por quince siglos de esclavitud, no puede en algunos años sacudir el yugo del atavismo. El espíritu de sumisión ha sido infiltrado en sus venas por la herencia. Arrojado fuera de sus antiguas costumbres por sucesos terribles, tiende a volver a ellas desde el momento que la fuerza que le hacía obrar ha dejado de existir, pareciéndose en esto al péndulo que, después de haber sido violentamente sacudido, propende pronto a volver al curso regular de sus oscilaciones isócronas.

Nunca, en las etapas de la humanidad han marchado a la par de la evolución moral y el progreso de las ideas. Ahora mismo, no faltan ateos que van a misa y partidarios de la unión libre que se casan; muchos conservadores de abolengo declaran en la intimidad que las concepciones socialistas y hasta las anarquistas les parecen perfectamente justas. «Nosotros nos parecemos, ha dicho muy bien un escritor, a esos canacas o a esos indios que, conducidos desde su infancia a nuestras escuelas, se asimilan con sorprendente facilidad los elementos de nuestras ciencias sin poder adaptarse a nuestras condiciones sociales y a los que un irresistible instinto atrae a la vida salvaje en cuanto han alcanzado la edad de hombre».

Evolución, revolución, reacción, tal es el orden fatal por el cual la humanidad camina hacia el progreso indefinido. La hora llega, y como en las imponentes mareas equinocciales, la ola humana se lanza con ímpetu irresistible para replegarse en seguida sobre ella misma, luego de haber arrasado todo cuanto le servía de obstáculo.

El agente más activo de las revoluciones y de las reacciones ha sido siempre la mujer. Ella fue la que recibió e infiltró el cristianismo en la sociedad pagana. Anonadada, sometida a los caprichos del amo esposo, repudiada cuando había cesado de agradar, o esclava del gineceo y del lupanar, había comunicado a la nueva doctrina todos los ímpetus de su alma, todos los ardores de su misticismo; entusiasta y tenaz con exceso, nadie fue mejor propagandista.

El cristianismo vencedor se mostró ingrato. En vez de elevar a la mujer a la altura del hombre, se contentó con remachar la cadena proclamando la indisolubilidad del matrimonio. Era caer de un exceso en otro, substituir una situación inestable y humillante por la esclavitud a perpetuidad. Los divorcios hipócritas que la Iglesia, siempre atenta con los poderosos, autoriza con el nombre de anulación, no alcanzaban más que a la casta de príncipes. Pero la esposa del burgués y del rústico era entregada a la perpetua tiranía del macho, vasallo fuera, rey en el hogar. Esclava del esclavo, pesaban sobre ella todas las miserias; júzguese si Juan Sintierra,

atropellado, torturado, escarnecido, se sentiría inclinado a abusar de su doble autoridad paternal y material.

Maltratada entre los miserables, domesticada, recluida entre los burgueses y hasta entre los señores hasta el siglo XVI, época en que la Reforma hizo entrar un rayo de luz emancipadora, emparedada en el convento cuando se querían desembarazar de ella, la mujer fue la verdadera *mater dolorosa* durante la Edad Media. De esta comprensión, salió deformada en el físico y en lo moral, inerte o neurótica.

La revolución de 1789, lo que no disgusta a los panegiristas burgueses, fue más bien obra de los apasionados que de los razonadores. Los que tomaron la Bastilla y arrasaron los antros feudales eran gentes groseras, desconociendo a Rousseau y a los enciclopedistas, no sabiendo leer la mayor parte. Nada se parece menos a un lógico que un hombre de acción: el uno es todo cerebro, el otro todo músculos. Arrastrados por la fuerza de la situación, agujoneados por la miseria, con la vaga intuición de que tenían varios siglos de esclavitud a vengar, los plebeyos se sublevaron.

Inmediatamente la mujer estuvo a su lado: en Monthery, durante la gran escasez, son las mujeres las que revientan los sacos a tijeretazos. En París, son también ellas las que, en Octubre, van a Versalles a buscar al *panadero*. Y en las jornadas en que la multitud rugiente enlaza sus fuerzas antes de dar al poder el asalto definitivo, ¿quién, apareciendo al frente de las masas de los arrabales guía el ataque? Theroigne. ¿Quién anima la resistencia? Antonieta.

La fuerza de una revolución puede medirse infaliblemente por la parte que toma la mujer. Durante cuatro años, desde los salones a los tugurios ella está por la revolución y la ola gigantesca, como obedeciendo a un poder mágico, continua avanzando. El noventa y tres señala el período álgido, lo siniestro se confunde más y más en lo heroico, pero la situación es grave, no hay que argüir acerca de los medios que deban emplearse y además el entusiasmo no se ha extinguido aún; pero el noventa y cuatro multiplica las hecatombes, los fervientes de la víspera se exterminan por los residuos del trono destruido. Después de la reina, la austriaca detestada, se inmolan jóvenes inofensivas o viejas locas como Catalina Theot; el sentimiento popular se conturba, va a indignarse: los fríos jacobinos, que han echado al banasto tantas cabezas de esos grandes pasionales, agitadores de multitud, Danton, Hebert, Cloutz, se sienten ya perdidos. A veces bravas como Carlota Corday, siempre feroces, damas nobles, prostitutas o vendeanas, criaturas encantadoras y furiosas saltan con ímpetus felinos: ¡desgraciadas de sus víctimas!, jacobinas azotadas, descamisados apaleados, el puñal del bandido, la espada del ex noble ayudando a la guillotina en su labor antirrevolucionaria, los fogosos tribunos de la víspera, cautivos, como Tallien y Barras; de esos diablos seductores, el desbordamiento de todas las lujurias. ¡Ah! se las había querido republicanas austeras y helas devotas realistas y cortesanas: es la época de las medias flor de lis, de los vestidos de linón, de las telas transparentes y los pechos desnudos. Venus y María coaligadas contra Marianne (la República). «El nueve de Termidor, ha dicho Michelet, fue la reacción de la mujer».

El mal está hecho: como un resorte que comprimido en grado máximo se distiende luego sin resistencia, la contrarrevolución sigue su marcha inexorable. Unas después de otras, las cabezas caen: cabezas de jacobinos después de cabezas de anarquistas, cabezas de moderados, de liberales, de sospechosos: el terror ha cambiado de campamento.

Y es en este momento, cuando la Revolución, abandonada por las masas proletarias a las que no ha emancipado, parece agonizar, cuando un puñado de hombres intenta una revolución distinta bastante más profunda. «Pan y Constitución de 93» habían aclamado en prarisial del 95, cien mil hambrientos desbordándose como ola humana sobre la Convención. Un año después Babeuf, Darthé, Baunorotti, Silvino Marechal, etc., hacían nacer el comunismo que reivindicaba para las masas no sólo un pedazo de pan, sino *el todo para todos*.

Babeuf y Darthé pagaron con su vida ese hermoso ensueño: tal es la suerte de los innovadores. Pero ese comunismo mal definido y basado más en el sentimentalismo que en el estudio, una vez vencido fue origen de un torrente de ideas que no pudo extinguirse. Bien al contrario, se infiltró en lo más profundo y se practicó un cauce para reaparecer después. La tentativa revolucionaria de los partidarios de Babeuf dio por resultado la presentación definitiva del problema social; sin ellos, ¡quién sabe si Fourier, Saint-Simon, Cabet y otros pensadores del siglo XX no hubieran pasado inadvertidos!

## CAPÍTULO XI

### GÉNESIS DEL SOCIALISMO. LOS SISTEMÁTICOS, DOS REVOLUCIONARIOS

Cuando la Revolución y la Reacción en lucha se hubieron destruido suficientemente, Bonaparte, el hombre del justo medio sobrevino, empujado por toda su clase y les impuso su mediación. Durante quince años, la labor de las ideas, visible o latente, se realiza bajo su vigilancia y, cuando cae el vencedor, derrotado por la misma burguesía que él había creído conducir bajo sus órdenes, ésta, armada debidamente, proclamó la restauración, segura de dirigirla o de vencerla.

En el fondo de las más conmovedoras epopeyas existe una querrela de tenderos: Grecia y Troya, Roma y Cartago, Francia e Inglaterra no se combaten con tanta aspereza sino porque sus intereses económicos están en lucha. Los cantos homéricos pueden trazarnos la majestad de Atrida o los arrebatos del hijo de Peleo, semejándose a los dioses; detrás de los héroes argolios, dispuestos a conmoverse por el secuestro de reinas o de esclavos se agitaba el mercader rapaz. En todos los tiempos, el jefe de Estado ha sido el comisionista del banquero o banquero él mismo.

A pesar de las mentiras convencionales de los historiadores, la lucha a muerte entre Francia e Inglaterra durante la Revolución y el primer Imperio fue una guerra comercial. En el fondo, se preocupaba poco del principio monárquico esa aristocracia británica injertada de negociante que, medio siglo antes, había admitido una revolución regicida completada cuarenta años después por un golpe de Estado bajamente liberal. ¡Qué importaba a los lores la cabeza de Luis XVI que tal vez ellos hubieran podido salvar! la restauración de los Borbones no era sino el pretexto de una inmensa empresa financiera. ¿El mercado extranjero sería para los productos ingleses o para los franceses? ¿Para quién el café, el cacao, la vainilla, las especias, el ron y todos los productos de las colonias? Inglaterra se apodera de la caña de azúcar y Francia descubre la remolacha.

No es de extrañar, desde entonces, el desarrollo prodigioso que adquiere el espíritu patrioter y mercantil bajo el manto de la gloria, de la patria y de los inmortales principios del 89. La fraternidad universal, con alientos de sublime entusiasmo, tiene como resultado el triunfo de una casta en la que se encuentra encarnado el más espantoso egoísmo. Las tradiciones caballerescas de la antigua nobleza están ya bien lejos: el **debe** y el **haber** han reemplazado a **dios** y **rey**; todo corre ligero, por otra parte, pues «el tiempo es oro» según declara la Inglaterra práctica, y el vapor se convierte en emblema de esta sociedad, que durará cien años como su predecesora duró doce siglos. En menos de veinte años se transformarán las costumbres, transformación que en otras circunstancias hubiera necesitado siglos para efectuarse. Los



tenderos enriquecidos fuerzan las puertas de los salones de la aristocracia, en medio de la desesperación de los hidalgos que conservan aún su apostura pero que han perdido todo su dinero: así empieza a hacerse una fusión de las dos castas. Los herederos de los grandes nombres no pueden ya apalear a esos insolentes que se les meten en casa, lacayos ayer, sus iguales hoy, sus amos mañana, «¡Ah, marqués de la bolsa vacía!» gruñen los medrados enderezando el espinazo, seamos amigos; también yo tengo mis títulos: un millón en obligaciones del Estado, escrupulosamente economizado en el comercio de gorras al por mayor y detalla. «Yo soy hijo de mi trabajo, he hecho una fortuna en los *negocios*». *Trabajo, negocios*, ¡he ahí dos palabras que se repelen! ¡Los *negocios*, es decir, el agiotaje sobre los bienes nacionales, las especulaciones de bolsa, la adulteración de comestibles, los suministros ficticios al ejército! Y esos honrados trabajadores se hinchan, el tendero del arrabal, generoso por orgullo, golpea familiarmente sobre el hombro al pobre noble con el que se iguala después de haberse apoderado de su dinero.

Bien pronto, a pesar de los aferrados al antiguo régimen, fantasmas extraviados, en el siglo XIX ya no existirá aristocracia ni tercer Estado, todo se habrá fundido en ricos -clase directora- y pobres -clase dirigida-. Siguiendo el ejemplo del duque de la Rochechouard, casado con los millones de la señorita Ouvrard, los gentileshombres empobrecidos buscan la alianza matrimonial que les permitía dorar sus blasones. Los mismos que pretendían volver la humanidad a cien años atrás, comprendiendo que el dinero ha venido a ser el alma del mundo, se convierten en activos especuladores. Mientras que detrás de Laffitte, detrás de Mallet, detrás de Greffulhe aparecen nuevas realezas -la de Baring en Londres, la de Sina en Viena, la de Stieglitz en San Petersburgo, la de Hope en Amsterdam y la de Rothschild por todas partes-, la Compañía de Jesús, entrada misteriosamente en Francia y disimulada con nombres prestados: *Pacconaristas, Ligoristas, Padres de la Fe*, vuelve a su ensueño de dominación universal, y, para realizarla, trafica, negocia, construye, acapara herencias, amontona silenciosamente millones en sus arcas. La venalidad domina todo lo que se eleva por encima de la masa: el noble desocupado vende al agricultor enriquecido su tierra de la que no sabe sacar partido, y demasiado torpe para dedicarse a la industria, juega a la bolsa en la que se deja despojar por el hábil judío.

¡Qué podían hacer las viejas tradiciones en un mundo así! En los salones mismos del noble *faubourg*, se ríe discretamente al presentarse el viejo emigrado, arruinado y encanecido en los vivacs vendeanos mientras que el señor digería en Verona. Talleyrand y Fouché han creado escuela: el ex noble, transformado en jacobino durante el Terror, vuelto hacia el bonapartismo bajo el Imperio, continúa la serie de sus aventuras: realista moderado con Decazes, ultra con Villele y liberal cuando la burguesía, explotando el descontento popular, consagra su triunfo sobre la nobleza, el 29 de Julio de 1830.

Al pueblo, caído después de las grandes esperanzas del 93 en la más negra realidad, no le quedan más que los ojos para llorar. Por todas partes miseria e ignorancia. Las asociaciones obreras han muerto y solo, no teniendo por armas más que sus armas delante del coloso, el capital, el trabajador busca al amo a quien pueda venderse. ¡Oh, el vapor, la máquina, la ciencia! cómo maldice todo eso el ingenuo, el cerebro inculto, pero que vislumbra, sin embargo, con su buen sentido, y a despecho de todos los parlanchines oficiales, que esa máquina que se levanta ante él con silbidos de amenaza y arrojando humo, es su implacable enemigo que, exigiendo sólo un poco de agua y un puñado de carbón para alimentarse, le expulsará del taller arrojándole a la calle a mendigar.

Con Francia e Inglaterra el industrialismo invade al mundo. Una actividad hasta entonces desconocida se manifiesta por todas partes. Mientras que los pueblos, esclavos del extranjero o de los reyes absolutos: España, Italia, Grecia, Bélgica, despiertan a las ideas que la Revolución ha sembrado por todas partes, y que el continente americano acaba de desprenderse de los últimos lances feudales, y que el clero, abatido por un momento, se reorganiza para contener el

movimiento democrático, los grandes financieros, reyes del día, fieles al viejo axioma «dividir para vencer», explotan sin escrúpulos la situación. El despotismo y la revolución entran alternativamente en sus cajas convirtiéndose en sus tributarios. Reaccionarios en Francia, en Alemania, en Italia, en Grecia, países nuevos donde el absolutismo paraliza todo avance industrial, y en donde la burguesía, una vez en el poder les concederá amplia libertad para explotar las masas en nombre del pueblo mismo.

Porque, excepción hecha de algunos discípulos de Babeuf, el elemento más avanzado de la democracia predica el respeto al capital sabiamente empleado. Es ésta la época en que Saint-Simon se levanta como profeta glorificando las capacidades. Con su sistema, desgraciados de los enfermos, de los poco inteligentes. «La sociedad, dice él, debe organizarse en beneficio de los más»; de los más, no de todos. Las bancas serán jerarquizadas, centralizadas, el dinero vendrá a ser alma del mundo; regimentados bajo el cetro de un papa industrial, los trabajadores lucharán entre sí, para obtener la mayor retribución a sus esfuerzos: gloria y opulencia para los vencedores, vergüenza y miseria para los vencidos.

Esas teorías, audaces para la época, pero tan diferentes de las concepciones, más exactas y generosas a la vez, del socialismo actual, han sido realizadas en parte; la realeza industrial lo ha invadido todo, lo ha aplastado todo; como lo quería Saint-Simon, la banca ha venido a ser el centro sobre el que rueda el eje social; y en fin, los *capacitarios*, llamados Pereire, Miguel Chevalier, de Lesseps, discípulos entusiastas del maestro, han alcanzado gloria y opulencia: la situación miserable del proletariado no ha cambiado.

Saint-Simon, genio místico, que pudo creerse de buena fe bajado del cielo para regenerar el mundo, arrojó su fortuna en la vida para analizarla mejor, y murió pobre. Sus discípulos, llenos de entusiasmo y abnegación al principio, cayeron bien pronto en la más extraña fe religiosa, alejándose, a medida que se teocratizaban, de ese pueblo que habían creído emancipar. Por fin se hizo una escisión. Unos se retiraron para convertirse a su vez en jefes; otros, agrupados en la casa común de Menilmontaut, vivieron bajo la dirección de Enfantín, *padre supremo*, hasta el día que el gobierno, más enojado que molestado por la agitación poco temible de esos sectarios<sup>29</sup> los intimó a que se disolvieran. Veinte años después, los más salientes de sus discípulos se habían convertido en privilegiados en la sociedad que tan rudamente habían combatido sus egoísmos.

El sansimonismo que se levantó ante el viejo culto ya mortalmente herido y las confusas aspiraciones de las masas, fue sobre todo una religión. «Los estragos de la anarquía actual, declaraban, están ahí evidentes para atestiguar que ya es tiempo de reaccionar fuertemente. Nosotros proclamamos primero la rehabilitación de la carne, la emancipación de la mujer y el advenimiento de un nuevo cristianismo, religión de porvenir revelado por Saint-Simon».

Tales dogmas podían sorprender, hasta seducir durante algún tiempo; lo que no podían era penetrar en las masas con impresión verdadera. En esos hombres de costumbres extrañas, de actitudes sacerdotales, el obrero, cualquiera que fuera su ingenuidad, veía a lo sumo filántropos bienhechores, nunca camaradas iguales a él, haciendo su vida y hablando su lengua. Porque en las multitudes se observa siempre un extraño fenómeno: su credulidad sólo puede compararse con su escepticismo. Una profunda intuición se revela en ciertos momentos históricos en el mismo pueblo que, poco antes se curvaba ante la toga del rector o el caballo de un César.

A las masas, explotadas más cada día por un industrialismo despiadado, esas grandes palabras de *amor, rehabilitación de la carne, santificación de belleza*, etcétera, decían bien poca cosa, y

---

<sup>29</sup> Algunos llegaron a cometer la ingenuidad de dirigirse a Luis Felipe por cartas, intimándole a que dimitiera en favor del gran jefe sansimoniano.

para el pensador ¿no era acaso evidente que en la más sansimoniana de las sociedades, la *vergüenza* y la miseria, panacea de los menos capaces, la desigualdad de las condiciones y, sobre todo, el despotismo aplastante del Estado debían reproducir las antiguas plagas sociales y hacer ilusoria toda emancipación?

Después de Saint-Simon abundan los teorizantes del socialismo, cada uno de los cuales cree haber hallado la verdadera fórmula. Se produce una Babel de sistemas, confusión de la que sólo los retrógrados se ríen o lamentan, porque esa diversidad misma de fines y de medios suministra los materiales del porvenir. El impulso intelectual se ha dado: entusiasmos, profetas orgullosos, investigadores sinceros escrutan las profundidades del pasado, interrogan su época y, cualquiera que sea su doctrina personal afirman que lo que ha sido, que lo que es aún, no debe ser en lo sucesivo; todos llegan a esta conclusión que más tarde formula Pedro Leroux, el filósofo humanitario: «Estamos hoy entre dos mundos; un mundo de iniquidad que acaba, y un mundo, de igualdad que empieza».

¡Singular época! Esa generación de 1830 venida al mundo durante las grandes guerras del primer imperio, cuando de un extremo al otro de Europa, el estampido del cañón hacía estremecer las madres, arrojada luego de un solo golpe en plena restauración, tuvo, en un período de evolución pacífica entre nerviosa y confundida, arrestos súbitos con desesperaciones profundas. Fenómeno fisiológico del que sólo la ciencia puede dar la explicación y que parece estar en vísperas de reproducirse en la juventud de nuestros días engendrada durante los azares del *año terrible*. Las impresiones sentidas por el organismo tan sensible de las madres y transmitido al feto influirán singularmente sobre la vida cerebral de los nuevos venidos.

Musset, poeta más humano que Víctor Hugo, fue el cantor de esa generación nerviosa, mística e incrédula a la vez, glorificando a Voltaire e inclinándose ante la imagen de Jesús «primer representante del pueblo», según declaraban con énfasis los demócratas idealistas.

Al lado de Saint-Simon, Fourier constituye escuela. ¡Pobre filósofo, sublime y cándido que flagela como ningún otro al comercio ladrón, y, durante veinte años, mendiga un millón al filántropo que quiera hacer el ensayo de su sistema! «El movimiento social, escribía él al día siguiente de la Revolución, tiende a despojar más y más a las clases inferiores y pobres, en provecho de las clases superiores y ricas; la industria y el comercio, continuando su desenvolvimiento producen en nuestros días el aumento de las servidumbres colectivas e indirectas y organiza rápidamente el *feudalismo industrial, mercantil y financiero*».

Estas líneas datan de 1808: ¡qué previsión! Actualmente el feudalismo capitalista, después de haberlo acaparado todo, propiedad del suelo, minas, navegación, caminos de hierro, industria, comercio, tiende a reabsorber una monarquía: los millones de Rothschild, de Gould, de Mackay, de Vanderbilt gobiernan el mundo como monarquía la más absoluta de la historia, la más aplastante y también la más insaciable, porque es, al mismo tiempo impersonal. Los patricios de la antigua Roma que arrojaban esclavos vivos como cebo a los peces de sus viveros; los señores de la Edad Media, de férreo corazón como su armadura, podían, a veces sentir despertarse su naturaleza humana; pero el Dios Capital es sordo, ciego, inexorable. Tal financiero amable en la intimidad, bienhechor, tocado de filantropía, en una jugada de bolsa arruinará cientos de familias, sembrará a su alrededor duelos, incendios, miseria, prostitución; pero no hay que *tomarla* contra el individuo, el engranaje que le arrastra le hace irresponsable, es la marcha lógica del sistema. Las clases poseedoras de la riqueza, luchando sin cesar, luchando entre ellas mismas, aumentan de día en día sus riquezas y disminuyen en número. Vencidos por sus competidores más bien armados, es decir, más afortunados, los medio ricos de la víspera, tenderos, pequeños propietarios, industriales de segundo orden, caen, con el corazón desesperado y la blasfemia en los labios, en ese proletariado que ellos mismos, poco ha, despreciaban y explotaban; ¡oh, milagro de las situaciones! esos ex burgueses,

acostumbrados a un bienestar e independencia que los obreros no conocen sino en sueños, se convierten de conservadores furibundos, en los más violentos de los revolucionarios.

Fourier entreveía esto; profundo analista para dejarse alucinar por el brillo de las leyendas, reconocía cuán inútil había sido la revolución desde el punto de vista económico. Pero su cambio no supo darse cuenta del inmenso progreso intelectual que había hecho hacer a las masas y de la influencia, que hasta vencida y todo, debía ejercer sobre el siglo siguiente. Humanitario, sobre todo, continuaba presa de horror ante el cuadro de las ejecuciones capitales, los asesinatos políticos y los campos de batalla; esas visiones sangrientas le aterraban y, maldiciendo la epopeya republicana, se refugiaba emocionado en un ensueño de armonía.

¡Armonía! esa es la gran palabra, y más que la palabra sintetiza la idea del sistema de Fourier, una idea que resume muchas divagaciones que extraña verlas mezcladas con las más poderosas convenciones. «Armonía universal, declara él, finalidad interior y centro común del conjunto de las pasiones», porque ese pensador que desconoce la multitud, tiene, por lo menos, alejándose de ella la ventaja de haber conquistado su poder expresar sus ideas personales y, audacia sorprendente, no vacila en rehabilitar las pasiones. En esas fuerzas naturales, tan neciamente comprimidas o anonadadas por los moralistas cristianos, ve él la esencia misma de la individualidad, y siempre, según él proclama, pueden ser utilizadas en interés común.

Esa es la teoría recogida por los modernos anarquistas. Amantes apasionados de la libertad afirman éstos que de la plena expresión de cada ser nacerá la armonía universal. ¡Nada de autoridad! y tal es el odio al yugo que algunos añaden ¡nada de organización! confundiendo la acción extensa, única eficaz, contra la sociedad actual, con las necesidades sociales de mañana.

Pero el tímido Fourier no se atreve a ir hasta el fin y se queda en partidario del Estado; y sobre todo anti-igualitario: nada de comunismo sino asociación del capital, del trabajo, del talento y reparto proporcional a esos distintos factores. Está convencido de que la autonomía del individuo no puede subsistir en el seno del comunismo igualitario y no se da cuenta que esa autonomía es aún bien menos compatible con una sociedad en donde todo está clasificado, donde todas las funciones se hacen jerárquicas.

El gobierno unitario que él ensueña, regulando mundo entero la producción, el consumo y el cambio, dirigiendo los trabajos, concordando los gobiernos secundarios puesto a la cabeza de las demás naciones, dominando verdaderos ejércitos de funcionarios, no sería menos aplastante que el papado industrial propuesto por Saint-Simon. Porque o ese gobierno lo debe dirigir todo, en cuyo caso no puede existir la libertad, o queda relegado viniendo así a ser organismo inútil.

Hay en eso una flagrante contradicción. Por eso es verdad que, según los filósofos, jefes de grupos y gobiernos serán siempre más que amos, iniciadores. ¿Pero lo natural en el poder no es acaso buscar siempre y a pesar de todo el dominio general? Y si los interiores son libres de discutir y no obedecer ¿para qué mantener la iniquidad? ¿para qué encerrar, sobre todo, a los bienaventurados habitantes del falansterio en clasificaciones hasta el infinito, constituyendo así las castas, llamadas inevitablemente a envidiarse y a destruir la armonía tan anhelada por el maestro?

A pesar de sus fantasías y errores, Fourier no dejó de ser un pensador de primer orden. Por muchas partes rasgó el velo misterioso que nos ocultaba el porvenir. Cuando la mayor parte de los teorizantes afectaban no ver en el individuo más que una fuerza secundaria, recibiendo todo impulso de ese motor principal llamado Estado, él se atrevió a afirmar que el individuo es el

organismo social por excelencia, que el ser humano tiene un derecho absoluto, no sólo a un género de vida conveniente sino que también a un *mínimum* de bienestar satisfactorio. Y esta audaz reivindicación ha venido a ser hoy la del partido revolucionario más avanzado. Reforma social del municipio; constitución de las colectividades humanas por vía de experimentaciones y de libre iniciativa; armonización de los intereses individuales con los intereses generales; libertad; solidaridad: tales son los principios sobre los cuales el fundador de la escuela societaria basa su sistema, principios que al cabo de medio siglo, la evolución socialista no ha invalidado.

El gran defecto de Fourier, como el de los demás teorizantes que, de buena fe, buscaron una solución a la terrible cuestión social, fue el creer que esta solución podía ser pacífica. Esos filántropos fueron bastante cándidos para creerse que monarcas y banqueros, traicionando los principios e intereses de su casta, iban a trabajar en favor del advenimiento de una sociedad en la que banqueros y monarcas no tenían razón de ser.

Al mismo tiempo que esos doctores, se agitaban los revolucionarios, políticos unos, socialistas otros, procedentes los primeros de la francmasonería y del babuvismo los segundos.

La restauración había restituido al poder a la Compañía de Jesús. Desde los primeros momentos, en Saint-Acheul, en Saint-Anne d'Auray, en Burdeos, en Bilom y en Montronge sobre todo se establecieron centros poderosos desde donde los buenos padres se extendían por las regiones vecinas; misiones, peregrinaciones, ceremonias expiatorias, milagros, todo se ponía en práctica para cautivar el espíritu sencillo de las poblaciones rurales. Pero al mismo tiempo el antiguo enemigo del jesuitismo había hecho también su aparición. Como descendientes de los revolucionarios místicos del siglo XVIII, los francmasones entraban en liza; la finalidad era la misma: destrucción del absolutismo religioso y político. Bazard, que después fue sansimoniano, creaba con Flotard, Joubert y Buchez la logia de los *Amigos de la Verdad*, cuyos miembros se reclutaron por entre la pequeña burguesía. Como en los tiempos de Weishaupt, ciertas puerilidades solemnes servían de antifaz que ocultaban la acción política real. Para defender la obra de la Revolución surgían de todos lados asociaciones secretas; en Italia, en España, en Portugal, en Grecia, el carbonarismo, hijo directo de la francmasonería, predicaba independencia nacional bajo una forma religiosa y romántica bien a propósito para seducir esos temperamentos ardientes. «¡Viva Jesucristo libertador del pueblo!» gritaban los patriotas liberales. Y las conspiraciones se sucedían y el carbonarismo se organizaba metódicamente en Francia donde se manifestaba por las tentativas del pueblo y el ejército, sin cesar reprimendas.

Julio de 1830 consagra la victoria definitiva de la burguesía francesa. Desde entonces quiere destruir el ejército peligroso que había manejado en su provecho, pero sus esfuerzos son vanos: el ejército en cuestión se vuelve contra ella misma. Entrando en las sociedades secretas juntamente con el abogado y el publicista, el proletario ha hecho su aprendizaje, ha comprendido el poder de la asociación: lentamente se crean agrupaciones en las que el elemento obrero es cada día más numeroso, agrupaciones que bajo la dirección de algunos hombres enérgicos: los Blanqui, los Barbés, los Raspail, campeones de la democracia socialista hacen una ruda campaña contra la monarquía orleanista. Más aun, desligándose de la política como de una falsa ciencia, gastada, consumida como las religiones, y comprendiendo que la ciencia social por excelencia es la que hace vivir, el trabajador empieza a dirigirse hacia las agrupaciones puramente económicas, y el día vendrá en que, alejadas del espíritu de rutina las corporaciones de oficio, de artes, de ciencias, y emancipándose del yugo del Estado, prescindirán del viejo organismo para abarcar el mundo en su red inmensa.

La masonería triunfante se hace conservadora del orden social. Su poderosa organización, su influencia, sus riquezas sirven para defender la burguesía contra todos: contra los últimos campeones del derecho divino, contra los ultramontanos, contra las masas que engañan con

promesas de reformas, a veces con una filantropía calculada, y contra los revolucionarios que van más allá de la monarquía con su centro e izquierda y hasta que una república burguesa.

Mientras que la clase media, triunfante en Francia, pone en práctica el siguiente consejo de uno de sus ministros: «Enriquézcanse», mientras que la lucha de las Bolsas de Europa prepara la hegemonía de la casa de Rothschild y los investigadores elaboran sistemas sociales, los hombres luchadores, en quienes la acción completa el pensamiento, miran, no sólo en ellos mismos, sino a su alrededor, viviendo con las masas, pensando y sufriendo con ellas se lanzan intrépidamente por la vía penosa que debe conducir a su emancipación.

En Blanqui, sobre todo, revive el pensamiento babuvista: tomar posesión dictatorialmente del poder y realizar el bienestar común. Revolución ésta jacobina que se hará irradiando desde el centro a la periferia. Por eso París y las grandes ciudades, focos de conciencia y voluntad llegarán a ejercer una autoridad despótica sobre los habitantes de la campiña, retenidos aún en las costumbres retrógradas.

Toda la vida de Blanqui ha sido consagrada a la realización de su objetivo que, al cabo de medio siglo continúa siendo el de sus discípulos. Estos, los blanquistas de nuestros días, imitadores serviles del maestro, del que ellos no tienen, en su mayoría, ni la clarividencia ni el desinterés, no se han dado cuenta de que las condiciones sociales, modificándose sin cesar, hacen imposible en el presente momento histórico lo que entonces tuvo su razón de ser. Engrosadas sus filas por los desclasificados de la burguesía radical anhelando una función importante en la sociedad nueva, no han querido reconocer lo que tendría de aplastante un gobierno que uniera a su poder político su poder económico: la autoridad les entusiasma; la historia de la Revolución, que se han aprendido de memoria, más bien que han reflexionado, les tiene enardecidos. Como hombres de tradición, tienen, aunque invocando la ciencia materialista, cerrados los ojos ante la revolución no interrumpida que, de día en día, internacionaliza los pueblos, mina el poder en sus principios mismos y tiende al reemplazamiento de la jerarquía estatista por la inmensa asociación de las fuerzas agrícolas e industriales.

Los más patriotas de los socialistas, no comprenden aún que la revolución económica no puede localizarse, que reducida a algunas grandes ciudades o a una sola nación no sería viable. Para esos jacobinos, que ensueñan con una transformación social por medio de decretos, los demás países son bárbaros y los campesinos no valen la pena de ser tenidos en cuenta; las ciudades, dicen ellos, harán marchar adelante a la población rural. Y la verdad es que, los campesinos, menos accesibles a las ideas que los trabajadores de las ciudades, pero bastante más tenaces, despojados más cada día por la reconstitución del feudalismo agrícola, están llamados a ser los principales actores de la revolución.

Al lado de Blanqui, queriendo por medio del fusil conquistar la República socialista para desde allí llegar al comunismo, el pacífico Cabet, comunista igualmente, predica las excelencias de un nuevo cristianismo, igual que Saint-Simon. Tomando como precedente a Jesucristo, a los apóstoles y al Evangelio, combate la propiedad individual en nombre de la fraternidad. Y no se le puede pedir otra cosa. En aquella época en que cada teorista, presa del contagio se cree mandado por Dios ¿quién se hubiera dignado ocuparse de argumentos científicos? No quedaba sitio más que para la fe y sentimentalismo, tan fáciles a desviar. Por eso ¡cuán numerosas son las decepciones!

El *padre* Cabet, según le llamaban sus entusiastas y admiradores, después de haber ponderado en una novela célebre -*Viaje a Icaria*- las bondades del comunismo, parte con numerosos adeptos para América a experimentar prácticamente su doctrina.

Ya entonces algunos ensayos de colonización socialista se habían hecho fuera de Europa. En New Harmond, Owen, inglés rico, ponía en práctica el sistema comunista. La Argelia, recientemente conquistada por entonces, era el punto a donde dirigían sus miradas ardiendo en deseos de enseñar a los incrédulos el funcionamiento feliz de las sociedades ideales; los fourieristas habían fracasado en su ensayo del falansterio. El gobierno no podía ver con malos ojos esos éxodos de proletarios que desembarazaban la metrópoli de elementos activos y turbulentos, destinados a extraviarse en los azares de una vida aventurada.

Cabet fracasó: la colonia Nanwos, en lucha con las necesidades inherentes a toda sociedad que empieza, se seccionó en fracciones rivales. El fundador, ídolo caído, fue perseguido y reducido a presentarse ante los tribunales franceses para responder de una acusación de malversación de fondos. ¡Qué caída para un profeta! No pudo sobrevivir a la pérdida de sus esperanzas.

El gran error de este hombre, error común a la mayor parte de sus contemporáneos, fue buscar la fórmula de un porvenir social en una religión que, por mucho que se purifique quedará siempre religión y enemiga por tanto de la ciencia y de la libertad. Todos esos *mistagogos*, como los llamó Proudhon, creyeron que bastaba con un libro, con un nuevo Evangelio para transformar la humanidad. Ellos tuvieron fe en sí mismos, pero no en los que pretendían emancipar; viviendo con sus ideas, todo sugestión, no tuvieron en cuenta ni del ambiente ni de las situaciones que se modifican derivándose unas de otras: ¿cómo podían resolver un problema del cual despreciaban los elementos esenciales?

## **CAPÍTULO XII**

### **SOCIALISMO CIENTÍFICO**

Mientras que los sistemas se levantan para disiparse en seguida, parecidos a esas pompas de jabón que el menor soplo las hace estallar, la masa, que en lo sucesivo ya no será esclava de un libro o de un hombre, sino que incesantemente recoge gérmenes de ideas nuevas, la masa que bajo el aguijón de necesidades implacables, y trabajando por otra parte por las asociaciones secretas, la masa, en fin, se agita y, en ocasiones distintas se levanta rugiente contra el poder.

Al proclamar la igualdad ante el poder civil, la burguesía liberal debía llegar fatalmente a enunciar el principio de la soberanía y el sufragio universal. República engañosa, porque la verdadera, la real, la que jamás se ha tenido y hacia la cual el pueblo se siente atraído, si bien comprenderla, es incompatible con la autoridad gubernamental.

El Estado republicano será la última forma del poder; sufragio universal ignorante, que ciega la clarividencia de los pensadores, siempre en minoría, ante la brutalidad del número; sufragio universal explotado, acomodado señuelo para cazar crédulos para desarmar las reivindicaciones; sufragio universal que, en suma, no va más allá de una delegación del poder. ¡Pero no importa!, los que entonces, en plena monarquía orleanista, proclamaban ese más allá, abrían las esclusas al torrente. Torrente que la burguesía asustada quiere luego, cueste lo que cueste, detenerle para canalizarle, pero sin conseguirlo: con habilidades, con represiones, con amenazas, la casta triunfante se ve obligada a marchar hacia delante, impelida por la masa que ella aplasta. Detrás de los oradores con toga y los sofistas de los tribunos a la romana, se

agitan los hombres de ruda energía, bravos trabajadores que se dan prisa, pues para ellos la vida es corta, en trazar las vías a la revolución social.

Con Proudhon, hombre de estudio, lo selecto del proletariado empieza por fin a separarse de los ídolos. En contra de las exaltaciones majestuosas de la Convención, celebradas por Luis Blanc, en contra de las apoteosis napoleónicas, de la falsa moneda del liberalismo, los más consecuentes de entre los trabajadores comprenden que sólo ellos serán los aptos e interesados en emanciparse. «Quien para organizar el trabajo, dice Proudhon, invoca el capital o el poder, sufre un grave equívoco. La organización del trabajo debe ser la decadencia del capital y del poder». Eso era la ANARQUÍA en principio.

La escisión se acentúa de más en más entre los dos aliados de la víspera: la burguesía capitalista y el pueblo; la bandera roja se levanta contra la tricolor, la *Carmañola* contra la *Marsellesa*.

Bajo la influencia de Proudhon, tan revolucionario con su dialéctica como Blanqui con su fusil, el socialismo se desprende más cada día de sus nebulosidades primitivas. Cualquiera que sean los vestigios de religión que se observen aún, el socialismo se presenta definitivamente compuesto, no de esperanzas póstumas sino de aspiraciones puramente materiales. Ya no dirá, como el cristianismo: «¡bienaventurados los que tienen sed!» «¡bienaventurados los que tienen hambre!» El ayuno ha durado demasiado tiempo. «¡Bienestar!» gritan los desheredados. «¡Libertad!» exclaman los esclavos; doble grito que, llamando las masas a la pelea, les indicará más y más el camino que han de seguir y el objeto que han de perseguir: lucha contra el monopolio capitalista para llegar al comunismo; lucha contra el poder para alcanzar la ANARQUÍA.

¡La ANARQUÍA! Esa palabra terrible, arrojada en otro tiempo como injuria a la luz de los más violentos, Proudhon la rehabilita y, él primero entre todos, la aplica a una concepción social: «El poder está perdido en Francia». (*Ideas revolucionarias*). Y desarrolla así la teoría: «El objeto de la revolución consistirá en substituir el *régimen gubernamental, feudal y militar* por el *régimen económico industrial* del mismo modo que el feudalismo y el militarismo lo fueron por una revolución anterior y substituyeron al *régimen teocrático o sacerdotal*... Por el régimen industrial entendemos nosotros, no una forma de gobierno donde los hombres, que entregados a los trabajos de agricultura y de industria, contratistas, propietarios, obreros, llegaran a su vez a ser clases dominantes, como en otro tiempo la nobleza y el clero, sino una constitución de sociedad, teniendo por base, en vez de la jerarquía de poderes políticos la organización de las fuerzas económicas». (*Ideas revolucionarias*).

¡El comunismo! Proudhon, que observa que la propiedad individual no puede dimanar de ningún origen legítimo, grita como en otro tiempo Brissot: «La propiedad es un robo»; Proudhon, sin embargo y no obstante ser defensor elocuente de la libertad no pudo concebir sino el comunismo autoritario. No supo pasar de un término medio, del *mutualismo*, facilitando la circulación de la propiedad con ayuda de un crédito recíproco y gratuito abierto a los trabajadores; sistema impracticable porque, según él mismo declaraba, las clases directoras no queriendo hacer nada por el pueblo, la asociación de los desheredados no cesará de ser estéril hasta el día en que éstos, por la fuerza, última razón, tomen posesión de todo lo que existe sobre la tierra y sirve para crear bienestar. Pero dio el golpe de gracia al comunismo religioso y sentimental, y, por sus certeros ataques a la propiedad individual abrió la vía al colectivismo, que en realidad no es otra cosa que el preludeo de un comunismo racional.

Carlos Marx es el que eleva a principio doctrinario de fuerza incontestable, aplica a la sociología los procedimientos de observación empleados en las otras ciencias y llega a la siguiente declaración:



«La producción económica y las clasificaciones sociales que son la consecuencia necesaria crean, en cada época, la base de su historia política e intelectual, resulta que, desde que la posesión del suelo en común, tal cual existió primitivamente, ha cesado de ser, la historia toda ha sido únicamente, en los diversos grados de desenvolvimiento social, la historia de las luchas de clases entre sí, luchas de explotados contra explotadores, de las clases dominantes contra las dominadas; pero hoy ha entrado esta lucha en una fase en que no es posible a la clase explotada y oprimida, al proletariado, emanciparse de la clase que la explota y oprime, de la burguesía, sin libertar al mismo tiempo y para siempre a la sociedad entera, de la explotación, de la opresión y de paso de la lucha misma de clases». En lugar del sistema actual, concluye él, que descansa sobre el antagonismo del capital y el salario, hay que erigir un sistema nuevo, basado sobre la propiedad y el trabajo colectivos. Concepción atrevida y bastante más lógica en su atrevimiento que la tentativa mutualista y cooperativa de Proudhon que, temblando al ver caer la autonomía individual con la propiedad, reconstruía con una mano lo que acababa de destruir con la otra.

Esos dos hombres, tan diferentes de temperamento y de espíritu: el francés ardiente campeón de la libertad, el alemán metódico y autoritario, dominaron toda su época. Desaparecidos ellos sus ideas han quedado, e infiltradas en el proletariado forman en nuestros días el cuerpo de socialismo. Como lo afirma Proudhon, la humanidad que trabaja, más consciente cada día, marcha hacia la supresión del poder: autonomía, federación, son las dos fórmulas del porvenir. Como lo demostraba Marx, el capital, por el hecho de centralizarse -efecto de la competencia- es cada día más vulnerable, se ve cada día más amenazado: no está lejano el día en que la masa, movida por el instinto de conservación ante la rapaz explotación, se levantará para expropiar a los poseedores de la riqueza y, sin detenerse en un reparto absurdo que, al cabo de veinticuatro horas habría vuelto a la desigualdad, hará, de todo lo que sirve para producir una propiedad indivisible, inalienable, abierta para todos, asegurando el bienestar a los vivos y dejando intactos los derechos de las generaciones futuras.

Definitivamente el socialismo científico invadirá el mundo. Augusto Comte, pensador de primer orden, estudia las leyes y las relaciones de los fenómenos sociales y crea la filosofía positiva, que sus discípulos dejaron degenerar en religión. En España, en las provincias del norte, las más desarrolladas industrialmente, germina el colectivismo. En Inglaterra las asociaciones productoras toman parte de naturaleza, se multiplican rápidamente y entablan contra el capital una lucha demasiado legal, en verdad, como las que más tarde sostendrán Bélgica y los *solidarios* unidos contra el fanatismo religioso y el monopolio.

Es de observar que si la idea socialista tiende por todas partes a la expropiación de las clases poseedoras, esta idea reviste diversas formas según la región donde se manifiesta. Diversidad inevitable, hagan lo que quieran los doctrinarios de la otra parte del Rin, que quisieran dirigir con método la revolución social. Hay que tener en cuenta la raza, las costumbres, las instituciones seculares, los prejuicios, los hábitos, el desenvolvimiento económico, factores todos que oponen al movimiento resistencias más o menos tenaces. Por eso la evolución varía según las razas: moderadas en los pueblos célticos, ardientemente literarias en los pueblos latinos, autoritarias entre los alemanes.

Bien pronto, un nuevo elemento aporta al socialismo su contingente de fuerzas y de ideas. Rusia, país agrícola más bien que industrial, se mantiene aún como pueblo separado del movimiento social, pero surgen de él pensadores que ejercerán sobre el socialismo universal una incontestable influencia: después de Herzen que en *La Campana* excita a los liberales al asalto de la autocracia, Bakunin, no menos erudito ni menos profundo que Marx, sobre el que continúa siendo superior por su temperamento revolucionario, recoge y engrandece la idea de Proudhon, llegando a formular la ANARQUÍA colectivista: supresión de la autoridad, reparto de productos según el trabajo de cada cual, teoría que bajo la influencia de otro ruso, Kropotkin, se transformará más tarde en la del comunismo anarquista, reemplazando el reparto

(forzosamente arbitrario y que da lugar a un poder económico) por la *toma del montón* de los objetos necesarios, solución más sencilla, más fraternal y que vendrá a ser cada día más realizable a medida que los productos, ya superiores a las necesidades del comunismo, se multiplicaran.

Y cosa extraña, de la raza europea la más alejada del progreso moderno nos vienen las ideas más avanzadas. El pensamiento emitido por Diderot será tal vez verdadero: ¿la humanidad habrá marchado tanto para volverse a encontrar casi en su punto de partida? Este es el caso de decir parodiando una frase célebre: «Un poco de ciencia aleja de la naturaleza, mucha ciencia vuelve a ella».

La humanidad es un ser colectivo que se desenvuelve de día en día; llegado a mayor de edad quiere pensar en sí mismo, no volviéndose a enfundar en la palabra sagrada de un profeta. Por lo demás, ni siquiera en los viejos tiempos cuando hombres milagrosos subyugaban a los cerebros incultos, ni libros como el Evangelio y el Corán pudieron conquistar al mundo, es porque esos libros traducían menos el pensamiento propio de un individuo que los sentimientos incubados en las multitudes.

Lo mismo puede decirse del comunismo anarquista que a despecho de los incrédulos, se anuncia como una realidad de mañana. La ANARQUÍA, tomada en su sentido más filosófico, *negación de autoridad* ¿no es un vértice hacia el que concurren todos los caminos? Por la ciencia que niega el dogma, por la asociación obrera, que alejada un día de la legalidad rechazará todo patronaje, por la evolución política que ataca unos tras otros todos los engranajes del Estado: soberanía o presidencia, pairía o Senado, dictadura o asamblea parlamentarias. ¿Qué son todos esos ataques, aún inconscientes, sino preludios de la gran batalla de mañana entre el pueblo y el poder? ¿Y qué de extrañar tendría que el golpe definitivo viniera de esos revolucionarios esclavos que, más que los otros víctimas de la tiranía sienten hacia ella odio implacable?

El comunismo, bárbaro en los tiempos primitivos en el *cian* celta y el *mark* germano, utópico entre los teoristas de espíritu religioso, viene a ser de día en día mayor realidad a medida que las aplicaciones de la ciencia hacen sobreabundar la riqueza. La producción de Europa y América en dos veces y media superior a las necesidades, la producción industrial es mayor aún. ¿No es, pues, lógico esperar un día en que los desheredados, cansados de sufrir, vindicarán para sí ese bienestar acumulado?

Las costumbres hacen las instituciones. Así, pues, si siglos de atavismo han perpetuado en el espíritu de los pueblos occidentales el respeto a la propiedad individual, no es así en Rusia donde la masa de campesinos ha conservado en el *mir* la propiedad a la vez comunal y comunista. De ahí proviene, hasta en los más groseros *mujicks*, un sentimiento natural de solidaridad y de benevolencia singularmente distinto del espíritu rapaz y egoísta que caracteriza a nuestros campesinos, siempre en lucha para apropiarse la más mezquina parcela de tierra en detrimento de su vecino. Rusia es el único país de Europa donde la población, que no ha padecido aún un industrialismo asesino, llevando consigo todas las plagas físicas y morales, es capaz de regenerar la vieja sociedad, infiltrándose en sus venas una sangre nueva.

Los teoristas rusos del comunismo no han hecho otra que transmitimos el espíritu de su raza, adaptándolo no obstante a condiciones sociales distintas. Y cuando se piensa en el inmenso abismo en que se encuentra arrinconado el poder y el capital, cuando se da uno cuenta de la fatalidad que forzarán a la sociedad a buscar su salvación en formas políticas y económicas nuevas, si se conviene en reconocer que cada pueblo tiene su papel histórico que desempeñar, no es difícil inferir que el tiempo del comunismo en Europa coincidirá con la preponderancia, al menos moral, de la raza eslava. Esta época pudiera no estar muy lejana: la autocracia rusa está sobre su cama de muerte; no cabe duda que la próxima generación verá realizarse desde las

tierras del Amur hasta las playas del Báltico, uno de los más grandes movimientos de la humanidad.

La vida de los pueblos es un perpetuo trabajo de química: razas, ideas y costumbres se combinan y disuelven en virtud de leyes de afinidad. Francia, gracias a su situación, ha sido siempre el centro donde han venido a aliarse los elementos celtas, latinos y germanos. Estos últimos, en verdad, son los más rebeldes a la asimilación: en pequeña cantidad se dejan absorber y prestan a la mezcla sus cualidades enérgicas; pero en conjunto se separan después de una serie de reacciones. Conquistada por los francos -en pequeño número- la Gaula romanizada, ha concluido por absorber sus amos que, olvidando su origen, son, desde Clovis, los enemigos encarnizados de Alemania. «El francés, ha dicho muy espiritualmente un escritor, es un celtato de latino».

Por su lengua ha continuado siendo romano sobre todo. El habla germana no ha echado raíces más que entre los celtas del norte: flamencos e ingleses.

Por su religión, el cristianismo no se ha desarrollado bien más que por su analogía que las antiguas creencias druidas y porque las ceremonias paganas de que se revistió subyugaban a una raza dócil a las impresiones de los sentidos y refractaria a las abstracciones de la razón pura: la mitología germánica no ha penetrado sino a título accesorio en las supersticiones de la Edad Media.

Por la filosofía que desde hace dos siglos ha recibido de Alemania un grande impulso, panteísta primero, materialista en seguida, ha influido más; pero adaptada al genio francés enamorado de la claridad y despojando más cada día del fárrago logomáquico tan cultivado en las universidades de la otra parte del Rhin. Y si los Büchner de hoy han podido penetrar, es tal vez debido a sus predecesores, los galos Rabelais y Diderot.

Alemania unificada y tan desarrollada su industria que no cede si acaso más que a Inglaterra y a los Estados Unidos, ha venido a ser la patria del socialismo. Pero ese socialismo de hierro. Modelados bajo el yugo desde hace siglos, los trabajadores alemanes lo han aceptado en mayoría, movidos por el deseo de asegurar el pan cotidiano más bien que por el entusiasmo de la libertad.

Ese socialismo hubo una época en que fue muy útil. Hablando en nombre de la ciencia, proscribió sin apelación todos los ensueños de los sentimentalistas. Y cuando Proudhon que tanto había batallado contra los *mistagogos*, llegó a reconstituir esa propiedad individual que él mismo había negado y a proclamar la eficiencia del sistema cooperativo, Marx tuvo razón al afirmar que no estaba ahí la solución de la cuestión propietaria, quedando sólo dos formas posibles: la posesión individual o la posesión colectiva, y todo término medio debía conducir necesariamente a una u otra forma. Pero los socialistas libertarios veían con terror el despotismo de un gobierno tan dueño en lo político como en lo económico: el mutualismo no resolviendo nada ya el comunismo marxista pareciéndoles demasiado pesado, tuvieron que buscar una solución nueva. Solución que era abrir la vía al comunismo anarquista.

La lucha sostenida por Marx contra los proudhonianos, la sostuvo Lasalle en Alemania contra los partidarios de Schultze-Delitsch que aclamaban, también ellos, la cooperación y el crédito. Teorista, pero además tribuno y vulgarizador emérito, provocó una grave agitación en el seno de las multitudes proletarias; éstas empiezan a comprender que la burguesía, hasta la progresista, no quiere hacer nada bueno para ellos. Y, aun no llegando a otra conclusión que a la conquista pacífica del sufragio universal, que él cree que le permitirá al pueblo, dueño del Estado, transformar la sociedad, no puede negarse que ese legalista, concluye formulando teorías que implican conclusiones no poco subversivas. «El ahorro» se le dice, ¿es acaso posible para el que no posee nada, para el proletario sumiso, expuesto a la carencia de trabajo,

a las enfermedades, a los accidentes? Además, para hacer economía de algunos céntimos ¿no es acaso necesario privarse, restringir el consumo, cohibirse hasta de lo más necesario? Por otra parte el resultado no puede ser más negativo; si el trabajador economiza baja la producción y por consecuencia los salarios. Por lo demás ¡qué singular remedio aconsejar a los hambrientos que se aprieten el cinturón! ¿El crédito? ¿los anticipos? ¿las primeras materias? Son todo un sistema implacable para los asalariados y que además no puede ser garantía ni siquiera de su trabajo, aun haciéndolo por su cuenta, ante la invasión y competencia de la gran industria. Y cuando estos médicos trataban la gangrena con tisana de malvas y los progresistas pretendían descubrir a los trabajadores el medio de vivir con las asociaciones de consumo que, suprimiendo los intermediarios, disminuye el precio de los víveres, Lasalle, con precisión matemática demuestra que todo eso es artificioso, pues los salarios suben o bajan según el precio de los objetos de consumo. «Ley de bronce», exclama él; ley ineludible que, ejerciéndose por virtud del mecanismo de la oferta y la demanda, obliga al obrero a no proveer sino a sus más perentorias necesidades materiales; apenas lo estrictamente necesario para subsistir y reproducirse.

A través de los cambios de la política, de los derrumbamientos de regímenes, de guerras, motines, revoluciones, el socialismo sigue su marcha. Un siglo habrá sido necesario al tierno niño para llegar a ser el gigante destinado, según la profecía de Enrique Heine, a aplastar al mundo burgués de un taconazo.

Si fue utópico Proudhon al creer en la solución del problema social por el mutualismo, vio en cambio bien claro al predecir el inmenso papel que la asociación desempeñaría en el porvenir de la humanidad. La clase obrera había empezado a tener conciencia de ella misma, y durante la guerra de sucesión, la expedición a México y la insurrección polonesa ocupando la atención toda de los políticos, en casi todos los países se formaron agrupaciones obreras. Y no agrupaciones secretas conspirando bajo ningún disfraz, sino agrupaciones abiertas en las que el elemento estudioso elimina de más en más el declamatorio y romántico, en donde el siervo de la industria aprende a analizar el mecanismo social, y piensa, en fin, por su cuenta, buscando soluciones. Y a un mismo tiempo, de todas partes surge la misma idea. «Todos los seres humanos, sin distinción de sexos, razas, color ni nacionalidad tienen derecho a la libertad, al bienestar; todos son solidarios los unos de los otros; la emancipación de los trabajadores mismos». La Internacional se ha creado.

La función que los concilios del siglo IV desempeñaron en la formación de la fe cristiana, la van a tener ahora los congresos obreros en el orden económico. «El 28 de Septiembre de 1864, en el mitin de Saint-Martin 13 Hall, en Londres, de los delegados de las secciones inglesas, francesas, alemanas, belgas y suizas, proclaman la asociación internacional de los trabajadores». El más grande suceso del siglo XIX ha tenido lugar.

No es que la Internacional, convertida en terror de la burguesía, sobre todo después de la Commune, haya ejercido sobre los acontecimientos una acción directa: las revoluciones no se decretan. Pero si la Internacional, a despecho de los cándidos que le prestaban armas y millones, tuvo apenas los medios necesarios para sostener algunos periódicos intermitentes y dar a los huelguistas una idea precaria, puso en claro todo el inmenso trabajo que se había hecho desde hacía un siglo en el seno del proletariado; en sus congresos analizó escrupulosamente las ideas de los pensadores, hizo la crítica para lanzarla en seguida a las multitudes; fue la bandera enhiesta del socialismo y el efecto moral fue inmenso.

Napoleón III, que no sabía con exactitud lo que quería hacer, después de gozar y quería tomar su vanidad por profundidad, no se mostró desfavorable al desarrollo de la asociación. Creía que lo mismo que había seducido a los campesinos podría engañar a los trabajadores. «Yo soy el más socialista de mi imperio» repetía con frecuencia. Socialismo que se traducía en hechos acuartelando a los pobres en las ciudades obreras, por fiestas en las que se adaptaban las

priaperías antiguas a los gustos modernos, por trabajos de selección a su modo entregando el capital a los ricos y rechazando a los proletarios a la periferia, asegurando el orden y haciendo imposible la construcción de barricadas en las calles anchas y rectas, abiertas decididamente a los cañones y la caballería, -trabajo que producía, por la enorme circulación del numerario, un bienestar momentáneo, pero que determinaba por el porvenir un déficit enorme-. Y no supo ver ese filántropo diciembrista que el obrero de 1864 no era el mismo inocente de 1848, ebrio de sentimentalismo religioso, de leyendas melodramáticas, creyéndoselo todo, no sabiendo nada, maravillosamente preparado, por otra parte, por las canciones de Beranger y las novelas de Eugenio Sue para arrojarse a los pies de un Napoleón que representara el papel de príncipe Rodolfo. Así es que creyó que la Internacional, abriendo un campo de estudios a los socialistas, les alejaría de la acción. En los últimos años de su reinado pudo darse cuenta del error que había cometido y juzgar cuanto más peligrosa era la oposición enérgica de los Millière, los Varlin y Vermovel que no los trabajos de zapa de los realistas y las declamaciones de los románticos.

Los republicanos burgueses vieron con desconfianza la creación de la Internacional. Acostumbrados de siempre a tratar al pueblo como a un rebaño destinado a seguirlos, no podían concebir que esos baladores quisieran por fin razonar y discutirse ellos mismos sus intereses. Por entre esos pastores, unos demócratas a la violeta coteando con el orleanismo, confiándose en una oposición platónica con el imperio; Emilio Olivier, el demagogo arrepentido les había enseñado el camino; otros, entre ellos Julio Simón, tantearon el terreno en la Internacional, esperando dominar y hacerse trampolín gracias a su ligero bagaje de ciencia económica. Cuando vieron que decididamente ese movimiento les arrastraba se desprendieron de él; otros, aun que se llamaban revolucionarios, sin precisar si defendían la revolución burguesa de 1789 o bien preparaban el camino de la revolución proletaria, eran en su mayoría jóvenes burgueses, locos de ambición, atormentados por la fiebre de plagiar a los convencionales, desconocedores del pueblo y no viendo en una sublevación contra el poder más que cuestión de espectáculo o un buen sitio que conseguir. Esos eran entonces otros: Crousset, elegante escritor; Rigault, tipo de estudiante entrometido, dotado de aptitudes reales para la función de polizonte; Endes, atormentado toda su vida por el deseo de ser general como Marceau; Félix Pyat, el más célebre y padre de todos esos románticos, admirable cincelador de frases, que amó la revolución como artista y habiéndole sacrificado la fortuna, creyó prudente de no sacrificar su vida. Esta clase de republicanos empezó en el *Rappel*, periódico hugonotista, para convertirse en conspiradores agrupados bajo la dirección de Blanqui.

Este último, el más sincero y clarividente de todos ellos, que pagó con treinta años de presidio su leal adhesión al pueblo, apenas vuelto a la libertad en 1865, había empezado de nuevo la lucha. «Es necesario, decía a sus discípulos que le escuchaban con fervor, derribar sucesivamente todos los regímenes hasta que nosotros seamos los dueños». La soledad del calabozo no había domado su organización física poderosa; hasta su muerte continuó siendo bauvista, procurando siempre organizar una fuerza revolucionaria para ampararse dictatorialmente del Estado.

Cuando apareció la Internacional Blanqui tuvo un aliento de esperanza: creyó ver su ensueño realizado. Los delegados de las secciones, metidos en la masa profunda del proletariado mundial, iban a llevar a sus hermanos, convertidos en sus soldados, el santo y seña de la revolución: era cosa hecha que los pueblos derribarían a sus amos y proclamarían la república universal. Pero Marx era un revolucionario economista; Blanqui, sinceramente socialista, creía indispensable ampararse primero del poder político para aplastar después al tirano capitalista. Esos dos hombres demasiado llenos de sus ideas para transigir, no pudieron entenderse y, en la imposibilidad de comunicar a la Internacional su propio impulso, Blanqui se esforzó para agrupar secretamente fuera de esa asociación los elementos que él creía más enérgicos. Blanquistas, internacionales y jacobinos se encontraron juntos después del 18 de Marzo, en el seno mismo del Consejo de la Commune.

Vacilantes al principio, mutualistas luego (Congreso de Lausanne 1867) después colectivistas (Congreso de Bruselas 1868; de Bâle 1869), la Internacional, naturalmente, atravesaba las mismas fases que el proletariado del que emanaba; las ideas opuestas se chocaban sin cesar. Habiendo triunfado sobre los proudhonianos, los marxistas se esforzaban para acaparar la dirección del movimiento y, mientras sus Liebknecht y sus Bebel luchan en Alemania contra los partidarios de Lassalle demasiado legalistas, lucha que se termina por una fusión, el consejo general, donde domina Carlos Marx, ejercía sobre la asociación entera una verdadera dictadura.

Por entonces empezó de nuevo el eterno combate celta y latino contra la influencia germánica. Bajo el impulso de Bakunin, los delegados belgas y españoles se levantan contra la tiranía de ese poder, nacido la víspera, que daba ya una idea de lo que vendría a ser el Estado obrero. Ante la centralización -esencialmente monárquica en su principio- que reunió todos los hilos en las manos de un solo hombre, proclamaron ellos la autonomía y la federación de los grupos.

La hostilidad creció más y más entre autoritarios y federalistas: a éstos se les llamó *anarquistas*, insultó en la intención de sus adversarios. Pero, después de Proudhon, la ANARQUÍA era una concepción positiva: organización social sin autoridad, sustitución del contrato por la ley permanente, autonomía del individuo en el grupo, del grupo en la comunidad, de la comunidad en la federación. Los amigos de Bakunin recogieron la palabra como antes lo habían hecho los andrajosos y los descamisados.

Sería pueril no ver en ese conflicto más que la lucha de dos individuos, demasiado imbuidos de su personalidad propia para conceder la supremacía. Los dos hombres que se disputaban la dirección, si no oficial al menos moral, del movimiento internacionalista, no se impugnaron con tanta animosidad y persistencia sino porque encarnaron dos tendencias absolutamente opuestas.

Desde entonces la Internacional se fue fraccionando por sí misma hasta el congreso de la Haya (2 a 9 de Septiembre de 1872) en donde se seccionó en dos grandes ramas -una autoritaria con Marx, la otra libertaria, con Bakunin- que, por las leyes represivas de los gobiernos se disolvieron a su vez.

Actualmente, a pesar de los esfuerzos de Most y de otros anarquistas alemanes para resucitarla con una finalidad revolucionaria, la Internacional ha muerto como organización, pero su espíritu se cierne sobre todo el final del siglo XIX llamando a los desheredados a la batalla. De sus cenizas esparcidas por el aire, han nacido por el mundo entero grupos de trabajadores marchando bajo el emblema de su elección hacia la revolución social. Por entre estos grupos los hay que conservan una autonomía escrupulosa, otros están unidos por convenciones autoritarias; a pesar de la acción disolvente de las personalidades, independientes, anarquistas, todos combatiéndose, como las sectas cristianas de los primeros siglos que reivindicaban para cada una de ellas la ortodoxia, no por eso dejan de minar los cimientos de la sociedad actual. Aunque diseminados, llevan por todas partes el nuevo verbo y el combate al enemigo común, presentando la menor presa posible. Esta ausencia hasta de una dirección suprema, que no serviría a otra cosa que a despertar ambiciones, constituye su mayor fuerza: podían derribar la cabeza única de la Internacional, pero es imposible destruir la red de los grupos revolucionarios que envuelve actualmente al mundo civilizado. De ahí la superioridad manifiesta de los partidarios de la iniciativa individual sobre los organizados que pretenden vencer por una organización sólida, la organización incomparablemente más fuerte del Estado que tiene a mano todos los engranajes sociales.

## CAPÍTULO XIII

### MARTIROLOGIO PROLETARIO. LA VÍA SANGRIENTA

Como todas las ideas que germinan en el seno de las muchedumbres y luchan contra el poder para abrirse paso, el socialismo ha tenido sus mártires: unos célebres, venerados, llegados casi al estado de santos para una multitud demasiado inclinada a reemplazar la religión muerta por otra nueva; otros desconocidos, muertos silenciosamente en el olvido o caídos aquí y allá víctimas del cañón de las guerras sociales.

«Sangre de mártires, germen de cristianos» decía Tertuliano hace diez y seis siglos. El socialismo tendiendo hoy a su forma más elevada al mismo tiempo que a la más sencilla, la ANARQUÍA, ha conquistado las masas en menos de cien años, después de haber recorrido un largo ciclo de persecuciones y duras pruebas.

Los patricios de la antigua Roma arrojaban vivos sus esclavos como pasto a las murenas de sus viveros; los señores de la Edad Media saqueaban a los mercaderes, imponían el diezmo al siervo de la gleba, violaban a su mujer y colgaban a los súbditos según les parecía. Luis XVI, rey ordinario, decidió (ordenanza del 13 de Julio de 1777) que todo hombre de diez y seis a sesenta años, sano y bien constituido que se encontrara sin medios de subsistencia y sin profesión, fuera enviado a las galeras. En nuestros días no por haber variado la forma, la opresión de la casta dominante deja de ejercerse con ruda aspereza.

Libertad e igualdad, dice el Código. El proletariado es libre, en efecto, pero es la libertad de morir de hambre si no encuentra un amo que quiera explotar su actividad muscular o intelectual. Cien años después de la Revolución que proclamó los derechos del hombre y la abolición de la ley de castas, se ha visto, en Limoges, a una desgraciada, la mujer Souhain, matar a sus cinco hijos porque no podía mantenerlos, intentando luego suicidarse ella misma, pero no habiéndolo conseguido, los jueces no han sabido hacer otra cosa que mandarla a presidio. Un año después, el mismo día que la multitud ebria de música y detonaciones de morteretes conmemoraba la toma de la Bastilla, una familia parisién compuesta de siete personas se salvaba por la asfixia de los tormentos de una sociedad libre e igualitaria, en donde, según el piadoso Malthus, no queda ya cubierto para los pobres en el banquete de la vida.

Las estadísticas de la criminalidad hablan elocuentemente.<sup>30</sup> A pesar de los moralistas burgueses, la ola crece y amenaza inundarlo todo; bien pronto las cárceles no serán suficientes para contener a todos los desgraciados vagabundos, porque no pueden pagar al casero, ladrones o mendigos, porque para el que no es explotador o explotado no existen más que dos recursos: el robo o la mendicidad.

El verano, puede aún pasar por lo que se refiere a dormir: es posible acostarse al aire libre; las tupidas copas de los árboles son hospitalarias y los desgraciados de ambos sexos pueden gustar las dulzuras del amor bajo el clemente cielo. ¡Pero llega el invierno! la tierra se hiela; hace demasiado frío para dormir bajo los puentes, los cobertizos de los mercados y otros no son suficientes ni además abrigo seguro, las requisas policíacas son frecuentes y el vecino no delincuente es molestado; a veces los mismos vecinos no son tampoco cómodos ni atentos.

---

<sup>30</sup> «En nuestra época, declaraba el doctor Lacassague en el Congreso de Antropología criminal celebrado en Roma en 1885, la justicia mortifica, la cárcel corrompe y las sociedades tienen los criminales que se merecen». ¡Qué palabras dichas por un burgués!

Para dormir en la *cuerda*<sup>31</sup>, en los infectos tugurios de la calle Monffetard o del arrabal de San Antonio, se necesitan diez céntimos, cantidad de la que no siempre se puede disponer. En cuanto a los otros *asilos nocturnos* de París, última palabra de la filantropía oficial, están siempre atestados hasta el punto de rechazar gran parte de los que solicitan refugio; además no se puede obtener refugio más de tres veces consecutivas. Lo mejor, después de todo, es presentarse al comisario de policía e implorarle una detención o bien ensayar un atentado a la propiedad: si se sale bien se está salvado; si se cae en poder de la autoridad se tiene al menos cárcel por asilo y un mal pedazo de pan asegurado.

En la cárcel, el Estado, que se ha abrogado el derecho de castigar a los vencidos, se ha abrogado también el de explotarlos habiéndose convertido en patrono. Hace fabricar a los desgraciados y vende su trabajo. Cuando la demanda es numerosa, las cárceles se llenan como por encanto. He ahí todo el secreto de las fórmulas solemnes de la justicia. ¡La justicia! ¿Cómo han de creer en ella esos magistrados servidores del régimen? En el fondo no hay más que una cuestión de producción a bajo precio: tanto peor para la industria libre si la producción carcelaria la vence con su competencia. Eso es socialismo aderezado con salsa gubernamental.

La influencia del medio ha sido demostrada científicamente: a esta demostración se debe la modificación de todas las especies. En parte alguna es tan perniciosa como en la cárcel. El hombre sale de ella criminal endurecido, pederasta y a veces peor: policía.

Y el cuadro es el mismo en todos los de civilización capitalista. Alemania, roída por su chancro de pauperismo, se retuerce sobre su lecho de laureles. Sus hijos la abandonan por otros países menos duros para el trabajo.

En Italia, particularmente en los campos, la miseria es atroz. Hombres vigorosos trabajan todo un día por un salario medio de cuarenta céntimos: a veces ese salario queda reducido a la mitad; la explotación de los niños en las sulfataras parece inverosímil. Toda esa humanidad vive con harina mala de maíz y va con frecuencia a desenterrar carroñas para poderse hartar. No hay ningún país donde el contraste entre la riqueza del suelo y la miseria de los agricultores sea más chocante. Los trigos ondulan por el soplo de hálito suave; olivos, moreras, mirtos, granados, entrelazan su frondosidad bajo el cielo azul luminoso; más lejos, bosques de laureles rosados, en otra parte naranjos y limones en cuyas ramas maduran globos de oro: es una profusión de colores y perfumes; la naturaleza entera se esclafa, en una sonrisa. ¡Mira, proletario! mira, pero no toques nada. ¡Nada de eso te pertenece! Peor para ti si tu vientre vacío se rebela, si tu boca se seca, si tus sienas quieren estallar: ¡revienta si puedes!

La miseria de Irlanda ha sido descrita con frecuencia; es espantosa, en efecto, pero los *landlords* no han sido menos implacables en Escocia. De 1807 a 1831 han arrebatado sin indemnidad 3.511.770 acres de tierra que cultivaban los descendientes de los antiguos clausgaëls. Siendo soberanos titulares del suelo esos señores querían ser propietarios efectivos y no retrocedían ante nada. Una miserable, la duquesa de Sutherland, expropió ella sola, en seis años tres mil familias formando un total de quince mil personas. Seis aldeas fueron incendiadas, sus campos convertidos en pasturajes, una anciana que se resistió a abandonar su cabaña fue quemada viva, la tropa arrolló en los débiles intentos de protesta a los desgraciados campesinos y la noble *lady* acaparó de ese modo 794.000 acres de tierra que desde tiempo inmemorial pertenecía a la comunidad. «Los grandes de Escocia, escribía Jorge Tusor, han expropiado las familias lo mismo que hacían arrancar las malas hierbas; han tratado a las aldeas y sus habitantes como los indios ebrios de venganza trataban las bestias feroces

---

<sup>31</sup> En este establecimiento, los refugiados no pueden dormir acostados sino sentados en una sala común, apoyándose sobre una cuerda que se afloja por la mañana a la hora de levantarse: los que tienen el sueño fuerte se despiertan al recibir el golpe sobre el duro suelo: de ahí proviene el nombre.



en sus cubiles. Un hombre se vende por una guedeja de lana, por una pierna de carnero y por menos aun... Cuando la invasión de la China Septentrional el gran Consejo de los mongoles discutió si no sería conveniente extirpar del país a todos los habitantes y convertirlo en un vasto pasturaje. Muchos *landlords* escoceses han realizado ese proyecto en su propio país contra sus mismos compatriotas».

Inglaterra es el país industrial por excelencia. Un economista burgués, John Wade, ha consignado que la avidez de los dueños de fábrica les había arrastrado hasta cometer crímenes comparables sólo con los de los conquistadores españoles en el Nuevo Mundo. «Mister Bronghton, magistrado, decía el *London Daily Telegraph* en Enero de 1866, declaró, como presidente de un mitin celebrado en la alcaldía de Nottingham el 14 del mismo mes de 1860, que reinaba en la parte de la población de la ciudad ocupada en la fabricación de puntillas un tal grado de miseria y desnudez desconocido en el resto del mundo civilizado... Hacia las dos o las tres de la mañana, los niños de nueve a diez años son sacados de sus lechos sucios y obligados a trabajar sólo por una mala comida hasta las 10, las 11 y las 12 de la noche. La delgadez los reduce al estado de esqueletos, su talla se reduce, los rasgos de su cara pierden expresión y todo su ser se endurece en una torpeza tal que sólo el aspecto produce estremecimientos...» ¡Qué debe opinarse de una ciudad que celebra un mitin público para que la jornada cotidiana de trabajo sea reducida a diez y ocho horas!... «¡Diez y ocho horas!»

Y cuando una parte de la humanidad ayuna y la otra padece de continuos hartazgos, las estadísticas oficiales anuncian impudicamente que el público civilizado produce mucho más que se puede consumir. ¡Qué irrisión! ¿No es eso mismo la más terrible condenación que se puede hacer de un régimen que tales monstruosidades produce?

Por eso los antagonismos sociales no han sido jamás tan rudos. Desde hace un siglo el proletariado se agita y, despertándose poco a poco adquiere conciencia, siente la vida y ensaya sus fuerzas en escaramuzas sangrientas, preludio de una batalla sin precedentes.

Desde los hebertistas, arrojados a la guillotina, furibundos que querían que la Revolución tuviera para los proletarios positivos, hasta los anarquistas sacrificados en Chicago ¡qué interminable desfile de víctimas!

Tales son Romme, Bourbotte, Goujon, Duroy, Duquesnay, Soubrany, últimos diputados de la Montaña, que se agujerearon el pecho con el mismo puñal delante del tribunal que los ha condenado a muerte por haber votado para el pueblo insubordinado de presial «pan y la Constitución del 930»; tales son Babeuf y Darthé, condenados a la misma pena por haber ensoñado el «bienestar común» y que habiéndose mal herido, suben medio muertos las gradas del cadalso; tales son sus amigos, los conspiradores de Grenelle, entregados al pelotón de ejecución. Tales son también los obreros lioneses de 1831 que cansados de un salario de noventa céntimos por diez y ocho horas de trabajo, -¡cinco céntimos por hora!- reivindicaban, bajo los pliegues de la bandera negra el derecho a «vivir trabajando o morir combatiendo» y, vencedores al principio, luego distraídos, mistificados, traicionados por aquellos a quienes ellos habían librado de la muerte, y últimamente vencidos por su credulidad generosa, llenan con sus cadáveres el campo de batalla de la Crox-Rousse. Dos años y medio más tarde, cuando Europa entera se conmovió por impulso de las sociedades secretas, proletarios hambrientos y revolucionarios burgueses juntos, persiguiendo los unos la esperanza de un poco de bienestar y los otros la caída de la monarquía, emprendían de nuevo la lucha en común, no sólo en Lyon, sino en Saint Etienne, en Grenoble, en Marsella, en Besançon, en Arbois, en Luneville y finalmente en París, donde el regimiento número 31 de infantería se cubría de gloria por la degollación de la calle de Transnonain.

Después de la revuelta lionesa de Noviembre de 1831, primer alzamiento del proletariado, llega la gran batalla. Defraudadas sus esperanzas, los trabajadores que habían conquistado la

república en las barricadas de Febrero, se agitaban haciendo ostensible su descontento. La insurrección fracasada del 15 de Mayo, intentada al grito de ¡viva Polonia! tuvo por resultado la detención y encarcelamiento de los jefes revolucionarios, Barbés y Blanqui. Pero la fermentación continuaba y los Talleres Nacionales son insuficientes para servir por más tiempo de válvula de seguridad. En contra de Luis Blanc, perdido entonces en los enredos de la Comisión de Luxemburgo, los obreros aspiraban a otra cosa que al acuartelamiento y regimentación de los salarios bajo la fórmula del Estado a razón de ocho francos por semana. Por eso, lógica en su egoísmo burgués, la Constituyente, por proposición de Falloux, aprueba la clausura de esos talleres convertidos en foco de propaganda socialista: cien mil proletarios huelgan forzosamente por las calles de París.

El 23 de Junio la lucha empieza de nuevo: la jornada es tumultuosa; imponentes manifestaciones se expansionan por las largas arterias de la ciudad. Sobre los arrabales pasa el soplo de las grandes revueltas: los obreros levantan barricadas en las inmediaciones de la Bastilla, a lo largo del canal de San Martín y en los barrios populosos. En los *boulevards* suenan disparos, algunos retenes son desarmados. La margen izquierda del Sena está en efervescencia: una multitud de miserables invade el Panteón.

La asamblea constituyente se estremece, no de remordimiento, sino de miedo: la degollación premeditada, que desembarazará a la sociedad de los importunos reclamando su puesto en el banquete pudiera tornarse en derrota para el poder, en victoria de la insurrección. La guardia nacional parece sólo un socorro mediocre; la tropa pudiera también, como en Febrero, levantar las culatas al aire. Pero los adolescentes ebrios de ruido y de pólvora pueden ser excelentes verdugos: la guardia móvil es lanzada a la calle.

Esos hijos del pueblo que ignoraban por qué se batían, lucharon con furor: con gran contento de la burguesía, fueron implacables. Esa guardia móvil, juventud de París arrancada al motín, escribió Lamartine, «ha salvado a Francia». Arrastrados por el ejemplo los otros cuerpos asesinaron concienzudamente. «Degüéllenme a esa canalla» bramaba el general republicano Clemente Thomas. Y la canalla eran los combatientes de Febrero a los que la Asamblea y la república debían la existencia.

Esta batalla que duró tres largos días, costó la vida al arzobispo de París Augusto Affre, muerto delante del arrabal de San Antonio cuando, fiel a las tradiciones de la Iglesia, impulsado tal vez por un movimiento de sinceridad, invitaba a los rebeldes a deponer sus armas para unirse de nuevo al yugo de la esclavitud: ¡siempre la vieja fórmula de cristiano: sumisión! Pero los proletarios, hambrientos por tres meses de miseria, cándidamente al servicio de la república burguesa, eran sordos a la voz de los sacerdotes aunque estos adoptaran posturas democráticas. Una bala anónima mató al prelado y la batalla continuó hasta el 26. En la mañana de este día, el arrabal San Antonio, último refugio de la insurrección fue vencido. El jefe de los insurrectos, Cornet, se escapó y se refugió en Londres donde fue muerto en duelo por Bartolomé, que había mandado la barricada del Temple. Esta barricada había opuesto una resistencia encarnizada; para tomarla tuvieron que agujerear las paredes de las casas. Con todo, los rebeldes, fusilados por todas partes, vendieron caras sus vidas; el número de hombres que pereció de una y otra parte, no pudo fijarse jamás con exactitud, pero puede juzgarse de las pérdidas del ejército regular con sólo decir que seis de sus generales murieron en la pelea. Uno de éstos, Brea, se adelantó como parlamentario ante los rebeldes del Panteón a los que prometió salvar la vida; se rindieron y fueron todos pasados por las armas. El asesino continuó su marcha victoriosa, se presentó de nuevo ante la barricada Italia e intentó repetir la estrategia. Pero reconocido por uno que había podido salvarse del Panteón, fue detenido y sufrió la pena del talión: «Yo he vengado a los míos», declaró más tarde Nourrit, insurrecto de diez y siete años, condenado a trabajos forzados inculcado de asesinato y del cual jamás se tuvieron noticias. Otros acusados, Daix y Lahr fueron condenados a la última pena y ejecutados el 17 de Marzo de 1849.

Muertos en las calles, fusilados por consejo sumarísimo en los sótanos de la Escuela Militar, de Luxemburgo y en las fortificaciones, deportaciones en masa, nada no faltó al triunfo del orden.

«... Se hacen miles de asertaciones, escribía Proudhon (carta a M. Magnet con fecha 28 de Junio); si la instrucción es severa es posible que veamos veinte mil ciudadanos arrojados a la cárcel.<sup>32</sup> Un decreto de la otra parte del Océano. Los burgueses vencedores son Asamblea nacional, dado esta noche, los entrega a todos a una comisión militar y les aplica la deportación a la feroces como tigres». Descontada así esta gran parte, el filósofo que ligado en la Constituyente había sabido no obstante poner de manifiesto la crueldad de los vencedores, añadía: «La Asamblea nacional ofrece un espectáculo desesperante por la indecisión y la estupidez. Son estos representantes como los mercaderes del templo que negocian con la república. Yo no respiraré satisfecho hasta que el pueblo nos haya expulsado a todos a patadas». La sangría había sido demasiado grande ¡ay! tanto que a pesar de los esfuerzos de los socialistas militantes, la clase que había aplastado al proletariado terminó lógicamente su obra tres años más tarde, aclamando como el aventurero de Diciembre el poder fuerte, capaz de salvar la religión, la propiedad y la familia.

Un fenómeno es digno de observación el cual indica una próxima transformación social y es que, las luchas políticas, durante nuestro siglo han sido cada vez menos sangrientas; así se explica que la revolución de Febrero fuera menos sangrienta que las *tres gloriosas* de Julio, que la del cuatro de Septiembre fuera pacífica y que la caída del presidente Grevy, el 2 de Diciembre de 1887 -verdadera revolución de palacio- no costara ni una sola gota de sangre; mientras que las luchas económicas, al contrario, han progresado constantemente en lo trágico. Las huelgas son cada día más ofensivas; el antagonismo de clases se acentúa: la represión lionesa de 1831 era poca cosa comparada con las degollaciones de Junio. Estas palidecen ante las hecatombes de la *Semana sangrienta*.

El movimiento insurreccional del 18 de Marzo de 1871, no fue socialista en su origen. Surgido de la desesperación popular contra un gobierno que, por temor a la revolución había entregado a París, alma de Francia, a los ejércitos de Alemania, fue al principio patriótico y republicano; pero las tendencias socialistas se abrieron paso a pesar de las dificultades de la situación y las faltas del gobierno comunalista compuesto de jacobinos, blanquistas e internacionalistas. Este último formaba el elemento estudioso, pero inclinado al moderantismo, la peor de las políticas en tiempo de revolución; por entre ellos Melón, Lefrançais, Vermorel, Varlin, Longuet, luego aproximado a la burguesía radical, tenían un valor real: su ideal tendía a una descentralización política -el municipio administrado por mandatarios elegidos- y a una centralización económica -el Estado substituyendo a la oligarquía capitalista como propietario de la tierra, los canales, las minas, los caminos de hierro y las herramientas de la industria: el colectivismo, en suma-. Con todo eso, esos hombres llegados al poder fueron, hasta el último día servidores del gobierno, del Banco y del alto personal de los establecimientos financieros. No supieron hacer en honor del pueblo más que promulgar dos miserables decretos; el uno condonando los alquileres vencidos (Octubre de 1870 a Enero del 71) que los proletarios hambrientos por el sitio estaban fuera de toda posibilidad de pagar; el otro restituyendo a sus dueños todos los objetos empeñados en el Monte de Piedad por una cantidad inferior a veinte francos. Añadieron hacia el fin, la promesa de una pensión a las viudas de los federados muertos al enemigo, cuando la victoria era cada día menos posible. Era muy poco para resolver el problema social, por eso las masas les abandonaron. La Commune, aclamada al principio por doscientos mil federados, no tuvo en sus últimos tiempos más de quince mil defensores convencidos. Bien es verdad que con la monotonía de la estrategia, los románticos que se atribuyeron la dirección de las operaciones militares habían eliminado del ejército insurreccional a unos doce mil hombres

---

<sup>32</sup> La cifra fue de veinticinco mil; los juicios en consejo de guerra se elevaron a doscientos veintinueve; las deportaciones a tres mil seiscientos próximamente.

próximamente entre muertos, heridos y prisioneros del enemigo en los combates tenidos en los alrededores de París.

La situación era inextricable: fuera de París el ejército alemán estaba dispuesto para apoyar al ejército de Versalles; dentro la reacción; para los entendimientos claros la victoria era imposible, pero los errores y faltas de la Commune precipitaron el desenlace. La mayor falta fue cometida, sin embargo, por el comité central, emanación de los batallones federados que, dueños de la situación la tarde del 18 de Marzo habían perdido ocho días entretenidos en escrutinios como si la revolución hubiera tenido necesidad de ser legalizada. Durante ese tiempo las tropas del orden replegadas hacia Versalles inferiores a diez mil hombres, se reorganizaron; de por todas partes les llegaban refuerzos: la de Provençe inquieta y celosa de París; de las fortalezas de Alemania que entregaban cien mil prisioneros. Thiers y Bismarck no habían tardado en entenderse. Y cuando el 3 de Abril, conducidos por generales improvisados -Eudes, estudiante de farmacia, Duval, fundidor, Bergerret, viajante de comercio, Flourens, erudito que quería ser un Aristóteles a la vez que un Alejandro-, los federados quisieron remediar el tiempo perdido, era ya demasiado tarde. En toda la línea, en Rueil, Bas-Meudon, Chatillon fueron rechazados perdiendo gran cantidad de muertos y sobre todo de prisioneros. De entre éstos últimos muchos fueron pasados por las armas: Flourens y Duval entre ellos. El primero, tipo de paladín que gustaba de manejar la pluma y la espada alternativamente, había ya combatido por la libertad de Creta, había intentado una asonada contra el imperio y faltó poco para derribar al gobierno de la Defensa nacional el 13 de Octubre. Sorprendidas por el cañón del Monte San Valeriano que creían abandonado, sus tropas se habían dividido y huido: él no. los gendarmes lo detuvieron en una casa, en Rueil, y de un sablazo el capitán Desmarte le abrió la cabeza. Duval, que había tenido la imprudencia, creyéndose general, de llevar a la derrota el ala derecha de los federados, no quiso abandonar la partida. Cercado en la llanura de Chatillon fue hecho prisionero y pasado por las armas: murió bravamente al grito de: ¡Viva la Commune!

Desde entonces cada día se renovaron las escenas trágicas: prisioneros, fusilados, torturados, ambulancias violadas; los soldados de Fourbach, de Reiscjoffen, de Sedán y de Metz, venidos de las prisiones alemanas sentían la necesidad de vengar su derrota sobre no importa quién; rebaños lastimosos de federados desfilaban por las calles de Versalles bajo los insultos y los golpes de una población furiosa compuesta de lo más bajo y rencoroso: hinchados bonapartistas, moderadores del sitio precedente, periodistas serviles fraternizando con la policía, prostitutas de todas las marcas, *jergones* de soldado o queridas de oficiales, hurgando las heridas con la punta de la sombrilla, perras en celo excitadas por la sangre, alentando a los verdugos con sus gañidos de bestia.

La Commune fue benigna hasta la debilidad: había dado, en verdad, un decreto sobre los rebeldes, pero con la intención de no aplicarlo, como medida puramente conminatoria. La mayor parte de las ejecuciones imputadas a los federados fueron obra de la espontaneidad popular: la mañana misma del 18 de Marzo, los generales Clemente Thomas, detenido por los proletarios que se acordaban de Junio del 48, y Lecompte, detenido por sus propios soldados, indignados al verse ordenados de hacer fuego contra la multitud, habían sido fusilados. Y eso fue todo hasta mediados de la *semana sangrienta* en que los prisioneros espías como Veynet, periodistas reaccionarios como Chandey, estafadores de la banca como Jecker, magistrados del imperio como Boujean, gendarmes, polizontes, sacerdotes, entre todos menos de cien personas, fueron pasadas por las armas; pero esto fue cuando la sangre corría a torrentes por las calles de París, desde hacía varios días convertidas en matadero.

El asesinato fue espantoso. La lucha en las barricadas había sido, en suma, poco mortífera para los federados bien resguardados; el parte oficial pretende que las tropas regulares no tuvieron más que unos 63 oficiales y 430 soldados muertos; si eso fuera cierto, habría que inferir que apenas algunos cientos de comunales fueron muertos en el combate. Y un académico de los más ferozmente reaccionarios, Máximo Ducamp, en sus *Convulsiones de*

París, declara 6.667 cadáveres de parisienses, número que él conviene en triplicar lo menos. «La República, dice Ducamp, gobierno anónimo por así decirlo y hasta cierto punto irresponsable, por el hecho sólo de su principio, que es la colectividad, desplegó en las represiones una energía de la que toda monarquía hubiera sido incapaz». Mujeres, niños y ancianos dieron un gran contingente a los fusilados en masa, fusilamientos que se prolongaron varios días después de la batalla. Seiscientos cincuenta y un niños menores de diez y seis años, decían los escritores oficiales, habían sido cogidos con las armas en la mano.

Dos de los mejores de entre los miembros de la Commune eligieron ese momento para morir. Carlos Delescluze, sexagenario, deshecho por el destierro y el presidio, había consagrado su vida a la República. Cuando se proclamó la Commune, tuvo el valor, a pesar de su antiguo jacobinismo, de unirse con los que representaban la idea socialista y descentralizadora. Delegado de la guerra desde el 9 de Mayo, no había podido conseguir bajo los pliegues de la bandera roja una victoria que era imposible. Pero al menos dio hasta su último hálito de vida. ¡Cuánto debió sufrir este hombre austero con las niñerías de los burguesillos bien acicalados perdidos en medio de esa revolución proletaria! «¿Cree usted decía amargamente a Pyat, procurando evadirse por una dimisión, que todo el mundo aprueba lo que se hace aquí? Pues bien, hay miembros que existen y existirán hasta el final, a pesar de los insultos que se nos prodigan y, si no triunfamos, no serán los últimos que se harán matar, sea en las murallas o en otra parte». Y cuando los versalleses, entraron por la puerta de Saint-Cloud abandonada, van a dar el golpe de muerte a la Commune, el jacobino Delescluze, con gran escándalo de los incapaces, grita en una proclama que ha sido célebre: «¡No más estado mayor! ¡no más jefes! ¡paso al pueblo!» Y luego, ese autoritario que así proclama la ANARQUÍA, dirige a su hermana una carta conmovedora y va a hacerse matar en la barricada del Chateau d'Eau.

El otro, Vermorel, publicista de veintinueve años, representaba al elemento socialista estudioso. Perseguido por la infame acusación de un soplón esbirro, víctima de los ataques del romántico Pyat, buscó la muerte como Delescluze y herido al relevar a un federado que acababa de caer para siempre, expiró pocos días después. Esos dos hombres separados por el carácter, unidos por la muerte, representaban los dos polos de la Commune.

La víspera, su colega Rigault había sido fusilado en la calle Gay-Lussac. Millière, que su calidad de diputado hacía legalmente inviolable y que no había tomado en la lucha ninguna parte activa, sufrió la misma suerte: ¡era socialista! La misma suerte cupo al doctor Touy-Moilin, publicista de talento muy estimado en su distrito. El 28 le tocó el fúnebre turno al obrero Varlin, hombre activo e inteligente que consagró toda su vida a la liberación de sus hermanos los proletarios. Se esforzó para evitar la degollación de los rehenes y fue detenido por la delación de un sacerdote. Arrastrado bajo las injurias y golpes de la multitud animalizada que el miedo hacía más feroz aún, herido, rotos los vestidos, ensangrentado, subió como verdadero calvario la montaña de Montmartre y juzgado, condenado sin apelación, cayó muerto a algunos pasos del punto donde cayeron, el 18 de Marzo, Clemente Thomas y Lecompte.

Las guerras civiles son las más lógicas porque generalmente los de un bando, los rebeldes, saben por qué luchan; pero son las más implacables. No se trata de una diferencia que se podrá arreglar por vía diplomática después de cambiados algunos golpes; se trata siempre de una idea que debe dominar o desaparecer. El entusiasmo, esa forma del fanatismo, está bastante más excitado: al mismo tiempo las pasiones se aguzan bastante más. ¡Cómo, este hombre que habla mi lengua, que conlleva mi vida, no piensa como yo! ¿Cómo este otro, rico que arroja a la calle al pobre cuya miseria ofusca, osa oponer sus intereses a los míos? Este funcionario me desatiende, este vecino se me burla, esta mujer me desprecia, cuestión de opiniones, de partidos, de casta. Y el roce prolongado de esos elementos antagónicos incuban el conflicto que, latente al principio, se transforma en guerra despiadada.

Jamás, después del saqueo de Magdebourg por Tilly, ninguna ciudad había ofrecido un espectáculo comparable al de París, conquistado después de una batalla de siete días, por las tropas de Versalles. En todas las esquinas se fusilaba; grandes multitudes de prisioneros eran arrojados a los cuarteles, de los que ya no salían. En el Père-Lachaise, se fusilaba por medio de ametralladoras, sistema bien expeditivo. Las delaciones se llovían; se denunciaba por venganza, por miedo, por *dilectantismo*. Los conocidos antes de abordarse se observaban con recelo; vencedores y acreedores temblaban de encontrarse. En ese concierto de delaciones, los taberneros y conserjes hicieron furor. La prensa conservadora presa de «delirio rojo», la republicana avanzada muda de miedo, temblando una y otra de verse comprometida, fueron inmundas.

Ferré, entregado a los verdugos después de la batalla, como lo había sido su colega Varlin, fue condenado a muerte por el tercer Consejo de guerra, funcionando en Versalles; tuvo por compañeros de suplicio en el destacamento de Satory, a Rossel y Bourgeois. Estos tres hombres eran bien distintos: en el primero, donde resucitaba el alma ardiente de los hebertistas, no hubo un momento de debilidad; delante de sus jueces demostró una energía indomable. Más que ningún otro, se había ocupado en medidas revolucionarias; pero sufrió más que nadie toda clase acusaciones contradictorias, de delaciones infames por espías del gobierno ebrios de cobardía y de celo legalista. Brossel, oficial patriota y ambicioso, mezclado en una sublevación proletaria que no comprendió y que abandonó en marcha, fue condenado a pesar del movimiento de opinión intentado en su favor, por una juventud burguesa que reconocía en él uno de los suyos, extraviado, no enemigo consciente. Bourgeois, sargento del ejército regular, se batió en líneas de los federados; hombre dulce y pensativo se convenció ingenuamente que obreros y soldados eran hombres de la misma carne y de la misma sangre. Los tres murieron bravamente el 28 de Noviembre de 1871: Ferré invocando la justicia del porvenir; Brossel, como protestante, dando su último adiós a su pastor: Bourgeois sin énfasis.

Al mismo tiempo que Ferré, diez y seis de los jefes de la insurrección parisién, miembros de la Commune o del Comité central, habían sido condenados, unos a presidio, otros a deportación, a reclusión otros. El teniente de navío Lillier, loco alcohólico que se había mezclado en el movimiento para traicionarlo en seguida, fue conmutado de la pena de muerte por la de trabajos forzados. Uno sólo de los diez y siete acusados, Ulises Pereut, que, elegido miembro de la Commune como el burgués Rané, había, lo mismo que éste, dimitido desde la primera salida infructuosa, fue absuelto. Los pontones y los calabozos se llenaron con cuarenta mil desgraciados; los navíos del Estado transportaron seis mil a Nueva Caledonia.

La caída de la Commune fue la señal de una reacción europea. Mientras que los contumaces se esforzaban para llegar a Ginebra y Londres, sembrando en su camino la buena semilla de sus ideas, los gobiernos se unían para proscribir la Internacional. En Francia, la ley del 14 de Marzo de 1872, prohibía, bajo pena de multa y encarcelamiento, toda asociación teniendo por objeto suprimir la propiedad, la familia, la patria y la religión: la contrarrevolución dejó sentir un poco por todas partes. Por un momento pareció esclarecerse el horizonte por el lado de España: contra la república bastarda de los Castelar y otros políticos de profesión, el pueblo de Cartagena se sublevó proclamando la soberanía cantonal. Revolución, que, si no era socialista, era al menos descentralizadora. Dueños de las defensas exteriores y de la escuadra, sacando de las minas de las Herrerías y de la Unión los recursos financieros, los rebeldes se resistieron durante seis meses. Por fin, en Enero de 1874 el orden fue establecido con el imprescindible cortejo de medidas represivas.

En Italia el socialismo empezó a echar raíces profundas. Durante largo tiempo la influencia de Mazzini había subyugado las capas populares. Tenaz, infatigable el apóstol de la unidad italiana, marchaba hacia la realización de su ensueño: una república centralista teniendo a Roma por capital, reconquistada al poder temporal de los papas, y destinada a convertirse nuevamente en capital del mundo. Eso era desconocer absolutamente la evolución que

determina la supremacía de los pueblos, unos después de otros, que crea sin cesar formas nuevas y modifica las ideas, las costumbres, las necesidades. Mazzini eliminaba al papa de su Italia republicana, pero predicaba, en cambio, un culto exagerado, un alto idealismo contenido en grandes palabras: Dios, pueblo, patria, amor, deber, progreso, pero atando corto todo lo que fuera libertad de opiniones, todo lo que fuera otra cosa distinta a fórmulas científicas, sin análisis, hechas con anticipación aprendidas de memoria e impuestas como artículos de fe. La república de Mazzini hubiera sido espantosamente despótica; el Estado a la vez papa y rey, hubiera hecho recordar como buena la monarquía y el papado. Garibaldi, de espíritu más amplio, defendió la administración comunal, en contra de su compatriota; más hombre del pueblo, sobre todo, no estaba tampoco en condiciones de oponer ideas positivas a la banalidad vacua y sonora por la que los burgueses demócratas ávidos de poder, querían conquistarse un pueblo ignorante.

Las naciones tienen sus fases de juventud, madurez y decrepitud. La guerra de la Independencia había exaltado los sentimientos patrióticos, su entusiasmo romántico, que se aliaba bien con el carácter meridional, alejándolo de los estudios serios y detenidos. A quien hablaba de cambios económicos, de transformaciones del régimen de la propiedad, de intereses obreros, del final del salario, se le contestaba siempre con este grito amenazador: «¡Fuera los bárbaros!» (los bárbaros eran los austriacos). Y con frecuencia el grito se terminaba por un gesto de muerte. Por eso los comienzos de la Internacional, anteriores a 1870, se señalaron por una lucha terrible: socialistas y mazzinianos, recurrían al puñal como argumento supremo. Eso duró bastantes años: sin embargo, una vez expulsados los austriacos y conquistada Roma, la actividad popular pedía otro alimento. Los agitadores, compañeros de Bakunin, hacían buenas campañas demostrando a las masas las palinodias de los liberales y patriotas, cuyo advenimiento al poder no modificaba en nada la miserable situación del proletariado. El industrialismo, por otra parte, invadió la península a pasos de gigante. Las encantadoras muchachas del Trastevere, olvidando sus risas y alegres canciones, se amontonaban en fábricas bajo la dirección rígida de los contra maestres ingleses; los jóvenes sicilianos, de tan precoz inteligencia, se esmirriaban en el trabajo mortífero de las solfataras. Las hilaturas de tejidos se multiplicaban en el Norte, Milán hacía resoplar sus manufacturas donde se aglomeraban lombardos, piamonteses, venecianos, tiroleses; aglomeración que ha producido un enorme movimiento de ideas y ha hecho de Milán la capital moral de Italia.

En primera línea de los socialistas militantes, se hallaba Carlos Cafiero, hijo de un riquísimo propietario de Berletta, de poco más de treinta años de edad. Había en él muchas analogías con Flourens: como el general de la Commune, Cafiero podía haber gozado de una vida de placeres o de estudio a su entera libertad, en medio de la burguesía más encopetada; como Flourens, era bravo hasta el heroísmo, confiado hasta la ingenuidad, amable, tierno, fino generoso, de una erudición profunda. El campesino como el obrero gustaban de escuchar al hombre simpático de barba blanca, con dulce sonrisa de Cristo, elocuente, persuasivo porque hablaba con su alma. Parecido a esos patricios de los primeros siglos que, seducidos por una moral superior, abrazaban el cristianismo después de haber distribuido sus bienes entre los pobres, el joven socialista había abandonado una situación considerable, y consagrado su fortuna, su talento y sus fuerzas a la propaganda del verbo nuevo. Amigo de Bakunin, ahondó y amplió las teorías de éste, proclamando como ideal, no el colectivismo, es decir, la repartición según las obras, sino el comunismo, es decir, el consumo libre de cada uno, tomado de una producción abundante. Y, lleno de su idea, ávido de pasarla al dominio de los hechos, creyendo que la miseria, cada día mayor el campesino napolitano, podía empujar a éste a la rebeldía, hizo una tentativa de loca bravura. Al frente de unos grupos poco numerosos, de los que formaban parte Malatesta y Cerccaselli, socialistas conocidos, entró en campaña el primero de Abril de 1877; apareció primero en San Lupo, luego en Benevento y San Gallo, quemando los archivos, expulsando a las autoridades y llamando al pueblo a una vida nueva. Pero una masa ignorante no se convierte con exabruptos a las teorías que les son desconocidas: el *cafone*, moderno ilota de las campiñas napolitanas, acostumbrado a asistir al brigante improvisado

enderezador de entuertos, permaneció sordo a las exhortaciones revolucionarias. Sorprendido en un cortijo de Latino, el 11 de Abril, por la tarde, después de una campaña de seis días, Cafiero fue detenido con sus amigos y condenado a prisión. Los marxistas franceses, fogosos revolucionarios de salón, creyeron de buen gusto burlarse de esos hombres que habían expuesto sus vidas. Julio Guesde, que jamás ha expuesto ni su libertad, los trató de «fugitivos». Después, Cafiero, amnistiado, se retiró a Suiza, tomó parte, en Octubre de 1880, en el Congreso de la Federación Jurásica, reunido en Chaux-de-Fonds, viajó por Inglaterra, continuando por todas partes prodigando actividad y dinero, engañado con frecuencia por su buen corazón: luego regresó bruscamente a Italia; su salud estaba resentida. La desesperación de ver definitivamente aplazada la realización de su ideal, y otros decían que un amor contrariado, oscureció su lucidez de espíritu. Cafiero, detenido en Milán, fue reconocido loco - tal vez no lo estuviera entonces aún- y fue trasladado a un asilo de alienados donde su enfermedad empeoró rápidamente. Habiéndose convertido en hombre completamente inofensivo para la monarquía italiana, fue puesto luego en libertad bajo la responsabilidad de su mujer y de sus amigos.

Un año después, un atrevido de Benevento, hombre desconocido y resuelto, el cocinero Passanante, intentaba herir al rey Humberto con un cuchillo. Detenido sobre el terreno, no se inmutó por eso, y exprimió sin énfasis su compasión un poco acerba hacia las masas serviles, su odio hacia la tiranía y declaró que no había querido matar, sino estigmatizar al soberano para hacerle ridículo ante sus adoradores. «Acto de un loco», declararon los burgueses intransigentes, acostumbrados a predicar la rebeldía a condición de no pasar de las palabras y retroceder siempre ante los hechos. Pero los médicos declararon que el procesado no era ni loco ni fanático: sencillamente un hombre convencido y honrado, dispuesto a dar la vida por sus ideas. El 6 de Marzo de 1879, compareció en Nápoles ante los jueces del rey a los que él negó competencia. Su defensa fue enérgica:

«Yo no he sufrido, dijo Passanante, ninguna ofensa personal ni por el rey ni por el gobierno actual. No siento odio hacia Humberto de Saboya, pero odio a todos los reyes, porque ellos impiden la realización de mi ideal, la República universal.

»La mayoría que se resigna con su suerte es culpable; la minoría debe recordarle su deber.

»Las formas políticas no conducen a nada.

»El antiguo gobierno está simbolizado por las tres F.: Festa, Farina, Forca (fiesta, harina, horca). El gobierno actual puede estarlo por tres P.: Parlate, Pagate, Piangenti (hablen, paguen, lloren)...

»... En mi tentativa, no he tenido cómplices y menos aun, mandatarios».

Passanante, condenado a muerte, fue, a pesar de sus protestas, perdonado por la clemencia real y mandado al presidio de Porto-Longone (isla de Elba) peor que la muerte. Tres años más tarde se juntó con Amílcar Cipriani, insurrecto de la Commune de París, que no fue amnistiado de Nueva Caledonia sino para entregarlo al gobierno italiano. Este, exhumando una antigua cuestión, una riña tenida en Egipto y en la que Cipriani, atacado, había matado a su agresor, acababa de condenar al revolucionario, no como rebelde, sino como asesino. Dishonrar al enemigo que no se ha podido matar es un proceder que emplean todos los partidos políticos, por el que consiguen engañar siempre a las multitudes, dispuesta a recoger toda calumnia por burda que sea, como palabras de su evangelio. Cipriani estuvo ocho años en el presidio, pero, durante este tiempo, el socialismo había hecho su camino. Las medidas rigurosas, tomadas al día siguiente del atentado de Passanante: detenciones, sometidos a vigilancia (ammonizione), residencia forzada (domicilio coatto), expulsión de extranjeros, procesos de la prensa, no habían hecho, como siempre, sino dar una publicidad y fuerza nueva a las ideas que pretendían



combatir. Milán, Mantua, Livorno, Génova, Ancona, se habían convertido en focos de propaganda socialista; en las Romagnias, un formidable movimiento de oposición hacía manifestaciones en favor de Cipriani; nueve veces consecutivas, el condenado fue elegido diputado en los colegios electorales de Rávena y de Forli. Por fin, el gobierno, temeroso de tan persistente tenacidad, pensando por otra parte en una reconciliación con los elementos irreconciliables en otras circunstancias, le indultó. Cipriani salió a los ocho años de su sepulcro. Passanante, tratado con horrible barbarie, deshecho de espíritu y de cuerpo, iba muriendo lentamente en un calabozo. En España tuvo Passanante sus imitaciones: el tonelero Moncasi y el pastelero Otero. Los dos fracasaron en sus tentativas contra Alfonso XII y fueron agarrotados después de atroces torturas.

A partir de esta época el movimiento revolucionario se traduce en España por actos terribles. En las provincias del Sur, sobre todo en Andalucía, incendios producidos por manos desconocidas devoran cosechas, cortijos, casas de recreo; los animales domésticos desaparecían o morían envenenados; ricos propietarios, odiados por su rapacidad eran muertos. Las iglesias, hasta en las grandes ciudades no estaban seguras; con frecuencia durante la misa, una detonación estrepitosa llenaba el templo, el altar mayor se venía abajo hecho añicos, mientras que el sacerdote muerto de miedo se persignaba instintivamente y los fieles fugitivos se estrujaban en las puertas... Las autoridades impotentes, la población conturbada murmuraba el nombre colectivo con el cual se ocultaba el misterioso ejecutor: «La Mano Negra».

¿Quiénes eran esos hombres? Anarquistas, declaraba el gobierno. Vulgares asesinos, contestaban los miembros de la Federación; nosotros estamos organizados legalmente (¡«legalmente, vaya una expresión!»), nuestros estatutos son conocidos, nosotros obramos en plena luz.

En esta querrela era el gobierno quien decía la verdad.

Nacida de las secciones adheridas a la Internacional, la Federación española, compuesta de agrupaciones obreras en vasta red, contaba, en Septiembre de 1882, cincuenta mil miembros anarquistas colectivistas. Estos más hábiles, más tenaces que sus compañeros de Francia, habían sabido penetrar en los sindicatos que son el alma misma de la masa obrera. Pero en contra su espíritu se había detenido en una organización hecha con demasiada anticipación. No habían sabido guardar un justo medio entre el entusiasmo irreflexionado por ideas abstractas y el tanteo de los sistemáticos, entre la autonomía mal entendida llegando hasta el aislamiento y la disciplina autoritaria: por muchas partes reproducían el posibilismo francés. Los atentados de la Mano Negra, produciéndose en medio de su desenvolvimiento, les produjo una irritación profunda. Vigilados estrechamente por las autoridades y temiendo persecuciones que hubieran producido una disolución, los miembros de la federación no quisieron admitir que los incriminados fueran exploradores de vanguardia, empezando por su cuenta y riesgo, esa guerra a la burguesía que se contentaban con señalar los escritores revolucionarios: por eso se dieron prisa en desautorizar el movimiento.

Mas aun, inconsecuentes con sus teorías llegaron a pedir algo al gobierno. Después de haber proclamado la inanidad de toda sección legal, incluyeron en el número de sus vindicaciones inmediatas, la reducción de la jornada legal de ocho horas, reivindicación formulada después por los partidos socialistas parlamentarios de todos los países, pero que no puede, en modo alguno, aliviar al obrero estando los salarios y el precio de los artículos de consumo, íntimamente ligados con el tiempo empleado en producirlos. Además, para hacer desaparecer al proletario rural, la Federación pedía que las grandes propiedades fueran fraccionadas y dadas en arriendo, reforma que no hubiera podido ser utilizada más que por un corto número de campesinos, no por todos, y que se aproximaba bastante más al reparto que al colectivismo. Esa falta de espíritu revolucionario, determinó una dislocación, dislocación que temían los timoratos y en previsión de la cual habían abandonado y repudiado la Mano Negra: gran

número de anarquistas colectivistas, se separaron de la Federación, mientras que los comunistas, aun poco numerosos, formaron grupos separados.

En Marzo de 1883, las detenciones por afiliados a la Mano Negra, se elevaba a más de dos mil. Un proceso monstruo empezaba dos meses después, en el cual el ministerio público pidió la pena de muerte contra treinta procesados.

El pasaje siguiente de una orden dada por el gobernador de una provincia de Andalucía, merece ser citado; él de una idea de la locura que reinaba en la esfera administrativa:

-----

«5º. En el caso de destrucciones o incendios que no puedan ser considerados como accidentes, serán considerados como presuntos autores, los individuos que se encuentren en las inmediaciones de los lugares devastados, y en defecto de éstos, los que compongan el consejo local de la llamada Asociación de los Trabajadores. Los detenidos serán puestos a disposición de las autoridades judiciales, a las que incumbe la tarea de instruir el proceso y esclarecer los hechos...»

El 6 de Julio de 1884, la *Revolte*, periódico anarquista de lengua francesa, decía:

«Siete de los nuestros han sido ejecutados por el gobierno vil, bajo la inculpación de afiliación a la Mano Negra. Nuestros amigos han muerto bravamente; varios han hablado a la multitud de sus ideas socialistas por las cuales morían. Ha sido necesario toda la fuerza pública disponible, para impedir a la multitud, ejecutar a los ejecutores. La hostilidad de la población era tan pronunciada, que el verdugo había presentado su dimisión, para no verse forzado a tomar parte en esa ejecución».

No son sólo los países latinos los que han producido esos revolucionarios de corazón ardiente, de espíritu frío que, abarcando de una mirada las causas y las consecuencias, han marchado, sin preocuparse de la opinión, indiferentes ante el peligro, a declarar la guerra al viejo mundo del privilegio.

Los anarquistas colgados en Chicago, el 11 de Noviembre de 1887, se mostraron de un heroísmo sencillo y grandioso. Durante una huelga fomentada en esta población por la asociación de los Caballeros del Trabajo, una bomba arrojada sobre los policías, que disparaban sobre la multitud pacífica, había dejado a siete de éstos fuera de combate. Las autoridades resolvieron hacer un castigo ejemplar.

Un proceso sin igual se incoó contra Augusto Spies, Miguel Schwab, Luis Lingg, Georges Engel, Adolfo Fischer, Oscar Neebe, Samiel Fielden y Alberto Parsons. Los seis primeros eran de origen alemán, el séptimo inglés, el último sólo era nativo de los Estados Unidos. Jamás norteamericana exhibió su corrupción con mayor impudor: todos los testigos fueron sobornados. En la instrucción se consignaba que la bomba había sido arrojada por un tal Schnaubel, el cual no fue ni siquiera buscado: se quería destruir al partido revolucionario, matando a sus escritores y oradores más militantes. «No existen pruebas, declaraba el procurador Hunt, para que ninguno de los acusados pueda ponerse en relación con el hecho de autos, pero han participado todos en una conspiración general para derribar el orden existente». Conspiración bien general, en efecto, puesto que subsiste al través de los siglos y cuenta como cómplices millones de pensadores y desgraciados, que persiguen el advenimiento de la justicia social. El procurador Grinnal, siniestra figura de inquisidor, declaraba encarecidamente: «Este proceso es la condenación o absolución de la ANARQUÍA; se incoa contra los principios de la anarquía, porque esos principios son la base de la conspiración: la anarquía debe ser condenada».

Y lo fue, en efecto. Después de una admirable defensa en la que se mostraron sucesivamente profundos entusiastas, sencillos y enérgicos, fueron condenados sin piedad: quince años de

reclusión para Neebe; para los demás pena de muerte. Más tarde, a Schwab y Fielden se les conmutó la pena capital por la de trabajos forzados a perpetuidad.

Al llegar aquí sobreviene un accidente idílico que hace pensar en una rosa que se abre pura junto al ataúd. Una joven hermosa, con el nombre gracioso de Nina, perteneciendo a la noble familia de Van Zandt, se enamoró entusiastamente de Spies, que había humillado a sus jueces con sus palabras de mártir. Intrépidamente le pidió relaciones de casamiento: los verdugos aterrados ante esa enormidad, que demostraba, como la causa de los condenados había conmovido hasta a las clases directoras, se negaron a celebrar la ceremonia. Spies, que esperaba la muerte, su otra prometida celosa, tuvo que otorgar poderes a su hermano para contraer el casamiento.

Quince meses de agonía transcurrieron entre la vista, causa y la ejecución. La ciudad entera, maleada al principio por miles de agentes secretos, se había convertido en favor de los condenados. Las solicitudes del perdón, lo mismo que las amenazas llovían de todas las partes del mundo: nadie podía creer que la ejecución tuviera lugar. Pero no, todo estaba decidido; sólo Lingg, el más ardiente de todos, no quiso dar a sus enemigos el gusto de que le vieron colgado en el patíbulo. Se procuró un cartucho lleno de fulminante, se lo introdujo en la boca y con esa sublime energía de los hombres indómitos lo aplastó con sus dientes violentamente, cayendo muerto en el acto; los guardianes que acudieron al oír la terrible detonación, lo encontraron tendido en tierra nadando en su propia sangre, con la cabeza horriblemente deshecha. Los otros marcharon firmes y serenos hacia el suplicio entonando la *Marsellesa*, como los primeros cristianos bajaban al circo repitiendo sus cánticos. Spies gritó: «Salud, tiempos en que nuestro silencio será más poderoso que nuestra palabra hoy ahogada!» «¡Viva la ANARQUÍA!», gritaron Engel y Fischer. Parsons empezó un discurso: «Hombres y mujeres de América...», el verdugo le interrumpió... Algunos minutos después, cuatro grandes corazones habían dejado de latir.<sup>33</sup> Todas las fuerzas militares y policíacas habían sido puestas en pie; el pueblo consternado no se atrevió a protestar. Pero la impresión fue inmensa, no sólo en América, donde esos campeones del proletariado fueron comparados al defensor de los negros, John Brown, colgado como ellos, sino en el mundo entero. Los revolucionarios latinos principalmente, consideraron a Spies y a sus compañeros como los mártires de una nueva fase, y el 11 de Noviembre vino a ser la fecha anarquista por excelencia. Entusiasmo peligroso, por admirables que hayan sido los condenados, porque demuestran el sentimiento de una religiosidad inveterada y la necesidad de divinizaciones y apoteosis que no han sabido vencer aún los espíritus más emancipados. ¡Qué extrañeza produce ver a los iconoclastas elevar nuevos altares al lado de los altares derribados!

Parsons, entusiasta erudito, ha dejado una obra traducida a varios idiomas, titulada: *La Anarquía, su filosofía y sus bases científicas*. Su compañera, fiel a las convicciones del muerto, que ella compartía, prosigue con tanta valentía como talento, la obra de propaganda.

En los pueblos oprimidos, bajo un yugo de hierro, es sobre todo, donde se incuba la rebeldía, rebeldía que no se manifiesta sólo en gritos, canciones y sátiras, sino que concentrándose indefinidamente, determina a la larga explosiones temibles.

El emperador que se había ceñido la corona de Federico Barbarroja, y al que la Europa entera contemplaba con terror, ha visto levantarse contra su pecho las armas del hojalatero Hoedel y del doctor Nobiling. El primero erró el golpe y sobre el cadalso saluda a la revolución

---

<sup>33</sup> En 1893, tres años después de escrito este libro por el amigo Malato, fueron puestos en libertad Fielden, Neebe y Schwab, por el gobernador del estado de Illinois John P. Altgeld, después de revisado el proceso. El documento oficial, publicado por el predicho gobernador, prueba con abundancia de hechos, que todo fue fríamente premeditado, sobornados testigos y jurados. Este documento ha sido traducido y publicado en castellano por la biblioteca del «Ideal», y ha circulado profusamente por España y América; nosotros mismos tenemos un ejemplar a la vista. (N. del T.)

vengadora. El segundo tuvo la mano más segura y con su fusil cargado con perdigón grueso, puso como una criba la cara del soberano; sin embargo curó, y Nobiling, detenido, se abrió las venas por dos veces dentro de su calabozo: como Babeuf y Darthé, es llevado sin vida hasta el cadalso. Se pasan seis años; la ley promulgada contra los socialistas asegura el orden; el Kaiser es temido, venerado, adulado; ¿quién se atreverá a atentar contra su vida? El recuerdo de Hoedel y Nobiling está bien lejos, y de repente, ante el alto tribunal de Leipzig, se presenta un proceso monstruoso. Ocho obreros comparecen acusados de haber intentado en Niederwald, hacer saltar, al mismo tiempo que la estatua de Germania, al emperador, los príncipes confederados, los ministros, los generales: conjuración de las más atrevidas que fracasó por una multitud de circunstancias y que luego, delatado por un compañero traidor, costó la vida a Reinsdorf, alma de la empresa, el que fue ejecutado juntamente con su compañero Kúchler; su grito supremo fue: «¡Abajo la barbarie!» «¡Viva la ANARQUÍA!» Tres más de los detenidos fueron absueltos, los restantes condenados a presidio. Pocos días después del veredicto (13 de Enero de 1885) el consejero de la policía Rumpf, que había desempeñado un importante papel en el proceso y en otros muchos, cada ejecutado a su vez por el puñal del anarquista Lieske. Este, condenado -qué sarcasmo- a muerte, a ocho años de presidio y a diez de vigilancia, sufrió la muerte de Reinsdorf.

Más que ninguna otra, la juventud rusa, instruida y tanto más ávida de libertad cuanto mayor es la opresión en que vive, protesta por la fuerza contra el despotismo y el privilegio. Se necesitarían volúmenes enteros para contener el nombre solamente de las innumerables víctimas colgadas de una percha, muertas por *knout* y desfilando en interminables convoyes hacia las nieves de la Siberia. Tchernichewsky, culpable de haber dado a los campesinos el grito de guerra «¡Tierra y libertad!» y de haber hecho la crítica del orden social en una novela titulada: «¿Qué hacer?» libro de difícil lectura para los latinos, pero lleno de pensamientos profundos, ha vivido treinta años sepultado en esas estepas. Bakunin, detenido y deportado después de 1849, supo captarse las simpatías de sus enemigos y evadirse para empezar de nuevo la propaganda por Europa.

En un país como Rusia donde la vida pública no existe, salvo en la pequeña comunidad rural, en el *mir*, donde toda voz independiente es reducida al silencio, donde la prensa es amordazada, la oposición ha de hacerse en el misterio y ha de ser forzosamente implacable. La conspiración, que es en Francia un anacronismo, es de actualidad en un país que no ha atravesado las mismas fases. Por eso todos los que se sienten dispuestos a recriminar a los nihilistas sus procedimientos de guerra deben antes meditar sobre este hecho: en el espacio de nueve meses, el general Seliverstoff, (que hace poco fue muerto de un tiro en París por Padlewsky), jefe de la policía, hizo deportar *administrativamente y al azar*, más de veinte mil personas.

El atentado de Vera Zassoulitch, hija de un alto funcionario, contra el general Trepoff, ha sido célebre. Esta joven nihilista, de veinticinco años de edad, supo un día que el general, jefe de esa tercera sección tan execrada donde se concentran todos los poderes de la policía, había torturado, por un fútil pretexto, a un detenido político. La indignación fue grande en los círculos liberales, y Vera resolvió vengar a la víctima, que ella ni siquiera conocía: el 27 de Junio de 1877, se dirige hacia las oficinas de la tercera sección, solicita ver al general para someterle una petición; después de larga antesala es introducida y aproximándose al general le dispara un tiro a quema ropa que tiene a Trepoff durante tres meses entre la vida y la muerte. Al año siguiente, la heroína comparecía delante del jurado, llamada por la primera y última vez a dictaminar sobre un crimen político: su proceso fue un triunfo; fue absuelta por unanimidad. A la salida de la Audiencia la policía quiso detenerla: una orden del gobierno condenaba a la brava revolucionaria a ser deportada a la Siberia. Pero Vera, defendida por la muchedumbre, pudo escaparse y llegar hasta Suiza, refugio ordinario de los nihilistas.

El zar Alejandro II, fue objeto de cinco atentados. El último, que triunfó, tuvo lugar el 13 de Marzo de 1881. El autócrata volvía de pasar una revista; su carruaje avanzaba, escoltado por la caballería cosaca, en medio de los hurras de la muchedumbre. Cascos, gorras y sombreros ondulaban bajo el cielo gris. Los sombreros se alzaban al aire, los pañuelos se agitaban al paso del «padre», del dios de esa multitud fanatizada. De distancia en distancia, policías sabiamente distribuidos, atravesaban esa multitud humana. La completa seguridad reinaba a los espíritus. Dos vías conducían desde el lugar de la revista al palacio, el Kleinegarten-strasse y la avenida que sigue a lo largo del canal Catalina y las dos estaban ocupadas por los conspiradores.

El carruaje imperial se dirigió por el muelle del canal. De repente una joven, Sofía Perowskaïa, dio la señal: una bomba hendiendo el aire, vino a estallar junto a Alejandro y a matar un cosaco de la escolta. Un grito inmenso partió de la muchedumbre: «Gracias sean dadas a Dios, estoy ileso» dijo el zar apeándose pálido como la muerte. Pero en este momento otro conjurado, Elnikoff, le contestó fríamente: «Has dado gracias a Dios demasiado pronto» y lanzó un segundo proyectil cuyo efecto fue como el de un rayo. Elnikoff y el emperador cayeron; el primero muerto, el segundo horriblemente mutilado. Algunas horas después Rusia había cambiado de tirano.

Ryssakoff, Kibaltschick, Michaïleff, Scheliabaff, Sofía Perowskaïa y otra mujer, Jessa Helfmann, fueron detenidos, condenados a muerte y colgados, excepción hecha de esta última. Esta nihilista estaba en cinta; las torturas que sus verdugos le infligieron conmovieron la prensa europea y el implacable zar tuvo que capitular ante la opinión: Jessa Helfmann fue indultada de la pena capital. ¡Clemencia de soberano! La fortaleza de San Pedro y San Pablo la conservó hasta la muerte: testigos dignos de crédito, permiten creer que esta buena mujer fue envenenada del 1 al 13 de Febrero de 1882.

El proceso y la ejecución de los regicidas tuvieron una inmensa resonancia. El mundo civilizado supo, en contra de las leyendas de los periódicos oficiosos, por qué los hombres resueltos daban su vida. Ese absolutismo, digno de los déspotas asiáticos, que pesa sobre cien millones de seres humanos y que amenaza la Europa entera, apareció tal cual era y el pensador pudo decirse consolándose que, contra la inflexible energía de los revolucionarios eslavos, el regreso a la Edad Media no prevalecerá.

## **CAPÍTULO XIV**

### **EL MISTICISMO**

Cuando más ignorante es el hombre más dispuesto está a creer. Todo le extraña o le conmueve; detrás de cada fenómeno natural, entrevé un actor poderoso y, lo mismo que el perro ante su amo, se arrodilla ante ese «alguien» más fuerte que él. De este sentimiento proviene toda religión; la tierra tiembla, el trueno ruge, la tempestad produce estruendo: el hombre primitivo se prosterna humillado. En nuestros días cuando la electricidad es elemento conocido y dominado, ¡cuántas mujeres se persignan aún ante la fulguración de un relámpago!

La ciencia positiva ha desalojado poco a poco a las supersticiones de trincheras que parecían inexpugnables: ya no se quema a los que piensan. Pero no hay que olvidar las regresiones ofensivas del misticismo que, vencido por una parte, intenta reaparecer por otra: después de la religión de la Iglesia, la religión del Estado, el culto de la bandera, que es un símbolo, y el de la patria que es una abstracción representando a lo sumo la propiedad y privilegios de las clases

directoras. El respeto al sacerdote ha engendrado el respeto al guardia civil; el ignorante cree en la ley, que no conoce ni comprende, como sus antecesores creían en el misterio de la Santísima Trinidad.

Esclavos del atavismo y de las comprensiones sociales, las multitudes no llegan sino muy lentamente a la concepción exacta del materialismo. El materialismo, para muchos inconscientes, es la orgía permanente; no comprenden que cuanto más el hombre abandona el *más allá*, más inclinado debe sentirse a acomodarse en el mundo real embelleciéndolo, haciéndolo confortable, idealizarlo si cabe.

Las creencias nuevas han triunfado siempre por el fanatismo de sus adeptos, y ello tiene su explicación para hacer frente a los prejuicios seculares, a la mentalidad ambiente, se necesita una convicción exaltada en grado máximo. Sócrates y Platón fundaron escuela; no pudieron sin embargo derribar el politeísmo, porque sólo invocaban la razón. Pero he ahí que en un rincón de Asia, en un pueblo esclavo, descontento, inquieto, unos hombres anuncian una religión nueva, apoyándola con milagros: resucitan muertos, curan los enfermos y tal es el entusiasmo que se producen sucesos desconocidos, de los que apenas empieza a explicar la ciencia de nuestros días. La multitud fermenta, por así decirlo; infinidad de apóstoles predicán la buena nueva por todo el mundo, el heroísmo de los mártires multiplica los adeptos: la locura de la cruz vence al fin a los antiguos dioses.

Por el fanatismo es aún como el Islam, conmoviendo al mundo oriental, somete a su yugo a los pueblos refractarios a la idea cristiana.

En las sublevaciones populares de la Edad Media, como en el terrible sacudimiento que se llama Revolución francesa, el entusiasmo dominó todo razonamiento. Los soldados de la Convención vencieron porque eran fanáticos combatiendo contra adversarios que no estaban ya fanatizados.

La religiosidad, aunque disminuida, está lejos de desaparecer. El librepensador, llevando lo más posible la contraria al dogma que combate, no se da cuenta que crea otros igualmente absurdos. Después de haber tenido la obligación de no comer carne en día de vigilia, vendrá la obligación de hartarse de lo prohibido por la Iglesia, si no quiere uno sentirse tratado de jesuita.

«Se ha insultado a la bandera» dicen los periodistas subvencionados cuando el gobierno, teniendo la vista codiciosa en una tierra lejana, tiene necesidad de preparar una expedición; e inmediatamente, los ingenuos, que ya no creen en el cura, pero creen sin embargo a los farsantes de la política, repiten indignándose: «Se ha faltado a la bandera».

Pare ellos, ese pedazo de percalina de colores, que se les dice haber sido insultada representa al «país»; pero ¿qué país? ¿el de los legisladores que consumen o el de los contribuyentes que pagan? ¿el de Rothschild o de Juan Sintierra? Ellos no saben eso, ni siquiera se lo preguntan.

El cerebro humano ha estado tan comprimido durante siglos por la función mecánica de *crear*, que hasta los más acostumbrados a razonar entre los modernos revolucionarios llegan a veces a perder de vista el sentido de lo real para hundirse en la visión paradisiaca de la sociedad futura como el budista en el *nirvana*. Y, en efecto, a veces parecen venir de ese misterioso Oriente, cuna de las religiones, efluvios místicos peligrosos para el porvenir. En la *santa* Rusia, los elementos eslavos y asiáticos estaban en lucha: el primero libertario, el segundo teocrático y bárbaro. El mismo budismo, filosofía materialista en su origen, pero bien pronto desfigurado por las supersticiones populares, amenaza infiltrarse en Europa y suplantar a su hermano segundo el cristianismo. Las neurosis, tan numerosas en esta época de decadencia, que se inclinan hacia Schopenhauer sin comprenderlo, abren el camino a la doctrina cakyamouni que llega a contar en el mismo París miles de adeptos.

Otra religión nacida ayer, el espiritismo, cuenta ya con millones de adheridos, sobre todo en América. Aunque de tendencias más amplias que el cristianismo, no deja por eso de constituir un peligro, pues descansa sobre una base absolutamente maravillosa, y seduce a las imaginaciones ardientes, a los espíritus mal equilibrados; algunos hombres de talento lo han abrazado; exaltando ciertas facultades en detrimento de otras, suele confinar en locura.

El poder cerebral está llamado evidentemente a desempeñar un papel cada día más considerable en los actos de la vida social. La ciencia psicológica ha de crearse todavía. Augusto Comte establecía que todos nuestros conocimientos pasaban por tres fases: la religiosa, la metafísica y la positiva; la psicológica está apenas en la segunda. Una multitud de hechos, que no podemos negar, son calificados como maravillas por los espíritus sencillos, porque son mal conocidos y no se procura descubrir sus leyes; algunos temiendo abrir la puerta a la superstición, se contentan con descartar esos hechos con una negación brutal. Pero negar no es contestar y si es conveniente levantar los hombros desdeñosamente ante los espectáculos de feria, no hay más remedio que tener bien en cuenta las experiencias de Charcot. Dada la íntima correlación entre todos los fenómenos de la naturaleza, no es inadmisibles que los seres más refinados, los más sensitivos sientan impresiones imperceptibles para los temperamentos groseros. ¿Quién de nosotros no ha sido testigo de extrañas intuiciones, de presentimientos realizados, de sugerencias? ¿La influencia de un orador sobre su auditorio no es un fenómeno de sugestión colectiva?

Entre dos cerebros de fuerza desigual se establece una corriente análoga a la que pone en relación dos aparatos telegráficos: lo mismo que un cuerpo caliente transmite su calor y un cuerpo luminoso su luz, de igual modo el órgano del pensamiento transmite sus vibraciones y cuando un magnetizador coge la mano del sujeto, la mano sirve sencillamente de hilo conductor.

Apoyándose sobre fenómenos de este género, incomprendidos, no estudiados, con frecuencia mal observados, que no tienen nada que no sea bien natural y cuyas leyes serán un día fórmulas matemáticas, Allan Kardec y otros después, han elaborado la religión espiritista. Superior al cristianismo en su parte moral porque tiene en cuenta las tendencias modernas, rechazando los restos ya en desuso, no por eso deja de ser peligrosa la nueva religión. Exaltando la imaginación del creyente, llegando a la conclusión sin haber analizado, conduce fácilmente a la extravagancia. El fondo de su teoría es éste: el hombre es un ser doble, compuesto de un espíritu inmaterial y de un cuerpo; después de la muerte el espíritu subsiste y va a animar a otros individuos (antiguísima doctrina de la transmigración tomada por Pitágoras o los filósofos indos) pero, en los intervalos de esta reencarnación, se manifiesta a los vivos bien poniendo en movimiento los cuerpos inertes o bien apareciendo bajo una envoltura fluidica denominada peri-espíritu que reproduce de un modo vago las formas del cuerpo difunto. ¿Qué es esa envoltura, que reproduce el mediador plástico del filósofo Cudworth, y que Kardec pretende representarnos como menos material que la materia y menos espiritual que el espíritu, algo así como intermedio, sin parar mientes en el absurdo de tal concepción? En el fondo es la antigua creencia politeísta la que reaparece con los manes.

Muchos espiritistas, aunque sintiendo la inanidad de las leyendas católicas, se han acogido a esta religión, más tolerante, ciertamente, que las que la han precedido pero que, dado en antagonismo entre la ciencia y lo sobrenatural, es peligrosa hasta en razón directa de sus apariencias liberales. Otros le han abierto paso por amor a lo maravilloso o por sentimentalismo, felices de poderse comunicar con sus amados seres desaparecidos; muchos han perdido el juicio viendo rodar los veladores.

Al lado de los charlatanes explotando la credulidad pública, personas signas de fe han observado extraños hechos desde el primer instante. Sería pueril negar la posibilidad de que la fuerza nerviosa se pueda transformar en fuerza mecánica obrando sobre los cuerpos

inanimados. ¿La electricidad no se transforma en movimiento, en calor y en luz? El salvaje que por primera vez oyera hablar un fonógrafo ¿no creería encontrarse ante un fenómeno de orden sobrenatural? Que una docena de personas sentadas alrededor de una mesa redonda formando una cadena con sus manos abiertas, extendidas sobre la superficie plana, sientan establecerse una corriente y, desprendiéndose como siempre por las yemas de los dedos, se comuniquen al mueble de modo que le haga oscilar, ¿qué hay en ello de más milagroso que la transmisión de las palabras humanas reproducidas por una placa vibrante al través del tiempo y del espacio? El hecho de que los movimientos observados varíen según la forma, la substancia de la mesa y que sean directamente proporcionadas al número de experimentadores y a la tensión nerviosa de cada uno, indica una causa bien material, lo mismo que los fenómenos que parecen determinados por un agente exterior consciente, pueden ser atribuidos a una especie de acción refleja del cerebro.

Existe en todo eso un vasto mundo de hechos del que algún día se tendrá la clave. Pero mientras tanto es cuerdo ponerse en guardia contra el regreso ofensivo hacia la superstición; hay que contar también con el ingreso en la civilización de nuevas razas que, de paso que se impregnan de nuestras ideas positivas, transmiten un vigor pasajero a las tendencias metafísicas: los extremos se compenetran para llegar poco a poco a una homogeneidad. Mientras la evolución intelectual de las masas no se haya realizado, los campeones del espiritismo podrán oponer un mundo visible al mundo real buscarán dominar por el terror o el amor a lo maravilloso; las antiguas creencias, antes enemigas, podrán aproximarse, fusionarse, procurar remozarse en una inmensa tesis religiosa. Pero la esencia de toda religión, por liberal que parezca, es la revelación, el dogma absoluto, la supeditación a una ley social fija, y la ley de la humanidad, arrastrada por el movimiento universal de las cosas es la mutación, el progreso indefinido. Y entre dos tendencias tan opuestas no hay reconciliación posible.

Las rancias religiones, en su agonía, olvidan, siempre tarde, sus antiguas intransigencias y buscan su salvación en una transformación salutaria. El emperador Juliano se esforzó por armonizar la cosmogonía pagana expirante con la doctrina apostólica: tentativa infructuosa. El cristianismo fue implacable con sus perseguidores de la víspera, arrojó a los dioses de sus altares, privó de sus víveres a los sacerdotes paganos y contestó con una negativa brutal a las lamentaciones de Simmaque, suplicando que se respetara el templo de la victoria, símbolo de la fortuna romana. Después de quince siglos y medio de dominio absoluto, el cristianismo muere a su vez: la ciencia le manda al cielo, la libertad lo suprime en la tierra. Mientras que los intransigentes aferrados a sus viejos dogmas, sabiendo, por otra parte, que una concesión arranca otra, repiten la expresión de Ricci: «*Sint ut sunt aut non sint*» (que sean como son y si no que no sean), los políticos, presintiendo la tormenta se preparan para modificarla o sofisticarla. Los mismos que habían sido perseguidos la víspera por razón de su brava independencia, serán sin duda los conjurados para tomar en sus manos el gobierno de la Iglesia, pero ya el antiguo buque desamparado *hace* agua por todas partes, y los nuevos Nécker no podrán hacer otra cosa que asistir al naufragio, bien lejos del puerto al que pensaban llegar.

## **CAPÍTULO XV**

### **HOY Y MAÑANA. HIPÓTESIS**

El presente está preñado de tempestades: el mundo entero va hacia una próxima disolución.



Si la inmensa aglomeración de hombres que forman el imperio chino ha podido, cerrando sus puertas y amurallando sus fronteras, si no detener, al menos disminuir la invasión de las ideas extranjeras, los demás pueblos, entrados en el gran torbellino moderno, sienten los primeros síntomas de una crisis social sin precedentes.

El industrialismo ha conquistado toda la América: sus soledades se pueblan, sus selvas vírgenes se arrasan, las ciudades surgen como por encanto y se convierten en rivales de las capitales europeas que han empleado siglos en crearse. Al mismo tiempo que el bisonte, el puma y los aborígenes desaparecen. El irlandés, el alemán, el francés, el suizo, el italiano, se funden en una sola raza blanca: es que el proletariado invade, con la civilización todas esas comarcas. La vieja Europa arroja su exceso de miserables; éstos, en busca de pan y de hogar, pasean desde el Canadá a las Pampas sus andrajos y sus ideas, sus rencores, sus odios como sus esperanzas. Bien pronto el continente americano contará por millones sus revolucionarios. Chicago, la ciudad de las máquinas gigantescas, Chicago, tantas veces incendiado y siempre reconstruido, ha venido a ser un foco de ideas anarquistas; entre el contingente que puebla sus fábricas y talleres, se recuerdan a diario los nombres de Spies, Parsons, Engels, Fischer, Lingg, muertos como mártires de la emancipación de los desheredados. New-York, San Luis, Boston, Filadelfia, son centros donde se forman focos de socialistas de todas las tendencias y, bajo la presión de las circunstancias, lógico es suponer que la fracción más radical irá a la cabeza del movimiento. Es en vano que la asociación de los *Knights of labour* (Caballeros del Trabajo), que abarca todos los Estados Unidos, manejada por el gran jefe Powderly, se esfuerce para realizar el acuerdo entre el capital y el trabajo; es en vano que los discípulos de Enrique Georges, antes fogoso, hoy moderado, afirmen que un solo voto legislativo, nacionalizando el suelo, resolverá la crisis económica. Cuanto más vamos más se acentúan los antagonismos sociales. Mientras que Jay Gould reina con sus mil cuatrocientos millones, Mackay, con sus mil trescientos, Vanderbilt con sus seiscientos cincuenta, las huelgas violentas se multiplican: las de Pittsburg han sido un preludio que debiera preocupar a los acaparadores de millones.

En la América del Sur, las cosas siguen una marcha paralela. Los emigrantes que invaden Montevideo, Rosario, Santa Fe, Buenos Aires, etc., llevan consigo gérmenes de ideas socialistas o anarquistas. Una inmensa síntesis se precisa. La revolución económica en esas regiones, será bastante más terrible que las luchas anteriores por la independencia política y por la emancipación de los negros. Al lado de los obreros de las fábricas, futuros batallones del ejército proletario, multitudes nómadas, cazadores de las praderas, buscadores de pieles rojas acostumbrados a la vida independiente y a las escenas violentas, serán terribles auxiliares.

Además de los que se agitan en el seno de las masas, comunicándole su impulsión propia, las comunidades, esparcidas por el inmenso continente viven de una existencia particular. Muchas se encuentran en plena prosperidad: si la colonia icariana fundada por Cabet en Nanwoo (Illinois) no ha tenido más éxito que la fundada por Owen en New-Harmony, en cambio, el establecimiento de los *perfeccionistas* en Oneida, la explotación agrícola de Diamanti (Paraguay), creada por tres mil rusos, y muchas otras, atestiguan los prodigios que puede realizar la asociación cuando el capital verdaderamente productivo no le hace defecto. Esas colonias aun siendo imperfectas -el individuo es, en general demasiado absorbido por la colectividad y el espíritu místico domina-, tienen, no obstante, el mérito de demostrar que las ideas comunistas son susceptibles de realización práctica: sirven de ejemplo, de esbozo, dejando a las grandes ciudades industriales, que roen un proletariado desesperado, el papel de focos revolucionarios.

Australia, nacida ayer, marcha por el mismo camino que América. En sus grandes ciudades, sobre todo en Melbourne, grupos y periódicos anarquistas, arrojan a las masas ideas nuevas. El proletariado irlandés, alemán, italiano que ha invadido el litoral, ha dejado ya sentir su influencia en las huelgas gigantescas que, ya varias veces, han hecho capitular a los patronos. La generación actual, ocupada en la agricultura, es australiana, no inglesa; la proclamación de una

república independiente y federal, tomando como modelo la de los Estados Unidos, con una orientación socialista, no es más que cuestión de años, y en un porvenir no lejano, la Oceanía entera, entrada en el orbe de los Estados Australianos, habrá roto sus ligaduras con las metrópolis de Europa. En vano la Inglaterra capitalista, que no puede vivir sin mercados exteriores, previendo la tormenta que le quitará uno a uno todos los diamantes de su corona colonial: Australia, India, Canadá, se esfuerza por crear en África un inmenso imperio; pero con este sucederá como con los otros. Toda colonia llegada al desenvolvimiento de la metrópoli rompe los lazos que a ella ataban para vivir de su propia existencia: es una gran ley natural que nada puede modificarla. Por eso los hombres del Estado de Inglaterra acarician la idea de una federación pan-británica, reuniendo aglomeraciones de lengua y de raza, idea que el porvenir realizará seguramente, porque los pueblos, habiendo pasado la etapa del nacionalismo, llegan ya hoy a la unión de raza; pero esta asociación que resultará del libre desenvolvimiento de las masas, llamadas a agregarse aún contra la voluntad de los legisladores, no podrá efectuarse sino cuando la revolución social, haciendo desaparecer los restos del mundo viejo, habrá destruido los gérmenes de antagonismos nacionales, nivelando las clases e identificando los intereses de todos. La Inglaterra, atacada en Oriente por Rusia, roída en sí misma por el pauperismo, amenazada en todas partes por los fenianos irlandeses -los de América han enviado en menos de tres años un millón de dólares a sus hermanos de Europa- está abocada a una revolución que conmoverá al mundo entero como herido por un rayo.

El inglés no consume su entusiasmo anticipadamente; por eso será más terrible cuando el momento psicológico haya llegado. Es preciso haber recorrido Londres en sus inextricables reconditeces, haber recorrido las miserables callejuelas de Haymarket y las indescriptibles buhardillas del Strand para poderse formar una idea de la inmensa cantidad de miseria que se amontona en esa ciudad, la más rica del mundo. Hay que distinguir el obrero clasificado, trabajando un poco menos que en los demás países y ganando un poco más, de los desesperados que caen de la cárcel al *workhouse* y de aquí a la calle, contratándose con falsos nombres que ocultan su *baldón*, para suplir a los obreros por un salario de un schelling por día. Es éste el verdadero proletario que, con estúpida resignación, alimentada por el alcohol, no queda en su corazón ni un germen de rebeldía. De aquí las dos tendencias bien marcadas. Más moderados aún que los posibilistas franceses, los trabajadores afiliados a las *Trades Unions*, asociaciones poderosas, no se privan de despreciar a los desgraciados del *mob*, ejército irregular de la miseria. Así se afirma el cuarto Estado tan exclusivista como el tercero. Si lucha contra la burguesía, es sin comprometerse, y huelgas gigantescas como la de empleados de los *docks*, de los mineros, de reivindicaciones hasta de la policía han probado que esta asociación disponía de una potencia real; pero el empuje revolucionario le hace falta, el espíritu inveterado de orden y legalidad le impiden el aprovecharse de esas situaciones. En 1888 doscientos mil obreros se agitaron en Londres; las comunicaciones y transportes se paralizaron: sin ejército, con una policía vacilante, los revolucionarios eran libres para obrar, pero no aparecieron por parte alguna.

Y eso, no por miedo: el inglés es bravo; pero en su amor desmedido por lo metódico, no comprende que en un momento dado, la situación pueda ser cambiada. El golpe final que determinará la caída de la oligarquía capitalista, no vendrá seguramente de los trabajadores regimentados -los cuales substituyendo inmediatamente con su organización al organismo destruido, no servirán sino para aprovecharse de la victoria y recoger sus frutos- sino de esa multitud desclasificada, tan despreciada en todas partes, terrible para sí misma, porque siente y no razona. Refugiados internacionales, andrajosos, irlandeses, mendigos, ladrones, prostituidos, gentes que llevan en el corazón el odio acerbo de la sociedad, se precipitaron como un torrente: el burgués barrigudo de la Cité y el noble lord de Regents-Street, temblarán delante de esos miserables.

La Inglaterra capitalista morirá así. Después de haber devorado millones de seres, sembrando la más negra miseria en Irlanda, domesticada la India, envenenado con el opio de China,

destruido los aborígenes oceánicos, envuelto a África a la que rodea con inmensa red, encarnado, en una palabra, la suprema potencia del oro y transformado el mundo modernizándolo, reventará ante sus tesoros, como herida por terrible puñalada, ante sus tesoros inmensos, y su recia armazón será arrastrada por la formidable tormenta revolucionaria.

Rusia, rival de Inglaterra, es de todas las naciones europeas, donde el orden social se modifica más lentamente. La población rural, bastante más numerosa que el resto del contingente total de habitantes, vive en completa ignorancia; mística, supersticiosa, educada en la adoración al zar, «el padre», será quizá, por algún tiempo un obstáculo a la revolución; contra la juventud de las ciudades, inteligente y liberal, el autócrata amenazado podrá recurrir a millones de inconscientes. El movimiento nihilista, más político que social, no ha penetrado aún en esos hijos del terruño; curvados ante el vergajo del mayordomo, esquilados hoy por el usurero judío, viven todavía como en plena Edad Media. Los mujicks, antes de infundir a las viejas razas de Europa su sangre nueva y sus costumbres comunistas podrán ser, al principio de la tormenta, los fanáticos soldados de la reacción. Y aún cuando el progreso, contra el que nadie resiste, haya derribado los obstáculos que le opone la tiranía, el misticismo eslavo, será por mucho tiempo una amenaza. Es posible que el materialismo, mal comprendido por masas inconscientes, y considerado solamente como la invitación a una orgía grosera, conduzca en un principio a excesos que herirán a los temperamentos delicados cayendo éstos en un idealismo extremado. «El siglo XX será místico» ha dicho un escrito simbolista. ¡Pueda no cumplirse esa predicción!

El papel que Rusia representa en sus relaciones con Asia, conteniendo a los bárbaros de raza amarilla impidiéndoles esparcirse por Europa, Alemania lo desempeña con relación a Rusia. Ella es la barrera sin la cual las mesnadas del zar nos invadirían, retro trayéndonos a varios siglos atrás; esta afluencia de una raza nueva que será más tarde la salvación, hubiera sido mortal ayer y lo sería hoy.<sup>34</sup> Es cierto que las naciones occidentales, trabajando desde largo tiempo en la escena del mundo, ligadas al pasado por un conjunto de viejas tradiciones y costumbres, no tienen el vigor necesario para guiar a la humanidad en sus nuevos destinos: este papel le está reservado a un pueblo joven. El siglo XX será de los eslavos, pero mientras sean los objetos de un papa emperador, omnipotente al igual de los déspotas asiáticos, los partidarios de la libertad, a pesar de las simpatías y afinidades de raza, mirarán con desconfianza por el lado de Oriente.

Alemania está minada por la revolución: «El noventa y tres no será sino un idilio», decía Enrique Heine pensando en el porvenir. Más que en parte alguna, la clase obrera aspira a su emancipación; por su parte, la burguesía liberal soporta sin paciencia el yugo de la aristocracia militar. Esas dos tendencias de oposición se unen en el partido *social demócrata*, que, disciplinado y conducido por Liebknecht, Bebel y Vollmar, ha renegado de su antiguo revolucionarismo para caer en una oposición simplemente parlamentaria, repitiéndose la vieja historia de los obispos cristianos aliándose a los Césares, perseguidores la víspera. El emperador actual, el hombre de voluntad, ha creído oportuno jugar a lo Constantino para terminar con una oposición molesta y tener libre acción en caso de una conflagración europea: las medidas rigurosas contra los socialistas que caen en desuso, se estudian reformas obreras, hasta una conferencia internacional ha sido convocada en Berlín para establecer una legislación sobre el trabajo; es verdad que el secreto en que han sido tenidas las deliberaciones, autoriza la creencia de que se ha tratado menos de mejorar la suerte de los trabajadores, que de amordazar al proletariado. La masa alemana vale más que sus jefes, y el mismo Liebknecht, dispuesto para llegar a ser ministro de un *imperio socialista*, será quizás arrollado por la ola

---

<sup>34</sup> Los acontecimientos recientes de la guerra ruso-japonesa; la revolución en el interior de Rusia, de que son preludio las convulsiones actuales; el formidable despertar de los aldeanos de todo el imperio y el buen sentido comunista y revolucionario del heroico pueblo ruso, modifican notablemente los vaticinios y opiniones del amigo Malato, en lo que a Asia y Europa se refiere por parte de Rusia. (N. del T.)

popular. Hay que reconocer, sin embargo, que el espíritu germánico, metódico hasta el exceso y modelado por el atavismo, se presta más que ningún otro a ser regimentado. Por eso los social-demócratas son mucho más numerosos que los anarquistas.

En Francia sucede todo lo contrario; los marxistas agrupados alrededor de Julio Guesde, de Deville y del doctor Lafargue, no constituyen más que una aglomeración insignificante, especie de estado mayor sin ejército, que no por eso deja de tener pretensión de dirigir *científicamente*, según su expresión, los más insignificantes movimientos revolucionarios. Hombres de valor, la mayor parte, pero orgullosos de su personalidad, ellos mismos a una política de balancín, aliándose unas veces a los restos del blanquismo, independiente o radical, alejándose otras, ensayando el sufragio universal sin éxito alguno, no dejando por eso de combatirlo en principio. Su triunfo traería consigo la más espantosa de las tiranías, la del Estado patrono, amo político y económico, anulando la personalidad humana bajo fórmulas matemáticas. Pero si acaso están destinados a ejercer alguna influencia en los acontecimientos, esta influencia no podrá ejercerse sino de un modo intermitente. En período tempestuoso serán barridos por los anarquistas, más numerosos y activos que ellos, lo cual no ignoran y de ahí su odio, si acaso intentan siquiera entrar en la palestra; lo más probable es que se hagan el muerto, pero estando al acecho para aprovechar el instante favorable en que los revolucionarios de vanguardia, cansados por el exceso, diezmados por la lucha, se vean forzados, según es su creencia, a cederles el terreno. Pero hasta en ese caso, no podrán ellos disponer sino de una fuerza precaria, ya que sus aptitudes ordinarias, sus afectaciones, hasta cuando fingen bondad, los hace antipáticos a las masas. Sus concepciones, plagiadas de Marx, pero con menos amplitud, están condenadas a extinguirse en un ambiente refractario al doctrinarismo alemán. Una vez más los anarquistas destruidos, los neojacobinos serán bien pronto vencidos por la contrarrevolución; los posibilistas, numerosos desde este momento, influyentes en la mayor parte de las corporaciones, apoyados por la masa moderna, los burguesillos y los obreros ambiciosos, aspirantes a funcionarios en el nuevo Estado social en el que como los girondinos después del 9 de Termidor no darían cuartel a sus enemigos.

Tal es la marcha que, probablemente, seguirá la revolución. Como fenómeno sometido a leyes que la ciencia experimental descubrirá un día, tendrá sus primeras ondulaciones, su flujo y su reflujo; cuando se analizan los elementos en lucha se siente uno inducido a suponer que se sucederá esto o lo otro: los exaltados dominarán durante el período violento; sólo ellos tienen la fuerza necesaria para demoler y durante las intermitencias de apaciguamiento, las autoridades se esforzarán para acaparar el poder. Pero los excesos no son duraderos, pronto o tarde van seguidos de un período de postración; lo sucedido al día siguiente al del Terror, se reproducirá sin duda de un modo general: los políticos moderados se esforzarán, una vez la calma algo restablecida, de volver al terreno y recoger los frutos de la victoria.

Eso es todo lo que se puede conjeturar. Uno cualquiera, cuyo cerebro fuera bastante vasto para abarcar todo lo que pasa, podría deducir matemáticamente, hasta en detalle, todo lo que sucederá. ¿Pero dónde se encuentra ese observador superhumano? Perdidos en las deducciones de los teoremas, los *científicos* desprecian forzosamente tal o cual detalle que, imperceptible al principio, engendra grandes consecuencias y concluye por deshacer todos los planes de los minuciosos calculadores. Estos, que no han sido bastante buenos para trabajar generosamente, saben no obstante mantener sus fórmulas, ponerse en contra de los acontecimientos que los rechazan y, finalmente, caer en ridículo. Si es natural buscar una orientación y escrutar en lo posible las brumas del porvenir no por eso es fácil entrever ese porvenir sino en sus grandes líneas, y aun.

Eso es lo que pueden prever a veces las inteligencias superiores intuitivas. La refinación de sus nervios les hace aptos para sentir las impresiones que se escapan a los furibundos calculadores; se hace en ellas un trabajo psíquico tan rápido que no pueden darse cuenta de ello. Llegan los acontecimientos y mientras que los científicos se pierden en cálculos, vacilando,

tergiversando, y nueve veces por diez vuelven la espalda al verdadero camino, los otros van derechos al fin con la precisión con que la aguja imantada se dirige hacia el polo.

Como ejemplo puede citarse a Luisa Michel; es imposible encontrar otro ser más extraño para las cosas de la vida real. Perdida en la contemplación extática del porvenir ha pasado a través de la guerra, de la deportación y de la cárcel sin apercibirse siquiera: nadie es menos práctico que ella para las cosas pequeñas y los amigos que ha conservado en las fracciones autoritarias no tienen en menosprecio el declarar las simpatías que sienten hacia esa mujer tan visionaria como buena. Sin embargo, cada vez que un hecho de cierta importancia social ha sobrevenido, ella lo ha presenciado y *vivido*, mientras que Guesde, apóstol del Evangelio marxista, y Chirac, el hombre cifra como le llama Drumont, se han turbado concluyendo por infligirse crueles negaciones. La manifestación obrera del primero de Mayo de 1890 es una prueba entre mil. Después de haber demostrado en otro tiempo la duplicidad del sufragio universal, la inflexibilidad de la ley de los salarios y la imposibilidad del Estado para favorecer la clase proletaria en detrimento de la clase capitalista, los marxistas franceses habían llegado a la conclusión de una manifestación pacífica y legal, pretendiendo de los poderes públicos la realización de las reformas económicas. Con una finalidad mal oculta de popularidad electoral, exaltaron esta manifestación un año antes, multiplicaron sus combinaciones y sus desafíos a la burguesía; tantearon el terreno lo mejor posible, llegando hasta creer que el movimiento podría terminar en una revolución que pusiera el poder en sus manos. Luego, cuando vieron que el pueblo no estaba dispuesto a morir por ellos, ni el gobierno a dejarse vencer, retrocedieron del modo más vergonzoso, abrogándose las manifestaciones pacíficas, y llevando la prudencia, ellos, los revolucionarios, hasta aconsejar a las masas que entregaran a las autoridades a quienes cometieran actos de insubordinación. Los anarquistas, al contrario, sin dejar de combatir el carácter legal de esta mascarada, negándose a toda asociación para un acto tan ilógico, sin salida, desplegaron en ese momento, una grande actividad revolucionaria y producido serios temores a sus enemigos.

Hay que reconocer por otra parte que el partido anarquista, algo confuso, hace algunos años, se ha precisado bastante aunque se haya entibiado en sus relaciones con los demás socialistas. Por eso puede, a su vez, devolver el adjetivo desdeñoso de mestizo a los marxistas franceses, que así lo calificaron. Mientras que los ambiciosos, hartos de esperar, y los batalladores sin ideas evolucionaban hacia otras fracciones, y que muchos se dejaban llevar a remolque del *boulangismo*, los desengañados de la política venían resueltamente a engrosar las filas revolucionarias. El período embrionario y romántico del partido parece pasado; las ideas se precisan; el anarquista ya no es hoy un declamante epiléptico; si no tiene la pretensión de ofrecer un programa detallado del porvenir, no por eso deja de poseer concepciones positivas; substitución de la autoridad gubernamental por la asociación de los hombres y los grupos, restitución del capital individualizado a la sociedad entera.

Algunos anarquistas, queriendo reaccionar contra la aspereza de las doctrinas, han caído en el excesivo sentimentalismo de los revolucionarios de 1848. La sociedad actual les parece tan odiosa que parecen vivir como en éxtasis en la sociedad del porvenir; visión de armonía universal que les oculta a veces las necesidades de la lucha, de modo que, si no se curan de sus ternezas, esos hombres que gozan de una reputación terrible, acabarán siendo víctimas de su propio corazón. Por eso cantaban con el poeta Paillette:

La novela del mundo no interesa nada;  
Que lo bueno y lo bello queremos en lo humano,  
Y vida fraternal, libre y enamorada,  
Es lo que necesita nuestro amor.

Nuestra patria es el Inmenso todo,  
Y a todo es sensible nuestro corazón;

Por eso su familia se elige, sobre todo,  
De entre los que sufren y claman con razón.

-----  
Bastante más que los civilizados,  
Necesitamos, tranquilos los sentidos,  
Los besos y caricias de seres adorados,  
De ancianos y de madres, de amadas y de niños.

Que son nuestros padres todos los ancianos,  
Y cual hijos propios son todos los niños;  
Que todos los hombres son nuestros hermanos,  
Sean rojos o negros, blancos o amarillos.

Y mientras que cantaban, el mismo enemigo que hace cuarenta y dos años<sup>35</sup> se dijo demócrata para engañar a las cándidas masas, está en víspera de declararse socialista católico o hasta anarquista, con la esperanza, no sólo de salvarse de la tormenta, sino que hasta de volverla en su provecho. El partido socialista católico, representado en Francia por Drumont, en Inglaterra por el cardenal Mauning, no ha mucho en Alemania procura desviar la corriente revolucionaria, lanzando el movimiento exclusivamente contra los banqueros acaparadores del numerario, mientras que la antigua aristocracia y las comunidades religiosas detentan en gran parte otro capital, bastante más importante que el de los semitas: la tierra. Algunos hombres de bien, ensoñando con un acuerdo imposible entre la fe y la ciencia, entre la Iglesia y el pueblo, han entorpecido el paso. Algunos círculos obreros intitulados socialistas católicos y cuyo socialismo consiste en predicar la bondad a los explotadores, la sumisión a los explotados y a unos y otros la perfecta observación de los deberes religiosos, presentando un contingente disciplinado bajo la alta dirección de hombres que preludiaron sus estudios de las cuestiones sociales fusilando a los comunales de 1871. Si los proletarios fueran bastante ingenuos para dejarse coger en la trampa, no tardarían en verse más miserables que jamás lo fueron, pues el servilismo político se juntaría a la opresión económica. Pero la humanidad no puede abjurar de sus destinos; a pesar de los choques que la retrotraen de tiempo en tiempo, no por eso emprenderá otra vez el camino del pasado. Contra la lógica del progreso, el clericalismo y el cesarismo, cualquiera que sea su máscara, no prevalecerán más.

No obstante las sabias maniobras de los partidos conservadores, a pesar de los esfuerzos del Estado para satisfacer los más opuestos intereses, en contra del liberalismo burgués y de la filantropía oficial, un hundimiento social, en plazo relativamente breve, es inevitable. Y todo contribuye a ello. Mientras que el creciente progreso de la mecánica arroja a la calle masas inmensas sin otro dilema que sublevarse o morir, la concentración de los capitalistas, eliminando las clases intermediarias que sirven de derivativo, precipitan la colisión inevitable entre un puñado de poseedores y la masa desheredada. De otro lado, la acumulación de los empréstitos empuja a todos los Estados hacia el abismo, siempre abierto, de la bancarrota. Déficits, crisis industriales, huelgas, miseria, rebeldía, todo se complica, y es posible que los gobiernos, guardianes del antiguo orden social, temblando ante el porvenir, busquen la solución en la guerra. ¡La guerra! Estas dos terribles palabras repercutirán quizá dentro de poco, de un ámbito a otro de Europa, estremecida, porque, cualquiera que sea la que principie, guerra internacional o guerra civil, la una producirá fatalmente la otra. En el norte, en el sur, por el este y el oeste, se verán avalanchas humanas correr hacia las fronteras arrastrando herramientas *perfeccionadas* por los Krupp, los Uchantius, los Rauge, los Verteli, los Mauser, los Lebel, con las que de podrá hacer una vasta destrucción de vidas y riquezas; y luego como después de la Reforma, como luego de la Revolución, Europa emergerá del inmenso cataclismo rejuvenecida y transformada. «La flor surge del estiércol» repetía Bakunin, apóstol de la destrucción: la generación actual servirá de estiércol a la generación futura.

---

<sup>35</sup> Se refiere el autor a 1848. Su libro fue escrito en 1890. (N. del T.)

En ese conflicto que fatalmente alcanzará a todas las naciones del viejo mundo, la reacción se jugará el todo por el todo. El feudalismo alemán, la bancografía inglesa, la antigua corte austríaca, el Quirinal, el jesuitismo se aliarán por una acción desesperada, mientras que la autocracia rusa se mantendrá a la especulativa dispuesta a evolucionar según sus intereses. Y no es ciertamente la democracia burguesa, egoísta y rapaz, corrompida como todos los triunfantes, la que podrá hacer frente a la tormenta, ni tampoco los revolucionarios jacobinos plagiarios de un siglo desaparecido, ni los socialistas con sistema, ensoñadores que barrerá el primer soplo de la tempestad. Sólo los elementos violentos, excesivos, obrando sobre el pueblo, y cogiéndolo como una catapulta, podrán lanzarlo contra el enemigo, orientar su acción y dar su máxima intensidad a la tormenta, en la que ellos mismos están condenados a desaparecer a menos de salir transformados.

Monarquías absolutas, constitucionalismo, república, todas esas formas que, en otro tiempo, han hecho estremecer de entusiasmo, se desvanecen alternativamente ante el empuje de un siglo impregnado de positivismo. El liberal ruso quiere una Constitución limitando la autoridad soberana; el demócrata belga se subleva contra el régimen censitario; el radical francés clama, al menos en su profesión de fe, en pro de la supresión de la presidencia de la república, del senado, de los ministros, del presupuesto de cultos, del ejército permanente: así parte a parte la humanidad va perdiendo sus antiguos fueros.

Y a medida de los progresos, una gran necesidad de descentralización se manifiesta en todos los ramos de la actividad humana; en otro tiempo un mismo individuo podía ser a la vez barbero, médico, cirujano y alquimista. Pero hoy que ciencias, artes, industrias, se hacen de más en más vastas y complejas, cada uno de esos ramos se divide en ramificaciones especializadas que propenden a conquistar su entera autonomía. El barbero maneja sus herramientas sin inmiscuirse en la obra del cirujano, el cual, a su vez, deja al oculista, al dentista, al pedicuro, etc., operar separadamente en su esfera.

Y esto es aún más lógico por lo que se refiere a la vida de un país. ¡Cuán prodigioso espíritu no se necesita para abarcar a un mismo tiempo las cuestiones agrícolas, la higiene, los trabajos públicos, la navegación, las bellas artes, etc.! El legislador, llamado a dar reglas para todas las materias y cuestiones, no puede cumplir su tarea sino de un modo bastante general, olvidando o confundiendo todo. Sólo los interesados, agrupados, bajo el impulso de la necesidad, en virtud de sus aptitudes y afinidades, son los llamados a dictar reglas. Y resultará que la vida haciéndose íntima, desarrollándose, irradiando por todas partes, muy pronto un hombre estará fuera de razón para gobernar a otro y menos para dirigir a una colectividad. El hombre primitivo, descendiente del antropeide, podía curvarse ante la estaca del pastor, pero el hombre del siglo XIX, contemporáneo de Büchner y de Edison, se subleva contra ese yugo, y mientras que una parte de la humanidad muere de exceso de goces, y que otra, más numerosa, corroída por el exceso de miseria, parece condenada a desaparecer o a caer de nuevo en la animalidad, cierta *élite* intelectual, trabajando para todos, aun contra la voluntad de la hampa y de los inconscientes, prepara el advenimiento del bienestar y la libertad.

La masa, demasiado cohibida hasta hoy por su sujeción, política unas veces, económica otras y con frecuencia esclava de las dos, no ha podido estudiar y reflexionar, no habiendo llegado a conocer esa evolución que, ejerciéndose a través de las edades y bajo todas las formas, conduce a la constitución de una sociedad sin amos. ¿Cómo podría entrever ese movimiento que le arrastra y le obliga a obrar, el desgraciado que se ahoga durante el verano en la ardiente atmósfera de la fábrica, se huela en invierno en su buhardilla, maltrecho por un trabajo que exprime sus músculos y atrofia su cerebro, herido hasta en los más íntimos resortes de su organismo, privado de toda posibilidad de cultura, intelectual, inclinado por la influencia del medio ambiente, por atavismo a veces, por la necesidad de entumecerse y calentar su pobre máquina, a las distracciones embrutecedoras de la taberna? ¡Cuán grande y prodigioso esfuerzo no necesita hacer esa minoría iniciada para llegar a una percepción de las cosas para

distinguir la verdad del cúmulo de prejuicios, de ficciones y leyendas con que se ha oscurecido la inteligencia! En cuanto a la hembra del proletario, máquina destinada a parir, relegada a último término por virtud de leyes y costumbres, emparedada la mayor parte del tiempo lejos del aire y del sol, presa ofrecida a la anemia, a la clorosis, a la tisis, condenada por la inferioridad del salario a buscarse un suplemento en la prostitución, ¿cómo ha de poder dar vida y criar hijos fuertes y vigorosos, sanos de cuerpo y de entendimiento? «¡Psit! ¡Oye, escucha, chico!» grita discretamente la desgraciada, podrida hasta los huesos, cogiendo por el brazo a los trasnochadores: mientras tanto a dos pasos de ella el polizonte vela por el orden social. «¡Morir por la patria!» brama entre hipo e hipo el quinto que va a incorporarse al regimiento, adornado con cintajos y dispuesto a terminar la noche en el burdel cuando ya no pueda más en la taberna: después de todo es fácil que tenga sus razones para estar contento, será quizá preferible el presidio del cuartel al infierno del taller. «Yo soy el resultado de mis obras exclama satisfecho el burgués que se ha creado una renta vendiendo piltrafas por trufas y vitriolo por vinagre». «¡Qué busca casamiento!» suspira amorosamente el noble arruinado ante una soltera vieja de dientes amarillos, asmática y millonaria... y en vísperas de faustos acontecimientos: su padre achacoso, morirá pronto. Y los espinazos se doblan, los cerebros se deprimen, los cuerpos se gangrenan, el sentimiento moral se oblitera y los espíritus fenecen. Malthus ha venido a ser el profeta del dios Capital. Algunos años más de este encantador régimen, y la raza decaerá, neurótica, exangüe, alcohólica, sifilítica, hasta perderse completamente: sólo la terrible conmoción que nos reserva un próximo porvenir, podrá, eliminando los elementos mórbidos, impedirles que maten todo el cuerpo social.

En lo físico como en lo moral, la humanidad marcha hacia la transformación; una multitud de elementos nuevos entrando en la corriente de la vida, producirán los resultados de salud. Parece cierto, por ejemplo, que la evolución intelectual producida desde hace dos siglos con tan asombrosa rapidez, si se compara con los lentos progresos de la Edad Media, es debida en gran parte al uso de bebidas estimulantes, desconocidas a las generaciones precedentes; la influencia del café en las costumbres, durante el siglo XIX, es incontestable. En Inglaterra la substitución de un régimen carnívoro al antiguo régimen de leche y de legumbres, ha producido una raza nueva. Actualmente, la pelagra, terrible enfermedad de la piel produce crueles efectos entre los campesinos de la alta Italia, debida exclusivamente a una alimentación de *polenta* y castañas, y la pelagra, enfermedad física, engendra enfermedades morales. La universalización del bienestar reanimará a la especie humana, dándole nuevas fuerzas y nuevas aptitudes. El día llegará, indudablemente, en que la cocina, científica como la química, se desembarazará de todas esas composiciones malsanas que perturban el organismo, engendran afecciones crónicas, y producen en las clases satisfechas ese tipo ventrudo, odioso y grotesco. Un primer paso dado en este sentido es la fabricación de peptonas que condensa en pequeño volumen las materias nutritivas y la de los elixires vivificantes. Es evidente que una modificación del régimen alimenticio producirá a la larga una modificación en el aparato digestivo y, por consecuencia, del organismo entero.

Esas modificaciones, ciertamente, no se efectúan sino con mucha lentitud, pero lo cierto es que se efectúan. Se ha observado que el número de dientes tendía a disminuir en las razas superiores y la región frontal a desarrollarse en detrimento de los maxilares. La fusión de los pueblos que se realiza de más en más a pesar del espíritu patriótico y religioso, conduce a la formación de una humanidad nueva, unificada gracias al poder nivelador de la civilización, y, al mismo tiempo, superior a la nuestra pues sería insensato imaginarse que el progreso que sacó al hombre de las primitivas organizaciones, cesará de manifestarse, cuando los factores del progreso, es decir, de transformación, son incomparablemente más numerosos.

Se aplica la obstinación con que los conservadores se han opuesto a la divulgación de las teorías darwinianas: esas teorías hundían de un solo golpe sus cosmogonías religiosas. ¿Cómo? ¡el hombre, lejos de ser un Adán caído, creado primitivamente a imagen y semejanza de Dios, es, al contrario, el producto último de una larga sucesión de seres inferiores, el nieto



del antropoide, primo del mono, rebisnieto del oczon, formado por mil elementos combinados en la naturaleza y en el ambiente! Luego, cuando demostrada por los hechos, la doctrina transformista tomó carta de naturaleza, las clases directoras quisieron hacerla servir para legitimar sus privilegios: si eran ricas y poderosas es porque eran las más aptas. ¡Vivan los fuertes! ¡Mueran los débiles!

Y se encontraron sabios en los que el amor a la ciencia había matado todo otro sentimiento que apoyaron con su autoridad esas pretensiones. El proletario, ser inferior, según ellos, debía, en nombre del atavismo, nueva mancha de origen, someterse a la servidumbre; y el burgués producto de una admirable selección, debía extender su reinado sobre el resto de la humanidad.

Y mientras que el más sencillo de los rebeldes, creyéndose en efecto, herido por la ciencia se contenta con maldecirla, otros, minoría consciente, han contestado con este argumento:

«Precisamente por virtud de esas teorías que hoy se apropian, después de haberlas combatido, nosotros los condenamos, ¡oh, amos actuales! a desaparecer. No ustedes no son lo que eran sus padres: los más aptos, los más inteligentes, los más fuertes. La fatalidad del ambiente los ha secuestrado; rodeados de todos los goces, se han hecho blandujos, afeminados, incapaces de todo esfuerzo: sus hijos van a Sodoma, sus hijas a Lesbos. Nosotros, al contrario, los desgraciados, en lucha siempre con las necesidades de la vida, estamos aguerridos por el agujijón de la necesidad, nuestra actividad se ha desarrollado. Lo que ustedes hicieron en otro tiempo con las castas que vencieron, lo haremos nosotros con la suya. El sistema de opresión y de robo que ustedes llaman orden social, no se sostiene sino por milagro: un empujón vigoroso y rodará por tierra».

Descendiente degenerado de Etienne Marcel, Monsieur Proudhomme, con su grueso abdomen, se adelgazará bajo el puño nervioso del esclavo.

Damas distinguidas que no conocen de la vida más que lo concerniente al tocador, nobles extraviadas que necesitan como los hombres, queridas y bailarinas, y que mezclan alegremente la ruptura de los escudos al oropel de sus blasones, correrán muchas lágrimas por sus mejillas empolvadas. Vean como llega la compañera del proletario, a la que los inviernos sin lumbre, las noches en vela, los días sin pan y los gritos de su nidada han henchido su corazón de odio feroz. «Es la loba». ¡Desgraciadas de las criaturas a que muerda!

Tratada como bestia de carga en los pueblos salvajes que no reconocen sino la superioridad de la fuerza, como objeto de propiedad en la sociedad romana, la mujer, hasta en los pueblos civilizados del siglo XIX, no ha cesado de ser tratada como menor. La esposa debe obediencia a su marido, dice el Código. No tiene la facultad de ejercer un comercio, de comprar, de vender, de hacer ningún acto, en una palabra, en la vida civil, si no está autorizada. Y lo mismo sucede al joven, el cual carece del derecho de amar a la joven de su elección sin el previo consentimiento paternal; tiranía que convierte al padre de familia en el verdugo legal de los suyos, que infiltra los celos, los rencores, los odios mil veces más vivos entre propios que entre extraños. Pero sobre todo, es la mujer la que más sufre el peso de esa opresión: le está prohibido el ejercicio de muchas profesiones, sobre todo en los pueblos meridionales, que han conservado más que los otros pueblos el antiguo espíritu de posesión y de celos. Hasta en los madrigales dirigidos a las hermosas, se observa el desdén del macho hacia un ser que juzga inferior y del cual no ama más que su encanto exterior. La iglesia, el baile y los más humildes trabajos domésticos, he ahí, según sus diferentes castas, la esfera de acción que le está reservada, por la tiranía masculina. ¿Cuán natural no es que a la larga tal servilismo haya influido sobre su pasión por las futilidades? Y como la acción de la mujer generadora y educadora es innegable, el hombre no será verdaderamente libre hasta que dé su mano fraternal a la compañera de su vida para elevarla a su nivel.

Antes de llegar a esa emancipación femenina, se darán bastantes pasos en falso, cosa fatal por la educación dada a la mujer y por el atavismo y la corrupción del ambiente. Por cada una de espíritu amplio y firme, se ofrecen a la observación miles de neuróticas, comprometiendo con sus excentricidades y su afán inmoderado de popularidad, las causas que ellas pretenden servir. Unas fundan religiones, otras reivindican el sufragio universal, muchas importándoles más el deseo de ser elegidas al de ser electoras. ¡Sufragio universal! cebo arrojado a la credulidad popular por los demócratas de 1848, con objeto de desarmar al paria, embriagándole con la visión de una soberanía ficticia; mistificación universal con la que todos los gobiernos han jugado; derecho otorgado al contribuyente para elegir un parásito; al esclavo para elegir su amo; sanción del servilismo popular en nombre mismo de la soberanía del pueblo. La llegada de legisladoras a los cuerpos colegisladores, sería el golpe de gracia dado a esa institución ya agonizante: intrigas de corredor, coqueterías de la derecha con la izquierda, conjunciones de los centros, corrupción de la carne juntándose con otras corrupciones. El sufragio universal se hundiría con el estrépito de una risa de opereta bufa.

Como todos los seres mantenidos en la inferioridad, sin que ello sea bastante obstáculo a su desenvolvimiento integral, como los salvajes, como los niños, como el pueblo mismo, la mujer tiende a burlar a su amo por su lado malo. Es evidente que ella obedece a una ley de naturaleza que hace, en épocas diferentes, pasar a los individuos por las mismas fases, según su grado de cultura. El hombre se ha desprendido de la política como de una ciencia falsa de la que ha sido siempre víctima, ciencia que ha tenido su tiempo como las brujerías y los hechizos, pero que no tiene otro remedio que rechazarla la humanidad consciente. Actualmente empieza a rechazar las exaltaciones patriotas y las últimas fiebres electorales. Y precisamente en este momento llega una señorita reivindicando para su sexo el derecho a constituir ministerio, a revisar constituciones y de enviar a los jóvenes a morir por la patria en las guerras coloniales u otras.

Afortunadamente, el hecho brutal está a la vista: los acontecimientos, que encadenándose unos con otros para determinar un cataclismo, cada día más necesario y más inevitable, no permitirán que se retarde por frivolidades y desvaríos. El régimen parlamentario está demasiado herido de descrédito, las ficciones actuales demasiado usadas para poder sobrevivir, ni siquiera con grandes revoques o modificaciones; la verdadera ciencia social, elaborada en común por nuestros contemporáneos, no esa pedante y degradada de unos cuantos pontífices vendrá a determinar las relaciones naturales de los hombres agrupados libremente para producir, consumir y hacer extensivo el bienestar a todas las células del nuevo organismo.

El proletariado que ha aprendido a vivir sin reyes, sin nobles y sin sacerdotes, se aleja poco a poco de los monarcas financieros, de los señores de la industria, del papa y del Estado. Empieza ya a darse cuenta de que esas gentes, por muy demócratas que sean sus ideas, son de una casta distinta a la proletaria, que lejos de ser indispensables a su existencia, tienen, al contrario, intereses opuestos a los suyos; que el interés del amo es el de ganar mucho de la explotación del obrero; el interés del comerciante de vender lo más caro posible el género mediocre; el interés del gobernante de multiplicar las prebendas para acomodar a los suyos; el interés del militar profesional provocar la guerra para ascender rápidamente; el del juez condenar mucha gente para obtener buenas notas... Por eso el obrero hace tiempo presente las predicaciones anarquistas. Que el Estado, ese buen padre tutelar no tiene más que un objetivo histórico, fatal, de que no puede desviarse un instante bajo pena de dejar de existir: es el de mantener el orden social, es decir, el *statu quo*, los monopolios, los privilegios, los abusos y las castas.

¡Qué están lejos estos tiempos! sin embargo, menos de cuatro años nos separa de cuando en cuando los burgueses revolucionarios, porque no habían tenido cubierto en el banquete, pretendían sublevar al pueblo, en nombre de la autonomía comunal o de los recuerdos de 1793. Tales eran Chauvière, orador blanquista, evocando ante analfabetos ingenuos la memoria de

Etienne Marcel o la sombra de Dantón. Y Vaillant, cabeza del partido, esperaba que una insurrección de los municipios, federándose bajo la tutela de un comité de defensa pública, pondría el poder en sus manos y las de sus amigos.

Ahora ha sido necesario desenmascarar a esos vivos ambiciosos, y los partidarios de la revolución jacobina, habiéndose dado cuenta de que jamás podrán ya orientar el movimiento popular en su proyecto, se disgregan para ir a cobijarse bajo la república burguesa. Pero la astuta actividad que despliegan, es por demás interesante; se sirven de la palabra Commune para obtener los sufragios de los comunales y de los comunistas y los acostumbrados a frecuentes reuniones públicas pueden oírles declarar, según las circunstancias, que desean la destrucción del poder y la conquista a un mismo tiempo.

El pueblo que no comprende nada de esas malicias, se sublevará, no al grito de los tribunos, sino impulsado por la presión de un acontecimiento trascendental, como la guerra, o de un conflicto insostenible, como la paralización completa de la industria. Y ello producirá un desbordamiento general que nadie podrá contener; hasta los más violentos serán derribados y arrastrados por el torbellino; los diputados que la víspera gozaban de cierta popularidad estarán bien lejos, lo mismo que los ambiciosos de los concejos municipales; lejos también los liberales, los radicales, los reformistas, los filántropos. Los viejos moldes sociales serán rotos, y los elementos, diseminados al principio, se agregarán en combinaciones nuevas.

¿Qué combinaciones serán éstas? ¿Es temerario conjeturar la forma que tomará la sociedad de mañana? Es evidente que la tendencia de los hombres que se rebelan contra la existencia del orden de cosas existente, no es para un regreso hacia el pasado, y menos aun a la barbarie prehistórica. ¿Quién querrá seriamente separarse de la comunidad y renunciar al caudal de conocimientos y de bienestar acumulado por las generaciones anteriores? Para aumentar ese caudal, y no para disminuirlo, y sobre todo para hacerlo accesible a todos, es por lo que luchan los verdaderos socialistas de hoy. Lejos de confinarse en un individualismo estrecho, individualismo en el peor sentido de la palabra, se inclinarán, al contrario, al previo entendimiento en todas sus relaciones, a la ramificación de sus agrupaciones: libre el obrero en la corporación; libre la corporación en la comunidad; aproximación de las aglomeraciones humanas; supresión de las fronteras, no por virtud de una fraseología pomposa, sino por efecto de una fusión de intereses y costumbres; igualdad para los sexos, no en las ficciones políticas, ya que éstas no existirán, sino igualdad moral y social, absorción de familia, estrecha y autoritaria de nuestros días, por la gran familia humana; autonomía absoluta del individuo; libre asociación de las agrupaciones productoras, tal es su ideal.

Pero este ideal, cuya forma concreta puede definirse en dos palabras: *Federación económica*, no será una realidad por virtud de encantamiento. En 1830 y 1848, cuando el pueblo supo luchar denodadamente sosteniendo una batalla de tres días, haciendo enloquecer y capitular a los gobernantes, los demócratas de ocasión corrieron a instalarse en la casa de la ciudad arrojando papelitos por las ventanas, significando a la muchedumbre que había cambiado de amos. Pero esta vez, el pueblo hambriento y desconfiado por experiencias, no se contentará probablemente con papelitos; las cosas tomarán otro cariz. Guiada por los más conscientes, la multitud hará ella misma lo que pudiéramos llamar trabajo de importancia: irá a desposeer a los acaparadores, organizará la circulación del bienestar conquistado, la producción y el cambio entre las ciudades y las aldeas. Todo eso, sin contar las complicaciones con las fuerzas que no se hayan adherido al movimiento, será obra de bastante tiempo.

Gran parte de las cuestiones formuladas por los teóricos modernos tendrá probablemente realización inmediata; otras, poco conocidas o contrariadas por el movimiento, serán acometidas como obra secundaria en los períodos de calma que se sucederán y más o menos modificadas, serán objeto de nuevos intentos para las generaciones sucesivas.

La forma social durante la tormenta y después de ella, no podrá ser la misma en todas partes, si se tiene en cuenta las diferencias de raza, de hábitos, de costumbres, de cultura, de institución, de desenvolvimiento industrial o agrícola que, según las regiones opondrán al acontecimiento socialista, resistencias más o menos poderosas. Donde quiera que haya exceso de producción no habrá necesidad de reglamentar el empleo de ninguna cosa: se tomará del montón, no por sistema, sino por costumbre, lo cual será ya el comunismo anarquista. Por el contrario, en los países menos provistos, la repartición a prorrata, según las necesidades, será una imposición de las circunstancias, eso será el colectivismo. El régimen económico variará entre esos dos términos con una tendencia hacia el comunismo, porque, en contra de Malthus, los productos están llamados a multiplicarse más rápidamente que los consumidores. En efecto, cuanto más el ser se perfecciona, más aumenta su fuerza nerviosa en detrimento de su fuerza genital; por otra parte la ciencia hace surgir de todas partes los elementos necesarios a la conservación de la especie. Tales vegetales que se menospreciaban, producirán quizás jugos importantes; tales piedras ante las que se pasaba indiferente, darán calor, luz, electricidad; ciertos sedimentos con los que se envenenan nuestros ríos comunicarán a las tierras exhaustas, nueva fertilidad; ciertas fuerzas naturales, durante largos siglos temidas por el hombre, tales son el viento, las olas, el trueno, podrán ser dominadas y empleadas en un fin de utilidad social.

Una inmensa renovación se prepara para la humanidad al salir de la crisis cuya importancia y duración es imposible predecir. Europa, América, Australia, serán los grandes teatros de la lucha, teniendo no obstante repercusiones por todas partes. Las grandes aglomeraciones árabes, indostanés, indochinas, después de haber recibido de sus dominadores europeos los gérmenes de nueva vida, procurarán sin duda aprovecharse de los acontecimientos para emanciparse de toda tutela: las masas por largo tiempo adormecidas, despertarán de su letargo.

Durante la Revolución francesa, se vio a familias nobles huir como pájaros atemorizados y construirse un nido lejos del viejo mundo, en las sábanas americanas o en las islas verdes y encantadoras que adornan al gran océano índico. El hecho se reproducirá todavía, el África misteriosa está ahí abriendo sus desconocidas profundidades. Avalanchas humanas se arrojarán en ella; aventureros, neuróticos, capitalistas arruinados que no pudiéndose acostumbrar a la idea de equidad y trabajo ensoñarán con la explotación de los negros ya que los blancos no les tolerarán por más tiempo tal iniquidad. Allá irán, los últimos sobre todo, estimulados por la idea del lucro, a luchar con los antropófagos y los cocodrilos, traficando el marfil y el polvo de oro, arrasando las palmeras, incendiando las chozas, destruyendo los habitantes; degollando o degollados, que tal es la historia de la pretendida civilización por el asesinato y la violencia, el robo y el pillaje. En el próximo siglo, los países vírgenes, vistos apenas por Stanley, serán poblados quizás; fuerzas y actividades nuevas se abrirán paso. Ya el contingente negro está atacado por todas partes: fanáticos musulmanes y misioneros cristianos, negociantes y soldados, franceses, ingleses, alemanes, españoles, italianos, portugueses se esforzarán todos por morder en la inmensa tortada. Ya al rey de los belgas protege paternalmente el Estado independiente del Congo, que administran sus oficiales y explotan sus banqueros; pero la tajada es demasiado grande para tan pequeño huésped y Alemania podría también meter su mano tutelar, si el incendio socialista no se presentara bruscamente en Europa, desplegando sus rojas alas.

Inmensos choques étnicos se producirán seguramente. La entrada en la civilización de quinientos millones de seres humanos que pueblan el Extremo Oriente, será motivo de grandes consecuencias. ¿Los fieles de Buda y de Confucio se arrojarán sobre la sociedad en que han florecido Voltaire y Darwin?

«La oposición de Oriente y Occidente, dice Eliseo Reclus (*Nueva Geografía Universal*, tomo VII, pág. 16) no tiene su única razón de ser en el antagonismo de los intereses inmediatos, proviene también del contraste de las ideas y las costumbres». Y en otra parte: «Cuando dos elementos

se aproximan uno y otro se modifican al mismo tiempo. Cuando dos ríos se juntan las aguas puras del uno se ven ensuciadas por las del otro, y las dos corrientes mezcladas corren juntas sin volver a recobrar su pureza primitiva».

El duelo de las razas ha sido siempre implacable; y la lucha está ya terriblemente entablada sobre el terreno económico, no la lucha a cañonazos, aunque el cañón truene de cuando en cuando, embriagando a los combatientes, pero dando aún lugar a ciertos actos caballerescos, sino la lucha económica, sórdida y rapaz, la más implacable de todas, manejando el oro, más terrible que el hierro, aplastando al enemigo bajo una lluvia de papeles. Mientras que arriba, en la cúspide los financieros judíos y cristianos intentan devorarse, abajo, los asalariados blancos y amarillos se hacen una competencia mortal en las manufacturas de América y Australia. El chino es muy sobrio, un poco de arroz para su alimentación, un poco de té para su bebida, una pipa de opio para consolarse, soñador, una vez terminada la tarea, es todo lo que reclama como salario. Nada de compañera para mantener, nada de hijos que alimentar, sus costumbres le permiten, en general, pasarse sin mujer; poseen una docilidad a toda prueba y una actividad incesante: los capitalistas que buscan producir a bajo precio no pueden encontrar mejor máquina humana.

«¡Cuidado con ser exigentes! dicen los patronos franceses a sus obreros cuando éstos pretenden alguna mejora, porque nos veremos obligados a contratar trabajadores italianos y alemanes». Y esta competencia entre los muertos de hambre suele tener casi siempre trágico epílogo. ¡Qué no sucedería si mañana, puesto que ya han lanzado la amenaza, los príncipes de la industria, dueños absolutos en el Estado, abrieran de par en par las puertas a la invasión de obreros de raza amarilla! Pero para humillar a los rebeldes blancos, ni siquiera tendrán necesidad de recurrir a los emigrantes: bastaría, y eso es lo que se prepara, con multiplicar en el Extremo Oriente las fábricas que inundarían el mundo con sus productos a bajo precio. Lo que condenaría a mortal miseria a los trabajadores de Europa y América, si éstos, cambiando rápidamente todas las condiciones de su vida económica, no pasaran su mano fuerte sobre las grandes riquezas existentes para convertirse en sus propios patronos y producir por su cuenta.

Desde este punto de vista, como desde muchos otros, la revolución se impone.

Angustiados, porque nos parece que la naturaleza, de la que somos parte integrante va a hundirse en la terrible sacudida, presentimos, no obstante, que de la muerte de las cosas presentes surgirá una vida nueva. El análisis científico nos lo demuestra ya, y en el fondo de cada uno de nosotros, existe la clara intuición de un porvenir mejor. Un movimiento doble agita a las sociedades: disgregación política, es decir, fin de la autoridad; aproximación social, es decir, principios de solidaridad; el individuo que se substrahe más y más a la dominación del Estado, une de más en más su propia existencia a la existencia de sus semejantes. Después de la familia, el clan, la tribu o la ciudad, la provincia y la nación, el horizonte se ensancha siempre: hoy la raza, mañana la humanidad entera, unida porque será consciente y libre.

**FIN**